

Cuadernos
del sureste

Edita:

Colectivo Cuadernos del Sureste

Consejo de redacción:

Dora Castillo

Joaquín Caraballo

Javier Díaz-Reixa

Luis Guirao

Fernando Gómez Aguilera

Ginés Díaz Pallarés

Natalia Jiménez Marsá

Jorge Marsá

Mario Alberto Perdomo

Ramón Pérez Niz

Gloria Valenciano

Dirección:

Plaza de la Constitución, 1, 1º-izq.

35500 Arrecife de Lanzarote

cuadernos@linea-e.com

Diseño y maquetación:

Jorge Marsá

Imprime:

Bouncopy

Depósito Legal:

M-43758-1996

Impreso en papel reciclado y ecológico
Se permite la reproducción citando el origen

INDICE

EDITORIALES	
Nueva etapa en Cuadernos	4
Con la vista puesta en Berrugo	6
JORGE MARSÁ	
Tindaya: el síndrome de Van Gogh	8
RAMIRO ARBELO	
El trabajo en España	12
GINÉS DÍAZ PALLARÉS Y JORGE MARSÁ	
Crecimiento turístico y constestación social	16
FRANCISCO FERNÁNDEZ BUEY	
Las mujeres desaparecidas y la cuestión de género	32
<hr/>	
Carpeta:	Inmigración
I. La sociedad migratoria	40
II. Biología y cultura: del racismo al fundamentalismo cultural	60
III. El crecimiento de la desigualdad	76
IV. El desafío de la convivencia	94
V. Otras voces de aquí	112
<hr/>	
JOSÉ ANTONIO PASCUAL TRILLO	
El valor de la vida	124
FERNANDO SABATÉ BEL	
Yendo pa' la mar a por lapas y burgaos	136
EZEQUIEL NAVÍO	
Identidad	146
CIUDADANOS POR ARRECIFE	
Litoral de Arrecife: una propuesta de gestión	152
CIUDADANOS POR ARRECIFE	
Bu Litoral: propuesta de creación de un tranvía	157
JORGE MARSÁ	
De la competencia a la economía planificada	162

Nueva etapa en Cuadernos

Enero de 1997. Veía la luz el primer número de *Cuadernos del Guincho*. Surgió el proyecto porque un grupo de personas, socios de El Guincho en su mayoría, propuso crear en la Isla una revista de reflexión y debate en el ámbito de la ecología y la cultura.

"Queremos ser solidarios con los problemas que afectan a la Tierra actuando desde aquí, siendo del mundo desde aquí, contribuyendo a la mejora de la salud del planeta desde el lugar en el que vivimos", decía el primer editorial, titulado: *Nueva revista para Lanzarote*. Otro párrafo extraído del mismo Editorial no ofrece dudas sobre la vocación de la publicación: *"... un medio que fomente y mantenga una actitud crítica con respecto al modo de vivir, producir y consumir en el que estamos inmersos..."*. Parecía pertinente vincular *Cuadernos* a la Asociación Cultural y Ecologista de Lanzarote, que res-

paldó emocional y financieramente la iniciativa.

Fue así como se creó un grupo de trabajo independiente de la Junta Directiva en el que inicialmente participaron incluso personas ajenas a la Asociación. Algunos directivos se incorporaron al grupo, decidiendo el Consejo de Redacción que de los editoriales se encargase la Junta Directiva, siendo de su absoluta responsabilidad tanto la elección de los temas como la redacción. Con el paso del tiempo, los integrantes del Consejo de Redacción coincidieron prácticamente con los de la Junta Directiva de los ecologistas lanzaroteños.

Se edita ahora el número 9 de la publicación. Es la misma revista, con los mismos contenidos, el mismo formato e idénticas características. Pero un importante detalle llama la atención en la portada: la revista se llama ahora *Cuadernos del Sureste*. Efectivamente, *Cuadernos* se ha desvinculado de El Guincho-Ecologistas en Acción, como asimismo se aprecia en los datos editoriales: ya no edita la citada Asociación, sino el *Colectivo Cuadernos del Sureste*, denominación que agrupa a las personas que, siendo los promotores de la revista, decidieron seguir la andadura en solitario, pues no parecía ya la organización ecologista el lugar apropiado para expresarse con libertad y continuar con el proyecto de la publicación. No obstante, el pensamiento crítico en el ámbito de la cultura, la ecología y la sociedad seguirá presidiendo el quehacer de *Cuadernos*.

¿Cuál es la razón de que *Cuadernos* se desvincule de El Guincho?

El desencuentro dio lugar a que el grupo promotor de la revista acordara continuar con la publicación al margen de El Guincho

***Cuadernos
inicia una nueva
etapa
reiterando el
mismo
compromiso:
reflexionar
críticamente
sobre lo que
acontece en el
mundo desde
aquí***

Aunque somera, nos vemos obligados a ofrecer una explicación a los lectores y a los patrocinadores de la publicación. La explicación hay que buscarla en el creciente desencuentro que se produjo en el seno de la anterior Junta Directiva de El Guincho, renovada el pasado 1 de febrero de 2001. Un distanciamiento que dio lugar a que varios directivos presentaran, hace ya un año, su renuncia a seguir perteneciendo a la Junta. Dado que quienes dimitieron coincidían, prácticamente, con el grupo promotor de la revista, al desligarse de la organización se acordó continuar con la publicación al margen de El Guincho. Bien, ¿pero qué motivó el desencuentro?

Aunque obedeció tanto a razones ideológicas como metodológicas de calado, no creemos que en este momento tenga mucho sentido entrar en los detalles de la polémica, pues no ha afectado a la continuidad de la revista. En realidad, la nueva etapa de *Cuadernos* debió comenzar con el número anterior, pero como quiera que coincidió la ruptura antes comentada con el momento en el que estaba a punto de publicarse la revista no pareció aconsejable introducir cambios.

Siendo la etapa anterior un capítulo cerrado, lo trascendente para el proyecto es que mantiene el pulso vital inicial y que expresa su vocación de seguir editándose enraizada en los orígenes ecologistas. Cambia sólo de nombre, ha buscado nuevas vías de financiación para garantizar su continuidad e independencia y, por último, para poder el mantener el reducido precio de 300 pesetas. Con ello se pretende favorecer la difusión de

Cuadernos a pesar de que, por su propia naturaleza, es una revista que interesa a un segmento minoritario de la población. No así por los temas que aborda, al menos desde el punto de vista del Consejo de Redacción, que en el presente número ha volcado sus esfuerzos en reflexionar sobre la inmigración tratando de arrojar luz al debate surgido en la Isla en torno a un fenómeno que está crispando el clima de convivencia social. Un conflicto, el surgido en torno a la inmigración y sus consecuencias, al que se dedica una amplia Carpeta, como antes ocurrió con Tindaya, Arrecife, el desarrollo sostenible, la identidad, la Estrategia Lanzarote en la Biosfera, la biodiversidad o la energía nuclear en Marruecos.

Cuadernos inicia una nueva etapa reiterando el mismo compromiso libremente adquirido con la publicación del primer número: reflexionar críticamente sobre lo que acontece en el mundo desde aquí.



Con la vista puesta en Berrugo

Todo es legal, decían. Cuenta con todos los permisos y ha superado todos los trámites administrativos. Incluso mostraron informes que señalaban que el patrimonio natural de Berrugo no corría riesgo alguno con la construcción del puerto náutico-deportivo. Era la misma cantinela de siempre, pero severamente puesta en entredicho por el Foro Lanzarote. Los informes técnicos de los promotores también han sido cuestionados con contundencia, primero, por el informe encargado por la sección canaria de WWF/Adena y, después, por el equipo de expertos a quienes la Fundación César Manrique encargó cotejar toda la información disponible. La cantinela: siempre que el poder económico intenta imponer sus criterios apela a la sacrosanta legalidad, compuesta en realidad por infinidad de vericuetos, supuestamente bendecidos por la Administración, por los que se escabullen los pro-

motores, y cuya comprensión no está al alcance del común de los mortales. Enredos y discusiones jurídicas.

Pese a ello, la tenacidad ha permitido averiguar que la construcción del puerto náutico-deportivo de Berrugo está sometido a una serie de condicionamientos medio ambientales que la empresa promotora no ha respetado. En base a ello, parece sensato proponer una nueva paralización cautelar de las obras. En espera de si la paralización se plantea (en el momento de escribir este editorial) y, lo que es más importante, en espera de que los tribunales de justicia, en su caso, dicten una paralización cautelar de las obras, comienzan a escucharse voces cuyo objeto es sembrar el desánimo. Frases como “el daño ya está hecho” o “tal y como están las cosas, mejor Berrugo con el puerto” se alinean con las tesis de la empresa pasando por alto las muchas y poderosas razones que asisten a quienes, desde el primer día, plantaron cara al proyecto. No deja de ser paradójico que, existiendo una gran inversión por medio, siempre que se apela a la legalidad salgan beneficiados los promotores. En estos casos, al final, tras la supuesta neutralidad de la Ley se suele amparar una decisión que beneficia el interés particular y perjudica el general. También apelan a la legalidad los poderes públicos y sus representantes cuando se alinean con las tesis de los promotores.

Una vez más se dirime un conflicto entre dos concepciones radicalmente opuestas sobre el desarrollo turístico. Del lado del desarrollismo se encuentra el presidente de

*Ahora son los
puertos náutico-
deportivos,
luego vendrán
los campos de
golf y, por
último, los
parques
temáticos*

Le lema 'Parar ya' cobra especial trascendencia también para aquella oferta que supuestamente va destinada a crear instalaciones de ocio y recreo para los turistas

la patronal alojativa Asolan, que figura entre los administradores de la empresa que promueve el puerto náutico-deportivo de Berrugo. En contra están los que reivindicamos el desarrollo sostenible, más allá de la retórica habitual, y proponemos la contención efectiva del crecimiento.

Recurriendo a ejercer presiones de todo tipo amparados por sus influencias y descaro, y utilizando la mayoría de los medios de comunicación a su favor con el fin de amordazar la discrepancia, los desarrollistas proponen en realidad un nuevo modelo de ocupación turística del territorio sustentado en la manida cualificación y diversificación de la oferta. Un discurso coincidente con el Decreto del Gobierno autónomo que formula las Directrices Generales de Ordenación y del Turismo de Canarias, al ofrecer una salida inmediata al ingente ahorro empresarial acumulado a través de la Reserva de Inversiones de Canarias. Ambos, gran patronal turística asociada a la promoción del suelo, y Gobierno, avanzan cogidos de la mano en la misma dirección. Ahora son los puertos náutico-deportivos, luego vendrán los campos de golf y, por último, los parques temáticos anunciando la necesidad de disponer de una masa crítica equivalente a la suma de los turistas de Lanzarote y Fuerteventura, demandando a tal fin la creación de una autopista marítima entre las dos islas más orientales del Archipiélago. Esa es la razón última del anteproyecto de ampliación del Puerto de Playa Blanca. Y todo ello con más camas por medio.

Con todo lo que simboliza en sí

mismo, Berrugo no es más que un primer escalón hacia el modelo que proponen los desarrollistas. De ahí el carácter estratégico de la lucha planteada por el Foro Lanzarote. De ahí la necesidad de ofrecer aliento a las personas y organizaciones que por diversos medios, incluido el recurso a la justicia, intentan detener la ocupación privada e indiscriminada del litoral.

El lema "Parar ya" cobra especial trascendencia. Es preciso enfatizar que no sólo se trata de detener la creación de nueva oferta alojativa de carácter generalista, sino aquella oferta que supuestamente va destinada a crear instalaciones de ocio y recreo para los turistas. El acuerdo mayoritario recientemente adoptado por el Consejo Insular de la Reserva de la Biosfera es claro en este sentido.

Lanzarote se encuentra en una situación fronteriza que, de tras-pasarla, creará situaciones irreversibles, en las que no hay vuelta atrás. Parece sensato redoblar esfuerzos para que eso no sea así.

Tindaya: el síndrome de Van Gogh

Jorge Marsá

El diario *Canarias7* publicaba el día 13 del pasado mes de enero: "El Consejo de Gobierno autorizó ayer a la empresa pública Saturno a encargar la elaboración de los estudios geotécnicos que deben indicar si el proyecto de Eduardo Chillida para la montaña de Tindaya es viable. Según informó ayer el consejero de Turismo y Transportes Juan Carlos Becerra, está previsto que estos trabajos cuesten un máximo de 90 millones de pesetas".

No era una broma, aunque lo parezca. El mismo periódico transcribía en la página previa una carta del anterior presidente del Gobierno canario cuyo contenido se resumía en el siguiente titular: "Hermoso sabía que 1.960 millones era para gastos de estudio e implantación". Parece que hemos dado con los estudios geotécnicos más caros de la historia.

Efectivamente, después de cinco años de discusión, del ridículo del

Parlamento canario, y de, por lo menos, 3.000 millones de pesetas dilapidados, ahora vamos a ver si estábamos hablando en serio o en broma. Es decir, si es o no viable la intervención en Tindaya. ¿Y si no es posible? ¿Nos devolverán el dinero, los quebraderos de cabeza y el tiempo y la vergüenza perdidos en el camino?

Nunca he sido partidario de la intervención en Tindaya, sobre todo, porque se trata de construir un centro turístico para incrementar la cantidad de visitantes que recibe Fuerteventura. Y los que somos partidarios de detener el crecimiento turístico, que ya corroe las Islas, no creemos que Fuerteventura (como Gran Canaria, Lanzarote y Tenerife) necesite ni un turista más; la discusión podría establecerse, perfectamente, en cuántos menos serían convenientes para que el futuro desarrollo del Archipiélago tuviera algo que ver con una expresión tan de moda como el *desarrollo sostenible*.

Otras consideraciones me parecen menos importantes: conservar en condiciones adecuadas el patrimonio cultural presente en Tindaya es, simplemente, lo lógico; que ese patrimonio cultural tenga mucha relación con la identidad de los majorereros actuales, me parece francamente discutible; y el carácter mágico o sagrado de la montaña me resulta tan divertido como las afirmaciones de Eduardo Chillida sobre sus intentos de conversar, con traductor de por medio, con la montaña. Sin embargo, es otro el aspecto de la cuestión en el que quiero detenerme: en la controversia sobre la intervención en Tindaya, hay quie-

*Sobre la
intervención en
Tindaya hay
gentes a favor o
en contra; pero
Chillida y su
escultura están
por encima de
cualquier crítica*

nes se muestran favorables y quienes se muestran contrarios. Así es, a favor o en contra; pero Eduardo Chillida y su escultura están por encima del bien y del mal, por encima de cualquier crítica.

Llevo cerca de veinte años trabajando en el mercado del arte, y apenas conozco a nadie que no considere a Chillida como uno de los escultores europeos significativos de la segunda mitad del siglo. No obstante, si somos unos cuantos quienes pensamos que las obras del escultor vasco de los últimos quince o veinte años tienen menos interés que las anteriores; y somos bastantes más, en ese gremio, los que opinamos que el *Monumento a la Tolerancia* propuesto para Tindaya carece de relevancia artística.

Cuando se presentó la propuesta, hace unos cuatro años, ya se evidenciaba que el trabajo del artista en este proyecto concreto había sido prácticamente nulo. En la exposición no existía un sólo indicio que indicara que el escultor había realizado un trabajo específico para esa intervención: ni un sólo boceto o dibujo, ni una sola fotografía o plano manipulado. La única relación del autor con la propuesta era una escultura titulada *Lo profundo es el aire* que reproducía exactamente la excavación planteada, pero fechada en 1990, cuando el artista ni siquiera conocía la existencia de Tindaya. O sea, que el trabajo de Chillida se limitó a elegir la escultura que el ingeniero Fernández Ordóñez tenía que embutir en la montaña.

Ahora bien, es obligado reconocer que la calidad artística de una obra no se mide por la cantidad de esfuerzo realizado. Ya hace

más de tres años que quien firma escribía: "mi opinión –desde luego nada original por compartida– es que nos encontramos ante una obra de escaso interés, cuyo componente de novedad artística es prácticamente nulo y que formalmente resulta en exceso evidente. El *Monumento a la Tolerancia* se sostiene, casi exclusivamente, gracias a su tremenda escala, a su grandiosidad, en este caso grandilocuencia. Evidentemente, si alguien entra en un espacio como ése quedará impresionado. Pero en el interior de una montaña, y con lo que significa un cubo de 50 metros de lado, cualquiera es capaz de imaginar alguna intervención que impresione, ya sea un cubo o no, con aberturas o sin ellas. La impresión y la grandiosidad son producto, únicamente, de su gigantesca escala, no de sus valores formales.

Nunca se ha caracterizado Chillida por su capacidad para intervenir en el territorio, nos encontramos ante un escultor más clásico. Por ello no es de extrañar que el propio Chillida hable de una escultura refiriéndose a su intervención en Tindaya, lo que deja relativamente claro su dificultad para enfrentarse a algo de esta envergadura con criterios más innovadores, más de intervención en el territorio que de monumento clásico. De hecho, nos encontramos ante un monumento en su sentido decimonónico, con unas referencias románticas evidentes en la grandiosidad y pretendido misticismo del espacio que pretende configurar. Las referencias al mausoleo o a la cámara mortuoria de una antigua pirámide resultan claras. Chillida no ha sabido ver Tindaya como un espa-

En el gremio del arte somos bastantes los que opinamos que la intervención propuesta carece de relevancia artística

cio autónomo y desde una perspectiva moderna, no ha podido desligarse de la escultura tradicional para actuar en el territorio, como, ya hace más de treinta de años, consiguieron hacer los artistas del *Land Art*."

Que los términos concretos de mi punto de vista sean más o menos acertados no tiene mayor importancia. Pero la opinión sobre la falta de relevancia artística de la propuesta es compartida por una notable cantidad de artistas, críticos o gestores del mundo arte. Sin embargo, es evidente que esas opiniones no han trascendido.

¿Por qué?

Podríamos acudir a una explicación obvia: el habitual corporativismo que invade cualquier gremio. Pero en el del arte la cuestión va mucho más allá y viene de más lejos. Durante siglos las artes visuales fueron consideradas de un rango muy inferior a la música o a la poesía, su componente artesano era una muestra de sus limitaciones. La actividad manual era evidente en las obras de los pintores, qué decir de las de los escultores: Leonardo da Vinci se mofaba de las aspiraciones artísticas de Miguel Ángel, e ilustraba su juicio destacando las prosaicas herramientas con las que realizaba su trabajo, el cincel y el martillo, como evidencia del carácter artesano del mismo. Esta valoración fue cambiando poco a poco, los artesanos se convirtieron en artistas y sus trabajos en obras de arte.

El cambio ha terminado siendo de tal envergadura que hoy los artistas gozan de un plus de *genio* superior a los que se dedican a escribir literatura o a componer música. Y como no podía ser de

otro modo, las obras de arte se han convertido en el paradigma de la creatividad y se adoran con auténtica idolatría.

Este estatus de la obra de arte como objeto totémico cargado de tradición y honores ha sido consolidado –a pesar de contrarias declaraciones teóricas– por toda la estructura en la que se fundamenta el arte contemporáneo. Los artistas, críticos, gestores, galeristas, etc, disfrutaban de una posición social que se alimenta de ese *don divino* que impregna las obras de arte. La adulación del arte ha alcanzado límites tan insospechados como obscenos, y esa ausencia de crítica es una de las causas del empobrecimiento de las artes plásticas en las últimas décadas. Cuando todo vale, cuando cada obra es una propuesta tan respetable como cualquier otra, cuando el único objetivo es la novedad... El resultado es la moda.

Resulta sencillo encontrar críticas que pongan de relieve el fallido trabajo realizado en una película, en un libro o en una composición musical; sin embargo, es casi imposible hallar una crítica referida a las artes plásticas que cuestione el trabajo de un artista. En este gremio, prácticamente todas las críticas son laudatorias; si no, no se hacen. La situación ha llegado a tales extremos que la mayoría de los textos sobre arte han perdido completamente el interés para el público, por muy informado que éste sea. De hecho, los textos de los catálogos y las críticas de las exposiciones ya se dirigen exclusivamente al resto de los habitantes del mundo del arte. El público no tiene vela en este entierro hasta que el arte

La adulación del arte ha alcanzado límites tan insospechados como obscenos, y esa ausencia de crítica es una de las causas del empobrecimiento de las artes plásticas

*El arte no sólo
tiene precio
sino que
últimamente
parece su
componente
fundamental*

haya sido glorificado por los *expertos*, después ya puede engrosar las concurridas colas de los museos para observar los resultados de la criba.

Esta negativa a ejercer la crítica por parte de los críticos de arte, que ha convertido sus textos en ambigüedades vacías de contenido, tiene una explicación clara: las meteduras de pata de sus antecesores con los artistas del Impresionismo y el Cubismo. Así surge lo que denominamos el *síndrome de Van Gogh*, porque nadie se atreve a cuestionar nada después de que el pintor más cotizado en las actuales subastas no vendiera un sólo cuadro en su vida y fuera despreciado o ignorado por los críticos de su época. Nadie se arriesga a meter la pata de nuevo y, por lo tanto, todo vale.

Y si resulta extraño que se cuestione a un artista, qué decir de los resultados de su trabajo. Si como sostenía Duchamp arte es lo que el artista decide que lo sea, es obvio que todas sus realizaciones pasan automáticamente a ser obras de arte (bien es cierto, que hoy sabemos que ningún artista *dice* qué es arte hasta que no ha sido entronizado por la crítica y el mercado, que son, por lo tanto, quienes deciden en primera instancia). Quiere ello decir que todas las obras de un artista incuestionable reciben inmediatamente el mismo calificativo. No hay ya obras buenas, regulares o malas, sino sólo obras de tal artista. Esta es una de las explicaciones de que el coleccionismo de arte se haya convertido en coleccionismo de autógrafos. Se trata de coleccionar firmas y, por consiguiente, en la mayoría de las colecciones

de arte, públicas o privadas, encontraremos siempre los mismos nombres repetidos hasta la saciedad, independientemente de la calidad de las obras concretas adquiridas.

Como esta actitud acritica se ha convertido en seña de identidad del mundo del arte actual, todos callan incluso ante la evidencia. Y así podemos entender el silencio crítico o las alabanzas acriticas hacia una obra de tan escaso interés artístico como el *Monumento a la Tolerancia*.

Donde el acuerdo es absoluto es en la nula actualidad del viejo dicho: *el arte no tiene precio*. La inocencia se perdió hace ya mucho tiempo; y el arte no sólo tiene precio sino que últimamente parece su componente fundamental, el que más claramente identifica sus bondades. Así que si no se cuestiona al artista ni a su obra, tampoco parece razonable hacerlo con el precio. En consecuencia, deberemos pagar los más de 10.000 millones de pesetas, de las pesetas del conjunto de los ciudadanos y sin incluir los costes de la corrupción, que va a costar este monumento intolerable.

El trabajo en España

Ramiro Arbelo

El paro en España se convirtió en una de las preocupaciones más sentidas por el conjunto de la sociedad en las dos últimas décadas. A principios de 1980 los parados en nuestro país superaron el 10%. Y la situación se fue agravando hasta alcanzar su peor momento en 1994, instante en el que, según la Encuesta de Población Activa, los desempleados suponían el 24%. Cuando el PP llegó al gobierno, en el segundo trimestre del año 96, se encontraba en paro el 22% de la población activa. Los datos de finales del pasado año señalan un descenso de esta cifra hasta el 13,7%. El aumento del empleo ha sido notable desde el año 1994.

El crecimiento económico de estos últimos años –la incidencia de la política gubernamental no ha sido especialmente significativa en este terreno– ha provocado esta disminución de la cantidad de parados en España (los datos en Canarias son casi idénticos a la media nacional según el INE). No obstante, porcentaje de parados continúa señalando a nuestro país

como el que sufre el paro con mayor intensidad entre todas las economías desarrolladas; pero su descenso ha sido ciertamente importante, y la distancia con respecto a esas economías se ha reducido considerablemente. Es más, si nos fijásemos exclusivamente en la tasa de paro masculina (9,3%), se podría decir que la distancia con el resto de las economías europeas es ya escasa.

Sin embargo, esa cifra global esconde dos serios problemas que no han desaparecido: el elevado desempleo femenino que continúa existiendo, que alcanza el 20,2%, y la extrema dificultad de los jóvenes españoles para encontrar trabajo, como demuestra que la tasa de paro juvenil sea del 30%. Es decir, los españoles pueden encontrar trabajo hoy más fácilmente, mientras las españolas continúan teniendo muchas dificultades para encontrarlo, y entre los jóvenes el trabajo sigue siendo un bien muy escaso. Este desempleo juvenil generalizado –unido a la carestía de la vivienda– explica que los jóvenes españoles sean los europeos que más tardan en abandonar los hogares de sus progenitores: ellas primero, a los 27 años; y ellos después, a los 29.

Estas cifras sobre la mejora del desempleo nada nos dicen sobre la calidad o las condiciones de los puestos de trabajo creados. Durante estos años hemos escuchado continuamente las opiniones de quienes abogan por una liberalización del mercado laboral en España como la herramienta mágica para la creación de empleo. Deberíamos sacar la conclusión, por tanto, de que nos encontramos ante un mercado

Los españoles encuentran trabajo hoy más fácilmente, las españolas continúan teniendo muchas dificultades, y entre los jóvenes el trabajo sigue siendo un bien escaso

Los trabajos temporales suponen un tercio del total, una cantidad que duplica a la de cualquier país desarrollado y que triplica a la media de éstos

laboral ultrarregulado en favor de los trabajadores y de que la seguridad en el trabajo y los complicados requisitos para el despido son la norma en España.

Sin embargo, nada más alejado de la realidad. Hemos asistido en los últimos quince años a una precarización del trabajo y a la extensión de los 'contratos basura' hasta límites desconocidos en el resto de los países ricos. Los datos de la organización que los agrupa, la OCDE, así lo revelan: en España los trabajadores temporales suponen un tercio del total, una cantidad que dobla con creces a la de cualquier país desarrollado y que triplica a la media de éstos. A este dato hay que sumar que en España los trabajadores autónomos se acercan al 20% de la población activa y también duplican a la media del resto de esos países. Si a ello añadimos otras modalidades peculiares de contratación, la conclusión es que el empleo llamado 'no estándar' supone el 60% del trabajo en España, de nuevo la cifra más alta de la OCDE.

Quiere ello decir que sólo cuatro de cada diez españoles que trabajan disfrutan de un contrato indefinido en condiciones 'estándar'. O sea, que la precariedad y las condiciones de contratación 'peculiares' de los trabajadores españoles se han generalizado en los últimos años. Las relaciones laborales han sido transformadas por los gobiernos del PSOE y el PP con el objeto de favorecer la acumulación empresarial, eufemísticamente denominada competitividad. Es decir, se ha procurado hacer más competitivas a las empresas españolas precisamente en el

único apartado donde ya lo eran: en sus costes salariales, de los más bajos de Europa. Y el resultado ha sido que hay más españoles –sobre todo varones– trabajando en condiciones más precarias.

No obstante, la cifra de desempleo no indica la cantidad de ciudadanos que trabajan en un país, sólo la de los que buscan trabajo. Y por ello las cifras del nuestro enmascaran una situación mucho más preocupante: en España el trabajo es un bien bastante más escaso de lo que las cifras de parados dan a entender. Y el futuro de cualquier economía no puede desligarse de la cantidad de trabajo que se efectúa en ella.

Si nos fijamos en la proporción de la población en edad de trabajar –entre los 16 y los 64 años– que efectivamente lo hace en cada estado, comprobaremos que los países en los que trabaja un mayor porcentaje de la población activa coinciden con aquellos que disfrutan de un mayor bienestar económico. Es claro, veamos cuáles son los países en los que más gente trabaja: Suiza, donde lo hace el 79% (el 87% de los hombres y el 71% de las mujeres), en Noruega un 78% (82% y 74%), en Dinamarca un 75% (80% y 70%), en USA un 74% (80% y 67%), en Suecia un 72% (74% y 70%), en Canadá un 70% (74% y 64%)...

Pues bien, frente a esas cifras, en España sólo trabaja el 51% de la población potencialmente activa, es decir, solamente un español de cada dos en edad de trabajar. En consecuencia, aunque las cifras del paro mejoraran muchísimo, los españoles continuaríamos siendo la nación rica en la que menos ciudadanos trabajan. Dicho de

otra forma, para alcanzar lo que en ocasiones se ha llamado la 'convergencia real' con las economías más privilegiadas, resultaría obligado crear en nuestro país varios millones de puestos de trabajo en las próximas décadas.

En España, la ocupación masculina es significativamente inferior a las tasas de los países más desarrollados citados anteriormente: sólo el 67% de los hombres en edad de trabajar tienen un trabajo. No obstante, con una reducción del paro la tasa de ocupación masculina tendería a una cierta convergencia. Donde se encuentra la diferencia abismal entre esos países y el nuestro es en la cantidad de mujeres que trabajan: aquí sólo lo hacen el 35% de las mujeres en edad de trabajar. Es decir, en España trabajan la mitad de las mujeres que en los países más desarrollados. Por lo tanto, esos millones de puestos de trabajo, que la economía española debería establecer si quiere lograr una cierta 'convergencia real' con el mundo más desarrollado, tendrían que ser ocupados por las mujeres. La diferencia de sexo determina la configuración de nuestro mercado laboral. La discriminación o subordinación de las mujeres en España se ha convertido así en una seria dificultad para el incremento de la riqueza de esta sociedad. Deben considerarse dos aspectos claves para explicar el escaso número de españolas que tienen un trabajo remunerado: en primer lugar, España es el país desarrollado –junto a Japón e Italia– que destaca por su retraso en el proceso que está convirtiendo la familia patriarcal tradicional en una forma social minoritaria en las actuales

sociedades ricas; y en segundo término, el Estado del bienestar en nuestro país produce bastante menos bienestar que el del resto de los países citados. Situación diferencial que se ha agravado aún más en estos últimos años de gobierno de la derecha por el recorte del gasto social.

En este último aspecto, es cierto que resulta obligado contemplar la excepción que suponen los Estados Unidos: su Estado del bienestar es aún más raquítico que el español. Ahora bien, allí la desintegración de la familia patriarcal es una realidad: en 1995, las parejas casadas con hijos ya suponían tan sólo el 26% de los hogares norteamericanos. Más aún, si consideramos la versión más tradicional de la familia patriarcal, es decir, la pareja casada con hijos en la que la esposa es ama de casa, entonces ese 26% desciende hasta alcanzar exclusivamente el 7% de los hogares. Esta crisis de la familia tradicional ha obligado a las norteamericanas a salir en busca de trabajo remunerado: si en 1973 trabajaba fuera de casa el 48% de la población activa femenina, veinticinco años después, en 1998, ya lo hacía el 67%*. A ese fenómeno tenemos que añadir, por una parte, la igualdad y la autonomía lograda por las mujeres norteamericanas de las clases media y alta tras años de lucha de un potente movimiento feminista y, por la otra, la perentoria necesidad de trabajar de las norteamericanas pobres provocada por las indecentes desigualdades que produce un capitalismo tan desregulado como el estadounidense.

El caso de las mujeres de los países nórdicos, Suiza o Canadá, es

***Somos la nación
rica en que
menos
ciudadanos
trabajan:
solamente un
español de cada
dos en edad de
trabajar***

* Estos datos proceden de *El poder de la identidad*, segundo volumen de *La era de la información*, de Manuel Castells, Alianza Editorial, Madrid, 1998.

Es en las categorías más altas y en los sectores económicos de mayor proyección donde la presencia femenina se acrecienta a más velocidad

diferente. Son las sociedades más igualitarias del planeta, tanto desde una perspectiva de clase como de sexo, y su Estado del bienestar proporciona el apoyo necesario para que las mujeres, emparejadas o no, puedan salir a trabajar sin que su retaguardia se convierta en un infierno. O lo que es lo mismo, pueden trabajar mientras que sus hijos –la mitad de los cuales nace ya fuera de la institución del matrimonio– están suficientemente protegidos por ese Estado del bienestar.

España continúa siendo diferente: la resistencia de la familia patriarcal y la consiguiente subordinación de las mujeres, más la ausencia de unos servicios sociales dignos de tal nombre, que hagan más llevadera la crianza de los hijos, provocan que en nuestro país sólo trabajen una de cada tres mujeres en edad de hacerlo y que, en consecuencia, seamos la nación desarrollada donde menos personas trabajan. Si a estas dificultades para la incorporación de las mujeres al trabajo remunerado le unimos el altísimo paro juvenil y, por tanto, la dificultad de los jóvenes españoles para emanciparse, la consecuencia debería resultar obvia: son muchas las mujeres españolas que renuncian a tener hijos. Así nuestro país ha llegado a presentar la tasa de natalidad más baja de todo el planeta.

Esta carencia de nuestro modelo laboral supondrá una limitación en la nueva economía global que se está construyendo, en la que la aportación femenina se demuestra vital. De hecho, en la ‘economía de la información’ –de la que tanto se habla mientras se extiende por el planeta– el empleo de

las mujeres crece vertiginosamente. Es cierto que las mujeres siguen percibiendo salarios un 30% inferiores a los de los hombres, y que buena parte de su empleo reglado tiene lugar en los escalones inferiores de la pirámide ocupacional o en el sector asistencial –medicina, educación, etc.–. Pero no suele constatarse la importancia de que sea en las categorías más altas –profesionales, técnicos y ejecutivos– y en los sectores económicos de mayor proyección donde la presencia femenina se acrecienta a mayor velocidad en los últimos tiempos. No deberían caber muchas dudas sobre la generalización a corto plazo del éxito de la lucha de las mujeres por la igualdad real en las economías desarrolladas.

Si los españoles queremos lograr la ‘convergencia real’ con el resto de los países de la Unión Europea necesitaremos más Estado del bienestar y no menos (a no ser que queramos incorporar a la excepción estadounidense definida por su tremenda desigualdad). Y sobre todo, estaremos obligados a procurar que la igualdad de hombres y mujeres en nuestro país deje de ser sólo jurídica y pase a ser real, para que las españolas puedan incorporarse masivamente al mercado laboral. Es decir, que un elemento fundamental para el futuro desarrollo económico de España es que el feminismo se convierta en un valor generalizado entre los españoles.



Crecimiento turístico y contestación social

Ginés Díaz Pallarés

Jorge Marsá

Explosión turística en la Reserva de la Biosfera

La conveniencia de detener o disminuir el crecimiento turístico es una idea debatida en Lanzarote hace ya bastantes años. Parece formar parte del paisaje social, hasta el punto de que la existencia de ese debate ha llevado a algunos a la conclusión de que la experiencia lanzaroteña es un modelo a exportar o, incluso, de que la propia situación de Lanzarote es un espejo en el que deberían mirarse el resto de las Islas. La realidad, como siempre, tiene escasa relación con lo que se propaga: la masificación turística en Lanzarote se revela superior a la de la media del Archipiélago, tanto si atendemos al territorio como si nos fijamos en la población. En el conjunto de Canarias existen 48 camas turísticas por Km², en Lanzarote ascienden a 71; por cada canario llegan 7,5 turistas al año, por cada lanzaroteño arriban 17,5.

El debate sobre la contención del crecimiento ha tenido dos momentos estelares, los que precedieron a la aprobación del PIOT en 1991 y a la “Moratoria”, aprobada definitivamente el pasado año. La consecuencia más destacable fue idéntica en ambos casos: la explosión de la construcción de alojamientos turísticos en la Isla. El PIOT tuvo su principal virtud en la limitación de la concentración turística a tres enclaves: Puerto del Carmen, Costa Teguise y Playa Blanca. Y su gran defecto fue que no sirvió para contener el crecimiento, pues permitía un incremento de los alojamientos superior al que el mercado ha podido construir hasta hoy.

En Canarias existen 48 camas turísticas por Km², en Lanzarote ascienden a 71; por cada canario llegan 7,5 turistas al año; por cada lanzaroteño arriban 17,5

Por lo que se refiere a la ‘Moratoria’, estamos aún en la etapa de construcción desaforada –aunque ya en su fase descendente– y, por lo tanto, las conclusiones son aún relativamente provisionales. Supone, eso sí, un paso adelante con respecto al PIOT en lo que a la cantidad de camas se refiere, si atendiéramos exclusivamente al número publicitado. Pero las miles de camas aprobadas previamente y la chapuza sobre la construcción residencial en núcleos turísticos abren un gran resquicio por el que van a entrar varios miles de alojamientos. No obstante, la principal debilidad de la ‘Moratoria’ es el escaso respeto por la legalidad de las instituciones insulares. No parece fácil ser optimista sobre el comportamiento de los ayuntamientos a este respecto, ni sobre la voluntad del Cabildo para hacer cumplir su propia legalidad.

La principal debilidad de la ‘Moratoria’ es el escaso respeto por la legalidad de las instituciones insulares

Las medidas arbitradas para contener el crecimiento turístico en Lanzarote no han servido para atenuar el ritmo de la construcción. La cantidad de alojamientos edificados ha sido, exactamente, la que el mercado ha ido asumiendo. Algunas camas tuvieron que cambiar de lugar, pero ni una sola se dejó de construir. Sin embargo, se dice que hoy estamos más cerca del momento en el que sea posible parar, en el que la propaganda ceda paso a la realidad. En nuestra opinión es cierto. También lo es que, probablemente, no era posible parar hasta ahora debido a la ausencia de una mayoría social suficiente. Pero no debemos olvidar que el precio ha sido notable: Lanzarote se ha consolidado como un destino turístico claramente masificado, en el que el llamado ‘turismo de calidad’ es, simplemente, *el sueño de una noche de verano* y la sostenibilidad del desarrollo se ha vuelto aún más precaria.

No fue posible parar

¿Por qué no se ha podido detener ni disminuir el crecimiento? Las responsabilidades son múltiples; la historia no puede resumirse en una confrontación entre buenos y malos. A lo largo de las tres últimas décadas, la economía lanzaroteña dejó de estar sustentada en la agricultura, la pesca y la ganadería para pasar a depender completamente del turismo; la sociedad lanzaroteña dejó atrás la pobreza y se instaló en la riqueza. Este proceso ha tenido lugar –no podía ser de otra manera– con el apoyo de la inmensa mayoría de la sociedad. El sector social contrario a la excesiva dependencia del turismo y a las consecuencias de un crecimiento desmesurado fue insignificante durante la década de los setenta, aumentó, con el crecimiento, en la década de los ochenta, y se hizo ya importante con el estallido de la construcción a finales de los noventa.

En estos últimos años las encuestas revelan que el 80% de la población insular se muestra partidario de la detención o ralentización del crecimiento turístico. Y apenas hay alguien que sea proclive a que el crecimiento continúe al ritmo que el mercado imponga. A pesar de lo cual, en la Isla se ha producido en los últimos tres años una increíble aceleración del crecimiento de los alojamientos turísticos. ¿Cómo es posible que haya sucedido precisamente en una sociedad que se pronuncia tan abrumadoramente en contra?

La mayor responsabilidad por la explosión de la construcción turística de estos tres últimos años recae sobre el equipo formado por ASOLAN y Coalición Canaria. Desde el primer momento, su batalla contra la ‘moratoria’ fue directa y de calado; las declaraciones sobre su apoyo a otras formas de detener el crecimiento eran mera propaganda para contrarrestar la impopularidad de sus posiciones. Recientemente, este sector ha recurrido a denunciar la ‘conspiración’ contra el municipio de Yaiza. No es una cuestión de conspiraciones ni conjuras: durante este período un sector del empresariado canario, con el apoyo de CC, ha tratado de boicotear cualquier intento de contener el crecimiento que perjudicara sus expectativas de negocio en Playa Blanca. Y esta actuación ha sido defendida por quienes –como Rafael Lasso o el alcalde de Yaiza– no han tenido empacho en, a la vez que hablaban de desarrollo sostenible, reconocer que proponían un crecimiento de unas quince mil camas turísticas en Playa Blanca con el fin de alcanzar la masa crítica necesaria para que fueran rentables los servicios complementarios que, en su opinión, requiere un destino turístico de ‘calidad’.

La nueva actuación de este equipo político-empresarial al defender la propuesta más grave que se ha hecho últimamente contra la sostenibilidad del desarrollo lanzaroteño, la ampliación del puerto de Playa Blanca, vuelve a revelar su apuesta por el crecimiento. La supeditación de CC a los intereses de este sector empresarial está originando una crisis en este partido, al ir percibiendo la opinión pública que CC se ha constituido en el principal escollo para la detención del crecimiento en el ámbito de la política insular.

Desde una posición mucho más silenciosa y, por lo tanto, con menor repercusión social, el PIL ha tratado de impedir que la contención del crecimiento afectara al municipio de Tegüise, necesitado de las entradas económicas que las licencias proporcionan ante la descomunal deuda contraída como consecuencia de las alegrías populistas de muchos años. No obstante, los efectos han sido más leves porque se producen en un municipio cuyas expectativas de

Lanzarote se ha consolidado como un destino turístico claramente masificado, en el que llamado ‘turismo de calidad’ es ‘el sueño de una noche de verano’

crecimiento no pueden ser ya tan elevadas como las de Yaiza. También parece posible pensar que haya influido, tanto en su menor responsabilidad como en su discreción pública en esta contienda, un mayor *olfato* político para apreciar la creciente oposición de buena parte de la población a la continuidad del crecimiento.

La actuación del PSOE no tiene tanta relación con la obtención de licencias, pues el municipio que gobierna tiene casi agotadas sus expectativas de crecimiento. En Tías, el Ayuntamiento y ASOLAN se han dado por satisfechos con las camas necesarias para rentabilizar el campo de golf previsto. Sin embargo, el PSOE, que no tuvo inconveniente en hacer su campaña electoral del 99 con la 'Moratoria' por bandera, está obligado a responsabilizarse de las funestas consecuencias provocadas por la forma en que se arbitró la medida. El problema fundamental de la 'Moratoria' no es tanto que, en realidad, no lo fuera, como que se anunciara durante meses, alertando a todos los propietarios de suelo sobre la urgencia de consolidar sus derechos solicitando nuevas licencias de construcción. Esta chapuza ha colaborado decisivamente a la explosión de la construcción que vive Lanzarote, y no puede alegarse ignorancia o inexperiencia, pues se ha reproducido la experiencia del PIOT.

Esa responsabilidad debe ser compartida por el equipo técnico que elaboró la *Estrategia Lanzarote en la Biosfera*, cuya 'medida estrella' era la 'Moratoria'. Técnicos que se consideran tan cualificados tendrían que haber previsto esa explosión en la solicitud de licencias y, por lo tanto, haberla evitado. Menor importancia tienen las erróneas previsiones que realizaron sobre un futuro insular que, en su opinión, permitía una cierta continuación del crecimiento o la aceptación de miles de camas residenciales que hoy ya se reconoce que acabarán en su mayoría en el mercado turístico.

Algunos son partidarios de acabar aquí: las responsabilidades son siempre de los grandes empresarios y de los políticos; el *pobre pueblo*, simplemente, sufre las consecuencias. No compartimos esa perspectiva tan simple. En nuestra opinión, la mayoría de la sociedad lanzaroteña dio la bienvenida al crecimiento turístico que permitía abandonar la pobreza. Los partidarios de parar han constituido durante años una minoría; si bien es cierto que una minoría creciente. Además, cualquier análisis de la sociedad debe partir de la premisa de que los miembros que la componen no son deficientes mentales. Es curioso que, en ocasiones, quienes más abogan por la participación social sean los que más hincapié hacen en la manipulación de los ciudadanos por el 'poder' y los medios de comunica-

¿Cómo es posible esta explosión del crecimiento en una sociedad que se pronuncia tan abrumadoramente en contra?

ción. Y si los ciudadanos resultan tan fácilmente manipulables, parece poco razonable tanto énfasis en su participación en la gestión de la cosa pública. Por otra parte, esa visión revela un elitismo desmedido: la mayoría, ignorante, es manipulada; ‘nosotros’, inteligentes, nos damos cuenta y lo denunciamos.

Insistimos en la necesidad de reconocer a los lanzaroteños su mayoría de edad y la inteligencia suficiente, pues una conclusión diferente nos trasladaría a derroteros escasamente democráticos. Y la mayoría de los lanzaroteños ha elegido durante años que la prioridad era crear riqueza, y que esa riqueza la producía la industria turística. Es cierto que el voto cada cuatro años no colma las aspiraciones de participación democrática de muchas personas, pero también lo es que el voto no debe ser minusvalorado. Y durante años se ha estado votando a los responsables políticos de impulsar el crecimiento, a veces más cuanto más corruptos. Hasta el punto de que en Lanzarote, desde hace muchos años, las únicas instituciones a las que los ciudadanos conceden mayorías absolutas y reiteradas son los tres ayuntamientos turísticos de la Isla. El crecimiento turístico y las licencias de construcción –y no los candidatos, que han cambiado– han constituido la única garantía de que el apoyo ciudadano fuera mayoritario y constante.

El desarrollo sostenible: una apropiación indebida

Como se ha dicho tantas veces, el número de alojamientos turísticos no es la única característica de la insostenibilidad insular; el desarrollo necesita de serias correcciones en otros aspectos. En Lanzarote el término *desarrollo sostenible* se ha desgastado de tanto usarlo. Y se llega a hablar en ocasiones de la necesidad de *profundizar* en el desarrollo sostenible, como si se calificara una situación ya existente.

Sin embargo, la realidad es justamente la contraria: Lanzarote es un claro paradigma del crecimiento insostenible que caracteriza a las sociedades ricas del planeta. La creencia en que aquí se ha hecho mejor que en las otras Islas no resiste un análisis serio de lo realizado. Lanzarote es, junto a Fuerteventura, la Isla canaria con una situación más insostenible, si consideramos los aspectos ecológicos que deberían acompañar al desarrollo económico. Además, en Lanzarote no se ha tomado jamás ninguna medida o se ha practicado actuación que tenga relación con el desarrollo sostenible. En ninguno de los *sectores ambientales clave* –energía, agua, transportes o residuos–, existe indicio alguno que diferencie nuestra situación de la que se debe calificar como crecimiento insostenible.

La mayoría de la sociedad lanzaroteña dio la bienvenida al crecimiento turístico que permitía abandonar la pobreza

El crecimiento turístico y las licencias han constituido la única garantía de que el apoyo ciudadano fuera mayoritario y constante

En cuanto a los ecosistemas y la biodiversidad insular, su estado delata la calidad de las actuaciones.

¿De dónde ha surgido entonces esa desmesurada afición a la utilización demagógica del término desarrollo sostenible en la Isla? Por una parte, producto de la conciencia de la insostenibilidad del modelo lanzaroteño: las apelaciones al desarrollo sostenible indican justamente de lo que carecemos. Por otra, la preocupación de la mayor parte de la sociedad por la imagen turística nos lleva a ofrecer lo que sabemos que sectores importantes de nuestros mercados turísticos están deseando escuchar. Y por último, una estrecha visión del desarrollo sostenible que pone el acento en la cosmética, tan sólo en el cuidado del paisaje y en que la construcción no se eleve y esté bien ajardinada.

Los grandes paradigmas de la sostenibilidad lanzaroteña han sido los programas complementarios del PIOT y de la *Estrategia Lanzarote en la Biosfera*. Pero lo cierto es que esos programas, que a pesar de sus limitaciones trataban de ir más allá de la cosmética, sólo han cumplido el papel de folleto propagandístico hacia afuera y hacia adentro. Jamás ninguno se ha desarrollado. En la industria turística la conducta ha sido la misma, alumbrando chistes ‘sostenibles’ como los *Biohoteles*. Estas actuaciones, unidas a la declaración de la Isla como Reserva de la Biosfera han servido para vender una imagen de Lanzarote completamente alejada de la insostenible realidad. Mientras hablamos de contener el crecimiento, la Isla experimenta una auténtica explosión de la construcción. Mientras la preocupación porque nuestras construcciones estén todas pintadas de blanco se extiende, la mayoría de los municipios carecen incluso de normas urbanísticas. Mientras nos dedicamos a decorar los bordes de las carreteras, el transporte público continúa siendo una utopía. Mientras hablamos de nuestro cuidado paisaje, ninguno de los espacios naturales tiene siquiera su plan de uso y gestión. Mientras hablamos de nuestra biodiversidad única, *desmontamos* la Unidad de Medioambiente encargada de cuidarla. Mientras nos referimos a la contaminación de los otros, aumenta la nuestra, producto del desmesurado incremento del consumo energético, del tráfico aéreo, de los vertidos incontrolados y de los residuos sin reciclar. Mientras hablamos de la cultura del agua, la fabricamos con petróleo y la despilfarramos como nunca. En resumen, mientras hablamos de desarrollo sostenible, nos esforzamos para que no decaiga el crecimiento insostenible.

El proceso comienza en Canarias

El debate sobre el crecimiento turístico ha comenzado, por fin, a tener consecuencias prácticas en el resto de Canarias. Es cierto que ha empezado de la misma forma chapucera y demagógica con que lo hizo en Lanzarote. De nuevo, se ha llamado ‘moratoria’ a una medida que en absoluto impide el crecimiento turístico, de nuevo ha sido acompañada por la explosión de la solicitud de licencias de construcción, y de nuevo hemos escuchado la misma cantinela sobre el desarrollo sostenible.

Ahora bien, las respuestas a las medidas del Gobierno canario en Lanzarote, y el contraste con las producidas en las otras Islas, dan la razón a quienes sostienen que esta Isla se encuentra más preparada para afrontar de una vez la detención del crecimiento turístico. Al margen de la lógica adulación del tándem ASOLAN-CC a las medidas arbitradas, casi todo el mundo en Lanzarote es consciente de que las aspiraciones de la sociedad insular se encuentran bastante más allá de esta nueva chapuza.

No resulta muy aventurado pronosticar que en el resto del Archipiélago el debate y las actuaciones van a ser similares a las que se produjeron en Lanzarote en el pasado, mientras que aquí la pretensión de ir un paso más allá alimenta las esperanzas de un sector significativo de la sociedad. Y no creemos que esas esperanzas sean, ahora, desmesuradas: el debate en Canarias, las medidas del Gobierno y la presión social en la Isla deberían plasmarse en soluciones jurídicas a nivel autonómico que permitan detener el crecimiento. Porque el objetivo de que no se construya ‘ni una cama más’ en Lanzarote se va asumiendo –quizá por primera vez– por la mayoría de la sociedad. De hecho, los sectores más dinámicos comienzan a anticipar los dos pasos siguientes: la disminución del parque alojativo y el freno a las nuevas formas de colonización del territorio que se presentan bajo la etiqueta del ‘turismo de calidad’.

La nueva estrategia turística

La posibilidad de parar en Lanzarote es real, incluso los más ávidos empresarios son conscientes de que resulta imposible ofrecer a la sociedad lanzaroteña un modelo basado en el crecimiento cuantitativo de la oferta alojativa. La consecuencia ha sido la creación de un nuevo paradigma que permita continuar la expansión territorial de la industria turística: el ‘turismo de calidad’ es ahora –y lo será en los próximos tiempos– la justificación obligada.

Este artículo no pretende abordar con profundidad ese debate. Pero conviene decir que si por ‘turismo de calidad’ se entiende lo que

En Lanzarote no se ha tomado jamás ninguna medida o se ha practicado actuación que tenga relación con el desarrollo sostenible

quieren que entendamos, es decir, que dejen de venir a la Isla turistas de clase obrera y a cambio recibamos a gentes de dinero, entonces nos están proponiendo un imposible. No se puede masificar turísticamente el territorio y pretender después que los visitantes no perciban esa masificación. Los ricos –salvo los horteras del mundo del espectáculo– buscan sitios ‘diferentes’ a los que ir; y ‘diferentes’ quiere decir que no tengan que coincidir con 70.000 turistas en 845 Km². Bien es cierto que entre ricos y obreros existe una importante franja social intermedia en los países europeos; pero cuanto más arriba están en esa franja más les ocurre lo mismo: les molesta tener que hacer una cola del quince para poder meterse en una guagua y que les enseñen Timanfaya.

Así que la ‘calidad’ de los turistas debería ser objeto de un análisis serio y reposado. Aunque parece obvio que los interesados en esos parques temáticos de los que se habla en Lanzarote serían los de menor ‘calidad’, pues las dimensiones del mercado no permiten competir con los grandes parques temáticos que se construyen por el mundo.

Respecto a la fiebre del golf, convendría, lo primero, recordar que en la Isla existe un campo y, después, comprobar que nunca ha habido bofetadas por utilizarlo. El argumento de que hacen falta media docena de campos para que la cosa funcione recuerda al de Playa Blanca: necesitamos 20.000 camas para conseguir ‘turismo de calidad’. Convendría ir a Andalucía y ver lo que ocurre con la teoría de la media docena, observar la cantidad de campos de golf construidos e infrautilizados en aquella comunidad. Tampoco parece muy inteligente que toda la estrategia turística consista en hacer exactamente lo mismo que ya se han planteado la mayoría de los destinos turísticos. Además, va a resultar un poco duro contarles a los alemanes que la excelencia del desarrollo sostenible consiste en llenar el desierto de césped para regodeo de unos pocos. Aunque, en realidad, la discusión debería ser otra: si el golf es la solución mágica, estarán ustedes de acuerdo en que el campo por sí mismo tiene que ser rentable, por lo tanto, la construcción turística o residencial aneja no resulta imprescindible. Y si no les dejamos edificar los alojamientos, ¿cuántos campos de golf se construirían?

Las nuevas modalidades turísticas que se proponen tienen una característica común: consumen una enorme cantidad de territorio, de ese territorio que se califica tan a menudo como frágil y escaso. Una de las formas de consumir territorio, y acabar con la virtud fundamental del PIOT, es extender el turismo por toda la Isla. Esa

*Va a resultar
duro contarles a
los alemanes
que la
excelencia del
desarrollo
sostenible
consiste en
llenar el
desierto de
césped para
regodeo de
unos pocos*

sería la consecuencia obvia de la propagación del turismo rural que se propone entre las ofertas de 'calidad'.

La última de las propuestas de 'calidad' se refiere a los puertos deportivos, actuaciones dirigidas al territorio más demandado: el litoral. Se ha comentado últimamente que apenas se han concedido autorizaciones para la construcción de puertos deportivos en los últimos años. Puesto que no nos encontramos en un país que se caracterice por su respeto al medioambiente, resulta obligado pensar que las consecuencias de estos puertos deben ser de consideración. Si no fuera así, la única explicación sería que nadie los pide porque no son negocio. En realidad, lo son; no tanto en sí mismos, como por la cualificación que añaden a los alojamientos que se construyen a su alrededor. Esa es la causa de que puertos deportivos y masificación turística sean compañeros prácticamente inseparables. Esa es la causa de que en Lanzarote se intente construir un puerto deportivo en Berrugo, entre las miles de camas que se edifican en Playa en Blanca, y se destroce el litoral, en lugar de hacerlo en Puerto Naos, donde su construcción aparejaría, al contrario, una cierta mejora de un litoral muy deteriorado.

Existe una forma de 'turismo de calidad' evidente y cuyos resultados están contrastados y asegurados: la disminución de la oferta alojativa, pues disminuyendo la oferta suben los precios. Pero suben todos, no sólo los de las escasas plazas asociadas a costosas ofertas de ocio. Y si suben todos, los beneficios para la economía son seguros e infinitamente más importantes que los que hipotéticamente podrían producir los modelos que se plantean. Además, esta forma de 'cualificar' el turismo es, casualmente, la única que podría considerarse compatible con el desarrollo sostenible.

El espacio de la contestación

A pesar de todo lo escrito hasta aquí, se dice que en Lanzarote existe una conciencia de la crisis ecológica y de la necesidad de detener el crecimiento turístico entre la población claramente superior a la del resto del Archipiélago y a la de no pocos lugares de la Península. También se sostiene que esa conciencia –más preocupada por el crecimiento turístico que por la crisis ecológica– ha alumbrado una cierta riqueza asociativa en la sociedad insular. Nos parece cierto; y no creemos que resulte contradictorio con la insostenibilidad radical del modelo lanzaroteño.

Esa insostenibilidad es tan evidente que constituye la primera explicación a la existencia de esa conciencia y esos colectivos sociales. La segunda es que el propio movimiento por la detención

Mientras hablamos de contener el crecimiento, la Isla experimenta una auténtica explosión de la construcción

del crecimiento que, aunque minoritario, ha sido una constante desde hace veinte años, ha contribuido también a conformar la sociedad. En este terreno, destacan nombres propios como el de Manrique o colectivos como El Guincho. En tercer lugar, los procesos abiertos desde el poder político –PIOT y ‘Moratoria’– han alimentado la conciencia, y la discusión de los programas complementarios ha servido para enriquecer a la sociedad y ampliar el bagaje de los sectores más comprometidos; el propio fracaso de las actuaciones contribuye a acentuar la sensibilidad, pues la realidad revela la ausencia de una auténtica voluntad de afrontar una transformación que, previamente, se ha demostrado imprescindible.

Sin embargo, estos colectivos nunca han sido suficientemente fuertes como para detener la deriva populista de los cuatro partidos con representación institucional significativa, que se ha convertido prácticamente en la norma de actuación desde hace ya unos tres lustros. Además, la obsesión de estos políticos por el control social ha convertido a ciertos colectivos en meros apéndices de la política de partido, y ha logrado que las disensiones en el espacio asociativo sean, en no pocas ocasiones, reflejo de la lucha entre los partidos por el espacio electoral y mediático. También tiene su importancia el que algunos miembros significativos de los colectivos hayan terminado trabajando para la administración, diluyendo su compromiso social ante la dificultad que siempre acarrea compaginar el trabajo institucional con las visiones alternativas. Este conjunto explica que nunca se haya producido la *conexión* entre el espacio alternativo y un sector de la política institucional, que suele ser la mecha de la transformación social. Un síntoma tanto de que la fortaleza del sector alternativo no es excesiva como de la escasez de luces de la actuación política.

El Foro Lanzarote

En el ámbito de los movimientos sociales, el acontecimiento más importante de los últimos tiempos ha sido el Foro Lanzarote, que ha sabido asociar los esfuerzos de gentes diversas y centrarlos en un asunto concreto: el puerto deportivo de Berrugo, donde se conjugan dos de los grandes problemas a los que nos hemos referido: la masificación turística tradicional –ahora en Playa Blanca– y las nuevas fórmulas propuestas bajo la denominación de ‘turismo de calidad’. Además, nos encontramos ante una intervención cuyos propietarios son los conocidos representantes del sector empresarial que más esfuerzos ha hecho para impedir que se detenga el crecimiento turístico. Puede decirse, si dejamos a un lado los abalorios

El debate en Canarias, las medidas del Gobierno y la presión social en la Isla deberían plasmarse en soluciones jurídicas a nivel autonómico que permitan detener el crecimiento

identitarios, que el Foro ha escogido con acierto el núcleo de su actividad –aunque no conviene olvidar que el principal problema para el futuro desarrollo insular lo constituye la propuesta de ampliación del puerto de Playa Blanca–.

Y sobre ese núcleo, ha sabido armar una contestación, orientada sobre todo a los medios de comunicación, cuyos resultados han sido ciertamente notables. Con una participación no muy numerosa (en Berrugo nunca se concentraron más de 250 personas –que no es poco– y el resto de las actuaciones las llevaron a cabo pequeños grupos), han sido capaces de obtener un eco en los medios y, en consecuencia, una presencia social muy significativa, que además ha contribuido, lógicamente, a consolidar el propio Foro.

Debemos felicitarnos por la aparición de este movimiento; no obstante, sus actuaciones vienen acompañadas, en ocasiones, de algunas actitudes que, en nuestra opinión, resultan inquietantes para el fortalecimiento del sector crítico o alternativo de la sociedad insular. Sin ánimo de ser exhaustivos, trataremos de describir algunos de esos aspectos que a veces alimentan nuestra preocupación.

Populismo. Hablamos de una forma de hacer política que, en resumen, consiste en formular las posiciones propias como si lo fueran del conjunto de la sociedad, cuya diversidad trata de eludirse al transformarla en algo más orgánico, más manejable, en *pueblo*. En algunos momentos el Foro se arroga esa representación del *pueblo*: “que nuestros gobernantes escuchen la voz del *pueblo*, de los que aquí estamos”, decían en la proclama de la manifestación del 29 de diciembre, leída a unos mil lanzaroteños de los 105.000 que residen en la Isla. Manifestación que, aseguraban, “refleja una parte de la gran fractura social que existe entre el *pueblo llano* y ellos” (los gobernantes). Esta actitud, típicamente antidemocrática, que pretende representar las ‘auténticas’ aspiraciones del *pueblo* –o en un populismo más de ‘descamisados’ del *pueblo llano*– se revela además contradictoria con la pretensión de ocupar un espacio social radical y alternativo, es decir, minoritario. Difícilmente los radicales, los antisistema, representarán las ambiciones de la mayoría de la sociedad, especialmente cuando hablamos de una sociedad rica y bastante satisfecha. Tiene razón el Foro al denunciar que no es de recibo que a quienes pretenden participar en la construcción social se les conteste desde las instituciones con la frase: “preséntese usted a las elecciones”. Pero una cosa es participar y otra, muy distinta, pretender representar al *pueblo*, a la mayoría de la sociedad, para lo cual sí parece imprescindible presentarse a las elecciones.

La única forma de ‘turismo de calidad’ cuyos resultados están asegurados es la disminución de la oferta alojativa, pues provocan la subida de los precios

Nunca se ha producido la 'conexión' entre el espacio alternativo y un sector de la política institucional, que suele ser la mecha de la transformación social

Los medios de comunicación. El Foro ha planteado la campaña de Berrugo claramente orientada hacia los medios de comunicación, como decíamos; sin embargo, su análisis de los medios no sobresale por su brillantez: “no es nada nuevo que la historia de los medios de comunicación es la historia de las clases dominantes por transmitir la realidad virtual que le viene bien a sus intereses económicos”. No vamos, ahora, a tratar de discutir una visión tan simplista de los medios; pero sí resulta obligado resaltar la contradicción que supone catalogar a los medios como lacayos al servicio del capital y, luego, quejarse porque no amplifican las luchas contra ese capital. A veces parece que los radicales se niegan a asumir las consecuencias de la radicalidad que predicán. Por otra parte, dada la proyección obtenida por el Foro, sostener que ha existido una “una censura... de la que el franquismo se sentiría orgulloso” indica una notable falta de memoria sobre lo que fue el franquismo.

Victimismo. El portavoz del Foro nos decía un día: “algo hay que hacer por este *pobre pueblo*”. No hay que pensar mucho para ver que si existe una característica clara de este *pueblo* es su riqueza. Basta con echar un vistazo al planeta y a cómo viven sus 6.000 millones de habitantes para comprobarlo. Como hemos dicho, una parte, mayoritaria, de la sociedad lanzaroteña ha participado y se ha beneficiado del crecimiento económico reciente –lo que es para felicitarse–. La historia de Lanzarote, vista como el resultado de la manipulación del *pobre pueblo* por cuatro empresarios y políticos es, simplemente, una distorsión de la realidad producida por los prejuicios ideológicos. Los lanzaroteños no son víctimas sino, muy al contrario, grandes beneficiarios de un proceso económico que han apoyado. Por supuesto, el reparto de la riqueza generada ha sido desigual; pero las víctimas de hoy en esta Isla tienen casi todas una característica común: no han nacido en Lanzarote.

La inmigración. La conjunción de populismo y victimismo, más la obsesión identitaria, han hecho posible que sectores del Foro fueran más comprensivos con el impresentable comportamiento de algunos de ‘los nuestros’ que solidarios con los más necesitados, los inmigrantes. De hecho, el texto del Foro que convocaba a la manifestación de diciembre pasado comenzaba destacando en primer lugar el fenómeno de la inmigración, falseando, además, los datos reales. Porque es falso que “la población residente de la Isla se haya doblado en apenas 10 años”. Falso también que lo sucedido en Lanzarote sea “un *inaudito* fenómeno de crecimiento demográfico propio de las economías de burbuja: crecen rápida-

mente y acaban explotando”. En primer lugar, el fenómeno se ha repetido tantas veces, y con la misma o mayor intensidad, que es mucho más frecuente que *inaudito*; y en segundo término, parece que las economías que crecen tan rápidamente, acompañadas de fuertes incrementos poblacionales, no sólo no *acaban explotando*, sino que prácticamente todas se han consolidado.

Catastrofismo. Claro que ésta no ha sido, ni mucho menos, la única de las exageraciones cometidas con el objetivo de dramatizar la situación de la sociedad lanzaroteña. También es rotundamente falso que “en apenas 20 años [Lanzarote] se ha colocado a la cabeza mundial en la relación coches/habitantes, en densidad de carreteras asfaltadas o en consumo de agua y energía”. Es cierto que el modelo de crecimiento lanzaroteño muestra claramente su insostenibilidad ecológica, pero parece excesivo sostener que la consecuencia “de esta dinámica de crecimiento es que podemos llegar a pasar hambre”. La caracterización psicológica de la población lanzaroteña resulta asombrosa: “vivimos con una competitividad enfermiza, desconfiamos hasta de nuestra sombra, necesitamos de terapias, gurús o tranquilizantes para poder dormir...”, situación que provoca “altísimos índices de enfermos mentales y suicidios”. Problemas no faltan, pero no parece que la situación de la población insular se aproxime mucho a este apocalipsis.

Los prejuicios ideológicos. Marx llamaba falsa consciencia a la ideología, a los prejuicios con los que se trata de encasillar o reconstruir la realidad para que se amolde a una construcción ideológica previa. En los ejemplos anteriores hemos podido observar cómo funciona esa deformación de la realidad: comienza por empobrecer el análisis de la sociedad y acaba haciéndolo con las luchas por transformarla. Llega un momento en que un par de frases demagógicas medianamente hiladas sustituyen cualquier análisis comprensible o racional. Veamos un ejemplo: “¿Qué es turismo de calidad?: con el beneplácito de nuestros dirigentes políticos, la avaricia de unos pocos ricos por seguir llenándose el bolsillo ha decidido que este territorio sea robado al *pueblo* y se destine para su disfrute privado y exclusivo”. Si el primer paso para transformar una realidad es comprenderla lo mejor posible, está claro que éste no es el camino para explicarle a alguien “¿qué es el turismo de calidad?” La realidad se aleja, se esconde tras esa falta de rigor en el análisis, tras los prejuicios ideológicos que impiden comprenderla.

Sectarismo. No son pocos quienes piensan que sus creencias, su ideología, garantizan su razón. Y el que no comparte esa razón

En el ámbito de los movimientos sociales, el acontecimiento más importante de los últimos tiempos ha sido el Foro Lanzarote

queda estigmatizado, convertido en enemigo. El intento de reconstruir la historia para eliminar los rastros de la discrepancia y del discrepante constituye una manifestación típica de este fenómeno. El portavoz del Foro ha tratado, por ejemplo, de apropiarse del terreno de la contestación al crecimiento con tal exclusividad que está construyendo su relato del pasado con el objetivo de eliminar el rastro de El Guincho de la historia reciente (*Canarias*7, 29 de diciembre de 2000). Y es que el sectarismo genera siempre una notable cortedad de miras, en este caso incomprensible por cuanto que quienes dirigen el Foro son las mismas personas que lideran hoy El Guincho.

Las actuaciones del Foro vienen acompañadas, en ocasiones, de algunas actitudes que resultan inquietantes para el fortalecimiento del sector crítico de la sociedad

Lo mismo ocurre con la obsesión que parecen sufrir ciertos integrantes del Foro con la figura de Enrique Pérez Parrilla, encarnación de todos los males posibles. Es cierto que sus responsabilidades en los resultados prácticos de la implementación del PIOT o de la ‘Moratoria’ son obvias, pero ¿es mayor la responsabilidad de quien impulsó ambos procesos que la de quienes se han estado oponiendo a cualquier forma de limitar el crecimiento? Transformar al presidente del Cabildo en el malo de la película es una evidente muestra de sectarismo, que indica una clara manipulación de la realidad para acomodarla a ciertas preferencias ideológicas o partidarias. Comienza a resultar preocupante la diferencia en las críticas y en los comportamientos del Foro según se dirijan a los partidos nacionalistas o a los que no se definen de esa forma.

Creemos que este conjunto de problemas, especialmente el sectarismo, la creencia en que sólo ‘nosotros’ representamos la auténtica contestación, ha llevado al Foro, después de una acertada campaña, a cometer un grave error de bulto: la convocatoria en solitario de la manifestación contra el crecimiento turístico que tuvo lugar el 29 de diciembre pasado. La manifestación fue, en nuestra opinión, un fracaso. Fueran unas mil personas –como parece que fueron– o dos mil como sostiene el Foro, la asistencia estuvo muy por debajo de la posible. La repercusión del acto ha sido escasa, en un momento en que en Lanzarote era factible organizar una manifestación realmente sonada, con el objetivo de demandar medidas legislativas del parlamento canario que permitan detener el crecimiento. Hubiera hecho falta una convocatoria más unitaria, más elaborada, aunque hubiera requerido más tiempo. El Foro prefirió actuar en solitario; si el objetivo era ocupar el espacio social de la contestación, la manifestación constituyó un éxito, pero si se trataba de avanzar hacia la contención del crecimiento, fue un fracaso.

La existencia del Foro Lanzarote constituye un acontecimiento importante, pero para fortalecer y enriquecer el espacio alternativo en la Isla parece necesario, es al menos nuestra opinión, revisar algunos comportamientos y actitudes. Aunque es lícito que otros prefieran, a su juicio, estar solos que mal acompañados. La exclusión de los disidentes ha sido una notable constante de muchos movimientos de la izquierda radical, una de las tradiciones de las que se alimenta el Foro y algunos de nosotros.

Para terminar

Ahora bien, la intransigencia en las posiciones propias no es propiedad exclusiva de ninguna corriente; se manifiesta transversalmente en el ámbito social y se encarna personalmente. El Foro Lanzarote podría afirmar, con razón, que el proceso que se inició con la *Estrategia Lanzarote en la Biosfera*, y que provocó el nacimiento del Foro, comenzó con una llamada a la participación y al debate por parte de sus impulsores y que, cuando algunos trataron de participar, la contestación fue ignorar o despreciar las posiciones que discrepaban de la propuesta.

Efectivamente, el sector que pensó que el camino ofrecido por la *Estrategia* era el único viable, se caracterizó también por su incapacidad para asumir las críticas y por su posicionamiento partidista. El equipo técnico de la *Estrategia*, AETUR, Ciudadanos por Arrecife... creyeron que la única garantía para ralentizar el crecimiento pasaba por la victoria electoral de Enrique Pérez Parrilla. Así que trataron de llevar a los colectivos sociales a un terreno que no pusiera en peligro ese objetivo. Por ello, críticas extensas y bien argumentadas –lo que no garantiza el acierto– como la de El Guincho quedaron sin contestación, o fueron despreciadas como ataques personales o actitudes que facilitaban la victoria del ‘enemigo’. El posibilismo de este sector ha quedado en entredicho por la explosión de la construcción y por el hecho de que ninguno de los programas de la *Estrategia* se haya puesto en práctica, además de contribuir en aquel momento a ensanchar la brecha que distancia al sector crítico.

Tampoco podría sostenerse que entre las personas que hemos pretendido situarnos entre ambos sectores primen los aciertos, ni que esa ambición de equidistancia proporcione garantía de una mejor comprensión de la situación. Por lo que respecta a quienes firmamos este texto, los resultados revelan que nuestra torpeza o nuestras limitaciones para analizar lo que ocurría han estado claramente por encima de nuestros aciertos. No supimos contribuir a tender

El Foro prefirió convocar la manifestación en solitario; si el objetivo era ocupar el espacio de la contestación, fue un éxito, pero si se trataba de parar, fue un fracaso

Sólo el debate y el pacto pueden corregir los errores cometidos y los que seguiremos cometiendo, porque no se trata de tener razón, sino de transformar la sociedad

puentes entre las distintas posiciones ni siquiera colaborar a estrechar un poco la grieta que se abrió entre quienes tratábamos de detener el crecimiento. Y es muy posible, también, que añadiéramos nuestro grano de arena tanto para que algunos viejos compañeros de viaje asistieran a los recientes actos de la batalla por parar desde la barrera como para que otros nuevos no se sumaran a ella. Por lo tanto, es obvio que no podemos ofrecer 'la solución', tan sólo nuestra personal reflexión sobre el estado de la cuestión, esperando que pueda unirse a otras para colaborar a esclarecer el futuro próximo.

Tienen razón también las gentes del Foro al negar que la solución a la fractura sea, como algunos parecen proponer, asumir 'lo que hay', fijarnos en lo que nos une y dejar lo que nos separa para el día del juicio final. Creemos que la recomposición de una cierta unidad de acción del movimiento social no es una cuestión de consenso. Se trata más bien de analizar con rigor la experiencia reciente, de que cada uno argumente sus posiciones, y las consolide si así lo cree conveniente; y desde esas posiciones ser capaces de debatir y de llegar a acuerdos de actuación concretos, que no obliguen a nadie a violentar sus principios fundacionales. Es la cultura del pacto, no del consenso, la que necesitamos para avanzar, porque el pacto entre iguales es la esencia de una cultura democrática basada en la diversidad de las posturas en el seno de la sociedad. Sólo el debate y la obligación de pactar pueden corregir los errores que cada uno hemos cometido y que seguiremos cometiendo, porque no se trata de tener razón, sino de transformar la sociedad.

Queremos terminar anticipando un reproche que seguramente recibirán estas últimas líneas: que las críticas a los movimientos sociales contribuyen al debilitamiento de la contestación. Nunca nos ha parecido acertada la pretensión de la que la ropa sucia se lave exclusivamente en casa. No compartimos la idea de que la participación, la transparencia y el debate público son aspiraciones dignas cuando se exigen a los del campo contrario, pero constituyen una traición cuando se practican en el propio.



Las mujeres desaparecidas y la cuestión del género

Francisco Fernández Buey

Los estudios realizados en la década de 1990 han destruido otro de los tópicos establecidos en nuestros países; a saber: que las mujeres constituyen la mayoría de la población mundial sobre la tierra. El economista Amartya Sen mostraba hace ya unos años que esta generalización es errónea, debida a nuestra percepción de lo que es la situación actual en Europa y América del Norte, donde, efectivamente hay más mujeres que varones. Pero en varias partes de Asia (Sur, Oeste y China), en cambio, la relación es favorable a los varones; y en otras regiones de Asia, África y América Latina la relación es fluctuante.

Las mujeres desaparecidas es el título que Amartya Sen dio a un ensayo sobre estas cuestiones publicado en *The New York Review of Books*¹. Con esa expresión aludía a un hecho inquietante: aunque la biología, como se sabe, favorece ligeramente en general al género femenino, en numerosos lugares del mundo hay proporcionalmente más hombres que mujeres; la cifra de las mujeres que faltan, *de las mujeres desaparecidas* (la mayoría de ellas en Asia) se eleva a 100 millones, y esta cifra sigue hablando, silenciosamente, de una terrible historia de desigualdad y de abandono. Pues son, desde luego, la desigualdad y el abandono lo que causa esta mayor mortalidad femenina.

Por lo general, en todas las regiones del mundo nacen más varones

La cifra de las mujeres que faltan, de las mujeres desaparecidas, se eleva a 100 millones

*Este texto forma parte del libro de Francisco Fernández Buey, *Ética y filosofía política*, Edicions Bellaterra, Barcelona, 2000.

1. Amartya Sen, "Le doonne sparite e la disuguaglianza di genere", en *Politica ed economia*, abril de 1991, traducción italiana del ensayo publicado originalmente en NYRB, diciembre de 1990.

Parece lícito pensar que la desaparición de las niñas se basa en un prejuicio tradicional antifeminista

que mujeres: 105 ó 106 varones por 100 niñas. Este es un dato de la biología de la reproducción humana cuya causa se discute aún. Pero, en cambio, existe un acuerdo en que, después del nacimiento, la estructura biológica favorece a las mujeres: con la misma alimentación y asistencia médica las mujeres tienden a vivir notablemente más que los varones. Se ha comprobado que esta ventaja comparativa de las mujeres se da ya desde el nacimiento, e incluso en la vida intrauterina, y se acentúa aún más a partir de los cuarenta años; las tasas de Supervivencia de las mujeres, en condiciones iguales, son superiores a las de los hombres. Ésa es la razón de que haya más mujeres que hombres en Europa, en Estados Unidos y en Japón (pues, a pesar de que en estos países sigue habiendo desigualdad en cuanto al acceso a la instrucción superior y a la promoción de las mujeres para las funciones directivas, éstas no suelen ser discriminadas en cuanto a la alimentación y las curas sanitarias). Independientemente de otros factores, las mujeres tienen tasas de mortalidad inferiores a cualquier edad.

La discriminación en cuanto a curas médicas, alimentación y asistencia social hace que el destino de las mujeres sea muy distinto en la mayor parte de Asia y del norte de África. En la India, la mortalidad femenina es superior a la masculina en todos los grupos de edad. El fenómeno no es uniforme en todos los países del tercer mundo (un ejemplo contrario es el del África subsahariana). Tampoco es uniforme en toda Asia. Sen ha calculado que el número de «mujeres desaparecidas» en China es aproximadamente de un 6 por 100 a un 11 por 100 respecto de las debería haber. Y ha llegado a la conclusión de que el número de «mujeres desaparecidas» en el mundo ronda los cien millones (de las cuales 50 millones han desaparecido en China).

Para explicar este fenómeno se han propuesto razones culturales (sexismo en Oriente) y económicas (subdesarrollo). Sen argumentó que ninguna de esas dos generalizaciones establecidas lo explica todo. En primer lugar, porque las situaciones son muy distintas tanto en el conjunto de lo que llamamos Occidente como en el conjunto de lo que llamamos Oriente (en la Cámara de Representantes de Estados Unidos había, en la fecha en que Sen publicó su artículo, un 6,4 por 100 de mujeres, mientras que en la cámara baja de la India había un 7,9 por 100). En segundo lugar, porque son numerosos los países pobres en los que no hay déficit de mujeres: mientras que el África subsahariana tiene un excedente de mujeres, en China, por ejemplo, se ha manifestado un significativo declive de

la población femenina precisamente después de las reformas económicas introducidas en 1979, lo que muestra que un rápido desarrollo económico puede ir acompañado de un aumento de la mortalidad relativa de las mujeres, y particularmente de la mortalidad infantil femenina.

Amartya Sen, por su parte, propone una explicación que tenga en cuenta la interrelación de factores económicos, sociales y culturales en relación con las diferencias regionales. Y especifica el análisis concreto comparando la situación de China después de las reformas económicas y de la política demográfica de los primeros años de la década de 1980 con la situación del estado indio de Kerala, donde el porcentaje de mujeres (1,03 por 100) respecto del de hombres está más cerca del de Europa (1,05 por 100) que del de China o el de la India en su conjunto (0,94 por 100). La excepcionalidad de Kerala respecto a los marcos culturales más próximos, y por comparación con la India China, se debe precisamente a una combinación de factores, entre los cuales seguramente los más importantes son: el muy alto índice de alfabetización de las mujeres, el hecho de que muchas mujeres (en comparación con lo que ocurre en la zona) tengan un trabajo remunerado y el que la propiedad se herede allí por línea femenina, además de la atención prestada por el estado y los gobernantes, desde hace décadas, a la instrucción pública primaria².

Hay que precisar, de todas formas, que «mujeres desaparecidas» no quiere decir, en todos los casos y en todos los países, «mujeres muertas». Aunque el ascenso en flecha de las tasas de mortalidad infantil femenina en China desde 1980 (de 37,7 por 1.000 en 1978 a 67,2 por 1.000 en 1984) inducían a establecer aquella identificación terrible, y aunque el término sigue teniendo entre nosotros, por motivos conocidos, una connotación siniestra, estudios posteriores han sugerido que al menos una parte (tal vez la mitad) de las «desaparecidas» en las estadísticas chinas podrían haber sido niñas no declaradas oficialmente y adoptadas clandestinamente por otras familias³. Esto se explicaría por la resistencia de una parte de la población rural china a la política impositiva del hijo único y tendría que ver, tal vez, con el espontáneo movimiento de las mujeres que Kate Xiao Zhou ha llamado «guerrilleras del nacimiento por encima de la cuota» (*choasheng yuojidui*)⁴.

Aun suponiendo que haya sido realmente así, parece lícito pensar que la desaparición de las niñas se basa en un prejuicio tradicional antifeminista, en la idea, de que, dada la política demográfica del

Hay en el mundo 110 millones de mujeres y niñas con los órganos genitales mutilados

2. José I. González Faus, *El derecho de nacer. Crítica de la razón abortista*. Cristianisme i Justícia, Barcelona, 1994.

3. Esten Johanson y Olga Negren, "The Missing Girls of China: A New Demographic Account", en *Population and Development Review*, 71, n° 1 (1991).

4. Kate Xiao Zhou, *El poder del pueblo*, pp. 286 ss.

hijo único, la niña nacida en primer lugar cierra las posibilidades de descendencia masculina y por eso es despreciada, ocultada o víctima del infanticidio. En un informe publicado en 1992 por las Naciones Unidas sobre la *Situación de la mujer en el mundo. Tendencias y estadísticas (1970-1990)* aparecen algunos datos que permiten ratificar la hipótesis de Amartya Sen. En 1990 había en el mundo 5.300 millones de personas, menos de la mitad de las cuales (2.630) eran mujeres. De los ocho mil abortos practicados en Bombay más de siete mil fueron de fetos hembras. Cada año se practican en el mundo cuarenta millones de abortos, en la mayoría de los casos por imposibilidad de las mujeres de acceder a servicios de planificación familiar en países pobres o empobrecidos. Aproximadamente la mitad de esos abortos se realizan en condiciones de insalubridad absoluta. Lo que supone que entre 100.000 y 500.000 mujeres (aquí las fuentes discrepan) mueren anualmente a causa de abortos o partos practicados en condiciones deplorables; otras muchas mujeres quedan con lesiones de por vida.

La Conferencia de Pekín convirtió el silencio de las cifras en protesta clamorosa. Y abrió un nuevo frente a las controversias sobre población en nuestras sociedades. Desde entonces no es posible reducir la polémica sobre población humana a si debe hablarse preferentemente de problema demográfico mundial, o más bien de problemas (en plural) demográficos diferenciados por regiones y culturas en función de la división económica del mundo. Se hace necesario introducir, también en esto, la perspectiva de género.

La Comisión Internacional para la Investigación de los Derechos Humanos informaba, en la primavera de 1995, de que cada año 2 millones de mujeres sufren mutilaciones genitales en países africanos, asiáticos y de Oriente Medio. Hay en el mundo 110 millones de mujeres y niñas con los órganos genitales mutilados. Y a pesar de que en 1993 los gobiernos de los países adscritos a las Naciones Unidas firmaron una declaración sobre la necesidad de eliminar la violencia contra las mujeres, informantes de Amnistía Internacional han puesto de manifiesto que «muchos gobiernos permiten abiertamente que sus policías y soldados lleven a cabo violaciones y torturas» contra ellas. Y no sólo en países conmovidos por conflictos bélicos abiertos, como Ruanda, Kenia, Bosnia, Kosovo, Chechenia, Timor o la India. Las vejaciones, humillaciones y discriminaciones se producen también habitualmente en áreas geográficas en las cuales las mujeres son responsables de la producción de más del 80 por 100 de los alimentos, así como en países en los que

Dos tercios de los pobres del mundo son mujeres. El 70% de los analfabetos también son mujeres

las mujeres trabajan regularmente más horas que los varones en el mantenimiento de las familias.

En buena parte de las zonas rurales del mundo las mujeres son en la práctica responsables únicas de la nutrición de los niños, desde la gestación hasta el período crítico del crecimiento. Pero, sintomáticamente, el 70 por 100 de la población mundial que vive en la pobreza son mujeres. El 80 por 100 de los refugiados y desplazados existentes en el mundo son mujeres. En las mismas condiciones de trabajo, el salario de la mujer es el 30 por 100 o 40 por 100 más bajo que el del hombre y hay casos, en Asia, en que llega a ser del 50 por 100. El desempleo femenino es mucho más alto que el masculino. Dos tercios de los pobres del mundo son mujeres. El 70 por 100 de los analfabetos del mundo (casi 1.000 millones) también son mujeres. Dos de cada tres mujeres reciben malos tratos: cada ocho segundos una mujer es maltratada físicamente y en la mayoría de los casos es víctima del propio marido. Se ha calculado que mientras que las mujeres son responsables de dos tercios del trabajo que se presta en el mundo, sólo reciben el 10 por 100 del beneficio mundial y poseen únicamente el 1 por 100 de las tierras de cultivo a pesar de constituir el 80 por 100 de la mano de obra campesina en los países⁵ del tercer mundo.

Esto quiere decir que, pese a la generalización de la vindicación feminista desde los años sesenta en Estados Unidos y en Europa, y a pesar de las cada vez más repetidas declaraciones institucionales acerca de la igualdad de oportunidades para los dos géneros, las mujeres siguen teniendo el estatus de «segundo sexo» en la gran mayoría de los países del mundo⁶. La existencia de tantas *mujeres desaparecidas* en varios continentes (o la persistencia del estatus de «segundo sexo») al mismo tiempo que, en unos pocos países del norte de Europa, las propias mujeres empiezan a superar la psicología de la exclusión son datos que hablan de situaciones lo suficientemente diferenciadas como para sugerir la *no contemporaneidad* de los discursos sobre el futuro de la mujer en el planeta. Esta no contemporaneidad de los discursos (y, por tanto, de los movimientos de liberación o emancipación) tendría que ser actualmente el punto de partida de la aspiración feminista a hacer de las mujeres sujeto de la transformación social.

Al enfrentarse al asunto de «las mujeres desaparecidas» el pensamiento ético-político dominante en Europa suele subrayar que eso es cosa de otros continentes, un resto de la barbarie con que aún se impone la «razón patriarcal» en lugares lejanos. A veces se argu-

Mientras que las mujeres son responsables de dos tercios del trabajo que se presta en el mundo, sólo reciben el 10% del beneficio mundial

5. Cifras publicadas por la Comisión de la IV Conferencia Mundial de la Mujer de las Naciones Unidas en 1995.

6. Sobre el concepto de "segundo sexo" y sus implicaciones ético-políticas, véase Teresa López Pardina, *Simone de Beauvoir, una filósofa del siglo XX*, Publicaciones de la Universidad de Cádiz, 1998.

Sólo las mujeres nórdicas han superado la psicología de la exclusión y han logrado convertir sus necesidades en prioridades de toda la sociedad

menta incluso que en esta parte del mundo la «razón patriarcal» ha sido superada y que hemos entrado en una nueva fase en la que el viejo machismo se retira en desbandada⁷. Es posible que eso esté ocurriendo en determinados círculos minoritarios. Y no hay por qué despreciar lo que haya en ello de tendencia más general. Pero, la verdad es que, por el momento, y aunque con otra forma, también en el mundo más próximo reina la desigualdad entre géneros.

Estudios recientes han vuelto a poner de manifiesto la persistencia de la desigualdad por géneros en las democracias realmente existentes en la Unión Europea. El desempleo afecta fundamentalmente a las mujeres, sobre todo a las mujeres mayores de 45 años; la discriminación, en razón del sexo, en los centros de trabajo sigue siendo una constante: las mujeres han de demostrar lo que en los hombres se da por supuesto (como el valor en el antiguo servicio militar); la presencia de mujeres en cargos directivos y en la gestión (empresarial y política) sigue siendo muy minoritaria; y lo que es peor: los malos tratos a las mujeres parecen ir en aumento en algunos países. En el nuestro el número de mujeres, ya no «desaparecidas», sino asesinadas por varones está alcanzado en los últimos tiempos índices aterradores, que chocan directamente con la ilusión de que estamos al final de la época de la «razón patriarcal». Una de las conclusiones a que llegan los estudios comparativos de la situación de la mujer en Europa es que hasta ahora *sólo las mujeres nórdicas han superado la psicología de la exclusión* y han logrado convertir sus necesidades en prioridades de toda la sociedad⁸.

7. VV. AA., *El final del patriarcado*, La Librería de les Dones, Barcelona, 1996

8. En esto coinciden las comunicaciones presentadas al "Carrefour Européen des Sciences et de la Culture". organizado por la Célula de Prospectiva de la Comisión Europea sobre el tema *Les femmes dans le projet européen* (Echternach, Luxemburgo, 21-22 de julio de 1994. Y en el mismo sentido: M.J. Aubet, *Democracias desiguales: Cultura política y paridad en la Unión Europea*, Ediciones del Serbal, Barcelona, 1995.



INMIGRACIÓN

Las migraciones, característica permanente de la historia humana, están hoy en el centro del debate social, tanto a escala global como local. Y lo estarán durante mucho tiempo.

En este asunto, como en cualquiera, todo el mundo tiene el derecho a expresar sus ideas, pero no todas las ideas son igualmente respetables. Quienes somos partidarios de la igualdad de todos los seres humanos, al margen de su lugar de nacimiento, no respetamos las ideas de quienes propugnan situaciones de explotación o desigualdad entre los miembros de nuestra especie.

En este terreno, son demasiadas las ocasiones en las que priman los prejuicios. Creemos que en una cuestión de tanto calado, las opiniones deben asentarse en un análisis de la realidad lo más serio posible.

Ese ha sido el objetivo del trabajo que presentamos en esta carpeta. Realizado colectivamente por el consejo de redacción de esta revista, tras un largo proceso de debate y elaboración.

Hemos acudido a una variedad de fuentes bibliográficas que complementaran nuestras opiniones o nos descubrieran nuevos aspectos de la cuestión. Cada una de esas fuentes ha sido citada a pié de página una sola vez. Aunque nuestra deuda con algunas es mucho mayor, hemos preferido no recargar el texto con demasiadas citas. Así que las citas a pie de página deben considerarse también como la relación de la bibliografía utilizada.

La información manejada adolece de un claro eurocentrismo, que deja en una cierta penumbra lo que acontece en el interior de continentes como África, Asia o América del Sur.

Esta carpeta se ha dividido en cinco apartados. No obstante, los cuatro primeros son, en realidad, un sólo trabajo, que trata de abarcar en lo posible el estado de la cuestión sobre las migraciones: su historia, la situación actual y las consecuencias para las sociedades emisoras y, especialmente, para las receptoras, por ser nuestro caso.

La quinta parte es una entrevista con algunos de los que, llegados de allá, viven acá. Hemos intentado reflejar las sensaciones de quienes han protagonizado la travesía y, sobre todo, dar voz a quienes realmente saben cómo nos comportamos los lanzaroteños con los inmigrantes.

Nuestro primer objetivo ha sido aportar materiales para la reflexión, para enriquecer un debate que en Lanzarote muestra un bajo nivel. Pero la intención última y de fondo es colaborar a resolver el desafío de la convivencia democrática, inviable si no incluye a todos los miembros de la sociedad.



I. La sociedad migratoria

El nacimiento del hombre

La separación entre la línea evolutiva del chimpancé, el primate más próximo a nosotros, y la del hombre debió de producirse entre hace cinco y seis millones de años en África, el escenario de la historia del hombre durante varios millones de años: de alguna forma, todos somos descendientes de emigrantes africanos. También en África, hace unos 100.000 años, apareció el hombre moderno, el *Homo sapiens sapiens*, que ya no se distingue de nosotros y es el único que sobrevive en la actualidad. Desde el continente negro, nuestros antepasados emigraron y llegaron en 60.000 o 70.000 años a todos los rincones del planeta; el último de ellos, hace unos 20.000 años, fue América.

Durante muchos miles de años el hombre vivió de la caza y la recolección, hasta que hace unos diez mil se produjo una auténtica revolución en la historia humana: el paso a la producción directa de alimentos. El hombre comenzó a producir su propio alimento cultivando vegetales y criando animales, iniciando la posibilidad de incrementar enormemente el número de individuos que podían vivir en la Tierra. Por tanto, el campesino ya no tiene motivos para limitar el número de sus hijos, como hacía el cazador-recolector; al contrario, al hacerse sedentario y no tener que moverse con sus hijos pequeños a cuestas, ni correr el riesgo de tener demasiados y no poder alimentarlos a todos, le conviene tener muchos para cultivar la tierra. Sin embargo, esta sedentarización no acabó, ni

Esta emigración continúa en busca de nuevas tierras cultivadas hasta este último siglo de la historia del hombre

mucho menos, con las migraciones, ya que si el campesino tenía un número excesivo de hijos, éstos se dirigían a ocupar nuevas tierras. De hecho, al comenzar la revolución agrícola la posibilidad de migración era, ciertamente, ilimitada: existía todo un mundo para colonizar. En realidad, este movimiento de expansión, esta emigración continua, en busca de nuevas tierras de cultivo ha proseguido hasta este último siglo de la historia del hombre.

Durante años se pensó que la expansión de la agricultura se debió a la difusión cultural: se trasladaban las ideas y los objetos manufacturados. Sin embargo, hace tiempo que las investigaciones de Luca Cavalli-Sforza¹ han demostrado la existencia de una difusión de las poblaciones, que implica que la difusión de la agricultura se produjo por la migración de los campesinos, y no de las técnicas de cultivo. Probablemente la invención de la agricultura fue una cuestión de mera necesidad. En las zonas donde se originó, la caza y la recolección ya no debían de ser suficientes para sustentar a la población, debido al empobrecimiento ambiental causado por la presión de una comunidad humana numerosa y a los cambios climáticos de la época. El resultado fue que la nueva forma de obtener alimentos, la agricultura, se expandió por el mundo al ritmo en que se expandieron los agricultores.

En los mapas de los paisajes genéticos se encuentran rastros importantes de numerosas expansiones, hasta llegar a la conclusión de que la historia del hombre moderno, los últimos 100.000 años, está jalonada por continuas migraciones, todas ellas con un rasgo común: una ventaja cultural, transmisible a los descendientes, propicia un aumento de la población suficiente como para desencadenar una emigración sostenida. Así pues, las migraciones son un componente fundamental de la historia del hombre desde que éste salió por primera vez de África hasta hoy.

Las migraciones históricas

Esas continuas migraciones se han realizado bajo diversas formas: nomadismo, trashumancia, peregrinaje, éxodos y traslados forzados, colonizaciones, etc. Ya en la antigüedad, las grandes civilizaciones mediterráneas –Fenicia, Cartago, Grecia y Roma– organizaron flujos migratorios con el fin de exportar el ‘excedente’ social que se acumulaba en sus fronteras interiores como un mecanismo para garantizar el orden político. De hecho, en cada período histórico las migraciones han adoptado formas y funciones diferenciadas; aquí sólo consideraremos las que se han registrado a partir del siglo XVI, desde la constitución de una economía-mundo y del sur-

Las migraciones son un componente fundamental de la historia del hombre desde que éste salió por primera vez de África hasta hoy

1. Este apartado se inspira en el libro de Luca y Francesco Cavalli-Sforza, *¿Quiénes somos? Historia de la diversidad humana*, Crítica, Barcelona, 1994.

gimiento de los Estados-nación en Europa. En ese momento, se produce la construcción social de un nuevo sistema que comenzó a organizar las identidades en función de un concepto de ciudadanía ligado al de nacionalidad y que creó, a su vez, el concepto moderno de extranjero. La expansión del modelo económico naciente en aquella sociedad, el capitalismo, se ha visto acompañado por una movilización sin precedentes de mano de obra, tanto dentro como a través de las fronteras nacionales. Los efectos de este proceso son desiguales y, frecuentemente, contradictorios: por un lado, genocidio, explotación y marginalización; por otro, crecimiento económico, expansión cultural y prosperidad personal².

1492-1945: colonialismo, esclavismo y mercado mundial

La ‘era de los descubrimientos’ supuso el inicio de una importante expansión política, militar y mercantil de las potencias europeas hacia América, Asia y África. Este proceso de colonización, que estuvo acompañado, cuando no basado, en desplazamientos masivos de personas, culminó entre 1850 y 1954, con el establecimiento de un ‘libre mercado’ de mano de obra, que constituyó uno de los elementos clave en la formación del mercado capitalista mundial. Esta etapa fue hegemonizada por los países europeos, a los que se unieron en sus estadios finales las ‘nuevas europas’: Estados Unidos, Canadá, Australia y Argentina, fundamentalmente. Tres corrientes principales pueden apreciarse en los flujos migratorios de este período.

Por una parte, *la población europea desplazada hacia el resto de los continentes* cuya importancia, hasta el siglo XIX, fue mucho menos cuantitativa que cualitativa, debido a los cambios económicos y culturales que introdujeron en las sociedades de destino. Los contingentes más importantes partieron de las sociedades que ostentaban el poder político y el control de las rutas internacionales de navegación –Islas Británicas, la Península Ibérica, los Países Bajos y Francia–, y los destinos principales fueron las colonias de América, Oceanía y África. Estos flujos iniciales establecieron rutas que sirvieron de base para futuras corrientes migratorias. En el siglo XIX se produjo una auténtica explosión: la emigración europea a ultramar de 1800 a 1940 es el desplazamiento poblacional más importante entre todos los movimientos migratorios conocidos. Sólo entre 1846 y 1940 el total de europeos emigrados se estima en 50,5 millones. Los principales flujos se dirigieron hacia América, pero también son relevantes los que tuvieron lugar hacia colonias africanas y asiáticas y en el propio continente europeo.

La emigración europea a ultramar de 1800 a 1940 es el la migración más importante jamás conocida. Sólo entre 1846 y 1940 salieron 50,5 millones de personas de Europa

2. Este apartado resume los primeros capítulos del libro del Colectivo Ioé (Walter Actis, Miguel Ángel de Prada y Carlos Pereda), *Inmigrantes, trabajadores, ciudadanos. Una visión de las migraciones desde España*, Universitat de València, Valencia, 1999.

Un segundo flujo migratorio se produce por el *tráfico de esclavos desde África hacia las nuevas colonias*. La esclavitud tiene una larga existencia en la historia de la humanidad, pero bajo el capitalismo la ‘trata de negros’ se estableció como parte del intercambio mercantil internacional: los barcos salían cargados de mercancías desde los puertos europeos, en África las cambiaban por esclavos, y en América intercambiaban la carga humana por dinero, con el que compraban productos de las plantaciones que llevaban para vender en Europa. En 1770 había en las Américas unos 2,5 millones de esclavos, que producían un tercio del valor del comercio europeo. Hasta la prohibición formal del tráfico, alrededor de 1850, fueron transportados entre 10 y 15 millones de esclavos.

Hasta la prohibición formal del tráfico, alrededor de 1850, fueron transportados entre 10 y 15 millones de esclavos

Finalmente, la migración de *trabajadores asiáticos cuasi siervos* (coolies) *hacia América*. Al prohibirse el tráfico de esclavos, se desarrolló esta nueva modalidad de importación de mano de obra. Las necesidades de trabajadores para la expansión económica de América, basada en la utilización extensiva de mano de obra en plantaciones y minas, fueron satisfechas mediante la contratación masiva de trabajadores, reclutados a veces por la fuerza o el engaño, y obligados a trabajar en condiciones muy severas. La fuente principal de mano de obra se trasladó desde África a Asia –India, China y Japón–. La importancia de estas migraciones laborales está fuera de toda duda: unos autores la evalúan en más de 30 millones de personas; otros estiman que sólo los británicos reclutaron a más de 30 millones de hindúes, que fueron utilizados en cuarenta países por los poderes coloniales más importantes. Esta corriente migratoria dio lugar al progresivo establecimiento de comunidades asiáticas que, más tarde, sirvieron de cabezas de puente para nuevos flujos posteriores.

1945-1973: el auge de la inmigración hacia los países más ricos

El auge económico de posguerra en los países más ricos se sostuvo, en buena parte, por la aportación laboral de inmigrantes extranjeros. En este período las migraciones internacionales se caracterizan por un incremento de volumen y por un cambio de dirección: los desplazamientos de personas siguen a la concentración del capital en los países del centro del sistema mundial, parten desde los países dependientes hacia Europa, América del Norte y, en menor medida, el Cono Sur latinoamericano y Australia. Pueden distinguirse tres modalidades principales, y otras de menor incidencia.

Entre las primeras se encuentra el desplazamiento de *trabajadores de la Europa periférica hasta los países europeos centrales* pro-

movido por los países receptores. En una primera fase se dio preferencia a los trabajadores de países 'blancos', aunque posteriormente se recurrió a inmigrantes turcos y magrebíes. Durante este período salieron hacia otros países europeos dos millones de italianos y de españoles, millón y medio de yugoeslavos, más de un millón de turcos, medio millón de griegos y de irlandeses y más de 400.000 finlandeses.

Igualmente, destaca la *migración de trabajadores ex-coloniales hacia las ex-metrópolis*, ya que el mantenimiento de toda clase de vínculos, especialmente económicos, convirtió a las antiguas colonias en reservas 'naturales' de mano de obra para los países centrales. Este tipo de migración tuvo particular importancia en el Reino Unido (donde llegaron alrededor de 1,5 millones desde países de la Commonwealth), Francia (que recibió algo más de un millón de inmigrantes procedentes de Argelia, Marruecos, Túnez y los territorios del Caribe) y Holanda (que entre 1945 y 1972 registró la entrada de 300.000 inmigrantes desde Indonesia).

En tercer lugar se acentúan las *migraciones permanentes hacia América del Norte y Australia*. Ante la escasez de blancos europeos, en los años 60 se eliminaron en EE UU, Canadá y Australia las medidas que daban prioridad –exclusividad a veces– a la entrada de europeos, produciéndose un gran crecimiento en la llegada de trabajadores asiáticos y latinoamericanos a los tres países.

Por último, se producen *otros flujos migratorios* de distinto signo.

1) En el siglo XX los desplazamientos de refugiados se vuelven masivos; el primer gran flujo lo constituyeron los europeos desplazados a raíz de la Segunda Guerra Mundial hacia los países europeos neutrales y hacia las Américas. 2) El acceso a la independencia de las colonias se vio acompañado en ocasiones por el desplazamiento de población originaria, o sus descendientes, hacia las antiguas metrópolis, proceso que incluyó a sectores de la población nativa que se habían desempeñado como 'auxiliares' de los anteriores, generalmente sirviendo en los ejércitos coloniales. 3) En este período toma cuerpo el flujo de directivos y profesionales por la extensión de las empresas transnacionales. Aunque estas migraciones son, generalmente, temporales y poco numerosas, sus efectos son significativos por las expectativas sociales y comportamientos que inducen en su entorno inmediato. 4) Algunos países pertenecientes a la periferia del sistema global se convierten en receptores de trabajadores extranjeros: el inicio de las economías petroleras del golfo o casos como los de Argentina y Suráfrica.

El auge económico de posguerra en los países ricos se sostuvo, en buena parte, por la aportación laboral de inmigrantes extranjeros

Entre 1850 y 1939 salieron hacia América unos 3,5 millones de españoles, la mitad de ese contingente partió de Galicia

La característica general de este período, a pesar de la diversidad de las tendencias señaladas, es el predominio de las motivaciones económicas por parte de los migrantes, empleadores y gobiernos. La importancia de estos flujos para la expansión de las economías de los lugares de destino fue crucial. Los países que más crecieron durante el período fueron los que más inmigrantes recibieron –Francia, República Federal Alemana, Suiza o Austria–. Además, durante estos años se registró un progresivo incremento de la diversidad de origen, lo que produjo un aumento de las diferencias culturales entre inmigrantes y autóctonos. La incipiente heterogeneidad de las poblaciones inmigrantes, unida a las políticas de los estados receptores, dio origen a la segmentación interna de aquéllas y a procesos de segregación y rechazo por parte de los autóctonos. La estigmatización de los extranjeros se vio favorecida al ocupar, en general, los trabajos peor pagados en la construcción y la industria, y ser sus condiciones de vida –desventajas en vivienda, educación, etc.– peores que las de los nativos.

La emigración española

El año 1492 marca un hito clave en la historia española. Por una parte, culmina el proceso de ‘reconquista’ frente al dominio musulmán. Por otra, comienza un proceso de ‘limpieza étnica’ basado en el elemento de homogeneidad cultural predominante en la época: la adscripción religiosa. En este año se decreta la expulsión de la población española de religión judía (150.000); después se hará lo mismo con la población de religión musulmana (200.000), y por último, se produce el ‘descubrimiento’ de América y el proceso de colonización de los nuevos dominios.

En buena medida, la colonización de América fue reflejo de los criterios de homogeneidad cultural perseguidos por la Corona. Su primera consecuencia fue el descalabro humano de las poblaciones indígenas más importante que registra la historia. Las causas no se hallan tanto en las guerras y la represión como en las exigencias de suministrar alimentos y trabajo a los conquistadores, en la destrucción de la economía propia, sustituida por el sistema de importación implantado y, sobre todo, en las nuevas enfermedades introducidas por los europeos. Durante la época colonial la emigración española tuvo, sobre todo, una importancia cualitativa, pues sólo 750.000 españoles emigraron a América en ese período. Esta emigración se incrementó muchísimo después de la independencia de las colonias, y entre 1850 y 1939 salieron hacia América unos 3,5 millones de personas, partiendo de Galicia la mitad de ese contin-

gente. Un cantidad importante la constituyó la emigración canaria, cuyo éxodo fue anterior a los demás –ya entre 1720 y 1770 la Corona impulsó la emigración–, aunque el flujo relevante comenzó en 1830. A finales de esa década salió el 19% de la población isleña y veinte años después aún emigraba el 9%, mientras que en los compases finales del siglo la emigración volvió a acelerarse alcanzando una tasa del 18%. Otros flujos menores hacia el continente americano partieron del País Vasco, Cataluña y Andalucía.

Conviene señalar el norte de África, Europa y otras zonas del propio país como otros destinos importantes para la emigración española durante la segunda mitad del siglo XIX y la primera del XX. La emigración hacia Argelia comenzó en 1830, a partir de la colonización francesa, y en 1890 habitaban allí unos 150.000 españoles. En Marruecos los españoles, sumando los residentes en Tánger, Ceuta y Melilla, eran 250.000 en 1950. El flujo hacia Europa comenzó a partir de la Primera Guerra Mundial, con Francia como principal destino. Entre 1900 y 1930 salieron, sólo de forma oficial, 144.000 personas hacia países europeos. El proceso se interrumpió bruscamente con la Guerra Civil española, cuando el gobierno vencedor restringió fuertemente la concesión de pasaportes. Sin embargo, en esa época hay que contabilizar el exilio producido por la guerra, que algunos autores estiman en 140.000 personas. Mucho más cuantiosas fueron las migraciones interiores producidas por la industrialización y la urbanización: se estima que en los primeros sesenta años del siglo el volumen total de migrantes interiores fue de diez millones de personas.

El período ‘desarrollista’ –década de los 60 y el primer lustro de los 70–, supuso un cambio histórico de proporciones desconocidas en la historia española. Como consecuencia, a mediados de los 70 la mayoría de la población vivía en ciudades, recibía un salario con derecho a prestaciones sociales y sanitarias complementarias, comenzaba a acceder a una educación pública gratuita, a vivienda y vehículo propios, y a una variada y creciente oferta de bienes de consumo. Aproximadamente cinco millones de españoles emigraron desde zonas rurales hacia los polos de desarrollo en el propio país y hacia la Europa industrializada, pues la emigración exterior continuó de forma destacada, aunque los flujos modificaron su dirección principal. Si hacia América salieron 826.000 emigrantes, a partir de 1956, sin embargo, cobraron auge las salidas hacia países europeos –especialmente Suiza, Alemania y Francia, adonde se trasladaron durante este período dos millones de españoles–. A esta

En los primeros sesenta años del siglo el volumen total de migrantes interiores fue de 10 millones de persona

corriente, más o menos estable, de emigrantes hacia Europa hay que sumar el flujo de trabajadores temporeros desplazados anualmente al campo francés.

El fenómeno migratorio en la actualidad

La fecha simbólica de 1973, año de la primera ‘crisis del petróleo’, marca el fin del modelo de crecimiento económico iniciado después de la Segunda Guerra Mundial. Durante este período se incrementa la importancia de las migraciones internacionales en correspondencia con la globalización de la producción, del comercio, las inversiones y de la oferta cultural. Las nuevas tendencias han creado una nueva organización territorial y nuevas condiciones que generan súbitas e importantes demandas de trabajo, cubiertas por los flujos migratorios.

Entre 1960 y 1975 emigraron casi 1 millón de españoles a América y 2 millones a Europa

Se produce una *disminución de las migraciones laborales a Europa Occidental, un incremento de la reunificación familiar y la formación de minorías étnicas*. La crisis de 1973 inaugura un período de restricciones a la inmigración, que no han significado, sin embargo, un freno a la entrada de inmigrantes, sino más bien un cambio en la composición de los nuevos flujos, en los que predominan los familiares de los ya instalados. En este tiempo se hace evidente que la inmigración no es un proceso coyuntural, pues los trabajadores no regresan a sus países de origen sino que se establecen con sus familias, constituyéndose en minorías étnicas, visibles como grupos sociales en el país de residencia. El peso de la población inmigrante es especialmente significativo en Luxemburgo, (31% de la población total), Suiza (18%), Bélgica, Austria, Alemania y Francia (donde ronda el 10%), y en Suecia y Holanda (entre el 6 y el 8%). En los países del sur de Europa (Italia, España, Portugal y, en menor medida, Grecia) prácticamente cesaron las salidas de inmigrantes y, desde los años 80, se hace notoria la llegada de inmigración extranjera que, en la actualidad, representa entre el 1% y el 3% de la población total de Italia, Portugal y España.

Por otro lado, se da una *continuación de los flujos hacia Norteamérica y Australia, pero con cambios de áreas de origen*. En los Estados Unidos se registra un crecimiento sostenido de entradas y continúa la tendencia al cambio en la composición de los flujos, reduciéndose el peso de los europeos y creciendo el de los latinoamericanos y asiáticos. Entre 1983 y 1993 han entrado al país 10 millones de residentes, de los cuales sólo un millón procede de países europeos (desde 1990 predominan entre éstos ex soviéticos y polacos). En Canadá también se ha producido un incremento de las

entradas —especialmente las provenientes de Asia, África y Latinoamérica—, paralelo a un descenso relativo de los europeos. El censo de 1991 indica que el 16% de la población es inmigrante. En Australia ha ocurrido lo mismo, al levantar las restricciones existentes para la entrada de no-blancos, y entre 1984 y 1994 entraron 1,1 millones de inmigrantes, de los que el 38% proceden de ocho países del sudeste asiático y de la India. Según el Censo de 1991 el 22% de la población es extranjera.

Además, se *desarrollan y diversifican los flujos laborales Sur-Sur*, entre los que destacan la emigración hacia el sudeste asiático, la región que ha experimentado el mayor crecimiento económico de la última década. Al unísono, algunos países petroleros del Oriente Medio se convierten en economías rentistas, en las que buena parte de los empleos son derivados hacia mano de obra extranjera (en 1990 el 63% de la mano de obra en la región de El Golfo era de origen extranjero). Además de los polos de atracción citados, en el África subsahariana y en América Latina se configuran nuevos países receptores. En el África subsahariana destacan Costa de Marfil (1,5 millones de inmigrantes, que suponen el 21% de la población total) y Suráfrica (1,8 millones, 6% del total); además de Ghana (140.000, el 6%), Togo (140.000, el 7%) y Senegal (120.000, un 2%). En América Latina, hasta los años 30 (finales de los 50 en Venezuela) la inmigración llegó masivamente desde Europa, pero a partir de entonces los flujos se hicieron intrarregionales. Los principales países receptores en la actualidad son Argentina (755.000 extranjeros procedentes de Chile, Uruguay, Bolivia y Paraguay) y Venezuela (870.000 colombianos).

También se constata la existencia de *movimientos masivos de refugiados y solicitantes de asilo*. Desde el punto de vista de los países desarrollados la explosión de este conflicto se produjo tras la guerra de Vietnam. La evolución del fenómeno ha sido vertiginosa: si en 1970 había en el mundo 2,5 millones de refugiados, pasaron a ser 8,2 millones en 1980, a 15 millones en 1990 y, en 1997, son más de 22 millones. Las zonas de destino de los refugiados son diversas, pero la inmensa mayoría permanece en países del Sur.

De menor importancia, pero también apreciable es la *incorporación de los países de la Europa del Este a los flujos migratorios internacionales*, aunque contrariamente a ciertas previsiones no se ha producido una ‘invasión’ desde los países del Este de Europa hacia los de la Unión Europea y Norteamérica. Sin embargo, la existencia de minorías étnicas continúa contribuyendo a esta emi-

Entre 1983 y 1993 entraron en EE UU 10 millones de inmigrantes

En 1970 había en el mundo 2,5 millones de refugiados, pasaron a ser 8 millones en 1980 y, en 1997, eran ya más de 22 millones

gración, cuya principal causa es el desplazamiento de esas minorías étnicas a consecuencia de los conflictos bélicos (Yugoslavia, Armenia, Georgia), así como por la movilidad de mano de obra que busca empleo en economías más desarrolladas.

Finalmente, se advierte un *incremento de los flujos de personal altamente cualificado*, sector donde es posible distinguir tres grupos diferenciados. El primero lo conforman los ‘profesionales transeúntes’, –ejecutivos y técnicos de las empresas transnacionales– cuyo número crece con la globalización. El segundo está constituido por la ‘fuga de cerebros’ del Sur, profesionales formados en los países periféricos que ocupan puestos de trabajo en los países centrales donde, sin costos de formación, cubren las carencias de mano de obra cualificada autóctona. Durante los años 90, varios países han desarrollado políticas para captar inmigrantes altamente cualificados, tanto en el Norte –Australia, Canadá, Reino Unido, Estados Unidos, Alemania...– como en el Sur –Singapur, Taiwan, Corea del Sur...–. El tercer grupo reúne a los expertos de organismos internacionales y de diversas ONGs que desarrollan tareas de cooperación y ayuda al desarrollo.

España país de inmigración

En las últimas dos décadas se produce un *freno de la emigración interna y exterior*. El crecimiento de la población en España no sólo se reduce notablemente, sino que su distribución es muy desigual entre las distintas regiones: en la década de los 90, la población creció de forma apreciable únicamente en Canarias, Baleares y Andalucía. A partir de 1975 también cambia el ciclo de las migraciones interiores, finalizando los flujos masivos y modificándose las trayectorias de origen y de destino. Los centros emisores son algunos de los antiguos polos de crecimiento, País Vasco, Cataluña, junto a zonas tradicionales de emigración (ambas Castillas, Galicia, Extremadura y Cantabria), mientras que los polos de atracción se localizan ahora en Baleares, Canarias, Andalucía, además de en Madrid y Valencia.

A partir de 1975 la emigración exterior comienza a disminuir significativamente; si en la década de los 60 se situaba en una media anual de 100.000 personas registradas, no alcanza a partir de este año las 25.000, para descender a 10.000 en 1991. Se aprecia, además, un notable retorno de emigrantes españoles. Entre 1981 y 1991 las bajas registradas en los consulados españoles sumaron alrededor de 240.000, pese a que el número de retornados es superior a esta cifra, que no incluye los retornos que escapan al control

administrativo. En definitiva, el período iniciado en 1975 marca simultáneamente tanto el fin de la gran onda emigratoria iniciada a finales del siglo XIX como el comienzo de la recepción de inmigrantes extranjeros.

En efecto, *la inmigración extranjera* en situación legal experimentó entre 1975 y 2000 un crecimiento notable, pasando de 165.000 hasta 938.783 personas. Esta tendencia no se repartió de forma homogénea durante esos veinticinco años, sino que su incremento fue progresivo. En términos relativos, los residentes en situación regular equivalen al 2,5% de la población española en 2000. Por tanto, la importancia numérica de la población extranjera en España es aún considerablemente menor que la que existe en el resto de los países europeos. No obstante, debido a su desigual distribución por el territorio, su presencia es significativa en algunas zonas.

Una característica específica de la inmigración extranjera en España es que sólo una parte de la misma proviene de países del Tercer Mundo; la mayor parte de los extranjeros, contrariamente a lo que ocurre en los países europeos de tradición migratoria, son originarios del Primer Mundo, y no siempre se trata de personas en edad laboral. Posiblemente en el futuro próximo los extranjeros procedentes del Sur sean mayoría, pero aún está lejos de superarse el lugar específico de España como país de desarrollo ‘intermedio’ –rico para el Sur, pobre para el Norte– y con unas condiciones climáticas que atraen un doble flujo migratorio: inmigración económica Sur-Norte e inmigración de rentistas y jubilados desde países ricos. En todo caso, a finales de los 90 existe un equilibrio entre los inmigrantes procedentes del Sur y los originarios de países del Norte, pues los extranjeros de los catorce países de la Unión Europea representan el 42,7% del total, a bastante distancia de los originarios de África (23,4%), América Latina (18,4%), Asia (7,7%) y, por último, extracomunitarios y norteamericanos.

La importancia de los vínculos históricos en la constitución de ‘cadenas migratorias’ ha sido destacada en muchas ocasiones. En este sentido, el pasado colonial de España no es ajeno a la actual inmigración, ya que dos de cada tres inmigrantes del Sur proceden de una antigua colonia española y constituyen un tercio del total de los residentes extranjeros. Entre estos residentes no comunitarios, el contingente marroquí es el más numeroso y muestra una tendencia al crecimiento, continua pero no espectacular hasta 1996, y sí más significativa en los últimos años. Los grupos latinoamericanos

La mayor parte de los extranjeros en España son originarios del Primer Mundo

más numerosos son ecuatorianos, colombianos, peruanos y dominicanos; el contingente argentino, decreció en los últimos años como consecuencia del acceso a la nacionalidad española de parte de los residentes, pero ha vuelto a incrementarse recientemente; a continuación se sitúan los cubanos y brasileños, ambos con tendencia a crecer. En cuanto a los grupos procedentes de Asia, destacan los chinos, y después filipinos e hindúes.

A pesar de su importancia cuantitativa, la población originaria de países de la Europa Occidental pasa en buena medida desapercibida para la población autóctona. El principal componente de este flujo son personas ya retiradas del mercado laboral, rentistas o jubilados, que han fijado su residencia en municipios de las zonas costeras españolas. La mayoría de esta población vive en urbanizaciones apartadas, se mantiene al margen del trato con sus vecinos y, en general, no tiene especial interés en participar en la vida local. Las formas de vida dominantes en estos *reductos* son, con frecuencia, típicas de los países de origen. Estos rasgos, característicos de comunidades étnicas cerradas no han merecido, sin embargo, la misma atención que otras concentraciones de inmigrantes provenientes de los países pobres.

El pasado colonial de España no es ajeno a la actual inmigración, ya que dos de cada tres inmigrantes proceden de una antigua colonia española

En el terreno de los movimientos migratorios, la gran novedad de estas dos últimas décadas en España es, efectivamente, la aparición de la inmigración laboral de origen extranjero, que, con frecuencia, ha llevado a afirmar que España ha dejado de ser un país de emigración para convertirse en receptora de inmigrantes. Desde el punto de vista de las *tendencias* en curso, dicha afirmación es correcta. Sin embargo, también con frecuencia se omite el hecho de que, si nos atenemos a los números actuales, los españoles residentes en otros países son más del doble que los extranjeros afincados en España (2,1 millones de emigrados frente a 0,9 millones de inmigrantes entre residentes y nacionalizados). Por otra parte, los flujos de entrada desde otros países están compuestos de forma mayoritaria por españoles retornados, antes que por extranjeros inmigrados. También conviene indicar que si la población española supone un 10,7% de la población total de la Unión Europea, los extranjeros residentes en nuestro país son sólo el 2,8% de los extranjeros que residen en la Unión. Además, a pesar de los cambios reseñados entre la población de origen extranjero, siguen destacando los originarios de los países ricos, lo que constituye un rasgo específico y diferencial con respecto a la composición de la inmigración en casi todos los países del entorno europeo.

La inmigración en Canarias y Lanzarote

Canarias es la comunidad autónoma de mayor crecimiento demográfico relativo (17,4%) en las últimas dos décadas. Este crecimiento es atribuible sin duda al aumento de la inmigración y, en menor medida, al mantenimiento de tasas de natalidad superiores a las de otras comunidades. Ahora bien, mientras durante la década de los 90 la natalidad se ha ido acompasando a las tasas españolas, la inmigración se ha incrementado. Tres son los flujos principales de esta inmigración: por un lado, los movimientos interiores de población hacia los polos de mayor desarrollo y prosperidad (dos tercios de los nuevos residentes proceden del propio Archipiélago). En segundo lugar, los que llegan de otras comunidades, que representan a una quinta parte del total de los migrantes. Finalmente, un flujo creciente de personas que proceden de otros países, que ya suponen alrededor de un 5% de la población residente en el Archipiélago. Entre los extranjeros es posible distinguir cuatro grandes grupos de inmigrantes: los jubilados de países prósperos, los ciudadanos que acompañan los procesos de internacionalización de la economía canaria, los emigrantes canarios que retornan –o sus descendientes– y, por último, los inmigrantes extracomunitarios que se desplazan a las Islas atraídos por el importante crecimiento económico³.

La inmigración procedente del extranjero en las Islas tiene que ser matizada: el 21% han nacido en el Archipiélago, es decir, se trata de población retornada, a la que hay que sumar los hijos de canarios nacidos en otros lugares, que también retornan. Los extranjeros instalados legalmente en Canarias suponen alrededor de un 5% de la población total (en Lanzarote rozan el 7%), un porcentaje que duplica la media española. Si ya explicábamos la peculiaridad de la situación española con respecto a Europa –el hecho de que la mitad de los migrantes provienen de países ricos–, en Canarias ese fenómeno es aún más acusado: el 60,7% de ellos vienen del continente europeo (en Lanzarote el 62%), un 19,8% provienen de América, un 10,6% de Asia y, sorprendentemente, tan sólo un 8,6% han llegado desde África (frente al 23,4% de la media española)⁴. En consecuencia, puede concluirse que la mayor presencia de extranjeros en Canarias con respecto a la media nacional se produce, sobre todo, por la afluencia de los rentistas y jubilados europeos, animados por las condiciones climáticas y los reclamos de la industria turística. También es obligado contemplar a los europeos jóvenes que por su dominio de los idiomas encuentran acomodo laboral en esa industria turística. La inmigración puramente económica no

A pesar de su importancia cuantitativa, la población originaria de la Europa Occidental pasa en buena medida desapercibida

3. Roberto Kuehn e Iñigo Asensio, "Extranjeros en Canarias, ¿extraños en un paraíso?", en la sección *Población Extranjera de la Encuesta de Población de Canarias de 1996*, Instituto Canario de Estadística.

4. "Datos de Población Extranjera por continente de nacionalidad" Instituto Canario de Estadística.

alcanza, por tanto, cifras superiores a las de la Península, y su principal flujo proviene de América del Sur, siendo los canarios que retornan una parte sustancial de dicho flujo; la inmigración desde África, todavía escasa, muestra una tendencia creciente.

Sin embargo, es la migración interior, la proveniente de la Península, la que confiere un matiz distinto al fenómeno migratorio actual en comparación con el resto de España. Entre los años 88-98, Canarias recibió 160.996 personas procedentes de otras comunidades, de las cuales 27.722 eligieron Lanzarote, destacando, como en el resto de las Islas, los provenientes de Andalucía (8.367), Galicia (6.199) y, en menor número, de Madrid (2.467). Conviene, no obstante, tener presente, también aquí, la importancia del proceso de retorno, ausente en muchas reflexiones, pues en esos mismos años 14.688 de estas personas abandonaron Lanzarote. De esta cifra sólo 991 habían nacido en la Isla, algunos de ellos, probablemente, hijos de inmigrantes peninsulares. Cuando no existe una frontera cerrada, los flujos caminan en las dos direcciones. Este retorno se concentra más, lógicamente, en los primeros años de la década de los 90, cuando la crisis insular hizo escasear el trabajo. En el conjunto del Archipiélago, el retorno de los inmigrantes peninsulares es igualmente significativo: en 1998, por ejemplo, llegaron a Canarias 53.990 personas procedentes de la Península mientras que retornaron 45.045.

*Los españoles
residentes en
otros países son
más del doble
que los
extranjeros
afincados aquí*

La tendencia actual indica que la migración en Canarias crece al ritmo que lo hace su industria turística. La radiografía que proporciona el *Anuario Social de España 2000* señala que Canarias es la comunidad con la segunda mayor tasa de inmigración interior del país (a bastante distancia de la primera, Baleares). Sin embargo, la situación dista mucho de parecerse a la que algunos describen con alarma: "Canarias invadida por los godos". En realidad, los datos del *Anuario* muestran una situación claramente opuesta: Canarias es una de las comunidades con menor cantidad de inmigrantes interiores del país. La media española indica que el 20.9% de los ciudadanos han nacido fuera de la comunidad autónoma en la que residen, sin embargo, tan sólo el 13% de los residentes en Canarias han nacido en otras comunidades. Es decir, el índice de *autoctonía* es notablemente superior al de la media nacional.

En Lanzarote la presencia de residentes provenientes de la Península es mayor, el 18%, un porcentaje que, para sorpresa de muchos, no llega a alcanzar tampoco la media nacional, y notablemente inferior al de las comunidades con mayor presencia de inmi-

grantes interiores: Madrid (40,2%), Baleares (33,3%), Cataluña (31,3%) o el País Vasco (27,5). El componente más importante de la inmigración lo integran los canarios venidos de las otras Islas, aproximadamente el 25% de la población. Así que la población residente, diferenciada por su lugar de nacimiento, podría dividirse en cuatro grupos: un 50% nacidos en Lanzarote, un 25% procedente de otras islas del Archipiélago, un 18% proveniente de la Península y un 7% de residentes extranjeros.

Sin embargo, se escucha con frecuencia que lo inaudito del fenómeno lanzaroteño no son tanto las cifras como el vertiginoso ritmo de crecimiento demográfico. Los últimos datos oficiales indican que en los últimos veinte años (1978-98) Lanzarote pasó de 50.000 habitantes a 84.849, un aumento del 70%. ¿Cuál fue el ritmo de crecimiento en esos territorios que muestran hoy una mayor presencia de inmigrantes en el momento de su *boom* económico? Entre los años 1950 y 1970 el crecimiento demográfico en la provincia de Barcelona fue del 76%, en Vizcaya del 90% y en Madrid del 100%; Baleares creció un 55% entre 1960 y 1980, pero su crecimiento se ha mantenido. ¿Puede compararse, no obstante, una isla como Lanzarote con territorios como los señalados? Entre quienes escribimos, unos piensan que no, que las diferencias son excesivas para establecer un paralelismo; y otros piensan que sí, que a pesar de esas diferencias la comparación resulta suficientemente ilustrativa. En cualquier caso, no es ésta, desde luego, la vía que hubiéramos propuesto. Aunque sabemos que hasta ahora la salida del subdesarrollo siempre se ha producido así, de golpe, en una generación; pensamos que hoy es posible imaginar otra forma de desarrollo económico y otro ritmo que permitan dejar atrás la pobreza. Una forma que además de la riqueza generada contemple la manera en que se reparte, las necesidades de las generaciones futuras y la conservación del territorio.

Ahora bien, casi todos los datos manejados en este apartado llegan hasta el año 98. Podría objetarse que la falta de los datos más recientes nos impide apreciar una tendencia inmigratoria muy creciente. Esa es la creencia generalizada en Lanzarote. No disponemos de los datos actualizados para el conjunto del Archipiélago, pero sí para nuestra Isla, una de las que muestran mayores índices de crecimiento de población. En los últimos cuatro años, de 1997 al 2000, la población de derecho ha pasado de 85.660 a 105.000, 20.000 nuevos habitantes que suponen un incremento del 22%. Si bien no consideramos que la cifra total suponga una densidad

La mayor presencia de extranjeros en Canarias se debe a la afluencia de rentistas y jubilados europeos

Canarias es una de las comunidades con menor cantidad de inmigrantes interiores del país

demográfica preocupante en Lanzarote, no puede negarse que la tendencia sí señalaría un conflicto preocupante de cara a un futuro próximo.

Sin embargo, la demografía no nos permite extraer conclusiones definitivas de indicadores coyunturales. La explosión de construcciones turísticas que ha provocado ese aumento de la población en los últimos cuatro años tiene su claro precedente hace exactamente una década, cuando se produjo el mismo fenómeno. Entre 1987 y 1990 la población de la Isla creció porcentualmente aún más: el 24%. No obstante, una vez concluido el *boom* turístico la situación cambió radicalmente y, tomando otra vez un período de cuatro años, de 1990 a 1993 la población pasó de 74.007 a 72.755, es decir, disminuyó. La historia reciente nos revela la imposibilidad de proyectar hacia el futuro una tendencia coyuntural provocada por el momento económico presente, aunque también nos descubre la consolidación de los crecimientos producidos. El ritmo de construcción actual en la Isla es insostenible incluso para el mercado –como lo fue hace diez años–, si a ello le añadimos el aumento de la presión social para detener ese crecimiento, parece lógico pensar que la actual tendencia de fuerte aumento demográfico no tiene visos de prolongarse mucho en el tiempo.

No sólo emigran los pobres

Como resultado de una sociedad unidimensional, obsesionada con los resultados económicos, tanto colectiva como individualmente, tendemos a reducir las razones que impulsan a emigrar a una razón exclusivamente económica. La pobreza es, evidentemente, una de las causas fundamentales de la emigración, pero no la única y, en ocasiones, no la más importante. Un inmigrante no es exclusivamente un trabajador en busca de empleo; es también un ser humano construyendo su propio proyecto de vida. Por ello, un demógrafo puede decir: “Me sonroja escribirlo, pero aún parece necesario: no emigran los más pobres de un país, ni los menos instruidos. Dejando aparte cuando el elevado nivel de instrucción o la categoría socioprofesional son la razón de la inmigración, existe una selección positiva del emigrante, tratándose por lo general de personas con buenas condiciones de salud, con un capital inicial para afrontar la migración y actitud emprendedora”⁵.

Es la acción concertada de varios factores lo que dibuja un escenario de un potencial migratorio internacional sin precedentes. Mientras la brecha entre los países ricos y pobres siga ensanchándose, los medios de comunicación y transporte extendiéndose y la

5. Andreu Domingo, “Inmigración y demografía. El desmentido: la ardua tarea del demógrafo”, en *Informe Anual sobre el Racismo en el Estado Español*, SOS Racismo, 2000.

cultura del consumo y el éxito difundiéndose, ningún control sobre fronteras podrá impedir las migraciones. Porque son muchos millones de individuos en el Sur los que sienten que no pueden seguir confiando por más tiempo en que los esfuerzos colectivos reduzcan el retraso del desarrollo en su país, y optan por mejorar sus oportunidades de vida emigrando a los países del Norte.

Puede decirse, por tanto que, en muchas ocasiones, las causas de la migración proceden menos de la situación de los países de salida que de las condiciones de vida del país receptor o, para decirlo más exactamente, de la imagen que los propios países receptores han contribuido a crear: un mercado de trabajo atractivo que reclama inmigrantes, prestaciones sociales y familiares percibidas como Estado-providencia, una rica ciudadanía social y un clima de libertad política y cultural. Han sido varios siglos proclamando la superioridad de los valores y de la sociedad de Occidente. Pues bien, ese mito y esa realidad se han convertido en un potente polo de atracción para gentes de todo el planeta.

Explosión demográfica, urbanización y crisis ecológica

Estamos asistiendo a una transformación profunda de la base material en la que se asientan las sociedades humanas. “El tercer cuarto de este siglo ha marcado el fin de un período de siete u ocho milenios de historia humana iniciado en la edad de piedra con la invención de agricultura, cuando menos porque ha llegado a su fin la larga era en la cual la grandísima mayoría del género humano ha vivido cultivando los campos y criando animales”⁶. Tanto es así que “el porcentaje de agricultores en los Estados Unidos es en la actualidad de sólo el 2% de la población activa. Por contra, la población urbana se ha multiplicado por diez en el curso de nuestro siglo, pasando de 224 millones en 1900 a 2.500 millones en 1995. Tales desplazamientos de inmensas masas humanas, con frecuencia carentes de hábitos y culturas urbanas, y obligadas generalmente a vivir en los márgenes de la ciudad en condiciones desesperadas, en *slums*, *bisonvilles* o *favelas*, nos propone cuestiones inéditas que se tiene dificultad hasta para focalizar debido a su novedad y a su evolución dinámica”⁷.

Pero no ha sido sólo una cuestión de desplazamientos, hemos asistido a una auténtica ‘explosión demográfica’. La población humana tardó muchos miles de años en llegar a los primeros mil millones, sólo cien años en llegar a los dos mil, treinta años para alcanzar los tres mil, quince para alcanzar los cuatro mil, diez años para llegar a los cinco mil. Ahora, que ya somos seis mil millones de

La cantidad de residentes provenientes de otras comunidades en Lanzarote no llega a alcanzar la media nacional

6. Eric Hobsbawm, *Historia del siglo XX*, Crítica, Barcelona, 1998.

7. Remo Bodei, “Los sin patria”, revista *Teoría Política*, nº 1, XV72, 1999.

personas, sabemos que la razón básica del reciente crecimiento exponencial de la población no ha sido un incremento de la tasa de natalidad a nivel mundial, sino el acentuado declive de la mortalidad que se ha producido durante el siglo XX, especialmente en su segunda mitad.

Se ha discutido mucho sobre la ‘capacidad de carga’ del planeta con respecto a la población humana. Ecologistas de prestigio como Barry Commoner defienden que no existe dificultad alguna para que unos ocho mil millones de personas puedan disfrutar de una vida digna⁸. En cualquier caso, lo que sí es cierto es que hablar de sobrepoblación, sin más consideraciones, es engañoso. Basta para darse cuenta de ello con pensar comparativamente en el número de habitantes por kilómetro cuadrado en los siguientes países: Gran Bretaña (229), India (209), Países Bajos (385), Brasil (15), Bolivia (5), Francia (95), China (102). Este concepto de sobrepoblación ha sido utilizado con profusión en Lanzarote en los últimos tiempos, pero la realidad desmiente la propaganda: Lanzarote tiene una población residente de 100.000 personas que, dividida por los 845 km² de superficie de la Isla, indica una densidad de 118 habitantes por kilómetro cuadrado. No deberíamos añadir a los turistas si no lo hacemos en las otras cifras de la comparación; pero si sumamos los 50.000 turistas que se encuentran aquí habitualmente, la densidad se elevaría a 177, aún lejos de la británica (229), por poner el ejemplo del país del que más turistas llegan a Lanzarote. La situación es muy diferente en Gran Canaria, cuya densidad alcanza los 459 habitantes por kilómetro cuadrado, lejos de la de Madrid (590), por ejemplo, aunque con el añadido de la insularidad.

El componente más importante de la inmigración en Lanzarote lo componen los canarios venidos de las otras Islas

No obstante, el ritmo de crecimiento de la población humana sobre el planeta se configura como uno de los grandes problemas del nuevo siglo. Y, además, en la actualidad, el 95% del crecimiento de la población mundial está teniendo lugar en los países no desarrollados. Las estimaciones de la ONU arrojan una cifra cercana a los 9.000 millones de personas para el año 2050. Un crecimiento como éste de la población a nivel planetario es un hecho relevante desde el punto de vista de los límites y la sostenibilidad del desarrollo. Puede anticiparse que los movimientos de población conocerán un crecimiento exponencial también como consecuencia de la crisis ambiental. Según el informe de Naciones Unidas sobre el *Estado de la población mundial*, la cuarta parte de la población del planeta vivirá pronto en países sometidos a serias restricciones en el uso de agua. A mediados de los 90 eran ya más de 10 millones los

8. Barry Commoner, *En paz con el planeta*, Crítica, Barcelona, 1992.

‘refugiados ambientales’ y se estima que serán 150 millones en el 2050, una cifra superior a la del total de migrantes actuales.

La ‘invasión’ de Occidente

La alarma ante la invasión de Occidente por los emigrantes de los países pobres es una construcción demagógica que no se ajusta a la realidad. No es cierto, como algunos creen, que Europa, o los países desarrollados, sean quienes están sufriendo mayor presión migratoria. Datos del Banco Mundial indican que en 1992 había unos 100 millones de migrantes en el mundo, cifra que incluía tanto los migrantes económicos como los refugiados políticos, que entonces se estimaban en unos 17 millones de personas. Entre los migrantes económicos, unos 35 millones estaban acogidos por países del África subsahariana, 15 millones por países de Asia y Oriente Medio, otros 15 millones por América del Norte y 15 millones más por Europa. Y respecto a los refugiados políticos, el 87% estaban acogidos por países subdesarrollados. Como vemos, sólo los países del África subsahariana –la región más pobre del planeta– recibían más migrantes que Europa y Norteamérica juntos. Los emigrantes y refugiados de países del Tercer Mundo se desplazan preferentemente a los países vecinos, y seguirán haciéndolo así aun cuando los países ricos (y concretamente los europeos) decidan abrir más sus fronteras.

Estos son los datos. Sin embargo, en ocasiones se falsean para justificar el habitual tratamiento policial con que la mayoría de los gobiernos europeos afrontan el fenómeno inmigratorio. En España, “es fácil reconocer, en el tratamiento que recibe la llegada de inmigrantes, el interés del Gobierno y sus aliados en justificar la modificación de la todavía vigente Ley de Extranjería, en nombre de la urgencia de protegernos de lo que se escenifica como una avalancha masiva de menesterosos indeseables. Los datos son aquí contundentes: tendrían que llegar muchos miles de inmigrantes más para que pasáramos de nuestro discreto 2,5% de extranjeros al 7% de la media europea, por no hablar del 10% que se registra en Francia, Alemania o Bélgica”⁹.

Además, conviene insistir en que de ese 2,5% de extranjeros sobre el total de la población española, alrededor de la mitad son inmigrantes provenientes de países europeos. Porcentaje que debe incrementarse en el caso de Canarias, donde tampoco puede hablarse, como se está haciendo, de ‘invasión’ de inmigrantes extranjeros. La mayor parte de la inmigración en Canarias en los últimos años proviene de la Península. A pesar de lo cual, la sensación de

En 20 años (78-98) la población de Lanzarote aumento un 70%; entre 1950 y 1970 el crecimiento en la provincia de Barcelona fue del 76%, en Vizcaya del 90% y en Madrid del 100%.

9. Manuel Delgado, “La producción legal de ilegales”, *El País*, 16 de octubre de 2000.

*Sólo los países
del África
subsahariana
reciben más
migrantes que
Europa y
Norteamérica
juntas*

agobio inducida por los medios, las instituciones y los aficionados a la ‘producción de odio’ ha tenido lugar con la llegada de los escasos inmigrantes del Tercer Mundo, entre los que se ha dado especial relevancia a los poquísimos que llegan en pateras desde la costa africana. Quizá esa relevancia tenga que ver con la ‘visibilidad’ de negros y magrebíes.

La invasión no es tal, y el endurecimiento de los controles fronterizos que se persigue ya se ha demostrado completamente inútil ante los movimientos de población en el mundo. El costosísimo incremento de los controles policiales en Ceuta, Melilla y el Estrecho ha provocado, simplemente, un desvío de los flujos de pateras hacia Canarias, que ha hecho muchísimo más arriesgada la travesía. Conviene también recordar que, por ejemplo, antes del 15 de mayo de 1991 la frontera con Marruecos estaba *bastante abierta* y no se producía ninguna invasión: los marroquíes se trasladaban a la Península a hacer trabajos de temporada y se volvían a su país, para retornar de nuevo en otra temporada. Al establecer en esa fecha la obligatoriedad del visado –lo que suponía una forma de cierre de la frontera a la inmigración–, se inició el proceso por el que quienes entraban ya no volvían a su país, por miedo a no poder volver de nuevo a España, y quienes querían entrar lo hacían jugándose la vida –y perdiéndola en muchos casos– en el Estrecho. Si la frontera fuera más permeable, si resultase más fácil el acceso legal para residir en España –o en Europa–, el flujo migratorio sería mayor, pero tanto en las entradas como en las salidas. Los inmigrantes siempre fueron donde había trabajo para ellos, y nunca donde no lo había. Es Europa, con sus miedos y prejuicios, la que está construyendo en los últimos años una situación anormal, un muro que ni deja entrar ni deja salir.



II. Biología y cultura: del racismo al fundamentalismo cultural

La condición humana

La actual obsesión por la búsqueda de diferencias nos hace olvidar, a menudo, que entre los humanos es más lo que nos hace parecidos que lo que nos hace distintos. El color de la piel y la forma del cuerpo, la lengua y la cultura diferencian a los miles de millones de seres humanos desperdigados por el planeta. Esta variedad, que refleja nuestra capacidad para hacer frente a los cambios, para adaptarnos a distintos medios y desarrollar estilos de vida originales, es la mejor garantía para el futuro de nuestra especie. Pero los conocimientos que hemos adquirido sobre nosotros mismos muestran con claridad que toda esta diversidad es bien poca cosa comparada con el inmenso patrimonio que tenemos en común los seres humanos. Creemos que hay grandes diferencias entre europeos, africanos o asiáticos; pero no es así: nos distinguimos muy poco en nuestra constitución genética. Las diferencias entre ‘razas’ son bastante limitadas, y más cuantitativas que cualitativas. Vistas las cosas así, la confusión, las grandes tragedias y las crueldades a que ha dado lugar la diversidad racial en el mundo son, en palabras de Macbeth, “una historia contada por un idiota, llena de griterío y de furia, que no significa nada”.

Las diferencias entre las razas que impresionaban a nuestros antepasados, y siguen impresionando a mucha gente, son el color de la piel, los ojos y el cabello, la forma del cuerpo y de la cara, y todos los detalles que a menudo nos permiten adivinar el origen de una

Casi todas las diferencias entre los humanos se deben a los distintos climas que encontraron en su expansión por el mundo desde su región de origen, África

La especie humana es la única especie viva que, desde su origen, no ha cesado de mezclarse porque no ha cesado de desplazarse

persona al primer vistazo. Esta clase de diferencias nos influyen mucho, porque saltan a la vista, y son claras e indiscutibles. ¿A qué se deben? Lo sabemos¹⁰: casi todas se deben a las diferencias climáticas que encontraron los hombres en su expansión por todo el mundo a partir de su región de origen, África. Mientras el hombre tuvo escasa influencia tecnológica sobre el clima, limitada a la construcción de casas muy sencillas o a la confección de vestidos de pieles de animales para protegerse del frío, fue necesaria una adaptación biológica, que provocó una cierta diferenciación genética. Por ejemplo, los blancos surgieron de los negros por selección natural, al absorber la piel blanca más radiaciones ultravioletas que la negra, ventaja natural decisiva en las regiones templadas –el color blanco de los europeos no se remonta a más allá de diez mil años–; las narices se fueron haciendo más anchas en los países tropicales y estrechas en los fríos por su proceso de selección natural que favorece la filtración del aire, etc. Estos caracteres responsables de la adaptación climática son típicos de la superficie del cuerpo y, en consecuencia, muy visibles.

De hecho, si nos limitamos a los caracteres visibles, los únicos que se conocían en épocas pasadas, no es descabellado pensar en razas relativamente ‘puras’. Pero entonces no se sabía que para obtener esa ‘pureza’ genética –que de todos modos nunca sería completa en los animales superiores–, se tendrían que cruzar durante muchas generaciones –por lo menos veinte– parientes muy cercanos, como hermano y hermana, o padres e hijos. Pero ello con consecuencias muy negativas sobre la fecundidad y la salud de los descendientes. Así pues, la pureza de la raza es imposible y totalmente indeseable. En general, convendría buscar lo contrario: los animales de cualquier especie, incluido el hombre, tienen más posibilidades de poseer niveles elevados de caracteres importantes, como la resistencia a las enfermedades, la fecundidad, la inteligencia, etc., si son mezclas genéticas. Por eso se habla del *vigor de los híbridos*.

Puede decirse, por tanto, que el *homo sapiens* es por naturaleza migrador y mestizo. La especie humana tal vez es la única especie viva que, desde su origen, no ha cesado de mezclarse porque no ha cesado de desplazarse. Así que no existe raza verdadera en el hombre o, si se prefiere, existen millares de ellas porque no se sabe dónde empieza y dónde termina realmente una raza. Tampoco la *selección cultural* ha provocado diferencias tan apreciables como a veces se piensa: “una prueba adicional de la universalidad de muchas conductas humanas es el origen dual de las civilizaciones

10. Las ideas de este apartado siguen el libro de Luigi Luca Cavalli-Sforza, *Genes, pueblos y lenguas*, Crítica, Barcelona, 1997.

en el Viejo y el Nuevo Mundo, que evolucionaron en aislamiento mutuo pero son notablemente convergentes en general”¹¹.

En consecuencia, parece absolutamente necesario, en los tiempos que corren, reivindicar la necesidad de que la dignidad humana se sitúe por encima de cualquier diferencia, biológica o cultural; promover una *consciencia de especie* que nos permita darnos cuenta de la mayor importancia de lo que nos hace iguales que de lo que nos diferencia. Francisco Fernández Buey lo ha definido así: “Entiendo por conciencia de especie la configuración culturalmente elaborada de la pertenencia de todos y cada uno de los individuos humanos a la especie *sapiens sapiens*, y, por tanto, no sólo la respuesta natural reactiva de los miembros de la especie humana implicada en el hecho biológico de la evolución. En este sentido, se podría decir que la configuración de una conciencia de especie corresponde a la era nuclear –o mejor aún: de las armas de destrucción masiva– y a la época de la crisis ecológica global y de las grandes migraciones intercontinentales como la conciencia nacional correspondía a la época del colonialismo y la conciencia de clase a la época del capitalismo fabril”¹².

Finalmente, queremos destacar un aspecto de la condición humana que sale continuamente a colación cuando se trata de la convivencia entre las personas, sociedades o culturas: ¿es el hombre un lobo para el hombre? Los grupos humanos han encontrado muchas excusas para atacar al otro o a los otros. Se sostiene también que un enemigo exterior ha sido siempre una de las mejores maneras de mantener la cohesión interna de una sociedad. Los estudiosos de la cultura más pesimistas se preguntan si las sociedades humanas pueden existir sin enemigos. La ciencia no permite, en este caso, simplificaciones: “Toda sociedad humana presentará algunas tendencias competitivas y otras cooperativas. Eso no podemos cambiarlo, pero tal vez seamos capaces de cambiar las proporciones entre estos dos elementos. Si la competencia parece consustancial al hombre, también la facilidad para cooperar es algo en verdad universal entre los seres humanos”¹³.

El racismo

En la segunda mitad del siglo XIX y la primera del XX se construyó un racismo biologicista, presentado como científico, aunque el concepto de división de la especie humana en razas nunca tuvo nada de científico, ya que la elección de los caracteres biológicos por los que se clasificaban las razas se hacía de una forma tan arbitraria que hoy nos sorprende que tuviera eco en los departamentos

No existe verdadera raza en el hombre o, si se prefiere, existen millares de ellas porque no se sabe dónde empieza y donde termina una raza

11. Edward O. Wilson, *Consilience. La unidad del conocimiento*, Galaxia Gutenberg-Círculo de Lectores, Barcelona, 1999.

12. Francisco Fernández Buey, *Ética y filosofía política*, Bellaterra, Barcelona, 2000.

13. Peter Singer, *Una izquierda darwiniana*, Crítica, Barcelona, 2000.

La muerte de Fonseca y el éxito de la manifestación xenófoba han puesto fin a la inocencia: nosotros también somos racistas

universitarios europeos y, sobre todo, en los norteamericanos. En realidad, se trataba de la usual justificación a posteriori de un fenómeno económico y social “directamente ligado a la expansión colonial. Nos apoderamos de territorios que no nos pertenecían, legitimando el robo en nuestra ‘superioridad’ religiosa, cultural y, por fin, biológica”¹⁴. Ese racismo biologicista, encontró su máxima expresión en la Alemania nazi. De todos modos, el racismo, en un sentido más amplio, es más antiguo que estas ideologías, probablemente tanto como la humanidad.

En la Europa de principios del siglo XXI, el término racismo tiene una acepción amplia que engloba la xenofobia, el antisemitismo, el integrismo y manifestaciones del nacionalismo excluyente. Engloba el prejuicio, la discriminación, la segregación o la agresión que sufren las personas en función de su origen, aspecto físico, creencias o pautas culturales. Se puede argumentar que, planteado así, el término racismo es poco preciso pero, si partimos de que las razas no existen, no podemos definir el racismo como la acción que se realiza contra una raza, lo que sí sería un concepto preciso. Por tanto, al disociar por completo los conceptos de raza y racismo, lo que habremos de definir como racismo es la inferiorización de cualquier grupo social sobre el que la sociedad ha construido una imagen racial.

“Hasta fines de los años ochenta, la España democrática y modernizante parecía inmune al virus racista. El racismo y la xenofobia eran problemas ajenos y distantes. Pero en 1992 España perdió esa inocencia acogedora. El asesinato de Lucrecia Pérez, una mujer dominicana apenas llegada a Madrid, destruyó la ilusión de la buena convivencia con gentes llegadas de otras orillas. A partir de ese momento, y a medida que se sucedieron denuncias de casos de hostilidad y agresión contra inmigrantes no europeos, parece haberse ‘normalizado’ el racismo en nuestro país”¹⁵. Hasta llegar a El Ejido. En Lanzarote, también han comenzado a producirse preocupantes brotes de racismo. La muerte en la Comisaría de Arrecife de Antonio Fonseca, negro africano, y el éxito de una manifestación inequívocamente xenófoba han puesto fin a la inocencia: nosotros también somos racistas.

Lo sorprendente era esa confianza en que “los españoles no somos racistas, pero en este caso hay que preguntar siempre a los gitanos si lo somos o no”¹⁶. Y la contestación hubiera sido inequívocamente afirmativa. De la misma forma, la pregunta sobre si los lanzaroteños somos racistas o no, hay que hacérsela a los inmigrantes

14. Ignacio Sotelo, “El racismo, el mayor peligro del siglo XXI”, *El País*, 12 de noviembre de 2000.

15. Verena Stolcke, “Inmigración y economía. Cuando el racismo se convierte en la pantalla de la explotación”, en el *Informe Anual sobre el Racismo en el Estado Español*, SOS Racismo, 2000.

16. Juan Goytisolo, “Racismo y conflicto político”, *Mientras tanto* n° 55, Barcelona, 1993.

magrebíes y negroafricanos que conviven con nosotros. Y la respuesta vuelve a ser afirmativa. Por otra parte, no puede resultar sorprendente en un país que presume de una fecha fundacional, 1492, que coincide con la expulsión de los judíos, recién salido de una dictadura donde la intolerancia y la intransigencia, que siempre han constituido una parte muy significativa de la historia española, alcanzaron niveles más que notables, y en el que hoy se busca, o se inventa, cualquier detalle que justifique nuestra diferencia con respecto a los vecinos.

Pues bien, en este país, como en la mayoría de los europeos, existe el racismo. Y en ocasiones bien alimentado desde las instituciones. Lo que podemos llamar *racismo institucional* está ya bastante bien definido. Nos referimos a la institucionalización de una situación de inferioridad de la población inmigrada a través de leyes, prácticas administrativas y comportamientos sociales. El Estado está jugando en ello un papel importante, en la medida en que es el responsable de regular los límites de los derechos de la población inmigrada. El Estado está definiendo quiénes son ‘de los nuestros’ –ciudadanos de pleno derecho– y quiénes no. Construye así una noción de identidad nacional que resulta excluyente para la población inmigrada, que sólo por nacionalización podrá escapar de la exclusión. Con tal actuación, la Administración Pública desarrolla una parte importante de lo que es el racismo contemporáneo y en ese sentido puede hablarse de racismo institucional.

No resultan ajenos al racismo institucional determinados comportamientos agresivos e intimidatorios de los Cuerpos de Policía ejercidos contra la población inmigrada. Sin duda, el papel que corresponde jugar a las fuerzas policiales y de seguridad dentro de un Estado democrático y de derecho se incumple cuando el trato hacia los inmigrantes no es el mismo que el que reciben los españoles: peticiones de identificación reiteradas sólo por el color de la piel a una misma persona, pasividad policial ante agresiones e insultos, en definitiva, abusos de poder y desprotección. Si bien es cierto que no todos los policías se comportan de la misma manera ante las personas inmigradas, no puede decirse, refiriéndonos a esas agresiones, que se trate de casos aislados, o que los inmigrantes las sufran de la misma manera que podría sufrirlas cualquier otro ciudadano. Su vulnerabilidad y desamparo es, ciertamente, mucho mayor.

El *racismo social* es más amplio en cuanto a formas de expresión y, generalmente, mucho más sutil. Consiste en el conjunto de actuaciones de los vecinos, los compañeros de trabajo, los encargados de

Las diferencias biológicas y genéticas han dado paso a la defensa de las diferencias culturales entre los grupos étnicos

atender en un comercio o servicio, los transeúntes, etc., que se traducen en discriminación, segregación o insulto, para quien es negro, gitano, musulmán, judío, extranjero, etc. Personas que no se reconocen como racistas, que, en muchos casos, ni siquiera apoyan estas actitudes, pero en quienes los prejuicios, la ignorancia, el miedo y el racismo institucional han calado hasta configurar una visión de sus vecinos como invasores de un espacio, responsables del mal común y beneficiarios de lo que consideran sólo suyo.

“Incidir en las dinámicas de exclusión social de una parte de la ciudadanía en el funcionamiento ordinario y cotidiano de nuestra sociedad es fundamental para evitar situaciones de fractura social. Hemos de definir medidas concretas en diferentes ámbitos para elaborar un modelo de sociedad que sepa aprovechar su diversidad, canalizar los conflictos y eliminar cualquier espacio de exclusión y segregación. Diseñar políticas globales a largo plazo que afronten situaciones de exclusión y de marginación en todos los ámbitos, empezando por reclamar una Ley de Extranjería que iguale en derechos a los ciudadanos, es la base de la convivencia. Cualquier expresión de racismo social es responsabilidad de toda la sociedad, y si no hacemos estos cambios se producirá una fractura social que irá creciendo de tal manera que tendremos una sociedad dividida, en la que difícilmente los valores de libertad, democracia e igualdad tendrán cabida. Debemos, a partir de hoy mismo, plantearnos qué modelo de sociedad queremos”¹⁷.

Sin embargo, hoy prácticamente nadie se considera racista abiertamente. El ideario racista encuentra una de sus variantes más en boga en un nuevo diferencialismo cultural exacerbado, en el que la etnia ocupa el lugar que antes ocupaba la raza. El reclamo de unas pretendidas diferencias biológicas y genéticas ha dado paso, en sus manifestaciones más extremas, a la defensa de las diferencias culturales entre los grupos étnicos con el fin de evitar que el posible mestizaje entre autóctonos y foráneos pueda ‘desnaturalizar’ o poner en peligro la identidad y la forma de vida de la sociedad receptora. Esta ideología diferencialista no hace más que remarcar las diferencias, haciendo aún más grande la brecha entre los autóctonos y los foráneos, y favoreciendo con ello las políticas de discriminación y de segregación.

El racismo diferencialista ensalza ‘nuestra cultura’, ‘nuestra identidad’, la reconstruye y la mitifica, la remonta al lejano pasado, la presenta como superior o absolutamente diferente a las demás, la utiliza como arma arrojada contra los miembros ajenos al grupo,

Es preciso evitar a toda costa que el discurso xenófobo se convierta en discurso ambiental

17. Elisa Gutiérrez, “Racismo social”, en el *Informe Anual sobre el Racismo en el Estado Español*, SOS Racismo, 2000.

la convierte en discurso incendiario y visceral contra “los otros” y la blinda a “extraños” y “extranjeros”, aprovechándose y manipulando la necesidad de identidad comunitaria connatural al ser humano. Vivimos en una época de reforzamiento y sublimación de las identidades comunitarias, que no afecta sólo a las minorías nacionales, étnicas o religiosas, sino también a las sociedades mayoritarias de los Estados-nación, dando lugar a sentimientos y manifestaciones de *fundamentalismo cultural* que van calando creciente y preocupantemente en la sociedad occidental.

Urge un esfuerzo de sensibilización colectiva para recuperar la conciencia de que es necesario combatir el racismo en cualquiera de sus manifestaciones, incluso las más silenciosas y aparentemente menores. La sociedad debería movilizarse de modo que los individuos abiertamente racistas o xenófobos se sientan rechazados por ella. Es preciso evitar a toda costa que el discurso xenófobo se convierta en el discurso ambiental. Sólo una visión normalizada y positiva de las migraciones y el acceso a la ciudadanía plena para todas las personas que forman parte de una comunidad que será cada vez más diversa, permiten sentar las bases de una sociedad donde el racismo no tenga cabida.

La herencia cultural

Hasta hace poco tiempo, la cultura y la identidad cultural eran ideas que sólo parecían ser una obsesión propia de los antropólogos; sin embargo, estos conceptos –sólo palabras, a veces– los encontramos actualmente en multitud de planteamientos políticos o sociales. “Hoy en día todo el mundo habla de las amenazas sobre la diversidad de las culturas. Pero la paradoja de la situación actual es que el contenido de estas culturas –y por lo tanto de la diversidad– rara vez se define en términos rigurosos y comparativos”¹⁸. También en los términos de la discusión cotidiana, las inexactitudes provocadas por los prejuicios ideológicos anegan de confusión las diferentes visiones de la realidad. Pongamos un ejemplo simple: quienes resaltan el peligro que supone la homogenización cultural provocada por la globalización, nos muestran la ‘realidad’ de nuestras ciudades inundadas por estandarizados lugares de comida basura; mientras que aquéllos más dispuestos a buscar las ventajas del mestizaje contestan con una ‘realidad’ en la que la diversidad culinaria se esparce por las ciudades: restaurantes chinos, mexicanos, libaneses, magrebíes, senegaleses, indúes... Parece obligado atender a las múltiples caras de la sociedad en la que vivimos para que los análisis sobre ella no se conviertan en prejuicios o en sencillas rece-

La transmisión cultural más consevadora, la tradición y la presión de la mayoría, conforman lo que hoy se entiende por identidad cultural

18. Emmanuel Todd, “Identidad cultural, sistemas familiares e ideologías”, en *Identidades y conflicto de valores*, Icaria, Barcelona, 1997.

*Todos estamos
infinitamente
más cerca de
nuestros
contemporáneos
que de nuestros
antepasados*

tas que no abarcan más que aspectos parciales de la compleja época en la que estamos instalados.

La cultura, en el sentido en que la entienden los antropólogos, es una conceptualización que abarca realidades complejas y diversas: “una cultura es el modo socialmente aprendido de vida que se encuentra en las sociedades humanas y que abarca todos los aspectos de la vida social, incluidos el pensamiento y el comportamiento”¹⁹. Efectivamente, un modo *aprendido*, porque no se pueden adquirir conocimientos si no se es capaz de aprender. Cambiamos constantemente nuestro sistema personal de conocimiento con arreglo a lo que aprendemos, no sólo con nuestra experiencia, sino sobre todo con la de los demás, es decir, con el conjunto de informaciones que se nos transmiten en forma de órdenes, consejos o noticias que puedan resultar útiles. Podemos llamar transmisión cultural a ese conjunto de transacciones más o menos elaboradas. Es el vehículo que posibilita una herencia cultural.

Suele denominarse ‘vertical’ a la transmisión cultural de padres a hijos y, en general, de una generación a otra, porque sigue la dirección del tiempo y la edad. Mientras que llamamos transmisión ‘horizontal’ a aquella en la que no cuenta la edad, las generaciones, ni el parentesco. Hay muchas formas de transmisión horizontal. La más sencilla es la que pasa de una persona a otra. Otra forma importante de transmisión horizontal es aquella en la que el transmisor es un enseñante, un hombre político, un líder religioso o una persona de gran prestigio social; en este caso los mentores disponen de decenas, cientos, miles o incluso millones de posibles discípulos. Algo parecido ocurre hoy cuando las formas de hablar, vestirse y comportarse de los actores, deportistas y demás personajes famosos son ampliamente imitadas. En el polo opuesto de este tipo de transmisión horizontal de una persona a muchas, tenemos el caso contrario: situaciones de presión social, en las que muchas personas influyen en un individuo para forzarle a aceptar la tradición. La presión ejercida por la influencia concertada y paralela de muchos miembros de un grupo social sobre uno cualquiera de ellos tiene un efecto muy acusado de impedir los cambios, por lo que se puede decir que es un importante agente de conservación cultural.

En la transmisión vertical entre generaciones y horizontal de grupo a individuo, la cultura tiende a mantenerse estable, y el cambio cultural es difícil; por ello puede decirse que normalmente cuanto más cerrada es una sociedad más fuerte es la identificación de sus miembros con ella. Estas dos formas de transmisión, la tradición y

19. Marvin Harris, *Teorías sobre la cultura en la era posmoderna*, Crítica, Barcelona, 2000.

la presión cultural de las costumbres de la mayoría, las más conservadoras, son las que conforman, en su mayor parte, lo que hoy se entiende por identidad cultural, fundamentada generalmente en sistemas y visiones del mundo acrílicas cuando no reaccionarias.

Lo cierto es que frente a quienes construyen sus códigos sociales defendiendo el carácter hereditario, y por tanto excluyente, de la cultura propia, se contraponen el criterio científico de que la cultura es adquirida, se aprende en el entorno comunitario y, por lo tanto, no puede ligarse a la naturaleza humana²⁰. La exageración del papel de la herencia en la cultura ha impedido comprender que “los hombres son más hijos de su tiempo que de sus padres, decía el historiador Marc Bloch. De hecho, todos estamos infinitamente más cerca de nuestros contemporáneos que de nuestros antepasados. ¿Estaría exagerando si dijera que tengo muchas más cosas en común con un peatón elegido al azar en una calle de Praga, Seúl o San Francisco que con mi propio bisabuelo?”²¹. En contra de este criterio, quienes ponen el énfasis en las diferencias culturales han recurrido a lo que Eric Hobsbawm ha denominado la ‘invención de la tradición’, como mecanismo para intentar cohesionar a la sociedad tratando de dotarla de un pasado mítico, de un momento fundacional. El intento de imponer visiones míticas se refleja hoy en España en la estéril batalla entre el nacionalismo español y los nacionalismos periféricos para imponer sus respectivas construcciones históricas en la escuela. El intento de algunos sectores en Canarias de obviar cinco siglos de historia y recurrir a la prehistoria para ‘fundar’ la nacionalidad, se inscribe también en esta corriente, que parece dar más valor a los borrosos proyectos o valores de sus ancestros que a las realidades del presente.

La ascensión de la irracionalidad ha provocado a lo largo de la Historia numerosos comportamientos que han definido la sociedad o la cultura de forma exclusivamente negativa, oponiéndola a otras sociedades o culturas. Y en esa pretensión surge la necesidad de transformar al ‘otro’ en enemigo exterior. Un papel que los más celosos guardianes de la identidad cultural adjudican hoy en día, en toda Europa, a los extranjeros provenientes de países pobres.

El fundamentalismo cultural

No es, por tanto, ninguna paradoja el que el neo-racismo de finales del siglo XX se presente como un racismo ‘sin razas’: el centro de su argumentación no es ya la herencia biológica sino más bien el carácter supuestamente irreductible de las diferencias culturales. Se trata de un racismo predominantemente *diferencialista*, culturalis-

La identidad cultural sublimada se ha convertido en la bandera de la extrema derecha europea en su tránsito del racismo al fundamentalismo cultural

20. Geer Hofstede, *Culturas y organizaciones*, Alianza Editorial, Madrid, 1999.

21. Amin Maalouf, *Identidades asesinas*, Alianza Editorial, Madrid, 1999.

ta. Y se alimenta tanto de formas institucionales, que defienden los límites del territorio y de la ciudadanía –cupos de inmigración, leyes de extranjería, permisos de residencia–, como de discursos ideológicos que transforman las diferencias entre ciudadanos autóctonos y foráneos en una contraposición irresoluble, en mundos culturales radicalmente opuestos, base de derechos diferentes y de exclusiones. Este discurso diferencialista, al situar en un primer plano la cuestión de las diferencias culturales, se pone, por otra parte y en numerosos casos, al servicio del ocultamiento de las condiciones socioeconómicas en las que se encuentra el inmigrante.

*Las sociedades
son
culturalmente
más ricas
cuantas más
aportaciones e
influencias de
distintos
orígenes tienen*

No es necesario estar de acuerdo con quienes defienden que “hay palabras a las que no hay modo de inyectarles aliento radical, que son esencialmente reaccionarias, como identidad nacional”²², para reconocer que la identidad nacional, transmutada en identidad cultural sublimada, se ha convertido en la bandera de la extrema derecha europea en su tránsito del racismo tradicional al fundamentalismo cultural. La instrumentalización del sentimiento colectivo de identidad con carácter de exclusión y de confrontación con “los otros” distorsiona las sociedades y deteriora gravemente la convivencia. Se mistifica la identidad, se purifica, se inmoviliza, se blindada y se convierte en un código arrojadizo, en fin, se corrompe una inclinación natural y espontánea en el ser humano y, con ello, se pervierten las relaciones sociales.

Un elemento central de esa retórica de exclusión es el rechazo del mestizaje cultural en nombre de la preservación incondicional de una supuesta identidad bio-cultural original. El origen del conflicto social no reside ya en la no aptitud de los ‘otros’, sino en el hecho de que las *relaciones* entre miembros de diferentes culturas son hostiles y mutuamente destructivas por ‘naturaleza’, ya que la xenofobia forma parte de la naturaleza humana. Por eso, por su propio bien, hay que mantener aisladas las diferentes culturas. Este nuevo fundamentalismo cultural está basado en una visión de la humanidad compuesta por múltiples culturas distintas, y entiende la cultura como algo compacto, estático, inalterable y homogéneo.

“Un ingrediente crucial del fundamentalismo cultural es el supuesto de que la cultura y la identidad nacional se basan en una herencia histórica única, sólida e inalterable. Sin embargo, los pueblos siempre han estado en movimiento y las culturas se han mostrado flexibles y fluidas. Las culturas sólo se atrincheran y devienen excluyentes cuando hay dominación y conflicto. En cambio, la diversidad cultural florece y resulta creativa –sin provocar desven-

22. Felix Ovejero Lucas, “La identidad perdida de la Tercer Vía”, en *Tercera Vía o neoliberalismo*, Icaria, Barcelona, 2000.

tajas— en aquellas sociedades suficientemente democráticas e igualitarias como para permitir que las personas se resistan a la discriminación —como inmigrantes, extranjeros, mujeres, negros— y puedan desarrollar sus diferencias sin poner en peligro su propia integridad y la solidaridad entre ellas”²³.

La exaltación de la diferencia se generaliza

Esa diversidad cultural que se considera irreductible tiene siempre una lectura unidireccional. Por lo general, reservamos los matices, el reconocimiento de ambivalencia y contradicciones, para cuando hablamos de ‘los nuestros’, para los miembros de la cultura propia; la otra cultura es vista como un bloque monolítico en el que no cabe la diversidad. Así creamos la selva de los tópicos, y se imponen, de este modo, de manera inconsciente, dos criterios y dos varas de medir que operan simultáneamente: el de la diferencia en el seno de la propia cultura y el de la identidad para juzgar a los otros. Esta simplificación no afecta sólo a quienes ejercen su posición privilegiada, sino que, en muchas ocasiones, está entreverando los criterios de quienes han sufrido la vejación de aquellos. Se están dando casos en los que ciertos sectores de minorías étnicas llegan a defender su superioridad física y moral, emprenden alucinadas búsquedas de raíces y ancestros e insisten en que sólo ellos tienen la competencia para comprender sus culturas y escribir su ‘verdadera’ historia. La obsesión por ser diferentes se añade, en este caso, al muy buscado papel de la víctima dando lugar algunas veces a propuestas o pretensiones verdaderamente demenciales.

No obstante, para analizar el fundamentalismo cultural entre los desposeídos hay que tener presente “un fenómeno capital que se ha agravado desde los años 80: el derrumbe del futuro emancipador. Cuando se pierde el futuro, ¿qué queda? El presente, el pasado. Nosotros, aquí, mientras podamos consumir, vivimos al día en el presente. Y ellos, ¿qué pueden ellos consumir en el presente? ¿Qué les han aportado las miríficas recetas del desarrollo? Subdesarrollo. Así, cuando ya no hay futuro y el presente está enfermo, queda el pasado. Por eso las enormes crecidas de los fundamentalismos son producto de un círculo histórico: es la crisis de la misma modernidad, es decir, del progreso, la que provoca ese fundamentalismo. Hasta ahora siempre se había considerado que el ser humano necesitaba certezas para vivir. Cuando declinaron las grandes religiones portadoras de certezas, otras certezas racionalistas, científicistas, vinieron a garantizar el progreso —aunque tanto la promesa de la revolución nacionalista como la de la revolución comunista eran en

El prejuicio es también el instrumento que al grupo dominante le permite justificar su postura privilegiada

23. Verena Stolke, “El ‘problema’ de la inmigración en Europa: El fundamentalismo cultural como nueva retórica de exclusión”, *Mientras tanto*, nº 55, Barcelona, 1993.

**No es cierto que
se plantee una
competencia
entre
extranjeros y
autóctonos en
la concurrencia
en el mercado
de trabajo**

realidad promesas religiosas—. ¿Podemos imaginarnos una humanidad que acepte la incertidumbre, el interrogante, con todos los riesgos de angustia que ello comporta? Se necesitaría ciertamente una mutación muy grande en nuestro modo de ser, de vivir, de pensar. Y éste es sin embargo nuestro nuevo destino”²⁴.

Mestizaje cultural

Las comunidades políticas étnicamente homogéneas son muy raras —sólo suelen considerarse así Islandia y las dos Coreas—. Todas las demás son mixtas. “La proximidad geográfica, el desarrollo de los intercambios materiales, la circulación de personas, la recepción de imágenes y la transmisión de símbolos —modernidad, artes, culturas, creencias...— implica un replanteamiento de las referencias de identidad en una perspectiva de encuentro y no de enfrentamiento. El peligro principal reside hoy en esas fijaciones exclusivistas que tienden a desarrollarse en las dos orillas”²⁵.

En cualquier sociedad las diferencias culturales de hoy dejarán de serlo mañana, y no sólo porque las personas inmigradas se acaben integrando, sino también porque la sociedad incorporará aspectos culturales importados por esas personas o bien a través de otras vías de contacto cultural, en particular los medios de comunicación. Vivimos en una época en que la información fluye y se intercambia rápidamente. Una energía y oportunidades que son susceptibles de canalizarse en beneficio de la riqueza y variedad cultural de las comunidades. Las sociedades son culturalmente más ricas cuantas más aportaciones e influencias de distintos orígenes tienen, es decir, cuanto más dinámica es su evolución cultural, cuanto más cambia su cultura. Una sociedad preocupada por el mantenimiento inamovible de sus tradiciones culturales y que tiene miedo a influencias culturales externas, es una sociedad pobre, mortecina.

Esta situación cobra una especial relevancia en la sociedad lanzaroteña, que se debate entre aceptar la riqueza del mestizaje cultural y su ineludible realidad o tratar de retrotraerse a situaciones pretéritas. La dificultad para aceptar los cambios resulta comprensible ante la vertiginosa transformación sociocultural sufrida por la comunidad insular en tan sólo una generación; pero es cierto también que los viejos tiempos no volverán. Resulta imposible mantener lo fundamental de una cultura basada en un modelo económico sustentado en la agricultura, la ganadería y la pesca, cuando la nueva sociedad se ha dedicado a una actividad tan alejada de aquellas como el turismo. Un artificio vacío de contenido. Así que el reto es aprovechar las ventajas de los nuevos tiempos para construir

24. Edgar Morin en conversación con Cornelius Castoriadis, *El ascenso de la insignificancia*, Cátedra, Madrid, 1998.

25. Sami Nair, *Mediterráneo hoy*, Icaria, Barcelona, 1997.

—con todas sus dificultades— una cultura acorde con la realidad insular de hoy, una cultura que no puede dejar de ser mestiza.

Para que la diversidad resulte más positiva y contribuya a enriquecer la vida de las personas en una sociedad como la nuestra, no ha de renunciarse tampoco a la crítica de aspectos culturales ajenos, y no ha de pretenderse perpetuar las diferencias culturales y encasillar a todo el mundo en sus diferentes culturas en nombre de la diversidad. La diversidad cultural que aporta la inmigración ha de verse como un fenómeno dinámico: la distancia cultural se va reduciendo pero los inmigrantes dejan un poso del que toda la sociedad puede beneficiarse. En lugar de ensalzar las diferencias culturales existentes, simplemente se ha de reconocer que existen, se han de someter a debate crítico cuando convenga y se han de facilitar los mecanismos para que los aspectos culturales diferenciados cambien, en autóctonos e inmigrados, dando lugar a otros nuevos —y a nuevas diferencias—. Se ha de facilitar un diálogo que inevitablemente conducirá al mestizaje cultural. Este mestizaje no ha de ser entendido como algo que puede producirse de forma inmediata cuando se encuentran dos o más colectivos de distinta procedencia cultural; se ha de entender como un proceso que requiere el paso de varias generaciones.

Los países con mayor inmigración son los que sufren menor desempleo

Prejuicios: la diferencia inexistente

Algunas de las diferencias que acaban resultando importantes son aquéllas que no existen como tales objetivamente, pero, en cambio, sí son apreciadas por la población. Se trata de los prejuicios, que se autoalimentan a partir de cualquier acción negativa de un miembro del grupo, sirviendo dicha acción como ‘prueba’ de que todos los miembros del grupo actúan así o son de determinada manera. El prejuicio, que ni siquiera necesita que alguien aporte la ‘prueba’, es una manifestación del racismo en la que la ignorancia juega un papel determinante.

En el fundamento del prejuicio se halla, además, el interés del grupo dominante, el que está en situación de privilegio —la población autóctona frente a la inmigrada—, por mantener esa situación de preeminencia. La ‘idea equivocada’ se mantiene interesadamente porque permite discriminar al grupo dominado, volcar sobre él las frustraciones propias y apartarlo de la competencia de bienes escasos —trabajo, prestaciones sociales, etc.—. Por eso los prejuicios resultan tan difíciles de erradicar, y por eso ningún prejuicio puede analizarse estudiando el comportamiento del grupo sobre el que recae —en este caso el inmigrado—, sino que ha de analizarse estu-

diando la situación de quien lo sustenta. Si queremos saber por qué determinada gente piensa que los magrebíes son vagos, no lo averiguaremos estudiando a los magrebíes, sino que deberemos estudiar a quienes piensan de tal manera. El prejuicio es también el instrumento que al grupo dominante le ofrece argumentos con los que racionalizar y justificar su postura privilegiada. Cuanto más negativamente lleguen a ver a los negros o magrebíes, más positivamente se verán a sí mismos en esa relación de privilegio que han establecido. Entre los prejuicios destacan con luz propia dos ideas muy extendidas en la actualidad: la relación directa de la inmigración con el paro y la delincuencia:

Nos quitan el trabajo. No es cierto que en estos momentos se plantee una competencia entre extranjeros y autóctonos en la concurrencia en el mercado de trabajo. El mercado de trabajo está segmentado, existe una clara evidencia de la complementariedad entre la ocupación de unos y otros: los inmigrantes llegan porque existe un espacio social y económico para ellos –existe una demanda–. Los empleos de la mayoría de los inmigrantes tienen lugar en el mercado secundario, del que huyen los trabajadores nacionales, realizando los trabajos con bajo índice de deseabilidad social, pero imprescindibles para mantener el aparato productivo.

La prueba de que la inmigración no produce desempleo en el país de recepción es que, en el ámbito de los países desarrollados, los datos indican, inequívocamente, que la relación entre inmigración y paro es directa, pero contraria a la creencia popular: los países con mayor inmigración sufren menor desempleo –EE UU, Suiza, Holanda e, incluso, Alemania y Francia–. El paro es mayor en los países del sur de Europa, que son los que menos inmigrantes reciben –el caso español resulta paradigmático–. Conviene remarcar, además, que si queremos mantener nuestra estructura laboral y garantizar nuestro sistema de protección social, necesitaremos un aporte adicional de activos que, evidentemente, sólo pueden proceder de la inmigración. De hecho, los estamos necesitando ya.

Quienes más compiten con los españoles en el mercado laboral son los inmigrantes que proceden de países ricos –Japón, EE UU y países de Europa– y, sin embargo, es a los que proceden del Sur a quienes más se les discute el derecho a haber inmigrado. Puede haber varias razones que lo expliquen: una es que los inmigrantes del Sur nos traen una imagen de pobreza que esta sociedad ya no quiere ver; otra, que nos presentan ante los ojos una realidad de desequi-

Los inmigrantes del Sur nos traen una imagen de pobreza que esta sociedad ya no quiere ver

librios que también preferimos no ver, por las obvias responsabilidades que el Norte tiene sobre el subdesarrollo del Sur.

Si lo vemos desde el interés estricto de los trabajadores autóctonos puede también señalarse que resulta mejor que los extranjeros estén en condiciones de competir, o sea, que no queden recluidos en unas condiciones laborales inferiores. Cuando a un sector de la población trabajadora se le asignan unas condiciones inferiores, su actuación en el mercado de trabajo resultará perjudicial para el resto de la población trabajadora, porque hará de contrapeso a las reivindicaciones laborales. Dicho de otra manera, los salarios bajan para todos si hay un sector que no tiene otra opción que aceptar salarios más bajos. Si se quiere evitar que la inmigración desestructure el mercado laboral, se la ha de integrar en la negociación colectiva, y se ha de eliminar la distinción entre inmigrantes y autóctonos en la competencia por los puestos de trabajo.

Son delincuentes. En este aspecto, debe decirse que el prejuicio es inducido por las instituciones y la política de control fronterizo y 'producción de ilegalidad'. "El control de las fronteras, en la entrada o en el territorio, es el origen de una victimización y una criminalización de los extranjeros en situación irregular, y una parte importante de los delitos que les son atribuidos son delitos de subsistencia. El control también está en el origen de las redes mafiosas de fabricación de papeles falsos y de 'pasadores' y 'alojadores' que mantienen a los inmigrantes, en ocasiones durante largos años, en una situación de deudores fuertemente gravados"²⁶. Tanto para el Gobierno como para los partidos políticos parece que la obsesión fundamental es evitar la entrada de inmigrantes 'ilegales'. Ello lleva, incluso de forma inconsciente, a considerar permanentemente a las personas inmigradas como sospechosas de estar transgrediendo la ley, y a mezclar constantemente los temas de inmigración con los de la delincuencia. El mensaje que ciertas instituciones y responsables políticos están lanzando sobre el hecho inmigratorio está conformando la opinión mayoritaria de la población sobre las personas inmigradas. Cuando se insiste en la necesidad de un mayor control de las fronteras, se potencia la opinión de que el número de inmigrantes que tenemos es excesivo; cuando se insiste mucho en las mafias de la inmigración y en las detenciones de inmigrantes 'ilegales', se potencia la opinión de que los inmigrantes son delincuentes.

La argumentación no nos puede llevar a negar la existencia de criminalidad entre la población inmigrada, que se ve favorecida por el

Los inmigrantes pobres no cometen más delitos que los españoles pobres

26. Catherine Wihtold de Wenden, *¿Hay que abrir las fronteras?*, Bellaterra, Barcelona, 2000.

crecimiento de redes de tráfico ilegal de mano de obra y por la clandestinidad que dificulta su inserción laboral y, en algunos casos, les coloca en situaciones de exclusión y les empuja a una criminalidad de subsistencia. No son muchos los inmigrantes que se ven abocados a esta situación, pero no cabe duda de que hay un sector de la inmigración que, habiendo venido con la intención de trabajar en condiciones ordinarias, ha caído en las redes de la delincuencia.

Quienes más sufren la inseguridad ciudadana son los inmigrantes pobres, especialmente aquéllos a los que el color hace más 'visibles'

¿Son realmente tantos como cree la población? Los datos de la población reclusa en España y las estadísticas de detenciones policiales indican que el porcentaje de inmigrantes recluidos o detenidos es superior a la incidencia de la inmigración en el total de la población española. No obstante, de las estadísticas de detenciones policiales habría que descontar la enorme cantidad de detenciones o identificaciones continuas producidas mucho más por el racismo policial que por actividades delictivas. Y, después, efectuar la comparación con el sector de la población española que vive en condiciones de marginalidad o carencia más parecidas a la de los inmigrantes, entonces, observaremos cómo los índices de delincuencia aparecen como estadísticamente normales. Los inmigrantes pobres no cometen más delitos que los españoles pobres. En consecuencia, la identificación de la inmigración con la delincuencia puede calificarse de prejuicio o de interesada falsedad.

Si en vez de hablar de delincuencia o de criminalidad, lo hacemos de inseguridad ciudadana, la situación vuelve a mostrar la desigualdad usual de la sociedad en la que vivimos: el sector que más sufre la inseguridad ciudadana son los inmigrantes pobres, especialmente aquéllos a los que el color de su piel u otras características físicas hacen más 'visibles'. El acoso policial y el racismo social convierten su vida en más insegura que la de los autóctonos. En algunos casos, como el Antonio Fonseca en la Comisaría de Arrecife, su inseguridad llegó a tener fatales consecuencias.

III. El crecimiento de la desigualdad

Globalización y sociedad dual

Los contactos entre pueblos y culturas han supuesto una constante creciente de la historia de la humanidad. El estadio actual de este movimiento continuo es lo que llamamos globalización. Estamos asistiendo obviamente a una fase de aceleración, pero la tendencia y su incremento provienen de muy atrás. En efecto, la internacionalización de la economía comenzó a gestarse en las ciudades mercantiles europeas durante la Baja Edad Media. Y podemos considerar que Amsterdam fue, en el siglo XVII, el primer mercado mundial de una economía que comenzaba a definir los perfiles de lo que hoy llamamos globalización o mundialización económica, cuya característica más importante en la actualidad parece ser el lento, complejo y desigual proceso formativo de tres grandes polos económico-políticos que podrían dominar la historia mundial en los próximos tiempos: Europa Occidental, Asia Oriental y América Septentrional. Ya hoy cuatro quintas partes de las exportaciones mundiales provienen de estos tres polos regionales, y durante la década de los 90 su participación en el PIB mundial ha continuado incrementándose, pasando del 74 al 78 por ciento²⁷.

El estadio actual del proceso de globalización muestra el absoluto dominio de una única visión del mundo o, más concretamente, de la economía: la neoliberal. Conviene hablar, en consecuencia, de globalización neoliberal, más que de globalización a secas, proceso éste con varios siglos de antigüedad. Y esta globalización neoli-

La desigualdad y la miseria no dejan de acrecentarse, hasta el punto de que 36,5 millones de personas mueren cada año por falta de alimentos

27. Ugo Pipitone, *Reflexiones sobre un presente acelerado*, La Catarata, Madrid, 2000.

Ninguna de las restricciones importantes que afectan a la política económica y social de los países ricos proviene del exterior

beral destaca por una clara característica: un incremento de las desigualdades entre países o regiones como nunca se había conocido. “A grandes rasgos y de manera sintética, puede decirse que la relación entre la renta per cápita de la nación industrial más rica, Suiza, pongamos por caso, y la del país no industrializado más pobre, Mozambique, es de 400 a 1. Hace doscientos cincuenta años, esta relación entre la nación más rica y la más pobre era quizás de 5 a 1, y la diferencia entre Europa y, por ejemplo, el Este o el Sur de Asia –China o India– giraba en torno a 1,5 ó 2 a 1”²⁸.

Los datos que avalan esta característica del actual estadio de la mundialización económica se han repetido muchas veces, no obstante, conviene tenerlos siempre presentes: comparando las rentas del 20 por ciento más rico de la población mundial –entre los que nos encontramos– con el 20 por ciento más pobre, en 1960 la relación era ya de 30 a 1; en 1990 de 59 a 1 y en 1997, de 74 a 1. Y según el último Informe que acaba de publicar el Banco Mundial, más de 2.800 millones de seres humanos –casi la mitad de la población mundial– viven con menos de 2 dólares de renta al día, y más de 1.200 millones, con menos de 1 dólar diario. La desigualdad y la miseria no dejan de acrecentarse, hasta el punto de que 36,5 millones de personas –una población casi igual a la española– mueren cada año por falta de alimentos. Este proceso es paralelo, además, a la disminución de la Ayuda Oficial al Desarrollo de los países de la OCDE en la pasada década, que continuó alejándose del escuálido 0,7% que se proponía hasta el 0,24%.

Por tanto, puede decirse que, junto a la crisis ecológica global, el gran desafío y la gran amenaza de la humanidad en este siglo que comienza es el abismo de riqueza y salud que media entre ricos y pobres. Nuestra tarea no puede ser otra que tratar de ayudar a los pobres a adquirir la prosperidad que les permita una vida mínimamente digna. Y en interés nuestro tanto como en el suyo, puesto que si no pueden obtener ingresos exportando mercancías o materias primas, tendrán que exportar personas. Decía un proverbio romano: *pecunia non olet*, el dinero no huele. Sin embargo, el dinero sí huele, hasta el punto de que su olor atrae a personas de cerca y de lejos. Dicho en pocas palabras, la riqueza constituye un imán irresistible y la pobreza es un contaminante muy peligroso, de modo que nuestra paz y prosperidad dependen a largo plazo del bienestar de los demás.

Ahora bien, esta enorme desigualdad que distingue a la expansión económica neoliberal en las dos últimas décadas no caracteriza sólo

28. David S. Landes, *La riqueza y la pobreza de las naciones*, Crítica, Barcelona, 1999.

a las relaciones entre países, sino también a las diferencias entre las clases sociales en el interior de los países, cuya distancia se incrementó notablemente en los últimos tiempos, tanto en los países ricos –de los que EE UU es el paradigma de la desigualdad– como en los pobres. Y han sido demasiadas las ocasiones en las que este crecimiento de la desigualdad que genera la desregulación económica del último capitalismo se atribuye a las ‘obligadas’ consecuencias de la globalización. No es cierto. “Ninguna de las restricciones importantes que afecten a la política económica y social de los países ricos proviene del exterior. Tenemos los recursos para cuidar mucho mejor de nuestros pobres y desafortunados de lo que lo estamos haciendo; si nuestras políticas han ido perdiendo vigor de forma creciente, ésta es una elección de carácter político, no algo que nos venga impuesto por fuerzas anónimas. No podemos eludir la responsabilidad de nuestras acciones, pretendiendo que los mercados globales lo hagan por nosotros”²⁹.

La movilidad aparece como una característica clave de este mundo económicamente globalizado y desigual del que hablamos. La movilidad, tanto en el mercado de capitales como en el de bienes y servicios, se está multiplicando exponencialmente cada año. Con menor intensidad, y con mayores restricciones, la libertad de movimientos en el comercio internacional de bienes y servicios, es también una tendencia innegable. Bien podemos decir que, entre todos los factores y recursos, el único que permanece verdaderamente ‘nacional’ es el trabajo, que la única movilidad que no se alienta es la de las personas. Sin embargo, esa movilidad está destinada a imponerse, por muchas alambradas que se traten de levantar en las fronteras. Las migraciones serán un fenómeno creciente en este siglo que comienza. Y en el Norte serán alentadas por nuestras propias necesidades y por las de un sistema económico que demanda cada vez más esa movilidad de la fuerza de trabajo. “En efecto, la actitud de desprecio o de miedo respecto de quienes pertenecen a otros grupos definidos por criterios genéticos (como el color de la piel) o por criterios sociales (pertenencia religiosa, modelos culturales, preferencia lingüística), que es lo que caracteriza la xenofobia, choca de lleno con las necesidades económicas de explotación de la fuerza de trabajo”³⁰.

La feminización de la pobreza

Dentro de esa desigualdad a la que nos estamos refiriendo, el colectivo humano sobre el que han recaído las peores consecuencias es, sin duda, el de las mujeres. Ellas han sido las principales damnifi-

Las mujeres han sido las principales damnificadas por la globalización, se habla ya de ‘feminización de la pobreza’

29. Paul Krugman, *El teórico accidental*, Crítica, Barcelona, 1999.

30. Francisco Fernández Buey, *La barbarie*, Paidós, Barcelona, 1995.

*Las mujeres
inmigradas
ocuparán el
último
escalafón: el
servicio
doméstico,
cuando no la
prostitución*

cadadas por la globalización, hasta el punto de que se habla de una *feminización de la pobreza* a nivel mundial. Y, en consecuencia, las mujeres son un componente fundamental en los movimientos migratorios hoy en día, también de los que fluyen del Sur al Norte.

En contra de lo que algunos piensan, la emigración hacia los países ricos no es una cuestión básicamente masculina. “A principios de 1999, de los 190.643 permisos de trabajo a extranjeros que había vigentes en España, 69.756 (el 36,6%) estaban concedidos a mujeres. Si vamos a las cifras globales de residentes extranjeros, encontramos que casi la mitad (48,8%) son mujeres. Y si nos referimos sólo a los extracomunitarios, podemos señalar que, dependiendo de la procedencia, se registran variaciones significativas en la proporción de mujeres: de los residentes africanos son mujeres el 32,19%, mientras que de los latinoamericanos lo son el 65,54%. En cuanto a sectores de actividad, las mujeres inmigradas trabajan mayoritariamente en el servicio doméstico, como lo demuestra el hecho de que los países que dan un porcentaje más alto de mujeres –Perú, República Dominicana y Filipinas–, también dan un alto porcentaje de permisos de trabajo para el sector servicios. Este es un sector que la sociedad española deja gustosamente en manos de la inmigración extranjera, y que, por otra parte, ocupa un lugar cada vez más destacado en la distribución por sectores de los permisos de trabajo a extranjeros”³¹.

Las mujeres inmigradas sufren, como tantas veces, unas dificultades aún mayores que los hombres. En muchas ocasiones, son obligadas a soportar situaciones conyugales inaceptables debido a los condicionamientos legales imperantes. En nuestro país existe una figura legal insólita en un Estado de derecho: el permiso de residencia sin trabajo. Se les permite la residencia en España, pero no pueden ganarse la vida con su trabajo; se les niega el derecho al trabajo y, por lo tanto, se les niega el derecho al divorcio. Arrastran, además, la desigualdad de género proveniente de sus países de origen. Mientras en los países ricos las mujeres se han ido equiparando a los hombres en los terrenos social, laboral y político –aunque la plena equiparación aún esté lejana–, en los países de la periferia capitalista –y especialmente en los países de los que recibimos inmigración– el proceso ha sido diferente: la crisis de las últimas décadas ha recaído más sobre las mujeres que sobre los hombres, en un proceso, al que nos hemos referido, que se ha denominado *feminización de la pobreza*.

Pues bien, lo que se espera de la mujer inmigrada es que reproduz-

31. Miguel Pajares, *La inmigración en España*, Icaria, Barcelona, 1999. Este libro ha sido utilizado con profusión en este texto, es la fuente documental con la que los redactores tenemos nuestra mayor deuda, y el libro que más recomendamos para tener una visión de conjunto del fenómeno de la inmigración en nuestro país.

ca aquí ese mismo estatus que tiene en su país: el sistema económico mundial reserva a las mujeres del Tercer Mundo un lugar inferior en la economía que se reproduce después en la migración. En otras palabras, las cambia de lugar pero no de estatus socio-laboral, de forma que si la población inmigrada se ve abocada a los trabajos de menor nivel y menor remuneración, dentro de esa misma población son las mujeres las que ocuparán el último escalafón: el servicio doméstico –cuando no la prostitución–.

África: la emancipación pendiente

La desigualdad del mundo actual alcanza su climax en un continente que ha quedado prácticamente al margen del desarrollo: África. La pobreza, la enfermedad, la desintegración social y la crisis política están arrasando el África negra. Bien puede decirse que África debe considerarse hoy el problema por excelencia de la humanidad, y que la más mínima consciencia de especie nos obliga a abordar esta cuestión. Sobre todo, cuando la responsabilidad de los europeos durante varias centurias es indudable. Aunque ello no debe servir, como ocurre en muchas ocasiones, para simplificar el asunto y convertirlo en un arquetipo ideológico vacío de contenido. El lugar común de que el imperialismo es una invención y un monopolio occidentales impuestos a pueblos no europeos es falso. Sí es cierto, sin embargo, que la situación de la mayoría de los países del África negra es hoy peor que cuando se produjo la independencia. Y esa situación no puede achacarse exclusivamente al dominio occidental de la economía mundial: los gobiernos de las autocracias africanas han sido invariablemente ineficaces, salvo en lo que concierne a expoliar sus propios países. En África, los más ricos son siempre los jefes de estado y sus ministros. La economía se ha esquilmo para arrebatarse los superavit y gran parte de la ayuda extranjera acaba en cuentas numeradas en el extranjero. Las responsabilidades en el interior del continente son innegables, y minimizarlas con el fin de culpabilizar sólo a la explotación neocolonial ha constituido un flaco favor a los africanos y a sus posibilidades de desarrollo.

Tampoco se trata, obviamente, de ignorar el colonialismo europeo en el África negra, que tuvo unas connotaciones sustancialmente diferentes al ejercido en otros territorios³². A partir de la Conferencia de Berlín –convocada en 1884 por Bismarck– Europa consagró África como un continente virgen, ajeno a la civilización y, por ello mismo, encarnación de un ideal de ingenuidad y de pureza. Se emprende entonces una ocultación sistemática de la historia

África debe considerarse hoy el problema por excelencia de la humanidad

32. A partir de aquí, este apartado es prácticamente un resumen de un capítulo del libro de José María Ridaó, *Contra la historia*, Seix Barral, Barcelona, 2000.

de África, haciendo tabla rasa de las noticias y evidencias anteriores al siglo XIX. La imagen de todo un continente se establece entonces no en virtud de lo que se conoce, sino de lo que queda por conocer. No en función de la riqueza y el cosmopolitismo de ciudades como Luanda, Benguela o Lourenço Marqués, sino del misterio que envuelve las fuentes del Nilo o la densidad inexpugnable de las selvas del trópico.

Con ello no sólo se legitimaba el nuevo reparto colonial del siglo XIX, sino que se establecía una minoría de edad internacional para África y los africanos, una situación jurídica que, como la de los niños en el derecho civil, exigía la tutela desinteresada de pueblos maduros y con una larga tradición e historia a sus espaldas. Al final, y debido al rigor con que el colonizador separa al nativo de las tareas de gestión y de gobierno, a la precaución y recelo con que administra su formación en las disciplinas propias del hombre blanco, la realidad terminará por parecerse a la imagen de partida, y África estará más cerca de ese supuesto vacío cultural después, y no antes, de que la misión civilizadora haya tratado de ponerle remedio. Se establece así un círculo vicioso: puesto que la terapia es en realidad la causante del mal pero el civilizado no duda jamás de sus virtudes, allá donde vea el mal aplicará la terapia, reproduciendo el mal, de modo que cada vez la situación será más grave y mayor, por tanto, la necesidad de terapia.

Esta situación entrevera el momento de la descolonización. Se produce así la paradoja de que, no ya las potencias dominadoras, sino también los antiguos colonizados –y en particular las nuevas minorías dirigentes– empiezan a interpretar la realidad africana con los conceptos del colonizador, como si la misión civilizadora hubiera conseguido pese a todo sus propósitos. Surgen entonces unos nacionalismos africanos que toman como base unas fronteras arbitrarias y unos grupos humanos perfectamente heterogéneos, resultado de las divisiones heredadas de la Conferencia de Berlín y la empresa colonial. Sobre estas supuestas naciones parecen erigirse además unos Estados, esto es, unas estructuras políticas que imitan una vez más las del colonizador, pero que no sustituyen ni integran las estructuras de los poderes tribales subyacentes. Es así como se va consolidando desde la independencia una especie de África virtual, un África que sólo existe para sus gobiernos y para los restantes miembros de Naciones Unidas.

Por lo que se refiere al mito de la soberanía política de África, será la guerra fría la que desempeñe un papel esencial si no en su for-

*La exclusiva
responsabilidad
del colonialismo
en la situación
de África es
un mito*

mulación, sí en su pervivencia hasta fecha reciente. Preocupadas por extender las respectivas áreas de influencia, las dos superpotencias contemplaron el proceso de descolonización como un teatro de operaciones en el que cualquier combinación o alianza con los nuevos gobiernos africanos era aceptable si servía para evitar los avances del campo contrario. Las consecuencias de esta política –insensible a la naturaleza autoritaria de la mayor parte de los regímenes y grupos armados que recibieron apoyo– resultarán devastadoras para las poblaciones africanas, que serán condenadas a padecer desde la fecha misma de la independencia, y en nombre de luchas ideológicas con las que tienen poco o nada que ver, unas formas de ejercer el poder tanto o más despiadadas que las del colonizador. De la misma forma que el nacionalismo y el Estado africanos resultaron espejismos, también elaboraciones teóricas como la democracia y el socialismo a la africana acabarán sirviendo, únicamente, para legitimar la ayuda que Washington o Moscú prestaron a regímenes que no compartían sino pocos o nulos rasgos con los respectivos modelos de sociedad.

El mito de la soberanía política se vio pronto acompañado por otro, tanto o más perjudicial con el paso de los años: el de la perpetua, irredimible y exclusiva responsabilidad del colonialismo en la situación de África. Gracias a este nuevo mito, asumido y aceptado con carácter universal, se considera irrelevante o inoportuno constatar que las condiciones heredadas por los primeros gobiernos independientes eran más favorables que las que éstos legaron a sus sucesores, y que la degradación de la situación económica y social ha llegado a ser la constante con la que se ha saldado hasta hoy la gestión de las élites dirigentes en el África poscolonial.

Hasta que no se acepte sin reservas que la injusticia colonial no justifica las que cometen muchos gobiernos independientes y que, de igual modo, la responsabilidad de los europeos no exime a los africanos de las suyas, África seguirá encontrando dificultades para salir de su postración y su miseria. Una postración y una miseria contra la que –hora es de que se reconozca también– poco o nada ha podido la cooperación al desarrollo, quizá porque se trata, precisamente, de un instrumento concebido y alimentado desde el mito de la exclusiva responsabilidad del colonialismo en la situación de África. Salvo en casos aislados como la ayuda alimentaria o la donación de bienes de equipo, no se ha tenido en cuenta que la cooperación constituye una competencia insoportable para los agentes económicos africanos. La cooperación, como ocurrió con la misión

Las condiciones heredadas por los primeros gobiernos independientes africanos eran más favorables que las que éstos legaron a sus sucesores

civilizadora, también tiene efectos devastadores en las áreas en las que se concentra. Así, cuanto mayores son los esfuerzos de los donantes en ámbitos que se consideran indiscutibles, como el de la sanidad o la educación, más se deterioran los sistemas locales. Y cuanto más se deterioran los sistemas locales, más consideran los donantes que es preciso redoblar sus esfuerzos, desencadenando así una escalada inverosímil a la que hoy no se le adivina el final.

Además, el modo en que se concibe la cooperación, se enmarca en la más genuina tradición colonial de considerar a los africanos como menores de edad. En contraste con los abundantes y merecidos elogios que despierta la labor de tantos jóvenes que acuden a la llamada de la solidaridad, pocas veces se refleja en los medios de comunicación el sentimiento al que se enfrentan los africanos atendidos por ellos. Hombres y mujeres con una vida detrás, con experiencias, saberes y habilidades que sólo se alcanzan con la madurez y con los años. Adultos, en suma, que deben de algún modo fingir no serlo para someterse a los cuidados de muchachos y muchachas recién llegados de sus remotos países, escuchar cuidadosamente sus consejos y hasta seguir fielmente sus indicaciones para salir del marasmo en que se encuentran.

Todo este África virtual, toda esta amalgama de ocultaciones y de silencios, de Estados que no son Estados y naciones que no son naciones, de mitos y propósitos tan virtuosos como temerarios, parece haber empezado a desmoronarse en el curso de la década de los noventa. El final de la guerra fría y el consiguiente desmantelamiento del aberrante tejido de alianzas internacionales, unido al imparable retroceso de la situación económica y social han terminado por dejar paso a la explosiva realidad que se fue gestando sin interrupción durante un siglo. Las escenas de odio y brutalidad no pueden ser comprendidas si no se toman en consideración las consecuencias del paso de ese Atila benevolente en que llegaron a convertirse las potencias coloniales, seguidas puntualmente en esto por los actuales donantes. Gracias a su paradójica acción, los africanos han tardado más de un siglo en poder exigirse sus propias y graves responsabilidades, y cuando lo han hecho por fin ha sido dando curso a todas las frustraciones y rencores acumulados.

Se dice que África puede tardar décadas en recuperarse. La comunidad internacional debe transformar radicalmente la cuantía y la forma de la ayuda. Y el mejor servicio, quizá, que podría realizar en favor de este continente exhausto consistiría en no dejarse arrastrar un drama tras otro por actitudes emocionales, y atreverse de

*La cooperación,
como ocurrió
con la 'misión
civilizadora',
también tiene
efectos
devastadores*

una vez por todas a exigir de los gobiernos africanos lo mismo que se exige de cualquier gobierno de cualquier otro lugar del mundo. Consentir, en definitiva, que los pueblos de África habiten por fin su propia historia y se reinstalen normalmente en la mayoría de edad que les fue usurpada.

Las necesidades de los ricos

Los procesos migratorios se regulan con bastante autonomía, sobre todo cuando se trata de la emigración económica desde el Sur hacia el Norte, que obedece a la demanda de mano de obra no cualificada por parte de los países receptores. En la migración Sur-Norte, el factor determinante no es la miseria del Sur, sino las necesidades de los ricos del Norte. Sin embargo, esta realidad está tan alejada de la percepción que tienen muchos entre nosotros que será necesario insistir durante mucho tiempo: los emigrantes vienen, en primer lugar, porque los llamamos para que contribuyan a resolver nuestras nada imperiosas necesidades, y sólo en segundo término por las urgencias que les acucian en sus países de origen.

Aún así, son muchos los que tienen la sensación de que la inmigración es una realidad ‘asistencial’, que nos cuesta un dinero que no dedicamos a los nacionales. Los datos indican justamente lo contrario: los inmigrantes proporcionan a los servicios asistenciales mucho más dinero del que nos gastamos en atender sus necesidades. Los gastos de la Administración estatal imputables a los inmigrantes en el año 1998 ascienden a 148.000 millones de pesetas –atención a inmigrantes y refugiados, seguridad ciudadana, instituciones penitenciarias, atención sanitaria, educación, desempleo...–. Los gastos podrían ser un 3% mayores, a lo sumo, si incluyeran las expensas de autonomías y municipios ocasionados por ellos. Y los ingresos de la Administración estatal provenientes de los inmigrantes (impuestos y seguros sociales, incluyendo el IAE de las autonomías) en ese año ascienden a la cantidad de 335.000 millones. Es decir, los ingresos menos los gastos nos proporcionaron en el año 1998 unos beneficios de 196.000 millones de pesetas³³.

Un factor fundamental de la inmigración a los países ricos es tan simple como evidente: la gente ya no quiere hacer determinados trabajos. ¿Quién hará esos trabajos? Los nuevos inmigrantes. Somos una sociedad que produce inmigración, que aspira inmigración. ¿Estamos dispuestos a transformar nuestros modos de vida con tal de no fabricar más un sistema que aspire inmigración? Hay determinadas actividades intensivas en trabajo que pueden deslocalizarse, para esas ya no necesitamos la importación de trabajadores

Los emigrantes vienen, en primer lugar, porque los llamamos para que contribuyan a resolver nuestras necesidades

33. Rosa Aparicio Gómez, “El impacto económico de la inmigración: costos para el Estado y movimiento de consumo y salarios”, Ponencia para el II Congreso sobre la Inmigración en España, Madrid, octubre del 2000.

Los inmigrantes proporcionan a los servicios asistenciales mucho más dinero del que nos gastamos en atender sus necesidades

del Sur, pues resulta más eficiente para las empresas exportarlas allí. El problema se plantea en aquellas actividades que, por su propia naturaleza, no pueden deslocalizarse, al menos en el proceso directo de producción, y son intensivas en trabajo, como la construcción, la manufactura, la recolección agrícola, la hostelería, o el servicio doméstico. Es aquí donde empieza a hacerse especialmente angustiosa la escasez de mano de obra. Cada día se oyen más voces desde las organizaciones empresariales que demandan ‘generosidad’ al Gobierno en el reclutamiento de este perfil de trabajadores inmigrantes. Pero no son sólo los empresarios los que defienden este punto de vista: según expertos de la ONU, España precisa un cupo anual de 240.000 inmigrantes, si quiere mantener su actual nivel de vida. Mantenerlo; no elevarlo hasta el nivel medio de la Unión Europea, como pretende conseguir la mayoría de la sociedad. Así pues, la inmigración constituye una necesidad clara de las sociedades receptoras.

Necesidad que resalta cuando se pone de relieve la cuestión demográfica. “Es un hecho que la tasa de fecundidad ha bajado en las últimas décadas en los países que integran la UE: de 2,29 en 1960, a 1,4 en 1999. Ya en 1974 la UE perdió la tasa del 2,1, que asegura el relevo generacional. Para las mismas fechas, España pasó de 2,86 a 1,07 en la actualidad. El índice más bajo, no sólo de la UE sino del mundo. Este descenso de la natalidad es paralelo al que sufre la mortalidad: para el conjunto de la UE, la esperanza de vida en los hombres ha aumentado de los 67 años en 1960, a los 75 en 1999; y para las mujeres, de 73 a 81. En este terreno, España se encuentra exactamente en la media europea para los hombres y un año más en las mujeres. Un buen recorrido, si tenemos en cuenta que a principios de siglo la esperanza de vida entre los españoles no alcanzaba los 40 años y que en el África subsahariana es hoy de apenas 50 años, y puede bajar en los próximos años. La ONU acaba de advertir que, de no cambiar la tendencia, uno de cada tres jóvenes subsaharianos puede acabar muriendo de sida”³⁴.

Una reducción del volumen total de la población europea como el que se espera no tendría por qué representar un problema en sí mismo. El problema se plantea porque la caída en paralelo tanto de la fecundidad como de la mortalidad hará inevitable no sólo la contracción del volumen total de población, sino también su progresivo envejecimiento. En 1960 el porcentaje de mayores de 65 años sobre el total de la población en la UE era del 10,6%, hoy es del 16,4 y en 2050 será del 20%. En España, el 37% de la población

34. Luis V. Abad Márquez, “Globalización, demografía y migraciones”, Ponencia en el II Congreso sobre la Inmigración en España, Madrid, octubre del 2000.

tendría más de 65 años en 2050, mientras que hoy es apenas del 17%. Estos datos ponen de relieve que la Unión Europea necesitará, según Naciones Unidas, 47 millones de inmigrantes de aquí a 2050 para mantener constante nuestro actual volumen total de población. Y para mantener el volumen de población en edad laboral, necesitaríamos casi 80 millones de nuevos inmigrantes. Pero las cifras alcanzan el paroxismo si el objetivo fuera mantener constante la relación entre activos y jubilados: la UE necesitaría, entonces, la escalofriante cifra de ¡700 millones de nuevos inmigrantes! Prácticamente el doble del volumen actual de la población total de los 15 países.

Los inmigrantes no podrán ser la solución a todos nuestros desequilibrios demográficos. Entre otras cosas, porque sabemos que los inmigrantes, a medida que se integran, acaban ajustando sus tasas de fecundidad a la media de los países receptores. Sin embargo, resulta incontestable la necesidad de inmigración de los países de la Unión por razones demográficas y, fundamentalmente, económicas: nuestras pensiones, en particular, y nuestro Estado del bienestar, más en general, necesitan con urgencia las aportaciones de los nuevos inmigrantes en una cantidad sustancialmente más elevada que la que se ha producido hasta la fecha. Así que la cuestión real no es si nuestros criterios humanitarios nos aconsejan recibir a los inmigrantes de los países pobres, sino que nuestras necesidades económicas, el mantenimiento de nuestra riqueza, nos obligan a reclamar que vengan aún en mayor número.

Canarias: entre los turistas y los inmigrantes

Esta realidad se revela en Canarias y, especialmente, en Lanzarote con absoluta claridad. Los inmigrantes han sido reclamados masivamente durante las últimas décadas, y han contribuido de forma decisiva a incrementar la riqueza de la sociedad. Canarias era hace tres décadas una de las comunidades más pobres de este país. Hoy se encuentra en la media de la riqueza nacional, y su crecimiento económico continúa siendo superior al de la media (el desigual reparto de esa riqueza no niega su existencia). El caso de Lanzarote es aún más claro: de ser una de las Islas más pobres de esa comunidad pobre, ha pasado a ser una Isla en la que la riqueza es superior a la media canaria y, por lo tanto, a la española. Sin inmigrantes habría sido imposible. Canarias y Lanzarote han reclamado inmigrantes durante treinta años y los siguen reclamando hoy.

Ahora bien, los problemas que crea la riqueza, la forma en que ésta se ha producido y se mantiene, no son pocos. Pero esos problemas

Es contradictorio resaltar las limitaciones del territorio canario al hablar de inmigración y proponer una utilización masiva de ese territorio para la industria turística

no son, desde luego, achacables a los inmigrantes; es la sociedad canaria y, sobre todo, los sectores con más poder económico, social y político dentro de ella los que han puesto en marcha y han mantenido el modelo de crecimiento turístico que nos ha hecho ricos a la mayoría. Y ese modelo que está en funcionamiento, y que no se pretende cambiar más allá de pequeños retoques, ha producido una crisis de crecimiento, social y ecológica, notable.

Es más, entre esos pequeños retoques que se plantean en el modelo turístico, destaca la pretensión de captar lo que han llamado un ‘turismo de calidad’. Y la forma en que se pretende conseguir esa ‘cualificación’ de nuestros visitantes es la misma que se plantean actualmente todos los destinos turísticos del planeta con los que se trata de competir: campos de golf, puertos deportivos, parques de ocio y turismo rural. Es decir, una fórmula cuya característica fundamental es el brutal consumo de territorio. Es contradictorio resaltar las limitaciones del territorio canario cuando se habla de inmigración y proponer al mismo tiempo una vía de recalificación de la industria turística basada en la utilización masiva de ese territorio que se ha definido como escaso.

El crecimiento que causa los problemas en Canarias, y que constituye nuestra aportación principal a la crisis ecológica global –por las enormes emisiones de efecto invernadero del transporte aéreo–, es el de la industria turística. Los argumentos que ponen el acento en la limitación del territorio insular ante la avalancha inmigratoria y que defienden, en consecuencia, una Ley de Extranjería para Canarias –que no otra cosa es la llamada Ley de Residencia–, suponen una tergiversación de la realidad o, como mínimo, confundir las causas –el turismo– con las consecuencias –la inmigración–. Para que la sociedad canaria pueda argumentar con dignidad la necesidad de poner límites al asentamiento de nuevos inmigrantes, lo primero que tiene que hacer es dejar de llamarlos. Porque resulta incuestionable que aquéllos que apostamos con claridad por la detención del crecimiento turístico somos una minoría en Canarias; creciente, eso sí, pero minoría. Y una comunidad que trata denodadamente de incrementar la cantidad de turistas que la visitan –doce millones el pasado año– no puede argumentar, a la vez, la imposibilidad de recibir a los nuevos inmigrantes que necesita para construir los hoteles que albergarán a esos turistas y para atender los servicios que éstos demandan.

Los problemas que existen –más o menos, y unos u otros, dependiendo de los puntos de vista– ni son fundamentalmente achacables

Una comunidad que trata de incrementar la cantidad de turistas que la visitan no puede argumentar, a la vez, la imposibilidad de recibir a los nuevos inmigrantes que necesita

a los inmigrantes ni la solución tiene nada que ver con ellos. En Lanzarote se ha llegado a responsabilizar a la inmigración de todo, especialmente de la ineficacia de las Administraciones Públicas, elegidas por los canarios, para resolver los problemas que el crecimiento causa en la educación, la sanidad u otros servicios públicos. Hasta de la crisis de los valores comunitarios tradicionales, eliminados por la riqueza y el usual individualismo que acompaña al capitalismo competitivo, se ha responsabilizado a la inmigración. En Lanzarote, la desaparición de los valores tradicionales habría tenido lugar aunque el crecimiento económico se hubiera producido sin incremento poblacional (lo que hubiera resultado, ciertamente, imposible). Detengase el crecimiento turístico y la realidad canaria se transformará, para bien, en muchos aspectos; uno de ellos será, desde luego, que dejará de ser una de esas sociedades que ‘aspiran’ inmigración, aun cuando ésta no sea una de las consecuencias más preocupantes del desmesurado crecimiento de la industria turística que tiene lugar hoy en Canarias.

Un problema para los países pobres

Se ha hablado mucho de la importancia económica que tienen las transferencias de dinero que realizan los emigrantes a sus familias. Efectivamente, son muy importantes; a nivel mundial constituyen, según datos del FMI, un montante económico mayor que el de la ayuda internacional al desarrollo. Para muchos de los países emisores son la principal fuente de divisas. Es, además, un dinero que no pasa por intermediarios gubernamentales, que llega directamente a las familias, repartiéndose ampliamente entre la población, y que se emplea en paliar sus necesidades básicas, al tiempo que facilita el dinamismo de ciertos sectores económicos vinculados a esas necesidades concretas, como es el de la construcción de viviendas.

Pero esas transferencias económicas pueden constituir también un freno para el desarrollo de una economía más equilibrada, en la medida en que se crea cierta dependencia de las mismas. Es un dinero que apenas se invierte directamente en el desarrollo de sectores productivos, sino que se dirige principalmente al consumo; aunque también es cierto que al estimular el consumo se puede favorecer el desarrollo de la producción en algunos sectores (salvo que el consumo se incline excesivamente hacia los productos importados). Pero suele ser habitual que en poblaciones con excesiva dependencia de las transferencias de los emigrados, se modifiquen las pautas culturales, se cree una ‘cultura de la emigración’, que la convierta en la aspiración de todos los jóvenes, y entorpez-

Las transferencias de dinero que realizan los emigrantes constituyen una cantidad mayor que la ayuda internacional al desarrollo

La ayuda más positiva al desarrollo consiste en permitir a los países del Sur vender sus productos agrícolas en nuestros mercados

ca el desarrollo de proyectos económicos emprendedores dentro del lugar de origen. En definitiva, podemos decir que las remesas de los emigrantes representan una ayuda económica inmediata muy importante, aunque resulta más dudosa su utilidad para colaborar a un mayor desarrollo económico del país.

Donde aparecen los perjuicios más graves que las migraciones comportan para los países emisores es cuando nos referimos a las pérdidas de capital humano. Con las migraciones se produce lo que muchas veces se ha mencionado con la expresión ‘fuga de cerebros’. África ha perdido en las últimas décadas más de un tercio de su personal cualificado en beneficio, principalmente, de Europa; pero no es el único continente en que esto ocurre: entre 1972 y 1985 los cuatro mayores emisores de Asia –India, Filipinas, China y Corea– perdieron más de 145.000 trabajadores con formación científica que fueron a Estados Unidos, y desconocemos los datos de lo ocurrido en Latinoamérica.

En todos los países emisores, los candidatos a la migración son mayoritariamente los jóvenes más emprendedores y con frecuencia los más formados. Para el país receptor resulta muy beneficioso recibir a jóvenes que ya están en edad de trabajar y sobre los que nada se ha invertido en su crecimiento y formación, pero el resultado es dramático para los países pobres que pierden un caudal humano fundamental para su desarrollo. Porque no es sólo la ausencia de dinero lo que frena el desarrollo; el impedimento fundamental es la falta de preparación de la sociedad, cultural y tecnológicamente, la ausencia de conocimientos y la falta de pericia. Dicho de otro modo, la falta de habilidad para usar el dinero.

La deuda de los ricos

Este drenaje de capital humano puede conectarse con el mito de la cooperación para el desarrollo, aunque tan sólo sea porque mientras el Tercer Mundo pierde su capital humano, los técnicos necesarios para instrumentalizar la cooperación son casi siempre occidentales. De todas formas, parece mentira la cantidad de veces que se habla de cooperación y cómo cada día dedicamos menores esfuerzos y capitales a ella. Ese mísero 0,7% del PIB que se declaraba como objetivo ha quedado ya muy atrás. España, en la media de los países ricos, no ha dejado de disminuir su aportación a la ayuda a los países subdesarrollados: hoy la cantidad ha descendido hasta el 0,24%. Además, buena parte de ese dinero se destina, en realidad, a ayudas a la exportación de empresas españolas o, en un porcentaje importante, directamente a exportaciones de armamento.

Y no sólo disminuye la ayuda al desarrollo, sino que, además, continuamos exigiendo la devolución de la 'deuda' de países que no pueden pagarla. La condonación de esa deuda debería constituir el primer paso del reconocimiento de que la única deuda importante es la que los países ricos tenemos con los pobres por la cantidad de recursos que hemos extraído de ellos durante mucho tiempo y la escasa riqueza que ha retornado a cambio. La condonación de la deuda y la exigencia de la inversión del 0,7% del PIB en ayuda a los países pobres debe ser una exigencia de cualquiera que tenga esa mínima consciencia de especie a la que nos hemos referido. Pero una exigencia no debe realizarse exclusivamente ante el Gobierno Central, también el Gobierno de Canarias, los cabildos y los ayuntamientos deben dedicar el 0,7% de sus presupuestos a la inversión en cooperación, en proyectos concretos, asequibles, y cuyo objetivo primordial sea la resolución de problemas graves en los países de nuestro entorno –Mauritania, el Sáhara, Marruecos, Senegal...–, y no pensar siempre que el objetivo es apoyar los negocios del empresariado canario.

La ayuda más positiva al desarrollo consistiría en que el 'libre comercio internacional', del que tanto se habla, se aplicara de verdad en los dos sentidos. Especialmente, permitiendo a los países del Sur vender sus productos agrícolas libremente en nuestros mercados. Medida fundamental para ellos y de escasa relevancia para el conjunto de nuestras economías, puesto que la agricultura representa el 21% del PIB de los países pobres y tan sólo el 2% del de los ricos. En Canarias tenemos experiencias recientes de cómo se aborda esta cuestión: vacíos cánticos sobre la necesidad de que los marroquíes desarrollen su economía y sobre la necesaria cooperación canaria a su desarrollo y, después, negativa rotunda a que puedan competir un poco más libremente con nuestros subvencionados tomates en el mercado europeo.

Resulta imprescindible decir que la cooperación no tiene como objetivo directo reducir la migración. Las políticas migratorias deben instrumentalizarse hoy, mientras que la cooperación sólo a largo plazo puede dar resultados suficientes como para evitar la salida de algunos emigrantes. La relación directa e inmediata entre inmigración y cooperación se utiliza a menudo como excusa para proponer la continuidad del cierre de fronteras. Es decir, unas ayudas al desarrollo que de momento no tienen repercusión alguna sobre la necesidad de migrar, se utilizan como coartada para justificar el cierre de las fronteras. Dicho de otra manera, se intenta

En los campos de El Maresme, en 1997, el precio de la hora de trabajo rondaba las 400 pesetas y la jornada entre 60 y 80 horas semanales

escamotear el debate sobre la inmigración hablando de cooperación para el desarrollo.

La sobreexplotación laboral de los inmigrantes

La desigualdad a la que nos venimos refiriendo alcanza la más cruda explotación en el caso de los inmigrantes. Y es que no se puede ignorar el nexo entre exclusión racial y explotación económica; entre el expolio económico de los países de África, América Latina, etc., y la persecución de los negros, de los pobres, de los sin patria que arriban a las ciudades de la opulencia occidental. La exclusión étnica de los trabajadores se sustenta y explica a partir de una relación de poder previa en la que el polo excluyente –los empresarios– se encuentra con las manos libres para explotar a los inmigrantes. “Aunque los discursos de los agentes económicos españoles no son uniformes, prevalecen diversas combinaciones de nacionalismo proteccionista, racismo cultural e individualismo competitivo que sirven a los empresarios para justificar una mayor explotación de los inmigrantes, y a los compañeros de trabajo para exigir de la Administración una aplicación más estricta de las normas relativas a la preferencia de la mano de obra autóctona. De este modo, a la dinámica de fragmentación del conjunto de los trabajadores se une la ideología de la ‘preferencia nacional’ para favorecer la segregación de los extranjeros y dificultar el establecimiento de vínculos a partir de los cuales construir una recomposición de la identidad de los trabajadores –autóctonos y extranjeros, de distintas ramas y categorías laborales, etc.–. Por último, tampoco en los discursos de los trabajadores de origen extranjero se encuentran suficientes elementos de fuerza que permitan la elaboración de una identidad intercultural capaz de aglutinarlos a fin de acrecentar su poder de negociación frente a sus interlocutores”³⁵.

Esa debilidad organizativa y reivindicativa se explica por el hecho de que “las condiciones laborales de los inmigrantes extracomunitarios se ven directamente influidas por su situación legal. La irregularidad determina tanto el acceso al mercado laboral como las condiciones laborales. Estas personas viven en la indefensión ante quienes les emplean. La economía sumergida es el sector laboral al que van a parar y la explotación el rasgo que los define. Están sometidos a jornadas de más de 12 horas diarias, salarios inferiores que el resto de trabajadores del mismo sector y a contratos de trabajo verbales. La posesión de papeles viene determinada por la inclusión en el sistema de cupos. La agricultura, la construcción y el servicio doméstico, este último en el caso de las mujeres, son los

Los ingresos medios de los inmigrantes en la construcción se situaban en 1998 alrededor de las 75.000 pesetas, aunque un 17% cobraba menos de 30.000.

35. Colectivo Ioé, “Discriminación de los inmigrantes en el trabajo”, Ponencia en el II Congreso sobre la Inmigración en España, Madrid, octubre del 2000.

sectores económicos a los que se ven relegadas estas personas, y la mayoría de los inmigrantes”³⁶.

En el servicio doméstico buena parte de las mujeres inmigradas trabajan como internas, es decir, viven en las casas donde trabajan, y son éstas las que frecuentemente sufren condiciones de explotación extremas, haciendo jornadas de 7:30 a 24:00 horas, aunque sólo cobren lo correspondiente a 8 horas de trabajo, disfrutando únicamente de 2 tardes libres a la semana, etc. Estas mujeres disponen de pocos recursos para enfrentarse a los fuertes abusos a los que a veces son sometidas, ya que en muchos casos no tienen otra vivienda a la que ir si dejan el trabajo y, por otra parte, la pérdida del trabajo puede conllevar la del permiso de residencia.

Respecto del sector agrícola, un informe de Comisiones Obreras dice que “gran parte de los extranjeros que trabajan en este sector están irregulares. No obstante, a muchos de los que están regularizados se les ofrecen condiciones laborales similares. Datos recogidos en El Maresme, en 1997, muestran que el precio por hora de trabajo estaba entre las 350 y las 450 pesetas, la jornada laboral entre 60 y 80 horas semanales, no se dispone, en la mayoría de los casos, de los días reglamentarios de descanso, ni se perciben pagas extras, ni se disfrutan vacaciones”.

En la construcción, cuando hay inmigrantes extranjeros trabajando, también realizan los peores trabajos y en las peores condiciones laborales. Principalmente son contratados por pequeñas empresas a las que las grandes han subcontratado parte del trabajo: sin contrato de trabajo ni seguridad social, con salarios que no superan el salario mínimo (algunos son despedidos sin cobrar sus jornadas y sin posibilidad de denunciarlo), a veces viviendo en chamizos construidos en la misma obra a cambio de un alquiler deducible de su salario. Los ingresos medios, según una encuesta del CIS de 1998, se sitúan entre 50.000 y 100.000 ptas., aunque un 17% de los inmigrantes tienen salarios inferiores a las 30.000 pesetas.

Se está produciendo lo que Wallerstein denomina una ‘etnización del mercado laboral’, que otros autores prefieren llamar ‘segmentación racial del mercado laboral’. Esta segmentación del mercado laboral es la forma que adopta en nuestros días un racismo que casi siempre tuvo como objetivo la formación de una ‘subclase’ para su explotación. “Lo que no siempre se admite y, de hecho, es poco mencionado, es que la subclase forma parte integrante del proceso económico general y, sobre todo, que contribuye al nivel de vida y al desahogo de la comunidad más favorecida. El progreso econó-

Un inmigrante irregular sólo resulta rentable para la voracidad a corto plazo de algunos empresarios...

36. SOS Racismo, *Informe Anual sobre el Racismo en el Estado Español*, 2000.

mico sería mucho más lento sin ella. Y los económicamente afortunados, sin excluir a los que más lamentan que exista esa clase, dependen fuertemente de su presencia”³⁷.

Esta segmentación, y la consiguiente formación de la ‘subclase’, no es un fenómeno nuevo. Una categoría *racial* similar a la de los extranjeros de hoy era la que se adjudicaba a los obreros manuales en el siglo XIX. También ellos eran una categoría peligrosa, que concentraba la delincuencia, el vicio (el alcoholismo) y la suciedad corporal; eran una ‘raza degenerada’ de la que había que protegerse, con la que no había que mezclarse. De ellos se suponía que habían nacido para esas tareas manuales y sucias que no requerían inteligencia alguna; sólo eran aptos para eso, y tampoco los hijos que engendraban podían servir para otra cosa. Las conquistas laborales y sociales, y los cambios que vivieron las sociedades europeas, fueron sacando a esos obreros de tal categoría *racial*, dejando el hueco para que en ella entraran los inmigrantes.

*...para el resto
de la sociedad
es un
trabajador que
no contribuye
con sus
cotizaciones al
fondo común*

Además, esa sobreexplotación que el Estado facilita a unos cuantos empresarios constituye una auténtica irracionalidad económica para el conjunto de la sociedad. Un trabajador discriminado es, para el país de acogida, un recurso en capital humano sin utilizar. En economías como las nuestras, que financian sus gastos sociales fundamentalmente a partir de lo que recaudan de las rentas del trabajo, un inmigrante irregular sólo resulta rentable para la voracidad a corto plazo de algunos empresarios; para el resto de la sociedad es un trabajador que no contribuye con sus cotizaciones al fondo común del que se nutren nuestras necesidades asistenciales. Un recurso infrautilizado porque, como ya se ha puesto de manifiesto, los beneficios económicos aportados por los trabajadores inmigrantes en países como España son muy superiores a sus costes. La integración social y económica de los inmigrantes, que impida su sobreexplotación, no es sólo un asunto de derechos básicos moralmente exigibles, es, desde el punto de vista estrictamente económico, una decisión racional y, por lo tanto, beneficiosa para el conjunto de los ciudadanos.

37. John Kenneth Galbraith,
La cultura de la satisfacción,
Ariel, Barcelona, 1992.



IV. El desafío de la convivencia

La manipulación de las conciencias: el voto xenófobo

La cuestión de la inmigración se está tratando en Europa con un doble lenguaje. Los gobiernos europeos arbitran unas políticas migratorias absolutamente restrictivas por temor a la alarma social que el asunto crea en buena parte de la opinión pública. Pero son conscientes, a su vez, de que las economías nacionales tienen una imperiosa necesidad de trabajadores inmigrados. Si se abren las fronteras, caerá su popularidad, y si las cierran se resentirán las economías, lo que a la larga les acarreará también impopularidad. Ante este dilema, los gobiernos, siempre pensando en el corto plazo que marca la siguiente confrontación electoral, han optado por la peor de las soluciones: tratar de halagar los oídos de buena parte de sus votantes con medidas restrictivas a la inmigración y justificarlas con los falsos argumentos usuales que contribuyen decisivamente a expandir la xenofobia entre la opinión pública.

Los episodios vividos en España con la discusión de la Ley de Extranjería ilustran bien esta manera de afrontar la cuestión. “En lugar de aspirar a construir políticas de inmigración, caen en la tentación de ‘hacer política’ con la inmigración, en el sentido de convertir la inmigración en instrumento de la lucha política en su exclusiva dimensión electoralista. Por eso, la inmigración se crea como un *problema-obstáculo* y se convierte en baza electoral, con resultados indiscutiblemente negativos”. Efectivamente, el debate

Hay que seguir hablando contra la inmigración porque así se conecta mejor con el sentir popular que se ha contribuido a crear y se obtienen más votos

Ese populismo que justifica o compadece los peores instintos cuando éstos se producen en sectores populares que se consideran 'los nuestros'

sobre los derechos y deberes de las personas inmigradas ha sido utilizado demagógicamente como arma electoral o como moneda de cambio, dejando de lado la necesidad de impulsar un auténtico debate sobre el modelo migratorio en nuestro país.

Este electoralismo, esta forma demagógica de tratar la cuestión migratoria, esta 'comprensión' de los sectores xenófobos de la sociedad, tiene precedentes claros en la mayoría de los países europeos, y sus consecuencias son también claras: "En el transcurso de los últimos 15 años las formaciones políticas de extrema derecha han experimentado un notable avance en Europa. Asistimos a un resurgir, que comienza a hacerse perceptible en 1984 cuando el partido francés Frente Nacional obtiene el 11% de los votos en las elecciones al Parlamento Europeo, unos resultados que sobrepasaban los porcentajes del neofascista Movimiento Social Italiano, único partido importante de extrema derecha en Europa en aquellos momentos. Esta situación se ha visto acompañada por el ascenso de organizaciones de extrema derecha en otros países europeos a finales de la década de los ochenta, y después, a partir de mediados de los noventa, se ha producido una nueva oleada de votos en beneficio de la extrema derecha –5.200.000 votantes en Italia en 1994; 3.800.000 en Francia en 1997, con ascensos en Bélgica, Noruega, Suecia y otros países–. Los últimos datos dignos de mención proceden de países que poseen unos niveles de vida que figuran entre los más elevados del mundo. Es el caso de Austria y Suiza. En cuanto a Austria se refiere, hay que hablar de un país donde la extrema derecha xenófoba, el Partido Liberal Austriaco, ha pasado del 5% de los votos en 1986 a casi un 22% en 1995 y un 27,3% en las elecciones legislativas celebradas en octubre de 1999 –1,3 millones de votos–. En el caso de Suiza, un partido ultranacionalista y xenófobo, la Unión Democrática del Centro, ha pasado a ser el partido más votado; las elecciones legislativas de octubre de 1999 dieron a este partido el 23% de los votos –tenía el 14,9%–"³⁸.

Afortunadamente, en España el voto xenófobo no se ha aglutinado alrededor de una organización política de extrema derecha; no obstante, comienzan a expandirse significativamente esas ideas ya consolidadas en otros países europeos, que ejemplifica el francés Le Pen, por ser quien las ha formulado con más éxito. Se parte de una frase simple y llamativa: "los franceses primero"; y partir de ahí se extrae la conclusión de que la inmigración es la culpable de todos los males imaginables. Hablar contra la inmigración permite explicar de forma fácil ciertos problemas o aspectos de la crisis

38. José L. Rodríguez Jiménez, "El discurso xenófobo en España", Comunicación al II Congreso sobre la Inmigración en España, Madrid, octubre del 2000.

social, con lo que las ideas antiinmigración crecen entre los trabajadores y sectores populares, aquellos que más sufren las consecuencias del incremento de la desigualdad en nuestra sociedad. Y hay que seguir hablando contra la inmigración porque así se conecta mejor con el sentir popular que se ha contribuido a crear y se obtienen más votos –recordemos que los obreros franceses votan al Frente Nacional en mayor proporción que a cualquier otro partido–.

Uno de los lugares donde este incremento del racismo y de su instrumentalización política ha sido reseñable es Lanzarote. El relativo éxito de la manifestación contra la inmigración de octubre del pasado año así lo pone de manifiesto. A este éxito contribuyó decisivamente la complicidad de algunos partidos lanzaroteños –el PIL especialmente, pero también CC– y el cómplice y electoralista silencio de otros –PP y PSOE–; la respuestas de estos cuatro partidos a la manifestación fueron claramente reveladoras. Pero este electoralismo populista se extendió mucho más allá de esos cuatro partidos: el silencio de una parte significativa de los colectivos sociales, tanto por lo que respecta a lo acontecido en la Comisaría de Arrecife con Antonio Fonseca como a la citada manifestación, revela un caldo de cultivo que trata de *comprender* las actitudes y comportamientos racistas de sectores de la población. Caldo de cultivo aderezado con gusto por algunos medios de comunicación.

No obstante, las actitudes solidarias con los inmigrantes han ido incrementándose. Las primeras se fueron publicando en la prensa firmadas por grupos de ciudadanos a título individual; después, previamente a la manifestación de octubre se escuchó la voz claramente solidaria de la Intersindical Canaria, de IUC, Cáritas, Lanzarote Acoge..., a la que se unieron otras personas, algunas de significación pública como José Saramago o el presidente del Cabildo. Estas posturas, también amplificadas por otros medios de comunicación, han ido extendiendo su influencia en la Isla y dificultando pronunciamientos tan claramente racistas como los de meses anteriores. Diferentes colectivos sociales alumbran en estos momentos un espacio de confluencia, denominado *Colectivos por la convivencia*, dedicado a la solidaridad con los inmigrantes y a tratar de diluir las actitudes xenófobas en la sociedad lanzaroteña. Esa influencia ha llegado también a los partidos, ámbito en el que ha destacado la postura antirracista del nuevo secretario insular del PSOE. El relativo cambio ambiental producido por estos comportamientos y la torpeza de los convocantes se plasmó en el fracaso de la nueva manifestación xenófoba del 15 de diciembre pasado.

Se reivindica la igualdad para todo aquello que tiene que ver con los derechos de las personas, y la diferencia para lo relacionado con las opciones individuales

Afortunadamente, en el resto de Canarias los comportamientos de los partidos políticos con representación institucional significativa –CC, PP y PSOE– han sido bastante menos negativos; tampoco la mayoría de los colectivos sociales se ha dejado atrapar por ese populismo que justifica o compadece los peores instintos cuando éstos se producen en sectores populares que se consideran ‘los nuestros’. Y esto explica el relativo fracaso de la manifestación xenófoba convocada en Gran Canaria y el más categórico en Fuerteventura. Esta diferencia con respecto a nuestra Isla indica que tratar de combatir el racismo y desenmascarar las contradicciones y exageraciones de las diatribas contra la inmigración se ha convertido en Lanzarote, desgraciadamente, en una necesidad algo más apremiante que en otros lugares para evitar que la convivencia ciudadana se deteriore gravemente.

El camino de la integración

Se ha escrito mucho sobre si la integración debe suponer la asimilación de los inmigrantes por parte de la sociedad receptora y su cultura. Igualmente, sobre si la mejor forma para la convivencia cultural pasa por el mantenimiento de las diferentes culturas en territorios separados que coexistan en un espacio social común, el multiculturalismo, o si los inmigrantes y los autóctonos deben integrarse alumbrando una cultura común producto de ambas influencias, la interculturalidad. Se han dicho muchas cosas que tienen más que ver con cuestiones ideológicas que con el análisis de la realidad. Entre otras cosas, debido a la mala conciencia de sectores de Occidente con respecto al dominio ejercido e impuesto por su cultura, y al victimismo de gentes del Sur que de todo responsabilizan a Occidente.

Conviene empezar por asumir que algunos valores morales son superiores a otros y que, por muy oprimidas que puedan haber sido, hay culturas en las que ciertos valores son indefendibles. Y que “cuando se intenta huir de las tonterías de la ideología, debe aceptarse que los occidentales se han visto obligados también a exportar su filosofía universalista, del mismo modo que se han visto obligados a exportar el pacifismo, el abolicionismo, la concepción asistencial del Estado y otros muchos inventos surgidos indiscutiblemente en el seno de la civilización occidental”³⁹.

Además, la realidad es que todas las sociedades son más o menos mestizas. Es cierto que no es una situación idílica, pues el mestizaje no es fácil y lleva tiempo. Pero debería ser sencillo ponerse de acuerdo en que lo primero que hace falta para que diferentes gru-

La convivencia, la igualdad y el respeto a la diferencia no afectan sólo a los inmigrados, son cuestiones centrales en el proceso de democratización de la sociedad

39. Salvador Giner, “Universalismo y relativismo”, en *Identidades y conflicto de valores*, Icaria, Barcelona, 1997.

pos culturales convivan en una misma sociedad es que todos sus componentes sean considerados ciudadanos de esa comunidad. “La ciudadanía, para no ser excluyente, debe ser progresivamente desnacionalizada, des-territorializada y democratizada, para pasar a fundarse en criterios respetuosos con la dignidad humana, la igualdad de derechos y el respeto por las ‘diferencias’. Sólo así esta categoría jurídica volverá a ser el reflejo del estatus de los derechos y deberes de las personas que viven en un determinado estado”⁴⁰.

Lo primero que tenemos que reivindicar es la igualdad, pero ello no impide la defensa de la diferencia. Se reivindica la igualdad para todo aquello que tiene que ver con los derechos de las personas, es decir, se propone la igualdad de derechos civiles y políticos, la igualdad de oportunidades laborales, la igualdad de trato ante la ley y las instituciones públicas, etc. Se pretende así que las personas inmigradas tengan derecho a la residencia, a la libertad de circulación, al voto, etc., mientras que la diferencia se reivindica para aquello que tiene que ver con las opciones individuales, sean opciones relacionadas con hábitos culturales, opciones religiosas, de orientación sexual, etc. La diferencia se relaciona, por tanto, con los modos y estilos de vida, con las distintas experiencias vividas por cada ser humano, que le lleva a tener distintas creencias. Lo que se opone a igualdad es la desigualdad, o sea, la posesión de distintos derechos o un acceso distinto a la justicia; mientras que lo que se opone a la diferencia, en el sentido que le damos, es la uniformidad en los aspectos de la identidad personal.

Entendemos por integración la incorporación de la persona inmigrada a la sociedad receptora. Y, desde ese punto de vista, somos partidarios de la integración, que debe basarse en la igualdad de derechos entre la población autóctona y la inmigrada. Por supuesto, la integración no se puede reducir al establecimiento de derechos legales; requiere la implicación de buena parte de la sociedad pues, para que las personas venidas de fuera se integren, las actitudes sociales mayoritarias han de ser favorables a ello. Sabemos que el proceso tiene dificultades notables y requerirá tiempo.

Derechos humanos y ciudadanía

El desconocimiento de la historia, incluso de la más reciente, colabora a esa idílica visión de la cultura ‘democrática’ occidental como si fuera una construcción cultural que muestra nuestra superioridad sobre otras culturas. La tradición occidental ha estado muy lejos de respetar el derecho a la diferencia o la diversidad, y el cumplimiento de los derechos humanos ha sido una aspiración reciente

El vínculo entre nacionalidad, trabajo y ciudadanía aparece así como la auténtica jaula de hierro de la democracia

40. Héctor C. Silveira Gorski, “La vida en común en sociedades multiculturales”, en *Identidades comunitarias y democracia*, Trotta, Madrid, 2000.

*En España
existen seis
centros de
internamiento
que ni siquiera
cuentan con
una regulación
que vele por las
condiciones de
vida de los
internados*

que aún está lejos de respetarse en su integridad en las democracias occidentales. Por lo tanto, la convivencia, la igualdad y el respeto a la diferencia no afectan sólo a los inmigrados, son cuestiones centrales en el proceso de democratización de la sociedad. El respeto por los diferentes no se plantea sólo con respecto al fenómeno migratorio, sino que continúa planteándose ante la distintas concepciones de muchos de los individuos dentro de nuestra sociedad, ante la posibilidad de cualquier individuo de formar su propio proyecto de vida, y de que su diferencia no sea asumida como una agresión. El pluralismo democrático –aún bastante imperfecto– y nuestros actuales conceptos de igualdad y libertad no han estado presentes siempre en nuestras sociedades; tenemos un pasado tan poco democrático –especialmente los españoles– como las menos democráticas de las actuales sociedades no occidentales, y si aquí avanzaron las ideas democráticas, pueden avanzar en cualquier parte del mundo; y si aquí nos fuimos adaptando a ellas, también las personas inmigradas pueden adaptarse.

No compartimos la afirmación de que no debe forzarse a los inmigrados a adaptarse a las prácticas que se derivan del pluralismo democrático, apoyada también, en ocasiones, en la consideración paternalista que lleva a la aceptación plena de la cultura de los grupos inmigrados. Una sociedad que se pretende democrática no puede asumir costumbres culturales que chocan frontalmente con la dignidad de la persona y sus derechos más elementales. No pueden aceptarse, entre otros, comportamientos que discriminen a las mujeres –los recientes datos sobre los millones de mujeres cuyos órganos sexuales han sido mutilados revela que no se trata de prácticas marginales–. Otros ejemplos menos traumáticos tampoco parecen de recibo, como es el caso de los abortos tardíos de las mujeres hindúes en Inglaterra, realizados después de la ecografía: de 8.000 fetos, 7.997 eran niñas y los otros tres puede presumirse que sean resultado de un error. Los derechos humanos deben constituir el mínimo común sobre el que construir la convivencia y, en consecuencia, la ciudadanía.

Sin embargo, la situación es muy distinta: los derechos humanos no lo son para todos los miembros de la sociedad. “El vínculo entre nacionalidad, trabajo y ciudadanía aparece así como la auténtica jaula de hierro de la democracia en el próximo siglo. Todavía hoy, al extranjero –el inmigrante extracomunitario pobre a la búsqueda de trabajo– no se le abre la posibilidad de actuar como sujeto de derechos y como sujeto de la comunidad política. El caso de los

indocumentados o ‘irregulares’ es la última metáfora que subraya las contradicciones de un modelo de democracia y de ciudadanía que se basa en la exclusión, por más que esto repugne al ideal de la democracia. No podemos seguir manteniendo una ciudadanía anclada en la nacionalidad como fundamento de la exclusión o, por decirlo menos severamente, de la discriminación entre ciudadanos y extranjeros. No debería ser posible proclamar valores universales al tiempo que se apuesta por el *apartheid* respecto a quienes están ya aquí y contribuyen con su trabajo y su cultura a la construcción de un espacio público nuevo, más rico, en el que sin embargo se les niega la presencia en condiciones de igualdad”⁴¹.

Pero esta situación no afecta sólo a los viejos Estados nacionales, también el “proceso de unión europea presenta como rasgo relevante, e inquietante, la apertura de un profundo foso entre los ciudadanos de origen europeo y los provenientes de terceros países. Estamos inmersos en la acusada tendencia de todo el llamado ‘mundo desarrollado’ a configurar la condición de extranjero como instrumento jurídico de institucionalización de desigualdades entre las personas, perfectamente equiparable en su función social a los institutos de la esclavitud o de la servidumbre existentes en épocas históricas precedentes. Esta condición incide fundamentalmente en dos ámbitos: en el del acceso al territorio –en sus vertientes de admisión y expulsión–, y en el trato discriminatorio durante la estancia, aún cuando ésta sea autorizada. Se consolida progresivamente una actuación institucional tendente a considerar al extranjero no tanto como *sujeto* de derechos sino como *objeto* de decisiones administrativas, más o menos favorables o perjudiciales en función de la coyuntura geográfica, temporal, o del humor –no siempre muy bueno– del funcionario de turno”⁴².

En Europa, en todo Occidente, la inmigración está poniendo a prueba el Estado de derecho. La adopción de medidas represivas y de exclusión hacia los inmigrados tiene que tener consecuencias sobre la vida política de los Estados afectados y, por lo tanto, sobre sus ciudadanos. No puede ser irrelevante que hayan retornado a Europa los campos de internamiento. En España existen seis centros de internamiento (Barcelona, Las Palmas, Madrid, Málaga, Murcia y Valencia) que ni siquiera cuentan con una regulación que vele por las condiciones de vida de los internados, cuyos derechos fundamentales son vulnerados de forma sistemática. La reclusión en un centro de internamiento es así mucho peor que la prisión, como denuncian el Informe de la Fiscalía de Barcelona de 1996 y el

Ahora nos toca defender los derechos del sector más desprotegido y explotado de nuestra comunidad: los inmigrantes pobres

41. Javier de Lucas, “Las propuestas sobre políticas de inmigración en Europa: el debate en España”, Ponencia en el II Congreso sobre la Inmigración en España, Madrid, octubre del 2000.

42. Elvira Posada, “La inmigración, piedra de toque de la democracia”, *mientras tanto* nº 55.

Informe del Colegio de Abogados de Madrid de 1999. Éste último sostiene, cándidamente, que estos centros de internamiento “rozan la inconstitucionalidad”. Son, sin más, una intolerable aberración en cualquier sociedad que se califique como democrática.

La lucha por las libertades de cualquier colectivo es la lucha por las libertades del conjunto de la sociedad. Así lo entendieron siempre los sectores más progresistas de la sociedad, que supieron que era fundamental defender los derechos de los obreros, después los derechos de las mujeres, y que ahora nos toca defender los derechos del sector más desprotegido y explotado de nuestra comunidad: los inmigrantes pobres.

*A los
inmigrados se
les exige que
cumplan sus
obligaciones
ciudadanas,
pero no se les
reconocen sus
derechos de
ciudadanía*

La igualdad de derechos, para ser efectiva, ha de extenderse a todos los ámbitos de la vida social que afecten a los ciudadanos: la salud, la educación, el trabajo, el disfrute de la asistencia social, etc. Uno de esos ámbitos –de especial relevancia– es el político, siendo el derecho al voto una de las reivindicaciones más significativas de la población inmigrada, tanto en España como en los demás países europeos. Éste es el derecho a elegir a los representantes políticos de una comunidad o sociedad y a ser elegido como representante de la misma; es por tanto un derecho que sitúa dentro de la comunidad a la persona que lo tiene, y a la persona que no lo tiene fuera de la misma. A las personas inmigradas se les está exigiendo que cumplan sus obligaciones como ciudadanos: pagan sus impuestos, están afectadas por todas las leyes de nuestra sociedad, etc., pero esto no se corresponde con el reconocimiento de sus derechos de ciudadanía. Además, cuando se tiene derecho a votar se es objeto de la atención de las fuerzas políticas que compiten por los votos de los ciudadanos.

Por último, reseñar que cualquier propuesta de democracia global debe ir acompañada por una ciudadanía universal. En consecuencia, “los derechos humanos y ciudadanos deberán expandirse y adquirir una dimensión supraestatal. El contenido de la ciudadanía lo constituyen los derechos civiles o de libertad, los derechos políticos y también los derechos sociales, que deben universalizarse y convertirse en límites efectivos a la globalización neoliberal”⁴³. Desde esta perspectiva, la inmigración debería considerarse como una variable más de la convivencia democrática, que nos facilitará el aprendizaje y mostrará el camino que debería conducir a un pacto social democrático futuro que desborde, por fin, las fronteras nacionales y se declare verdaderamente universal.

43. José Antonio Estévez Araujo, “Ciudadanía cosmopolita versus globalización neoliberal”, en *Identidades comunitarias y democracia*, Trotta, Madrid, 2000.

La Ley de Extranjería: el instrumento de la desigualdad

La polémica sobre los derechos de los inmigrantes que ha acompañado a la reciente reforma de la Ley de Extranjería en nuestro país ilustra perfectamente este establecimiento de la desigualdad al que nos venimos refiriendo. Esta desigualdad se institucionaliza con una Ley que sitúa los derechos de la población emigrada muy por debajo de los del resto de la población. Esto no es así solamente en España: ocurre en casi todos los países occidentales que han decidido marcar una nueva distancia con el Tercer Mundo limitando a sus habitantes el derecho a la libre circulación y estableciendo las condiciones con las que pueden ser admitidos en los países ricos. Las legislaciones de extranjería desarrolladas en estos países en las últimas décadas han creado un tipo de ciudadanos inferiores, con menos derechos, a los que se ha acomodado a las necesidades de su estructura económica.

Las medidas restrictivas en materia de política migratoria constituyen la primera dificultad para la integración de la población extranjera. Las leyes de extranjería se *ofertan* a los votantes como el mecanismo para detener la entrada de inmigrantes, papel que como la realidad demuestra no cumplen; sin embargo, sirven para regular la estancia de los que acabarán pasando las fronteras a pesar de todo, y que serán divididos en 'legales' e 'ilegales'. Además de 'producir ilegalidad' entre los inmigrantes, es ese mismo instrumento jurídico el que también hace posible el negocio de las mafias que transportan a los inmigrantes y el de las que les proporcionan trabajo clandestino. "La Ley de Extranjería es una máquina de producir trabajadores jóvenes condenados a conocer las más brutales expresiones de esa misma precarización laboral que afecta a la mayor parte de la población laboral, incluyendo a la nativa. Lo que sucederá es que se renovará y aumentará el actual ejército de sin papeles sometidos a condiciones de trabajo infames, sobreexplotados, temerosos, sin apenas derechos ciudadanos, sujetos a un permanente estado de excepción, un subproletariado destinado a satisfacer las demandas menos confesables del mercado laboral".

No obstante, la discusión sobre la Ley de Extranjería parece haber borrado los precedentes: la Ley de Extranjería del 85. El PSOE no ha querido recordar que esa medida legislativa era tan discriminatoria que su reforma no podía esperar mucho más tiempo. Y esa reforma es la que se alumbró en la Ley de Extranjería 4/2000 aprobada en el Parlamento, con la oposición del PP, hace algo más de un año. Si tuviésemos que simplificar al máximo la valoración de esa Ley, habría que decir que contribuyó en gran manera a mejorar

La Ley de Extranjería sirve para regular la estancia de los que acabarán pasando las fronteras a pesar de todo, y que serán divididos en 'legales' e 'ilegales'

La Ley de Extranjería hace posible el negocio de las mafias que transportan a los inmigrantes y el de las que les proporcionan trabajo clandestino

la situación para los inmigrantes que ya estaban en España, pero apenas cambió las cosas para los que llegaron después, ya que la Ley dejó casi intacto el sistema de entrada. Concedía mayores derechos a los residentes legales, pero para los irregulares otorgó una serie de derechos fundamentales que constituyeron la parte más progresista de la misma.

Son estos aspectos señalados, que afectan a las personas en situación irregular, los que han constituido el motivo principal de la *contrarreforma*: los derechos sociales concedidos a los irregulares, la vía ordinaria para su regularización –la de los dos años– y las dificultades para su expulsión. Que en los medios de comunicación la discusión se haya centrado casi únicamente en la exclusión de la ciudadanía de los inmigrantes irregulares y el no reconocimiento de los derechos humanos para este sector de la población que vive en nuestro país, no debe esconder que para los inmigrantes irregulares la peor consecuencia de esta Ley es que el Gobierno ha conseguido mantener su pretensión de elevar de dos a cinco años el tiempo de estancia en España que el inmigrante tendrá que acreditar para obtener ¡no la nacionalidad, sino, simplemente, un permiso de residencia temporal! La negativa a conceder derechos humanos básicos y las dificultades para la regularización de los inmigrantes parecen indicar que se piensa que una manera de que no vengan más es maltratar a los que ya están aquí, lo que resulta claramente inaceptable desde cualquier perspectiva que tenga el Estado de derecho entre sus objetivos.

En resumen, la Ley de Extranjería debería ser una afrenta para cualquier persona que se considere demócrata y crea que esta palabra tiene más relación con los seres humanos que con las fronteras trazadas por éstos. Pero una afrenta que será celebrada por los sectores más racistas de la sociedad, por los empresarios más explotadores y económicamente ineficientes, por las mafias que se embolsan entre 250.000 y 500.000 pesetas –dependiendo de la estación– por cada inmigrante que transportan a España, por las mafias que se dedican a la ‘trata’ de trabajadores clandestinos y por las consagradas a la ‘trata de blancas, negras o amarillas’ con destino a la prostitución. Todos estos sectores –más los que busquen criada y no dispongan de muchos medios económicos– son los grandes beneficiados por esa Ley. Aunque, paradójicamente, vaya a ser bien recibida por un amplio sector de la sociedad, al que sus prejuicios le impiden darse cuenta de que lo único que va a obtener son los prejuicios de los que hemos venido hablando a lo largo de estas pági-

nas: limitaciones democráticas que acabarán afectando a la mayoría, competencia para que sus salarios no suban, dificultades para su futura jubilación, menos ingresos para los servicios asistenciales, empobrecimiento cultural de la sociedad, etc.

Lo curioso es que la aprobación de la Ley de Extranjería coincide con un momento en que parece que la sensatez comienza a encontrar resquicios en el entramado institucional europeo. Algunos gobiernos del continente comienzan a ver claro –como en EE UU, Canadá o Australia– la necesidad de la inmigración, y la Comisión Europea reconoce: “Europa debe evitar repetir ciertos errores del pasado relacionados con la opción de inmigración cero, que dio paso a las contradicciones entre unas leyes restrictivas que no han frenado los flujos migratorios clandestinos y a los planes de regularización de inmigrantes ilegales. Los datos estadísticos sobre los cambios demográficos previstos en Europa ponen de relieve la necesidad de que la UE reaccione adecuadamente antes de que sea tarde”⁴⁴. Esta declaración coincidía prácticamente con la aprobación de esa ‘Ley restrictiva’, de ese ‘error del pasado’, en el Parlamento español con los votos del PP, CiU y CC, poniendo de relieve la incapacidad para “reaccionar adecuadamente antes de que sea tarde”. España ha vuelto a ser, una vez más, el baluarte de los valores que el resto de Occidente parece decidido a abandonar.

Parece que se piensa que una manera de que no vengan más es maltratar a los que ya están aquí

Regular y legalizar los flujos migratorios

El intento de mantener las fronteras cerradas a la inmigración se ha demostrado inútil, y sus consecuencias para la salud democrática de las sociedades receptoras son perversas. Como bien ilustra la historia de la humanidad, no es posible, ni deseable, detener las corrientes migratorias a las puertas de ningún Estado nacional, especialmente cuando en su interior se reclama a la mano de obra que trata de entrar. Puesto que los flujos migratorios están llamados a aumentar, hay que saber cómo controlarlos. El respeto a los derechos de las personas exige que, una vez instaladas legalmente en un lugar, puedan beneficiarse de todos los derechos y responsabilizarse de los deberes que atañen a cualquier ciudadano.

El sistema imperante en los últimos años, afianzado por la nueva Ley de Extranjería, sólo bloquea, en realidad, la entrada legal de la inmigración laboral. El proceso ha sido siempre el siguiente: primero, los poderes públicos sostienen que no hace falta más inmigración laboral y cierran la entrada legal de inmigrantes; en segundo lugar, los inmigrantes continúan entrando de forma irregular, y una vez aquí tratan de regularizar su situación, lo que consiguen al

44. *El País*, 23 de noviembre de 2000.

cabo de cierto tiempo –normalmente varios años–; y por último, van entre tanto trabajando en empresas que aprovechan su indefensión jurídica para imponerles condiciones laborales vergonzosas. El sistema ha funcionado bien para algunos sectores de nuestra economía que, de no haber sido por esos salarios de miseria, no habrían sido competitivos. Además, se han sentado las bases para el desarrollo de uno de los grandes negocios de la actualidad, cual es el tráfico ilegal de mano de obra, fruto directo de estas políticas de rechazo legal a una inmigración que, en la práctica, resulta imprescindible para nuestra economía.

La Ley de Extranjería sólo bloquea, en realidad, la entrada legal de la inmigración laboral

Esta situación irracional e injusta no podrá continuar por mucho tiempo. Las necesidades económicas del conjunto de la sociedad se acabarán imponiendo, y los más interesados en el incremento de los flujos de inmigración serán los países receptores. Más pronto que tarde será necesario reajustar el sistema y abordar la organización de la entrada legal de la inmigración laboral. Ante esta situación hay quien propone, sin más, la apertura de las fronteras: “Cuidado con dejarse seducir por la aparente racionalidad del cupo de inmigrantes: significaría ceder a la extorsión de los sectores más atrasados de la opinión pública. Por el contrario, hay que garantizar el derecho a la asistencia y al trabajo, y alumbrar instituciones que garanticen su efectividad. En definitiva, la multirracialidad como puesta de manifiesto de una nueva universalidad”⁴⁵. Otros, sin embargo, no creen que “sea defendible, en estos momentos, un sistema de fronteras totalmente abiertas, que no pusiese límite alguno a los flujos de entrada, pero sí el aumento progresivo del volumen de población con plena libertad de circulación. El contingente es, de hecho, la fórmula más avanzada que existe en la Europa comunitaria”⁴⁶. El colectivo que redacta este texto no ha creído imprescindible –o no ha sabido– elegir entre una de estas dos posturas. Tampoco nos ha parecido necesario hacerlo para la redacción de este trabajo ni para las actuaciones públicas que pudieran acometerse en los próximos tiempos.

Ahora bien, la necesidad de organizar los flujos de inmigración de forma legal es incuestionable. Y si se utiliza la vía del contingente, como hacen norteamericanos y australianos, lo primero que debe lograrse es que sirva para las personas que quieren venir a trabajar a nuestro país, y no para las que ya están aquí, como ha sucedido en los últimos años, que deben regularizarse de una vez y para siempre por otra vía. Además, la limitación por sectores de actividad que, hasta ahora, se ha impuesto en todos los contingentes

45. Pietro Barcellona, *Posmodernidad y comunidad*, Trotta, Madrid, 1992.

46. Este apartado es casi un pequeño resumen del trabajo de Miguel Pajares, “Una política de flujos migratorios”, Ponencia en el II Congreso sobre la Inmigración en España, Madrid, octubre del 2000.

debería desaparecer. Se trata de una restricción que acaba cerrando el contingente a todo lo que no sea el servicio doméstico y el peonaje –agrícola o de construcción–, lo que además de constituir una discriminación inaceptable, se ajusta cada vez peor a las necesidades actuales de mano de obra.

Otro aspecto fundamental es buscar alternativas al requisito básico exigido para acceder a un visado de entrada para venir a trabajar a España: disponer previamente de la oferta de empleo, puesto que hace casi inaccesible la vía legal de entrada. Resulta imprescindible que haya un acceso legal de entrada para las personas a las que este tipo de ofertas de empleo no les llegarán nunca a sus países de origen. Un camino interesante es el que ha abierto la Ley de Inmigración italiana de 1998, al autorizar la entrada para una estancia temporal con el objetivo de buscar empleo. Se permite que un ciudadano italiano, o extranjero residente, se haga responsable del extranjero que acude para buscar empleo, garantizando su alojamiento, manutención y asistencia sanitaria. Si disponer de oferta de empleo puede ser una condición que permita la entrada legal, la otra posibilidad que aquí se señala es la de acogida. Se trata de autorizar la inmigración temporal a todas las personas que tengan aseguradas las condiciones de acogida.

Las personas a las que se autoriza la entrada sobre la base de esta garantía de acogida no tienen trabajo inicialmente, pero lo empiezan a buscar desde una situación de legalidad, lo cual es muy distinto a como ahora lo buscan las personas que entran irregularmente. Las condiciones de sobreexplotación que ahora padecen muchos inmigrados podrían combatirse mejor si no estuviesen amparadas por su situación irregular. Más legalidad permitiría más control sindical de las condiciones laborales y se traduciría en menos abusos. Por otra parte, las mismas condiciones de búsqueda de empleo cambiarían, puesto que los inmigrados podrían inscribirse en los organismos de empleo correspondientes, participar en cursos de formación ocupacional, etc. Una vez obtenida una oferta de empleo, la persona inmigrada podría solicitar la residencia –por supuesto, sin necesidad de volver a su país a por otro visado–, pasando de una situación de estancia temporal a otra de residencia, ambas igualmente legales.

Si proponemos que se tenga en cuenta la acogida en el diseño de una política de regulación del flujo de entrada, es porque ello encaja bien con la propia naturaleza de los movimientos migratorios. Los migrantes utilizan canales preestablecidos que no cambian de

Las necesidades económicas del conjunto de la sociedad se acabarán imponiendo, y seremos los más interesados en incrementar la inmigración

Se mantiene la línea habitual de los últimos años: represión de la inmigración ilegal, sin ofrecer los mecanismos que puedan canalizar la legal

la noche a la mañana –salvo en casos de catástrofes o crisis graves– y, por tanto, proceden de puntos muy concretos y se dirigen a destinos también concretos en los que ya tienen familiares y personas de su comunidad de origen. Esos familiares se encargan de su acogida en cualquier caso, esté o no recogido por la Ley, y si esto es así, sería más que razonable tenerlo en cuenta cuando se establecen las normativas de inmigración.

De momento, lo que se está planteando, por parte de determinados sectores empresariales y por parte del Gobierno, es la organización de migraciones de temporada. Se vuelve, en definitiva, a la vieja forma de ver a los inmigrantes solamente como mano de obra y no como población que puede establecerse en el país receptor. La inmigración temporal podría ser, incluso, del interés de muchos inmigrantes. De hecho, el retorno espontáneo, el que se produce por la movilidad de las personas que buscan el lugar donde disfrutar de una vida más digna (la vida más digna no siempre la encuentran los inmigrantes en el país receptor, a veces la encuentran volviendo al de origen), tiene una gran relevancia en los flujos migratorios. Pongamos un ejemplo: en 1997 la entrada de población extranjera en Alemania fue de 615.300 personas, mientras que salieron del país 637.100. A pesar del interés de los gobiernos por los flujos de temporada, parecen haberse olvidado del retorno cuando hablan de ‘presión migratoria’ o del riesgo que sufrimos de invasión de inmigrantes.

Si las fronteras fuesen más permeables, el retorno sería también más fluido y la temporalidad la opción de muchos inmigrantes; e incluso aquéllos que no viniesen con esa perspectiva de temporalidad estarían más predispuestos a volver a su país si las cosas aquí no les fuesen como ellos habían previsto. Pero las actuales normativas de extranjería hacen poco viables las propuestas para favorecer la inmigración temporal. Muchas personas tratarán de quedarse porque saben que si retornan a su país puede resultar muy difícil volver donde ahora están. La inmigración temporal podría combinarse de forma natural con la de asentamiento permanente, siempre que se diesen más facilidades para cualquiera de las dos fórmulas; pero mientras Europa siga sintiendo pavor ante la entrada de inmigrantes y haga una política de fronteras cerradas, los proyectos que tratan de potenciar la inmigración temporal tendrán pocas posibilidades de éxito.

La alternativa a esas fórmulas de contratación temporal, de las que cabe sospechar una intencionalidad de abaratamiento de la mano de

obra, está en que los empresarios sitúen sus ofertas en las mesas de negociación con los agentes sociales. Cuando los trabajos que se ofertan son de temporada –concretamente para el sector agrícola–, hace falta garantizar la posibilidad de volver la temporada siguiente, pues de lo contrario los contingentes de temporada están condenados al fracaso. Los permisos que se otorgan para trabajos de temporada no deben excluir la posibilidad de establecimiento permanente si el inmigrante encuentra un trabajo estable y desea permanecer en España.

Ni la Ley de Extranjería del año 85, ni la del 2000 ni la del 2001, contienen los mecanismos adecuados para desarrollar una política de regulación legal de los flujos de inmigración. La *contrarreforma* recientemente aprobada, aparte de recortar los derechos de las personas inmigradas, centra su atención sobre la persecución de la inmigración ilegal, desarrollando ampliamente el contenido sancionador o represivo de la Ley. Es decir, se mantiene la línea habitual de los últimos años: represión de la inmigración ilegal, sin ofrecer los mecanismos que puedan canalizar la legal. Y las declaraciones y actuaciones recientes del Gobierno tras la aprobación de la ley no hacen más que confirmar las sombrías consecuencias previstas.

En el caso de que el reconocimiento de España como un país de inmigración llevara a la obvia conclusión de la necesidad de una política de gestión de los flujos migratorios, la infraestructura de la que se dispone en los países de origen, y la actuación que allí tiene el Estado español deberían sufrir cambios importantes. Las quejas que los inmigrantes transmiten a través de las organizaciones que aquí les apoyan, en relación con la atención que se les proporciona en nuestros consulados, son numerosísimas. Son quejas que dejan ver que la corrupción –el cobro por la obtención de visados– y el desprecio con que se trata a los usuarios no desentonan con las dosis de corrupción e ineficacia habituales en este país.

Resulta evidente que organizar los flujos de inmigración por cauces legales cuesta dinero. El Estado español debería disponer de oficinas, en distintas ciudades de los principales países de los que recibimos inmigración, con personal especializado y con medios suficientes para proporcionar una correcta atención a las personas que, por uno u otro motivo, plantean su interés en migrar a España. Existirían otros gastos en los que no tiene sentido entrar ahora. Así que ninguna política de migratoria podrá llevarse a cabo si no se está dispuesto a hacer las inversiones requeridas y asumir los obligados costes de su mantenimiento, o si se prefiere gastar el dinero

Estamos convencidos de que la inmigración es uno de esos aspectos que enriquecerá el futuro de nuestra sociedad y de nuestras vidas personales

en levantar muros y en tratar, inútilmente, de blindar nuestras costas empleando más servicios policiales.

Las ventajas de la inmigración

Somos conscientes de que la inmigración plantea dificultades y conflictos, y que la integración de los inmigrantes no será un camino de rosas. Pero también de que las situaciones que realmente merece la pena vivir, tanto en el terreno social como en el personal, las que transforman positivamente nuestra existencia son aquellas en las que las dificultades y los conflictos nos permiten encontrar el camino para alumbrar un futuro mejor. Estamos convencidos de que la inmigración es uno de esos aspectos que enriquecerá el futuro de nuestra sociedad y de nuestras vidas personales. Además, como sobre las dificultades ya se escribe bastante, nos ha parecido conveniente dedicar el último apartado de este trabajo a las ventajas de vivir en una sociedad de inmigración. Razón por la cual, además de algunas ideas nuevas, repetiremos otras que aparecieron en diferentes lugares de este texto.

Si nuestras sociedades cambian es porque nosotros lo hemos querido, es nuestra manera de vivir lo que ha creado esta situación

Porque es necesario poner de manifiesto que “si nuestras sociedades cambian es porque nosotros lo hemos querido, es nuestra manera de vivir lo que ha creado esta situación. Y si lo hemos querido, lo tenemos que asumir. Y asumirlo quiere decir crear las estructuras políticas de la inmigración para facilitar la convivencia con los inmigrantes que ineludiblemente vendrán. Y si vienen, habrá millares de situaciones fantásticas, de matrimonios mixtos, habrá la segunda, la tercera generación de emigrantes, etc.”⁴⁷

Tendríamos que reconocer, todos, que el objetivo ha sido casi siempre vivir en una sociedad de inmigración y abandonar la vieja sociedad de emigración. Es decir, no vernos obligados a abandonar el lugar donde vivimos. Porque vivir en una sociedad de inmigración significa habitar donde lo hacen los privilegiados. Con todos los matices que se quieran, los modelos en los que casi todo el mundo se mira vienen de Suecia o de Estados Unidos, de Francia o de Canadá, de Suiza o de Australia, siempre de sociedades en las que los inmigrantes son tres, cuatro, cinco, seis, siete u ocho veces más que los que están entre nosotros. Y es que todas las economías fuertes, en las que los ingresos y las condiciones de vida son mejores, tienen una característica común: un elevado porcentaje de población inmigrada.

En realidad, la sociedad lanzaroteña y la canaria saben que su salida de la pobreza no hubiera sido posible sin la llegada de los inmigrantes. Y que, sin esa riqueza, Canarias continuaría siendo una

47. Daniel Cohn-Bendit, “Que es la diversidad”, en *La interculturalidad que viene*, Icaria, Barcelona, 1998.

comunidad exportadora de personas valiosas en vez de importadora, como afortunadamente lo es ahora. La aportación de los inmigrantes para el futuro de la economía canaria continuará siendo fundamental, especialmente si sabemos aprovechar de verdad a quienes llegan, en lugar de desaprovecharlos manteniéndolos en posiciones marginales o clandestinas.

En el terreno cultural, es obvio que los momentos históricos que han generado culturas especialmente ricas han sido producto del mestizaje cultural. El aislamiento empobrece; la contaminación cultural enriquece. El actual *boom* literario inglés, por ejemplo, está claramente ligado a los hijos de los emigrantes asiáticos o caribeños que se instalaron allí hace no muchos años. Las músicas que escucha hoy la mayoría de la población son producto, cada vez más, del mestizaje cultural. No estaría mal que en pocos años pudiera disfrutarse en Lanzarote, como ocurre en la mayoría de las ciudades occidentales, de lugares en los que a las copas se uniera la música de determinados lugares del África negra, del Magreb, del Caribe, de Sudamérica...

La llegada de los inmigrantes permitirá que en nuestros centros de alimentación aparezcan productos desconocidos para nosotros hasta la fecha. Productos que serán utilizados en los restaurantes donde podremos disfrutar de otras cocinas diferentes, restaurantes senegaleses, marroquíes, colombianos...

Cuando tanto se habla de la pérdida de los viejos valores frente al individualismo competitivo de la actual cultura occidental, quizá podamos volver a disfrutar de algunos de esos valores solidarios porque nos los devuelvan esos inmigrantes que provienen de culturas más tribales, de familias más extensas. Quizás nos ayuden a recuperar la sensación de que nuestros conciudadanos no son tan sólo nuestros competidores, sino también aquéllos que nos confortan o nos ayudan a construir un mejor espacio social común en el que convivir.

Nuestros hijos tendrán la suerte de crecer en un lugar en el que la diversidad les preparará para asumir mejor una ciudadanía universal y cosmopolita con la que moverse por el mundo sin complejos ni provincianismos, sin estar todo el día mirándose el ombligo y relativizando muchas de las cosas que ocurren en la Isla, desdramatizando la realidad insular. En un mundo globalizado y cada vez más mestizo, quienes hayan convivido con la diversidad cultural y aprendido a conducirse en ella, tendrán no pocas ventajas para determinar mejor el sentido de sus vidas. Y la facilidad para apren-

El objetivo ha sido casi siempre vivir en una sociedad de inmigración y abandonar la vieja sociedad de emigración

der otras lenguas será un aspecto importante, más sencillo para quienes se hayan criado con gentes que hablan otros idiomas.

Los inmigrantes constituirán una aportación decisiva al mantenimiento del Estado del bienestar en todos los países de Europa. Si queremos que nuestros servicios asistenciales y nuestras pensiones se mantengan en niveles dignos –para lo cual deberían incrementarse en España– necesitamos que los inmigrantes alivien, al menos en parte, los efectos que provocará el envejecimiento de nuestra población, y contribuyan a incrementar la presencia de niños en las calles de nuestras poblaciones, ahora en un conjunto multicolor por las diferentes características que acompañan a su procedencia.

La salud democrática de nuestras sociedades se enriquecerá notablemente si aprendemos a convivir con la diversidad que la inmigración nos proporciona. De la misma manera que lo hizo cuando aprendimos a convivir en igualdad con nuestras mujeres, con los homosexuales, con los que profesaban otras religiones. El esfuerzo de construir una comunidad mestiza sería un interesante aprendizaje para la convivencia democrática y para enriquecer a quienes decidan participar en el empeño.

*El aislamiento
empobrece; la
contaminación
cultural
enriquece*

Nos gustaría terminar este trabajo insistiendo en la conveniencia de abandonar el victimismo de tantos de nuestros conciudadanos con respecto a la llegada de inmigrantes, reivindicar esa consciencia de especie que nos obliga a ser solidarios con los más necesitados y defender que los derechos de todos los humanos constituyen la base sobre la que debe edificarse la convivencia. E insistir también en que casi todos los problemas que se achacan a la inmigración son, en realidad, provocados por el desmesurado crecimiento turístico que sufre Lanzarote.



V. Otras voces de aquí

(Entrevista)

Esta entrevista es el resultado de dos largas conversaciones mantenidas entre una parte del Consejo de Redacción de Cuadernos del Sureste y cinco personas invitadas; cuatro de ellos son negros, dos nacidos en Guinea-Bissau y dos en Senegal; la quinta persona es blanca, lanzaroteña y casada con un senegalés.

Hemos intentado así reflejar lo que piensan y sienten los protagonistas invisibles de esta carpeta, sin ninguna pretensión de exhaustividad, pues nuestra invitación se ha realizado en función tanto de su interés por dejar constancia de sus experiencias como de su mayor o menor accesibilidad. Por ello, éste no es un retrato de todas las situaciones y de toda la inmigración, sino el testimonio de personas que llevan años construyendo su vida en Lanzarote; no hay dramas, ni héroes, ni víctimas.

Son gentes cuyas vidas cambia la emigración de forma radical, que pueden ampliar nuestra sensibilidad y enriquecer nuestro conocimiento sobre una experiencia vital que, pudiendo ser mutuamente enriquecedora, se convierte en socialmente tempestuosa y nos instala en una realidad conflictiva, a menudo oculta o cuando menos distorsionada por los tópicos y los prejuicios.

Han venido de otros lugares con su caudal de necesidad y esperanza, y nos reclaman a todos nosotros el derecho a, simplemente, vivir. Estas personas, que no cejan en el empeño de serlo, nos emplazan, también a nosotros, para que afrontemos la necesidad de comportarnos como seres humanos.

Son voces singulares, diferentes entre sí pero marcadas por el color

Quería seguir mis estudios en Francia, pero llegué a Lanzarote conocí a una mujer y me quedé

de la piel que, cual espejo reflectante, las desindividualiza, las convierte en invisibles, sin rostro, sin nombre. Voces que hablan con cautela, que afrontan la vida con tenacidad, que mantienen un fuerte sentimiento familiar y nos dejan ver sus esperanzas y preocupaciones, especialmente por sus hijos, que hoy nos parecen tan 'monos' y que quizás mañana, como sus padres, pierdan el rostro y el nombre. Son voces que nos incomodan con su presencia.

Por qué se emigra

En sentido amplio, se puede considerar la emigración como aquel movimiento de la población que se produce por razones de tipo económico y laboral, por motivos políticos, o de estudios; también por reunificación familiar, e incluso por deseo de aventura vital. Se percibe como un factor común el sentimiento de obligatoriedad, de que las circunstancias son las que obligan a emigrar para poder desarrollarse como persona o, simplemente, sobrevivir.

Hay gente que no quiere salir de su país porque esté pasando hambre. Mi marido me dijo: yo vine más bien por aventura, por salir

–Me llamo Guelage Gano, soy coordinador del Colectivo de Inmigrantes Independientes y he nacido en Guinea-Bissau. Creo que la emigración es una cosa muy difícil, porque nadie quiere salir de su casa para ir a otra casa. Yo he salido de mi país principalmente porque me preocupaban mis estudios. No puedo decir que mi padre es pobre, pues aunque haya poco, él tenía trescientas cincuenta cabezas de ganado, pero yo quería desarrollarme de otra forma, no con los animales. Primero estuve algún tiempo en Senegal y Mauritania, pero creo que mi destino no estaba allí. Después vine a España, pensando que aquí podría estar. Pero todo ha salido difícil; podría ser fácil, pero ahora llevo diecisiete años en España y nada ha sido fácil.

–Yo soy de Senegal. Cuando llegué a vivir aquí era muy joven; llevo en Lanzarote veinticinco años. Vine aquí para ir a Francia a estudiar electrónica o electricidad de coches; esa era mi idea.

–Yo, sinceramente, salí de Senegal porque quería seguir mis estudios en Francia. Lo que pasa es que llegué a Lanzarote y conocí a una mujer. Puedo decir que gracias a esa mujer me he quedado. Y no me arrepiento, porque tengo hijos con ella y por eso me quedé. No era lo que pensaba, porque para mí esto era muy pequeño y lo que estaba buscando no era lo que podía conseguir aquí: quería seguir estudiando para tener algo, para tener conocimiento y volver a mi tierra para hacer algo allí.

Ahora la inmigración molesta. Sin embargo, hace años la mayoría de los negros que llegaron a Lanzarote llegaron aquí por los blancos. Yo iba con otra gente a trabajar a Mauritania en barcos que no

eran de negros. Esa gente no sabía lo que era Canarias, pero los patronos de los barcos les decían: cuando llegemos a Canarias te pagamos. Si al llegar aquí el barco no volvía a salir, ¿qué podían hacer? Buscarse la vida aquí, donde te dejaron.

—Hay gente que no quiere salir de su país porque esté pasando hambre. Mi marido, por ejemplo, que lleva en la Isla tantos años, me ha dicho: yo vine más bien por aventura, por salir. Quieren ir a otro lugar a vivir, a probar. Claro que cuando llegan aquí no se les trata bien y te quedas como estancado, entre que si te quieres ir, si quieres venir; y ya no sabes qué hacer.

—Mi nombre es Joaozinho Ca. Yo salí de mi país, Guinea-Bissau, cuando empezó la dictadura y llegaron los militares. En mi país no somos muchos, no tendríamos que salir; el problema es que tenemos un dictador y la gente no puede vivir allí.

—Quería decir que también hay un montón de gente que viene a España porque están mal informados. No todo el mundo viene porque se esté muriendo de hambre; vienen porque creen que esto es la gloria, un paraíso. Pero el paraíso se acabó hace años y todo el que viene lo que va a encontrar es dificultad. Los países europeos tendrían que informar de esto a los africanos; informarles por la televisión y la radio, hacerles saber que no van a conseguir lo que vienen buscando. Me duele porque soy africano y soy emigrante, pero sé que los que vienen los últimos lo que van a conseguir es nada más que problemas, porque no les abren la puerta.

Cuando yo veo un hombre, un chico, una mujer que se mete en una patera... lo que es atravesar ese agua, que yo llevo por lo menos, sin exagerar, más de veinte años navegando allí y veo lo que está pasando allí. Y yo voy en un barco grande, así que cuando veo una patera pienso: aquí está pasando algo. Y no es hambre; están mal informados, porque creen que aquí lo van a conseguir todo, y la mayoría...

Es el gobierno el que ha llamado a la inmigración, quien le ha dicho que venga. Si ahora están saliendo por la calle haciendo manifestaciones, tienen que hacerlas contra el gobierno, no contra la emigración. El tema hay que hablarlo y arreglarlo, pero no hacer manifestaciones contra la inmigración. Hay que pensar que los emigrantes no tienen la culpa; están mal informados, por eso vienen.

Cómo se vive

La sociedad de destino se considera una sociedad de llegada más que una sociedad de acogida que, aunque no impide echar raíces

Vienen porque creen que esto es la gloria, un paraíso

en el país de destino, marca a los inmigrantes con un sentimiento permanente de soledad y aislamiento, cuando no de abierto rechazo, y aumenta su vulnerabilidad.

Cuando yo veo la gente que se mete en una patera, con lo que es atravesar ese agua, pienso: aquí está pasando algo

–Para un extranjero, aunque no sea de color, es muy difícil adaptarse, entablar relación con la gente de Lanzarote, pues la manera en que te ven, la forma de hablar contigo, no te consideran como una persona; si tu no eres conejero o no eres blanco, no te consideran como a ellos mismos. Una persona puede llevar aquí quince o veinte años y no saben ni como te llamas y aunque lo sepan nunca te llaman por tu nombre. Te dicen: hola moreno, moreno esto, moreno lo otro. Una persona que tiene la cabeza despierta no puede vivir con esa gente. Y eso pasa aquí bastante. Si yo llevo tanto tiempo en la Isla es gracias a mi mujer, que es una buena mujer y me ha dado fuerzas. Pero ellas tienen que aguantar un montón.

–Soy de Lanzarote y estoy casada con un senegalés. He estado en Senegal, en Dakar, que es una ciudad bastante grande y no está tan atrasada como la gente piensa. Allí viven personas de todas las razas, libaneses, guineanos, españoles, franceses, japoneses... Veo que para esta gente es difícil porque una persona blanca o de otra raza no tiene ningún problema para vivir en un país africano, se integra y lo aceptan, pero ellos vienen aquí, piensan que aquí va a ser exactamente igual y se dan de lleno contra la pared.

El ejemplo más cercano que tengo sobre este rechazo es el de mi padre. Cuando le dije que me iba a casar con mi marido me echó a la calle, no lo aceptó. De hecho no conoce a mis hijos ni ha hablado con ellos ni los ha visto ni nada que se le parezca. Hace trece años, los que llevo casada, que no entro en casa de mi madre y, en los cuatro años que tiene mi hijo pequeño, lo ha visto tres veces, tres veces en toda su vida. La mayoría de la gente acepta a mi marido porque está conmigo, no por lo que él es, incluso mi familia.

–No aceptan la idea de ver a su hija saliendo con un negro. Piensan que si te casas con su hija van a estar toda la vida dándote de comer y esa es la gran equivocación de la mayoría de la gente, porque nosotros venimos aquí para luchar, para vivir como cualquiera. Si hay trabajo nosotros trabajamos en cualquier sitio. Yo soy una persona, quiero lo bueno, tener una familia, tener una casa, un coche, como todo el mundo aquí. Y se quedan impresionados cuando llegan a casa y ven la manera en que estamos viviendo. Pero incluso en la casa, cuando viene su cuñada, pasa a la cocina o se sienta en el salón y hablan todo lo que quieren, pero sin saludarme, en mi propia casa. También en la calle cambia de dirección para evitar

cruzarse conmigo o se ‘corta’ si me ve en el supermercado.

–Esta es una persona típica. Especialmente a las mujeres les da vergüenza pararse en la calle, que los demás vean que están hablando con un negro. Sienten vergüenza y lo dicen: es que es un poco violento, porque el que está mirando, qué puede pensar. Si relacionamos al negro con la droga, entonces están hablando con un traficante. A nadie le gusta, y eso da vergüenza.

Es una pelea diaria con todo el mundo. La gente te hace preguntas estúpidas, creen que por estar casada con un negro vas a estar encerrada, que no puedes salir sola a comprar al supermercado. Una vez una vecina me dijo que la policía había ido a su casa para pedir información sobre qué tipo de gente entraba en la mía. Me gustaría saber si eso lo hacen como todo el mundo, con toda nueva persona que llega a la Isla. Preguntaron qué tipo de gente entraba, si entraban muchos negros. Hasta ese punto te quieren controlar.

–Me interesa hablar de los vecinos. Me preocupan estas relaciones, especialmente por los niños, pues yo hago mi vida y el que me quiere tragar que me trague; el que no, da igual. Pero no me gusta que mis hijos vivan así, separados, sin conocerse, sin hablarse, ignorándose, porque estamos viviendo aquí, aquí es donde nacieron y ellos no conocen otro sitio. Aquí no tienes confianza con nadie aunque intentes colaborar. Porque cuando llevas quince o veinte años viviendo en el mismo lugar es porque el país y la forma de vivir te gustan, pero te falta la gente, y las personas son muy importantes para nosotros. A mí me importa un montón la gente y me gustaría que colaboraran de la misma forma en que yo estoy intentando colaborar. Pero es muy difícil, y el que no lo dice es porque no tiene la oportunidad de hacerlo.

–Mira, donde yo vivo estoy pagando un vado y si los vecinos del barrio fueran buenos no sería necesario porque hay sitio para aparcar bastantes coches. Yo me he levado por la mañana para ir a llevar a mis hijos al colegio y no he podido salir del garaje porque me han puesto un coche delante. Y cuando le pido por favor que ruede el coche para salir, me contesta que el garaje no es legal. Pero no tiene nada que ver, lo que quiero es sacar mi coche. Y cuando aparco el coche delante de mi casa, vienen y me pinchan las ruedas.

–Yo creo que los vecinos son casi como hermanos, que deberían apoyarse porque, si a mí me falta sal es mejor tocar en tu puerta antes de ir a otro sitio a pedirla. A lo mejor más adelante pueden cambiar, pero ahora los vecinos se portan mal, sobre todo con los negros, quieren saber qué haces, cuándo entras, cuándo sales. Yo

No te consideran una persona; si tu no eres conejero o no eres blanco, no te consideran como a ellos mismos

vivo en un bloque de pisos, donde ahora también alquilan casa otros compañeros y, tan pronto como fuimos dos, todos los blancos salieron del bloque. Ya no vive ninguno allí.

Cuando buscas piso no lo encuentras. Si llamas a una agencia te dicen que sí, pero cuando te presentas dicen que ya no hay piso. Tienes que enviar a una amiga que diga que le interesa el piso y dejar que haga el contrato a su nombre para que puedas tener un sitio. Yo creo que éste es también un problema de convivencia. La gente critica a veces que vivan muchos negros en la misma casa. ¿Por qué? Porque no tienen otra casa; aunque haya pisos libres no se los alquilan.

—Hay vecinos que se respetan unos a otros entre la gente blanca, pero no a un africano. Para mí, de la manera en que estoy viviendo ahí no los considero como vecinos, y, de verdad, lo siento. Para mí, mi familia —mi mujer, mis hijos— y punto. Si me saluda uno de ellos, le contesto y nada más. Desde mi punto de vista, a veces los que te saludan son los peores, sí, las personas que te dicen “oye moreno, yo no soy racista”, ése es el peor. Lo dicen nada más que porque estás delante, pero cuando están detrás, lo que dicen es totalmente diferente.

El trabajo

Gran parte de las dificultades para integrarse derivan de la falta de oportunidades que sufren los inmigrantes en las sociedades ricas, que los condenan a los trabajos no sólo peor pagados sino de menor prestigio social, con independencia de su preparación y experiencia. La inmigración es, ante todo, una oferta en el mercado laboral y, por simple respecto a la igualdad humana, hay que conceder las mismas oportunidades a todos.

—He trabajado aquí en muchos sitios, en el mar, en Unelco, en un hotel en Playa Grande y siempre abusan de una persona de color. Es lo que yo he visto. Cuando trabajé en Unelco y la gente me veía allí, como era de color, le preguntaban a mi jefe que por qué contrataban a un negro en lugar de a ellos. Siempre tuve problemas en ese trabajo, durante los dos años que estuve, y cuando trasladaron a mi jefe a Tenerife me echaron, porque era él quien me protegía. Trabajé también en un vivero; me mandaban a los apartamentos a plantar y podar las plantas. No sabía que lo que salía de las plantas era malo para los ojos hasta que, de repente, me quedé ciego; tuvieron que vendarme los ojos y pasé una semana sin ver.. Al principio no tenía contrato porque iba a estar quince días a prueba, pero llevaba más de quince días con este señor, y cuando empecé a traba-

Puedes llevar aquí quince o veinte años y no saben ni cómo te llamas y aunque lo sepan te dicen: hola moreno, moreno esto, moreno lo otro

jar otra vez tuve muchos problemas para que me pagara. Incluso mi cuñado fue a verle y casi se pelean porque no me pagaba y me insultaba. Me decía: fuera de mi invernadero, y si no, saco una escopeta y te pego dos tiros. Estuve cinco años peleando con él en el juzgado, pero al final logré que me pagara. Y como éste, muchos casos así que les pasan a nuestros paisanos. Pero si un compañero no tiene papeles, en el juzgado le dicen que no puede ir a ningún lado, porque una persona que no tiene papeles no puede ir a ningún pleito. Yo me salvé porque tenía papeles y pude demandarlo.

–Llevo muchos años en la mar; soy marinero y me ha pasado de todo, pero hay que aguantar y sigo aguantando. Cuando hace años íbamos a Cabo Blanco con españoles, ellos cobraban más que nosotros. Lo sabíamos; ellos creían que éramos tontos, pero nosotros sabíamos que como éramos emigrantes teníamos que aguantar. Me pregunto cómo no pueden entender que todo el mundo quiere progresar. Porque no lo entienden; pienso que es por el color, porque también hay un montón de ‘guiris’ que trabajan y no entiendo cómo pueden aceptar a los ‘guiris’ y no a los negros.

Desde que nací he visto que donde hay un negro y un blanco, el blanco siempre va para adelante y al negro siempre lo pisotean. Lo digo porque llevo muchos años trabajando como motorista de barco, sin título, porque cuando el barco tiene que salir y le interesa al dueño no mira si eres negro, pero el día que consiga a un blanco con título, el negro vuelve otra vez a su sitio. No es por criticar, es la realidad. Aquí la gente no se da cuenta y muchos, cuando ven que un negro argumenta, piensan nada más que está ‘espabilado’. Para vivir con ellos tienes que hacerte el tonto, rebajarte. Porque nunca he visto yo un negro ingeniero aquí, nunca he visto un negro que sea *maître* de hotel, o un negro que hable por la televisión. Siempre los he visto atrás, en las obras, en el mar, de ‘fregachin’. ¿Qué posibilidades, entonces, tiene aquí un negro? Tanta gente que se dedica a decir que hay muchos negros y no se da cuenta del por qué: porque se necesita a los negros para trabajar.

–Yo estuve estudiando fotografía en Barcelona y en aquella época era el único negro que había allí. Te dabas cuenta de que cuando llegaba el momento de hacer un trabajo en grupo, nadie te escogía; tenía que estar siempre con el maestro o con la secretaria aunque hiciera bien el trabajo. Y aquí, en el Ayuntamiento también he solicitado más de cuatro veces para que me dejen una sala de exposición. Hace tres años que estoy esperando y nunca he podido conseguirlo. Yo puedo hacer fotografía, diseño gráfico, fotos en pren-

Quando le dije a mi padre que me iba a casar con un negro me echó a la calle. De hecho, no conoce a mis hijos

sa. Pero sólo encuentro trabajo con mis compañeros; cuando tienen una boda o comuniones me llaman, pero los blancos, para no llamar, dicen que no quieren gastar dinero. Yo sé el porqué, el porqué es el color.

Los medios de comunicación

Les da vergüenza pararse en la calle, que los demás vean que están hablando con un negro

La tolerancia es el marco general en el que deben desarrollarse las relaciones personales y sociales entre los inmigrantes y los miembros de las sociedades de destino. Sin embargo, una tolerancia que no implique el conocimiento del otro acaba en una mera indiferencia que no rompe con el círculo de la explotación y la desigualdad. Sólo una información veraz, rigurosa nos ayudará a luchar contra la xenofobia. Por otro lado, para alcanzar el mestizaje cultural hay que empezar por el conocimiento del otro, y en este sentido falta información. La gente de la sociedad occidental no conoce a las gentes de fuera.

–Sobre África hay un gran desconocimiento y una gran ignorancia. La televisión siempre muestra imágenes de animales, de lugares donde no hay gente o donde hay guerra y hambre, pero difícilmente enseñan un lugar de África bonito o donde la gente viva normalmente. Un chico me preguntaba si todavía vivíamos en los árboles.

–En parte, eso es culpa del periodismo, porque África no es lo que sale en televisión. Hay sitios que están mal, pero los países que están en guerra hoy en día eran países estupendos, ricos, poderosos. Pero con las guerras ha llegado la miseria. En Senegal, mi país, nunca hubo problemas de guerra, el problema es que se están llevando lo que tiene, los franceses, los americanos, los españoles, los holandeses, los alemanes, todos se lo están llevando. Y ese país no va adelante nunca. Los emigrantes tienen que salir porque todo lo que hay en su país se lo están quitando los países grandes. Tenemos que venir aquí porque si no morimos de hambre y, si no lo arreglan, cada día va a haber más gente que venga.

–Todo el mundo habla de la inmigración, de los emigrantes, pero nunca les preguntan su opinión, por qué vienen, lo que han vivido, qué sienten, qué está pasando. ¿Cómo puede un señor salir en la televisión o hablar por la radio e insultar a una raza, no una vez, sino durante años, y que nadie le pare? ¿Dónde están las autoridades y la gente inteligente? Sólo se ven asociaciones que hablan, o una persona que dice soy libre y puede insultar a los negros. Esta mañana oí en la radio a una persona (a quien respeto mucho porque es mayor), pero creo que si hay un racista en Lanzarote, es él. Está en contra de la emigración y siempre saca el tema de los negros

pero nunca los ha defendido. En el problema de Fonseca, nunca ha reconocido que la policía podía ser culpable. Y eso es muy importante porque su forma de ver las cosas influye; y están dando muy mala información sobre la raza negra.

—Y nosotros tenemos hijos que ven la tele y escuchan a esa gente hablar mal de los negros, decir que a los negros hay que meterlos en un contenedor y llevarlos a África. Son cosas que no se deben decir porque no todos los negros son malos; hay negros malos, pero también blancos. Hay que buscar una solución, pero no hacer manifestaciones. Porque las manifestaciones duelen. Aunque yo no esté, cuando mi hijo ve que hay una manifestación, ¿qué pensará? Creo yo que pensará que a su padre le quieren echar fuera, porque si están diciendo que los negros fuera, los negros no sé qué, los moros no sé que... No, eso no es una solución.

—El caso de mis hijos es revelador. Si ven una película o un programa de televisión donde se hable de racismo te preguntan: pero ¿qué pasa, que no somos iguales? Otro día el mayor le estaba diciendo al pequeño: es que tú eres negro; le respondí: y tú eres negro también, ¿y qué?; papá también es negro. No conocen el significado y, sin embargo, están viviendo el racismo.

—Yo estoy aquí desde el año 78. Entonces salía a la calle, conocí a mi mujer, iba a bailar a una discoteca. Pero llevo diez años que no salgo a la calle ni voy a un bar, porque me da vergüenza. Desde que llegué trabajo en el mar, pero si alguien oye lo que se dice por la radio y me ve caminando por la calle, piensa: otro negro que vende droga. Tenían que pensar que hay negros que llevan aquí cincuenta, sesenta y setenta años. Conozco un señor que vino aquí de pequeño, es negro y no ha conocido nada más en su vida, nada más que Lanzarote. Ese hombre lleva setenta años aquí y tiene sus hijos aquí, tiene hasta nietos. ¿Cómo se sentirá ese hombre cuando oye decir que los negros venden droga? El tema de la droga es un problema que también nos afecta a nosotros. ¿A qué negro que esté trabajando aquí honradamente, que tiene su mujer y sus hijos, le gustaría ver a un negro vendiendo droga? Hay que pensar un poquito, porque no todos los negros venden droga.

—En Lanzarote no hay plantas de droga, la droga viene de fuera. Ellos son quienes la traen con barcos y aviones y utilizan a los emigrantes para venderla porque no los legalizan. Si estuvieran legalizados trabajarían como usted o como yo, pero sin papeles no pueden trabajar. ¿Cómo vivirán? Dejan a su familia en África o en América del Sur o en Europa del Este y tienen que trabajar en un

Yo vivo en un bloque de pisos y, tan pronto como fuimos dos negros, todos los blancos salieron del bloque. Ya no vive ninguno allí

‘puticlub’ o robar o vender droga. Yo condeno la droga en todas las partes del mundo, pero el gobierno tiene que legalizar a todos; no se puede legalizar sólo a la mitad, eso es una broma.

Integración

El mestizaje deseable tiene que ser fruto de una relación de igualdad entre las culturas distintas. La incorporación de elementos de una cultura ajena en la cultura propia tiene que ser el resultado del diálogo realista, responsable y solidario, y de la interacción pacífica entre culturas. Sin embargo, los africanos perciben que esta mezcla entre culturas se produce según la voluntad y los intereses de la cultura dominante.

La garantía y la base del respeto de la diversidad cultural es, precisamente, la igualdad de derechos y la igualdad económica que de ella se deriva, pues las grandes desigualdades económicas son el verdadero enemigo del mestizaje. Si no afrontamos con serenidad el problema de la integración cultural, el racismo, que no conoce más razón que la de la fuerza, seguirá, por desgracia, avanzando.

*Los españoles
cobraban más
que nosotros.
Lo sabíamos;
ellos creían que
éramos tontos,
pero nosotros
sabíamos que
como éramos
inmigrantes
teníamos que
aguantar*

–Yo creo que el problema de la emigración es el problema del ser humano, porque desde hace miles de años, desde que el hombre existe, la emigración existe. En Canarias, el problema de la inmigración se está exagerando mucho; creo que la gente tiene que pensar, ser realista, porque son cosas que suceden y van a suceder hasta que el mundo se termine.

–Aquí hay bastante racismo; hasta los vecinos míos. Te ven con un coche y piensan: ese está vendiendo droga; te sientas en un bar y viene la policía: moreno, ¿papeles?; estás caminando por la calle: moreno, ¿papeles? La gente que dice que aquí no hay racismo o no saben o tienen miedo a decir la verdad. La verdad hay que decirla. Todos los africanos que viven aquí viven cosas de racismo. Yo vivo el racismo día y noche. Si salgo de mi casa tengo problemas con la gente y tengo que hacer un esfuerzo para no tener problemas con nadie. Conozco canarios que viven en mi país; jugaba allí con sus hijos al fútbol. Ellos son también emigrantes pero estaban adaptados en Senegal. Pero es muy difícil adaptarse a vivir aquí, sobre todo porque estás sólo; no tienes a nadie a tu lado, una abuela, un padre, que te pueda dar una idea de lo que tienes que hacer o de cómo tienes que vivir, no es como en África, donde tienes a tu madre, a tu padre, que pueden rectificarte si cometes una equivocación. Pero aquí no tengo a nadie; sólo estoy yo y mi mujer y, aparte de eso, estoy solo.

Llevo cinco años intentando traerme a un hermano mío para que

me ayude en el trabajo. He hecho de todo, todos los papeles, certificado de convivencia, otro papel firmado también por mi mujer para demostrar el dinero que tengo en el banco y que él puede estar aquí sin problema. Faltaba otro papel y fui yo a Senegal y mi hermano lo presentó ese mismo día en la embajada. Se lo denegaron; no le dijeron nada. Pero al poco tiempo unos que trabajaban allí le pidieron dos millones y medio para darle un visado. Si tienes los papeles en regla no te lo dan, pero si tienes dinero te lo dan rápido. Tengo un amigo que también arregló los papeles y mandó dinero para que le dieran un visado a su madre. Es una mujer que tiene sesenta y pico o setenta años; no viene a trabajar, no va a quitarle el puesto a nadie, a lo mejor sólo va a estar un mes para ver al hijo, pero no hay manera.

—Yo pienso que hay racismo en los dos lados, tanto entre los negros como entre los blancos. Lo que pasa es que nosotros sentimos el racismo de los blancos porque estamos viviendo aquí, entre ellos. Pero creo que la mayoría es racista, porque es difícil encontrar un negro que no te hable de ese tema; lo viven con los vecinos, con los compañeros de trabajo. Es difícil entender a la gente, gente que te trata más o menos regular y al día siguiente se comportan como racistas y tú llegas a preguntarte qué clase de personas son. Porque si tú me demuestras que eres racista, lo entiendo y te aparto; lo malo es que una persona te demuestra que es buena y de un día para otro cambia, y entonces no sabes dónde situarte, te quedas mudo y sin saber en quien confiar.

—La gente dice que los negros no se integran en la sociedad, pero yo me pregunto si no seremos sobre todo nosotros quienes no integramos a las personas que vienen de fuera. Cuando estaba embarazada, un amigo me sugirió que pusiese a mi hijo en uno de los colegios privados de la Isla, con más niños extranjeros para que así se sintiese más integrado. Pero, que yo sepa, mi hijo no me lo traje yo de Inglaterra para meterle en el colegio británico. Mi hijo nació aquí y es de aquí.

Mis hijos se llevan muy bien con los otros niños, están muy bien adaptados y, en general, no tienen problemas. Algunos niños mayores se meten con ellos, tampoco muchas veces, y vienen a preguntarme: ¿por qué dicen que soy negro, mami? Yo tengo una anécdota de hace años con un niño mulato que fue bastante dura: jugaban niños de varios sitios —de Lanzarote, de Las Palmas, una niña francesa— que tenían que guardar turno para intervenir; pues la niña francesa le dijo a este niño: tú, como eres negro, tienes que ser el

Te ven en un coche y piensan: ese está vendiendo droga; te sientas en un bar y viene la policía: moreno ¿papeles?; estás caminando por la calle: moreno, ¿papeles?

último. A mí me pareció muy triste; fue la primera vez que vi a un niño discriminado por ser negro.

–Dicen que los negros no se integran porque no tienen la misma cultura, pero ¿cómo puedes decir eso si tú no le abres la puerta a esa persona para que conozca tu cultura? Yo vengo aquí e intento vivir con la gente de aquí, porque es absurdo venir para encerrarte en tu cultura. Si me invitan a una boda no voy a ir vestido al estilo africano, pero si estamos entre nosotros también nos podemos volver un poco hacia allá. Cuando estamos con gente de aquí, comemos como se come aquí, hablamos castellano, pero es normal que entre nosotros hablemos wolof.

–En África, si hoy no tienes comida, vas a comer con otra familia. Eso se llama comunidad social; yo lo he visto muchas veces, esa es nuestra cultura: si alguien llega a tu casa le das comida y un sitio para dormir durante uno, dos, tres días sin pedirle nada. Eso no es lo que pasa aquí, en los países que son tan ricos y poderosos. Si tienes una visita ni siquiera puedes ir a un hotel, porque cuando ven que eres negro no te dejan. Sólo a los negros que tienen pasaportes americanos o ingleses, porque tienen dólares y libras. No podemos decir que no hay racismo, el racismo existe. Pero tenemos que buscar soluciones, pensar cómo podemos superarlo. Porque ha pasado en América, en Inglaterra, en todas partes; y en España la inmigración es todavía muy reducida en comparación con otros países.

–Yo soy blanca y he estado dos veces en África: me quedé asombrada de lo mucho que se puede aprender de África. Las personas son honestas, sinceras, abiertas, te dan muchísimo y te enseñan un montón. Al principio iba con la idea de: pobrecitos, lo que se están perdiendo. Pero al mes de estar allí comprendes que tienen cosas que hemos sido nosotros quienes las hemos perdido.

–Las gentes de Lanzarote son los que están más cerca de África; sus bisabuelos iban allí a pescar; muchos vivían de África. Por eso es una vergüenza cómo tratan aquí a los africanos.

–Quiero pedir a la gente de esta Isla que piensen en los africanos que llevan mucho tiempo aquí, que se han casado aquí. Tienen hijos y nietos que oyen lo que se habla de los negros, y ellos son hijos de aquí, de la Isla.

Las gentes de Lanzarote son los que están más cerca de África; sus bisabuelos iban a pescar allí; muchos vivían de África. Por eso es una vergüenza cómo tratan aquí a los africanos



El valor de la vida

Reflexiones sobre el valor, la función, el precio
y las decisiones sobre la biodiversidad

José Antonio Pascual Trillo
(*Amigos de la Tierra*)

*Todo necio
confunde valor y precio*

Antonio Machado
(Proverbios y Cantares LXVIII)

De valores, precios y decisiones

Puede parecer extraño que a estas alturas aún nos estanquemos en el debate entre el valor y el precio, pero así es. Aunque existan toneladas de escritos sobre la diferencia entre uno y otro, todavía hacemos descansar la mayor parte de las decisiones sobre esa mínima, parcial y deficiente forma de cuantificar una parte del valor de las cosas que es el precio. Así nos va.

El valor de la biodiversidad, entendida como variedad de formas de vida, tanto en la escala de la diversidad genética, como en la taxonómica (de especies) y ecológica (de ecosistemas), tal y como la define el Convenio sobre la Diversidad Ecológica (Río de Janeiro, 1992¹), es, desde luego, infinito. No obstante, a esta sociedad, que trata de cuantificarlo todo, le atrae la idea de habilitar métodos con los que valorar la biodiversidad. Ciertamente no carece de lógica, en un mundo que parece adoptar sus decisiones en función de las asignaciones de valor económico de intercambio, el que muchos economistas se devanen los sesos buscando la mejor forma de poner precio a la diversidad de la vida. En realidad, como afirman muchos de ellos, la economía valora cuestiones tan “rechazables” como la propia vida humana (y en ella se aplican sin mayores vergüenzas criterios diferentes dependiendo del origen y extracción social de la vida valorada: no vale lo mismo, desde luego, un sudanés que un suizo); así, las compañías de seguros indemnizan con una cantidad determinada la pérdida de una vida humana, o se

*¿Existe alguna
posibilidad de
reconstruir el
volcán
desmantelado a
partir del dinero
obtenido? El
capital natural
no es
equivalente al
capital
económico que
nos reportó su
venta*

1. El Convenio sobre la Diversidad Biológica, firmado en Río de Janeiro junto al del Cambio Climático, trata de alcanzar tres objetivos fundamentales: la conservación de la biodiversidad, su uso sostenible y el reparto equitativo de los beneficios obtenidos de su uso. Entró en vigor el 29 de diciembre de 1993 para los países que lo habían ratificado, entre ellos España.

*La economía
convencional
ignora
olímpicamente
las leyes físicas*

realizan cálculos de inversión en sistemas de seguridad que evitan riesgos (con estimaciones sobre las vidas que se pueden salvar por término medio hasta los límites que la inversión considera aceptables para sus intereses, lo que incluye una determinada valoración económica de cada vida humana). ¿De qué extrañarse, pues, por tratar de valorar económicamente la biodiversidad?

La cuestión crucial no está en la valoración económica de la biodiversidad o de la vida humana en sí misma, sino en el hecho subsiguiente de sustentar la toma de decisiones acerca de lo que se va a hacer exclusiva o fundamentalmente en dicha valoración. Es decir, lo peor no está en tratar de estimar un valor económico, sino en convertir éste en un “precio”, en una cantidad para el intercambio. Justo ahí, donde el supuesto “mercado” se queda ya tranquilo (y, con él, los adalides de dejar todas las decisiones a esa pretendida “mano invisible”: esos propagandistas del “pensamiento único” y el “fin de la historia”, más preocupados, en general, por engrosar sus bolsillos que por proseguir con la, desde luego, bastante inconclusa tarea de construir un mundo mejor y más habitable para todos), es donde surgen los mayores problemas y amenazas de la valoración de la biodiversidad. Esa “mano invisible” de Adam Smith, que supuestamente nos llevaría al bien común desde el interés individual privado, se ha visto contrapuesta con la existencia de las llamadas “deseconomías externas” o, en un tono más jocoso y significativo, del “pie invisible”, como ha denominado el economista Herman Daly a la forma en la que habitualmente el interés propio y privado lleva a destruir a patadas el bien común².

Aunque hayamos comenzado por hablar de la valoración de la vida humana, probablemente muy pocos (salvo algunos añorantes de la esclavitud) estarían de acuerdo en que esa estimación de precios deba servirnos para adoptar decisiones de “compra” o de qué hacer con una determinada persona “valorada” con un cierto precio. Es decir: podremos quizás aceptar que se asigne una determinada cantidad monetaria a una vida humana, a los meros efectos de indemnizar la pérdida de una vida a los familiares, con todas las discusiones sobre la forma de establecer dicho valor, pero no podemos aceptar la asignación de un precio a la vida humana sobre el que hacer descansar nuestras posteriores decisiones.

2. Herman Daly en la *Introducción* del libro: *Economía, ecología, ética*, compilado por él y editado en español por primera vez en 1989 por FCE (la versión original es de 1980).

La asimetría y parcialidad del intercambio

Pero no sólo hay límites en la valoración económica y sus consecuencias, hay también “asimetrías”, como bien ha puesto de manifiesto la “economía ecológica”, esa nueva, heterodoxa y refrescan-

te nueva forma de abordar la “gestión de la casa (eco-nomía), desde el conocimiento de la misma (eco-logía)”: *Oikos*, la raíz griega de ambas disciplinas, refiere a la “casa”, es decir, en el fondo, donde habitamos: nuestro entorno, nuestro medio ambiente. Una de esas asimetrías más notorias descansa en la complementariedad -y no equivalencia- entre el llamado capital natural y el capital humano o económico. Y, sin embargo, la economía convencional parte, sin demasiados quebraderos de cabeza, de ese supuesto de equivalencia o intercambio. Veámoslo con algún mayor detalle: si se valora, pongamos por caso, (y ahora no entramos a cuestionar el método concreto utilizado para la valoración) un determinado cono volcánico lanzaroteño, obtendremos una determinada cantidad monetaria, que se asume como su “precio” o valor de intercambio, en base al interés que el recurso ofrece para un uso determinado, por ejemplo: para la obtención de picón. Por tanto, algún “comprador” interesado podría “convertirse” el volcán en una cantidad concreta de “billetes” que pagaría al inicial propietario del cono. Asistimos, pues, a la “conversión” de una forma geológica volcánica en dinero, es decir: de un capital natural en un capital humano o económico. Pero, ¿existe alguna posibilidad de reconstruir el volcán desmantelado, con su paisaje, su morfología, la disposición de sus materiales o la colonización vegetal de sus laderas (recuperar el capital natural, en suma) a partir del dinero obtenido con la transacción económica anterior (o, incluso, con mucho más dinero)?

No hay posibilidad, ciertamente. El capital natural no es equivalente al capital económico que nos reportó su venta. Podemos transformar capital natural (bosques, volcanes, playas, seres vivos...) en capital económico o humano (material de construcción, dinero, herramientas...), pero sólo en casos anecdóticos encontraremos viable el camino inverso: la complementariedad es la característica que une a estos dos conceptos, no la equivalencia o la capacidad de sustituirse mutua y bidireccionalmente. Como ya descubriera Georgescu-Roegen, la economía convencional ignora olímpicamente las leyes físicas y se inventa un termodinámicamente imposible “moble perpetuo” de bienes, circulando sin gasto y generando un flujo no menos eterno de recursos monetarios que recorren el camino inverso. Un paradigma imposible que, sin embargo, no arredra a los economistas ortodoxos.

Un primer problema reside en que cuando se establece una valoración económica, ésta descansa, por lo general, sólo en un aspecto de la posible utilidad o uso del objeto valorado. La valoración suele

Preservar los hábitats de Los Jameos o la Laguna de El Golfo, por ejemplo, representa un valor de legado para las generaciones futuras

ser unidimensional y, por ello, sumamente parcial: el cono volcánico se valora en función del precio que un comprador está dispuesto a ofrecer por el uso que puede darle al picón y los áridos en la construcción. ¿Y qué pasa con la forma geológica desmantelada?, ¿qué hay del valor nunca recuperable de un paisaje perdido?, ¿qué, del desbroce de la vegetación de la ladera?, ¿cómo se ha valorado el posible efecto captador de humedad del cono?...

De hecho, los economistas ambientales, que creen en la capacidad de la economía para ofrecer nuevos sistemas de valoración monetaria incorporando planteamientos novedosos (aunque manteniendo una buena parte del “núcleo central” del paradigma neoclásico aún dominante), buscan alcanzar este objetivo, entre otros medios, mediante la valoración de aquellas funciones naturales no consideradas tradicionalmente por la economía. Así, por ejemplo, los economistas D.W. Pearce y D. Morán estimaron el valor económico de la función natural de protección contra los riesgos de inundación de los manglares de Malasia calculando el precio que tendría la construcción de un muro de roca capaz de reemplazar esa función (sólo ésta): el valor de esa única función protectora de los manglares era de unos 300.000 \$ por km. Esta valoración tiene el interés de poner de manifiesto que existe una función importantísima de los manglares que no se tiene habitualmente en cuenta cuando se toma la decisión de talarlos o eliminarlos (normalmente se valora la obtención de madera, el valor a obtener por la instalación de estanques de acuicultura o la instalación de construcciones humanas, por ejemplo). Sin embargo, hay que destacar que la valoración de Pearce y Morán no deja de ser también parcial (sólo valora la función de protección contra inundaciones, pero habría que hacerlo también con la función de los manglares como hábitats de freza, cría y desarrollo de larvas y alevines de numerosas especies costeras, o el valor paisajístico, o el de las aves que utilizan el manglar como lugar de cría y descanso, etc.); por otra parte, la valoración a través de este sistema (el precio de construcción de una obra humana que sustituye una -sólo una- de las funciones naturales del manglar) ofrecerá distintas cantidades según los precios de los materiales o de la mano de obra locales (los manglares de Colombia tendrán, bajo este planteamiento, un valor diferente, en cuanto a su función protectora, a los de Malasia, Australia o Guinea Ecuatorial, y no por su mayor o menor capacidad de protección, sino debido a las diferencias de salarios, precios locales, etc.). Nada, desde luego, que no ocurra en otros ámbitos de bienes económicamente valiosos, pero, una vez más, es preciso reflexionar acerca de si las deci-

Desmantelar un malpaís o esquilmar un banco pesquero serían consideradas como ganancias por la venta del material extraído, pero no hay casilla en la que consignar las pérdidas

siones sobre qué hacer se han de tomar en base fundamentalmente a estos instrumentos con tales sesgos y condicionantes.

En otros casos, los economistas ambientales parten de la idea de establecer precios a través de la estimación de la “disponibilidad” a pagar por mantener algo o a cobrar por perder algo, dentro de las llamadas valoraciones “contingentes”. De nuevo, numerosas críticas aparecen frente a este otro tipo de valoración monetaria: por ejemplo, a cualquiera se le ocurre que la disponibilidad a pagar o la aceptabilidad de pagar tiene bastante que ver con el nivel económico de aquellos que son consultados. Se puede llegar a comprobar que el valor más alto no descansa en la más importante función natural desarrollada por un sistema natural (si de eso hablamos), sino en la más desahogada capacidad económica de una población. Como en las otras fórmulas de valoración, el exceso de antropocentrismo y localismo afecta la valoración en demasía: el valor de los paisajes naturales de Lanzarote, bajo estos métodos, podría ser elevado sustituyendo la población actual por una económicamente enriquecida y recelosa de ser despojada de su entorno. Desde luego, no hay nada que objetar al hecho irrefutable de admitir la existencia del peso tanto de las actitudes (el aprecio por el paisaje, por ejemplo) como de la capacidad adquisitiva de las gentes en la valoración. Pero ¿hasta cuánto? ¿No debe haber unos límites a ese peso?, ¿no existen factores inherentes o propios? Y en la Antártida, donde no hay habitantes, ¿quién pugna por pagar o recibir? ¿Es aceptable destruir hábitats y ecosistemas porque los habitantes de los mismos tienen menor capacidad adquisitiva y pueden ofrecer una menor valoración contingente por evitar el expolio o se conforman con menos por perder su entorno?, ¿hasta qué punto?

Del valor a los valores

Una de las aportaciones más interesantes de la economía preocupada por el medio ambiente descansa en el intento de formular un concepto de valoración más amplio que el habitualmente utilizado en las transacciones económicas o en las contabilidades nacionales. La noción del “Valor Económico Total” trata de reunir un amplio panorama de aspectos del valor que, a la escala de la reflexión, nos ofrece una perspectiva muy diferente y enriquecida del valor de lo natural.

El “Valor Económico Total” estaría compuesto por dos partes: el “Valor de Uso” y el “Valor de No-Uso” (denominado también “Valor de Uso Pasivo”). Dentro del “Valor de Uso” incluiríamos el “Valor de Uso Directo”, el “Valor de Uso Indirecto” y el “Valor de

Las pérdidas se ignoran y la tendencia al empobrecimiento real se convierte milagrosamente en crecimiento del PIB y la economía

*¿Cómo
podemos estar
seguros de que
Lanzarote es
más rico hoy
que ayer?*

Opción”; mientras que dentro del “Valor de No-Uso” encontraríamos el “Valor de Legado” y el “Valor de Existencia”. Ligeras diferencias pueden encontrarse en esta “taxonomía” de valores, según los autores y también en función de su concreción y aplicación.

El primero de los mencionados (“Valor de Uso Directo”), recoge los valores que se obtienen tangiblemente del uso directo del recurso; en el caso de la biodiversidad, por ejemplo, reflejaría el valor de usar la madera de los bosques, los vegetales o la carne de los animales, las pieles, etc. Por su parte, el “Valor de Uso Indirecto” refleja el valor que tienen los recursos (la biodiversidad, en nuestro caso) como proveedores indirectos de bienes y servicios. En este sentido, el mayor interés descansa en la función (valor de uso indirecto) de la biodiversidad como proveedora de los llamados por Paul Ehrlich y otros “servicios ecológicos”. Volveremos sobre esto algo más tarde, dada su importancia en el caso de la biodiversidad.

Finalmente, entre los valores de uso, encontramos los “Valores de Opción”, es decir, el valor que representa un recurso al reservar su uso directo como opción para el futuro: la opción de utilizar el recurso en el futuro representa ese valor de uso. El “Valor de Opción” linda estrechamente con una categoría generalmente incluida entre los “valores indirectos” como es el “Valor de Legado” que incluye el valor de mantener intacto un recurso para nuestros descendientes. En realidad, parte de la diferencia descansa en la condición de uso futuro, en un caso, o de preservación para los descendientes, en el otro; una cierta sutileza conceptual. Así, el hecho de que se optara por explotar sosteniblemente un recurso de pesca (como el Cherno o la Vieja, en Canarias), manteniendo la opción de uso futuro, representa un valor de opción que añadir al uso directo del recurso (pesca actual) y al uso indirecto (el banco, a su vez, ejerce una función de equilibrio sobre otras poblaciones marinas que, en sí misma, supone un servicio ecológico). Por otra parte, el preservar los hábitats de Los Jameos, con su fauna endémica invertebrada, o la Laguna de El Golfo, por ejemplo, representa, además, un valor de legado para las generaciones futuras.

El “Valor de Existencia”, finalmente, reúne la idea del valor más intangible, por descansar en la idea de un valor no relacionado con ningún uso ni presente ni futuro, ni actual ni potencial. Tiene importantes componentes éticos, en los que cabe desde la noción de los “derechos de los otros seres vivos” a la mera simpatía por su existencia, incluyendo los valores religiosos, mitológicos o culturales de las diferentes poblaciones humanas. Por tanto, cabe en él

tanto la simpatía por determinados animales (que lleva a movilizarse contra la pesca de ballenas o de focas a miles de ciudadanos, que no lo hacen por ningún interés de uso directo o indirecto, y no necesariamente por una idea de legado, sino por los propios animales a salvar) como el valor sagrado que adquiere un enclave para una determinada etnia o cultura.

Como puede verse, son muchos y muy diversos los aspectos o tipos que adopta el “Valor Económico Total”, al que algunos, además, añaden un “Valor Instrumental No Antropocéntrico” (el “Valor Económico Total” representaría el “Valor Antropocéntrico”) en cuya compañía conformaría el “Valor Ambiental Total”. Sin embargo, lo más destacado de toda esta reflexión podría ser el hecho de que tan sólo una fracción del “Valor de Uso Directo” es considerada habitualmente por parte de los mecanismos de valoración económica tradicional para adoptar decisiones económicas o verse reflejada en los instrumentos de valoración convencionales como la Contabilidad Nacional. Y sólo una parte, porque incluso toda aquella fracción de la biodiversidad (en nuestro caso) que es consumida o usada de forma directa (por ejemplo, como alimento o como fármaco) pero sin que medie una transacción comercial, es ignorada por esos instrumentos de valoración económica: lo que los aborígenes australianos consumen directamente como caza, pesca, madera para combustible o herramientas, hierbas para sanar, o pieles, tablas y hojas para construir refugios, es decir, lo fundamental y “más valioso” para sus vidas, no encuentra el menor reflejo en la Contabilidad Nacional de su país, que lo ignora. Más aún: la deforestación masiva de un lugar, el desmantelamiento hipotético de un malpaís o la esquilmación de un banco pesquero local serían consideradas, desde la perspectiva habitual de los sistemas de valoración económica de la contabilidad, como ganancias derivadas de los beneficios reportados por la venta del material extraído, los salarios remunerados o los movimientos generados, pero no hay casilla en la que consignar las pérdidas (en muchos casos irreversibles) derivadas de la acción: no es extraño que sobre la base de tales instrumentos de valoración “real” para la adopción de decisiones, la pérdida de biodiversidad sea una constante que ha alcanzado ya una dimensión planetaria.

La revisión de los supuestos crecimientos económicos tenidos por diversos países y lugares (tanto del Norte como del Sur) se tambalea al incorporar tan sólo algunas estimaciones mínimas del valor parcial de lo perdido (recursos forestales, pesca, suelos fértiles...),

No debe sorprender que la crisis de la biodiversidad constituya una de las mayores preocupaciones ambientales de este fin de siglo

lo que indica que estamos creando “riqueza” sobre la base de la más burda y falsa de las formas de medirla: las pérdidas se ignoran y la tendencia al empobrecimiento real se convierte milagrosamente en crecimiento del PIB y de la economía.

Por ejemplo: para establecer el axioma de que la economía de Lanzarote prospera y crece: ¿se han considerado las pérdidas de sus paisajes, sus recursos naturales, sus litorales o su biodiversidad? ¿Se ha valorado la destrucción de enclaves, los efectos ambientales de la masificación turística en diversos puntos de la Isla, la alteración de numerosos hábitats y paisajes? ¿Se incluyeron en las contabilidades de pérdidas la extinción del ostrero unicolor canario o de las focas frailes que antaño alcanzaban las costas lanzaroteñas, la reducción de los bancos pesqueros locales o la degradación de diversos ambientes submarinos litorales? Si no es así: ¿cómo sabemos qué es lo que pasa en realidad? ¿Cómo podemos estar seguros de que Lanzarote es más rico hoy que ayer? ¿En qué basar las decisiones a tomar para proseguir y sobre qué hacer en adelante?

Según algunos cálculos, habríamos iniciado un proceso de extinción en masa abrumador

Las consecuencias

No debe resultarnos sorprendente, a tenor de la información que manejamos y de los instrumentos sobre los que basamos nuestras decisiones, que la crisis de la biodiversidad constituya una de las mayores preocupaciones ambientales en este fin de siglo. Aunque no conocemos con una mínima aproximación la magnitud de la biodiversidad mundial, ni siquiera en la burda forma de la riqueza total de especies que comparten con nosotros el planeta (¿cuatro millones?, ¿cien millones?: ambas cifras han sido propuestas a través de diferentes métodos de cálculo indirecto, ya que sólo hemos catalogado alrededor de un millón ochocientas mil de tales especies), según algunos cálculos, habríamos iniciado un proceso de extinción en masa abrumador, que multiplicaría por un factor estimado entre mil y diez mil veces la tasa de extinción “normal” llamada “de fondo”³, es decir, aquella que se da en condiciones normales y que es contrarrestada por la inversa tasa de “especiación”, es decir, la velocidad media por la que surgen nuevas especies a lo largo del curso evolutivo de la vida en la Tierra, un proceso explicado en su forma básica y fundamental por Charles Darwin en su *Origen de las Especies*.

Ha habido al menos cinco momentos a lo largo de la historia de la vida en la Tierra durante los cuales se han producido catástrofes en masa: una gran parte de las formas vivas anteriores a tales períodos desaparecieron en el curso de la crisis. Esos momentos han sido

3. Cifras recogidas en el trabajo colectivo *Global Biodiversity Assessment* editado por el Programa de Naciones Unidas para el Medio Ambiente (UNEP, 1995)

calificados por los paleontólogos como periodos de “extinciones en masa”. El más crucial y arrasador de todos ellos fue el tránsito del Pérmico al Triásico (los periodos de extinción en masa sirven como definitorios de límites estratigráficos y periodos geológicos, habida cuenta de la brusca diferenciación de faunas y floras fósiles a un lado y otro de la catástrofe). En dicho tránsito desapareció alrededor del 80% de todas las especies de invertebrados marinos existentes. Sin duda, un cambio trascendental y global debió embargar el medio ambiente de entonces; un cambio que tuvo, sin duda, efectos marcados sobre la composición y características globales de las grandes capas fluidas de la Tierra: la atmósfera, y los océanos y mares, con consecuencias en el clima. Un cambio global, por tanto. Lo mismo o parecido parece haber ocurrido al final del Ordovícico, del Devónico, del Triásico o del Cretácico. En este último caso, que supuso el final de los grandes reptiles terciarios (los famosos dinosaurios), tenemos un candidato individual para el origen de tamaña catástrofe: la colisión de un gran meteorito en la plataforma continental del actual Yucatán, lo que produjo un cambio climático global y la dispersión por todo el planeta de una capa de iridio (procedente de la desintegración del meteorito en su impacto terrestre), depositada junto a los finos sedimentos y polvo levantados por el choque, que redujo la visibilidad y, con ella, la capacidad productiva de los ecosistemas. Pues bien, los datos en frío de lo que está aconteciendo, de acuerdo con las informaciones que nos suministra la investigación científica, ofrecen un panorama demasiado parecido a lo que caracteriza el desastre en masa de los cinco períodos aludidos, sólo que aún más rápido.

El cambio climático global, asentado en causas humanas, y sobre la base de los datos suministrados por el Panel Intergubernamental para el Cambio Climático, el órgano científico de la ONU para analizar la evolución del clima, sería de tal velocidad que resultaría imposible de seguir para una readaptación biogeográfica de las faunas y floras mundiales, por otra parte fuertemente alteradas e impactadas por las actividades humanas. Si ya Vitousek nos alertó sobre el hecho de que al menos el 40% de la energía que entraba por vía de la fotosíntesis en los ecosistemas naturales es hoy desviada, anulada o controlada por los sistemas humanos, o si sabemos por los datos de la teledetección por satélites que la mitad de las tierras del planeta se ven alteradas de forma ostensible por las actividades humanas, no podemos pensar que esos ecosistemas fragmentados, degradados y alterados estén en las mejores condiciones para adaptarse al cambio climático más brusco que han conocido nunca

El cambio climático global sería de tal velocidad que resultaría imposible de seguir por una readaptación biogeográfica de las faunas y floras mundiales

(hay que recordar que las previsiones medias manejadas por el Panel representan un cambio climático de magnitud similar a la diferencia entre el período más frío de los periodos glaciales -en los que la mayor parte de Europa se vio cubierta de hielos- y la actualidad, y en el mismo sentido de calentamiento, sólo que ahora se produciría en el marco del próximo siglo, mientras que el calentamiento desde la última etapa glacial duró unos 10.000 años).

Los ecosistemas más amenazados son, como es natural, los más frágiles y aislados. De hecho, buena parte de los ámbitos insulares del mundo se verían muy afectados tanto por el cambio climático en sí, como por las previsibles variaciones de los niveles del mar. La fragilidad radica en la condición de insularidad que impide la dispersión de los organismos a través de corredores biológicos (por otra parte, prácticamente desmantelados en los continentes) y, con ello, la remodelación y reasentamiento de faunas y floras, si el ritmo de cambio lo permitiese. Las islas son ecosistemas fragmentados de forma natural y es por ello que los procesos de extinción son también más dramáticos y más frecuentes. No sólo se ven las faunas y floras insulares amenazadas en la actualidad por los efectos del cambio climático: de las extinciones de animales registradas entre 1600 y 1800 debidas a causas humanas, el 75% pertenecían a faunas insulares. Por otra parte, hoy en día, mientras que el 11% de las especies de aves del mundo se consideran amenazadas, el porcentaje asciende al 23% si lo referimos a las especies de aves insulares⁴. De hecho, los sistemas habituales de cálculo previsible de las tasas de extinción de especies en ecosistemas alterados estriban fundamentalmente en aplicar los fundamentos de la Teoría de la Biogeografía Insular de Wilson y MacArthur a la reducción de la superficie inalterada. En el caso de las islas, las curvas de extinción de especies en relación con la reducción superficial del ecosistema natural son más aplanadas que en los continentes, lo que quiere decir que los procesos de extinción se dan antes y con mayor celeridad, lo que representa una consecuencia lógica y esperable. Si a ello añadimos el hecho de que, aunque las faunas y floras insulares son, en relación con las continentales, menos ricas y diversificadas, pero mucho más singulares y únicas (lo que se puede comprobar en las altas tasas insulares de endemidad, esto es, la frecuencia de especies que sólo existen en el ámbito insular considerado y en ninguna parte más del planeta), obtendremos una perspectiva general del drama insular. Eso quiere decir que una extinción insular suele aunar la desaparición local con la desaparición planetaria. Una desaparición que, como toda extinción biológica, es irreversible

Buena parte de los ámbitos insulares del mundo se verían muy afectados tanto por el cambio climático en sí, como por las previsibles variaciones de los niveles del mar

4. Datos recogidos por el Centro Mundial para el Seguimiento de la Conservación (WCMC, 1992)

(¿qué valor concedemos a eso?): un empobrecimiento insular y mundial: una isla más pobre y un mundo más pobre.

¿Hasta dónde podemos seguir reduciendo la biodiversidad?

¿Cuánto podemos resistir en el proceso de reducción de la biodiversidad? ¿Cuántas especies más pueden desaparecer local o globalmente sin que consideremos que la situación es definitivamente crítica y advirtamos una desestabilización ambiental insoportable? ¿Cuántos ecosistemas pueden desaparecer sin que el *crack* definitivo se manifieste con toda su magnitud? ¿Hay algún sistema de valoración para todo esto?

Desde luego, la biodiversidad es la base y la clave de la sostenibilidad del planeta, tanto a una escala local o regional como a una escala global. De ella dependen lo que anteriormente llamamos los “servicios ecológicos”, una serie de procesos que van desde la función fotosintética (la única vía importante de ingreso e incorporación de la energía a la fracción viva de los ecosistemas) hasta la estabilización climática o la composición atmosférica (ese 21% del aire que es oxígeno no es más que un producto directo de la vida). En medio, la formación de suelos, la estabilización de laderas, el funcionamiento del ciclo del agua, la provisión de nutrientes orgánicos... Son esos servicios ecológicos que forman parte del “Valor de Uso Indirecto” y para los que no tenemos mecanismos de estimación (entre otras cosas porque su valor global es, en cualquier caso, inestimable, dado que de ellos dependemos de forma absoluta, tanto individual como colectivamente) los ejes centrales de la “sostenibilidad ecológica” que nos ofrece la trama de la vida y sobre los que deberíamos asentar nuestros modelos de desarrollo humano, eso que queremos calificar de desarrollo sostenible y que se parece tan poco a lo que estamos haciendo ahora. Por ello, resulta necesaria la configuración de una economía del desarrollo sostenible, o economía ecológica, además de incorporar valores éticos que aborden el tema de la distribución equitativa de los beneficios obtenidos por el uso de los recursos, y de habilitar sistemas capaces de asegurar una optimización en la asignación de usos para los recursos existentes que no sólo tenga en cuenta la “mano invisible” del mercado, sino que evite ese “pie invisible” del que hablaba Daly, que patea los bienes colectivos. Una economía de la sostenibilidad que evite la actual asignación, ineficiente en lo económico e injusta en lo ético. Además de todo ello, el desarrollo sostenible tiene que atender a la capacidad de carga o de sustentación de los ecosistemas: a la cuestión del tamaño y la escala que ocupa nuestro

La biodiversidad es la base y la clave de la sostenibilidad del planeta, tanto a una escala local como a una escala global

El valor es algo mucho más complejo y multidimensional que la asignación de un precio

sistema socioeconómico en el seno del sistema ecológico Tierra: un sistema no creciente, limitado y cerrado, del que dependemos absolutamente. Alcanzar la sostenibilidad ecológica tiene que ver también con la habilitación de nuevas herramientas conceptuales y operativas para el análisis y la toma de decisiones. Iniciativas como la del proyecto “Europa Sostenible”, de “Amigos de la Tierra”⁵, a partir de la noción de “espacio ambiental”, desarrollada con el aporte de la metodología generada en el Instituto Wuppertal de Alemania, hoy desarrollada también en el nuevo programa “Uso Sostenible de los Recursos en Europa” (“SURE”) van en esa línea de tratar de favorecer un planteamiento verdaderamente sostenible en el uso (asignación), distribución y escala de los recursos por sociedades industriales e impactantes sobre su medio y sobre el de las otras poblaciones humanas del planeta, como son las europeas.

En este nuevo y necesario enfoque de la “sostenibilidad” de nuestras actuaciones y modelos de desarrollo, la cuestión de una nueva forma de valorar la biodiversidad adquiere una importancia crucial. Pero no requiere que tratemos por todos los medios de seguir otorgando valoraciones monetarias a la biodiversidad, en la línea de la necesidad de que nos hablaba Machado en la cita del comienzo de este artículo, sino de advertir que el valor es algo mucho más complejo y multidimensional que la asignación de un precio.

Para acabar, sólo dos referencias más. La primera, procedente del ecólogo norteamericano Paul Ehrlich, ya mencionado, que al ser preguntado acerca del momento en el que es irreversible y crítica la reducción de la biodiversidad (frecuentemente en nuestra mente reduccionista queremos saber en qué momento nos resulta definitivamente intolerable una actuación para poder asomarnos lo más posible al peligro o para obtener la mayor cantidad de beneficio monetario de nuestro riesgo) acudió a un visible ejemplo: el de un pasajero diario de un avión (pongamos por caso de Lanzarote a Gran Canaria) que cada día observa que al aparato le falta un remache. Si los primeros días no le concede mayor importancia, ¿en qué momento dejará de subir al avión por precaución?

Pero si la propuesta de Ehrlich nos puede enfrentar con la imposibilidad de determinar los límites del riesgo ambiental con precisión, más sabia aún es la respuesta de quien al ser preguntado acerca de una cuestión similar respondió que la pregunta verdaderamente importante que deberíamos hacer es acerca de las características del mundo en el que nos gustaría vivir.

5. El proyecto “Europa Sostenible” supone la extensión del inicial proyecto de “Holanda Sostenible” (Amigos de la Tierra, 1994) al marco continental europeo. El libro *Sharing the World*, editado por Earthscan (1998) y aún no traducido al español, ofrece la información general sobre la aportación del proyecto europeo de Amigos de la Tierra.



Yendo pa' la mar, a por lapas y burgaos

Fernando Sabaté Bel

Cuando la presión especulativa sobre el litoral se recrudece en Playa Blanca, y quienes defienden la construcción del puerto deportivo de Berrugo piensan que en esa costa no existe nada de interés, nos ha parecido importante reflejar cómo se utilizaba la franja litoral en tiempos pasados. Recuperar la historia para pertrecharnos con los conocimientos imprescindibles que nos permitan alumbrar soluciones de futuro. Pero la historia de todos. Este artículo se dedica a indagar en la forma en la que aprovechaban el litoral las 'gentes sin historia', los más pobres. Con este objetivo, nos hemos permitido el atrevimiento de entrar a saco en el magnífico libro de Fernando Sabaté Bel, *Burgados, tomates, turistas y espacios protegidos* (Caja General de Ahorros de Canarias, Santa Cruz de Tenerife, 1993), y resumir su primera parte: "Burgados". quede claro que el libro tiene un subtítulo: "Usos tradicionales y transformaciones de un espacio litoral del Sur de Tenerife: Guaza y Rasca (Arona)"; así que la reconversión de la investigación de un espacio concreto, en un artículo que se refiere genéricamente a Canarias, es absoluta responsabilidad de *Cuadernos del Sureste*. Por lo tanto, somos nosotros los culpables de cualquier inexactitud que esta transformación provoque, no el autor. Por último, agradecemos a Fernando Sabaté Bel la gentileza de permitir este asalto a su libro. El resultado de la fechoría se transcribe a continuación.

La utilización tradicional de la costa

El litoral canario se encuentra salpicado de intervenciones humanas a pequeña escala, perfectamente integradas en la trama del paisaje.

*La costa
desempeñó un
destacado papel
en la
reproducción de
la fuerza de
trabajo
campesina*

Para los vecinos de muchas áreas pobres, la pesca litoral o pesca chica constituía una verdadera necesidad

Estos vestigios aparecen, o se concentran con mayor profusión, vinculados a los bajíos y charcos litorales de mayor tamaño, esto es, en todos aquellos enclaves donde el acceso al mar se hace posible sin excesiva dificultad. Es curioso que se encuentren localizados, en muchos casos, en espacios históricamente despoblados, sin núcleos habitados permanentes. Forman parte del litoral de las comarcas más pobres de las Islas, que desempeñaron hasta muy tardíamente un papel subsidiario en el proceso histórico de incorporación de los espacios de Canarias al sistema capitalista mundial. En cierto modo, podríamos decir que esa costa, que conocerá intensísimos procesos de revalorización más tarde, constituía un espacio marginal o periférico, dentro incluso de las zonas más pobres, respecto del conjunto económico insular y, aún, regional.

La franja litoral no conoció transformaciones espaciales de gran repercusión hasta principios de siglo. Sin embargo, desempeñó un destacado papel en la reproducción de la fuerza de trabajo campesina, especialmente de sus estratos más empobrecidos, como espacio complementario al de las medianías. De manera excepcional, además, con ocasión de las crisis de subsistencia que afectaron periódicamente a conjuntos más vastos de la población, se recurrió a los recursos del litoral para garantizar la supervivencia.

El marisqueo estival

Históricamente, el borde litoral de las Islas ha funcionado como un espacio complementario al agrícola y pastoril (y a los demás espacios económicos), para nutrir la dieta de un sector importante de la población, fundamentalmente de las clases populares. La recolección de diversas especies de moluscos o la pesca en charcos, mediante el empleo de técnicas tan simples como eficaces, y otras actividades de aprovechamiento de los recursos de este espacio fueron desarrolladas ya por la población aborígen del Archipiélago.

Para los vecinos de muchas áreas pobres, la pesca litoral o pesca chica constituía una verdadera necesidad por la ingratitud y escasez de los terrenos para el cultivo. Pues, además del aprovechamiento del litoral, al que se recurría en coyunturas calamitosas o en áreas poco favorables a la humanización, existió en muchas partes del Archipiélago una estrategia protagonizada por los estratos económicamente más débiles: el desplazamiento temporal a la costa cada año durante el período estival. No se trataba de una opción de veraneo vacacional; más bien al contrario: pastores y agricultores pobres, cuya residencia principal se situaba en las medianías, baja-

ban a las costas porque así habían aprendido, históricamente, a mejor garantizar la subsistencia.

Estos movimientos verticales de la población presentaban diferentes características según los espacios insulares y comarcales, y su estudio ha pasado desapercibido, salvando algunas excepciones. El caso más espectacular y mejor conocido es el de la *Mudada*, en El Hierro, que congregaba por dos veces al desplazamiento masivo de la población desde las partes altas a El Golfo y otros enclaves costeros. También parece claro que determinadas prácticas festivas de antaño señalaban el inicio del descenso periódico al mar.

El verano constituía, en las economías agrarias tradicionales, un período en el que las actividades productivas, si no cesaban, sí se ralentizaban extraordinariamente. El cereal, cultivado de secano, había sido prácticamente cosechado entre mayo y junio. Las cabras, ya preñadas, no producen leche, no hay que atender a la 'esclavitud' diaria del ordeño y la fabricación de queso. Queda, bien es cierto, la cosecha de la *frutita* de los árboles cultivados: higueras, durazneros, almendreros, morales... Pero esto no ocuparía todo el tiempo de trabajo, ni a todos los miembros de la familia.

Con la expansión de los cultivos de exportación y el desarrollo de un mercado en el que muchos campesinos vendían su fuerza de trabajo a cambio de un salario, esta actividad temporal no va a desaparecer del todo. Y ello se explica por la precaria situación de los peones agrícolas y, por lo tanto, el miedo al paro, y por los jornales, que los mantenían en un estricto nivel de subsistencia. Factores a los se podía añadir la conjunción de los malos resultados de la cosecha con los anticipos recibidos, que dejaban a los trabajadores sujetos a deudas y alejaban cualquier posibilidad de ahorro. No obstante, no eran sólo los desempleados temporales los que habrían de recurrir a la explotación del litoral. Muchos ancianos y, sobre todo, ancianas, tal vez viudas de medianeros, personas incapacitadas ya para ser contratadas a jornal en las fincas de cultivos especiales, o para seguir a las cabras, continuaron yendo a la costa hasta el final de sus gastadas energías.

A partir de esta realidad, determinados colectivos de campesinos se fueron, progresivamente, especializando en la actividad pesquera. Estos llegarían a disponer de pequeñas embarcaciones, produciéndose un salto cualitativo en la potencialidad productiva de su actividad, y dando lugar a asentamientos habitados de forma estable. Pero lo que va a interesar a nuestra investigación es lo que ocurría con los desplazados temporalmente desde las medianías, que no

Pastores y agricultores pobres bajaban a las costas porque así habían aprendido a mejor garantizar la subsistencia

disponían, por regla general, de embarcación. Debido a ello, su estrategia se centraba en la optimización del aprovechamiento de la fauna de la zona mesolitoral, la comprendida entre los límites de las mareas, así como de los peces de la parte superior de la zona infra-litoral, a poca profundidad y escasos metros del borde costero.

Los trabajos en la mar

En la costa, el alojamiento temporal se realizaba en las cuevas naturales o ampliadas, allí donde el sustrato pumítico lo hacía posible. Donde no era así, se construían chozas de piedra aprovechando los callaos del litoral, labrados por la acción del mar y las tormentas. Cada grupo de parentesco que bajaba disponía de sus chozas en la demarcación pública marítimo-terrestre. La estructura de piedra de las paredes se mantenía durante años y, más o menos *esconchadas*, han llegado a nuestros días. En cambio, el techo se había de reponer cada verano. Podemos suponer que, en la época de mayor auge del cultivo de cereal de secano, se utilizaba la paja para este fin.

*Determinados
colectivos de
campesinos se
fueron
especializando
en la actividad
pesquera*

Al igual que tierra adentro, en la costa se producía una clara distribución sexual de las tareas productivas. Las mujeres se ocupaban más de todo lo que podía situarse en el ámbito de la recolección: traer el agua, buscar leña para cocinar, coger burgados, chirrimirres, lapas, erizos, cangrejos, peces de los charcos... Si a ello sumamos la preparación de la comida, la atención a los hijos pequeños, la custodia y mantenimiento del escaso patrimonio familiar, etc., obtendremos un consumo de energía en trabajo superior al de los varones. Estos se ocupaban más de la pesca, en sus diferentes variantes (caña, pandorga, etc.), así como de la construcción de chozas, acarreo de piedras...

Lo que sí parece advertirse, en general, era una mayor permanencia femenina en la costa. En muchos casos, abuela, hija y nietas; mientras, el marido de la segunda subía y bajaba periódicamente con una bestia o camello (si disponía de él, o si no alquilado), abasteciendo al grupo de fruta pasada, gofio, y también agua en el caso de encontrarse muy lejos su fuente de aprovisionamiento. El mayor número de mujeres hay que ponerlo en relación con lo señalado más arriba: a la costa acudían, sobre todo, los grupos sociales más pobres, lo que incluía viudas (más que viudos, debido a la mayor esperanza de vida de aquéllas) y mujeres *solas* con hijos (como consecuencia de la mayor emigración masculina). Además, había que cosechar los frutales, vendimiar la viña, coger los higos de tunera, etc., y de eso se ocuparían los hombres en las subidas.

El trabajo en el litoral comenzaría por las actividades que pudieran

desarrollarse en las zonas de acceso más sencillo, donde se recolectaban chirrimirres y burgados. Los primeros parecen corresponder a moluscos del género *Littorina*, especie muy resistente a la desecación, que vive en la zona intermareal y sobre ésta. La recolección de burgados sería más apetecida por su mayor tamaño. Junto a los anteriores, en aquellos lugares más escarpados, aparecen las primeras lapas, intensamente recolectadas. Todas estas especies han sido localizadas en los yacimientos aborígenes.

Los moluscos citados se guisaban en agua de mar. La parte comestible, en el caso de los burgados y chirrimirres, se extraía, y junto con las lapas, se introducían en una botella y se dejaban en remojo con vinagre. El marisco, así conservado, podía aguantar mucho más tiempo y en algún caso se recogía lo suficiente para llevarlo de vuelta a casa, al finalizar la estadía litoral. Como siempre, se reservaba alimento para prevenir tiempos difíciles. Normalmente, su consumo se circunscribía al ámbito familiar. Sin embargo, algunas personas se especializaban en la preparación y venta de estos escabeches. También se cogían erizos y cangrejo rojo, igualmente capturado con un *espincho*. En cambio, la captura del pulpo requería de más experiencia.

En cuanto a la pesca con caña, se desarrollaba desde la orilla o, todo lo más, aproximándose con la mar vacía a las bajas y roques semisumergidos, que también podían ganarse a nado. Los hombres conocían bien los pesqueros y pesquerías, que no tenían por qué localizarse próximos a las áreas de marisqueo. Entre las especies más frecuentemente citadas y consumidas se encuentran las viejas, pejeverdes, cabosos, salemas y las morenas, éstas últimas especialmente codiciadas. Todos ellos, peces de charco, o frecuentes en el litoral poco profundo. De *engodo* se empleaba casi siempre (como aún se sigue haciendo) parte del producto del marisqueo, existiendo una relación determinada entre la clase de cebo y el pez que se quería pescar. Parte de la pesca obtenida se salaba, en previsión de los días en que estuviera mala la mar. Al igual que ocurría con los escabeches, este pescado salado podía aguantar meses enteros, hasta el invierno, como reserva alimenticia. También el producto de la pesca se destinaba, básicamente, al autoconsumo.

La vida en la costa

La estancia costera se desarrollaba en condiciones de gran austeridad, ocupada la mayor parte del tiempo en las actividades productivas reseñadas (y en otras que analizaremos más adelante). Claro ejemplo del carácter escasamente 'recreativo', es que muchas de

Cada grupo de parentesco que bajaba disponía de sus chozas en la costa

*A la costa
acudían los más
pobres,
destacaba la
mayor
presencia
femenina*

estas personas no sabían nadar. Al agua se entraba, en principio, por necesidad (lo que no excluye que algunas personas pudieran disfrutar de un chapuzón en los charcos mayores y profundos).

El abastecimiento de agua, siempre, y no sólo en la costa, problemático, se realizaba normalmente en las fincas próximas, en la medida en que éstas dispusieran de algún aljibe. En cuanto a la alimentación, además de la procurada *in situ*, se traían desde arriba fundamentalmente papas y algo de gofio. Aunque constituía un lujo excepcional en la comida del pobre, a veces se llevaban envueltos en sábanas, como bien preciado, algunos panes “que duraban mucho tiempo sin ponerse duros”.

Las papas y los productos del mar que no se reservaban para el futuro eran cocinados con leña. El combustible de las hogueras, sin ser el más idóneo, estaba formado por algunas especies herbáceas del entorno: salado, leña blanca, aulagas, cardones y tabaibas secas. No siempre se disponía de fósforos con que prender la llama, ya que estos constituían un bien escaso.

La vida era dura. Y además, había miedo, efectivamente, a los que pudieran venir por el mar. Tal vez una pervivencia, mantenida a lo largo de siglos, de las incursiones piráticas, o aún anterior... Pero había que seguir yendo a la costa, a buscar en esa mar de acceso casi libre el sustento que no podía obtenerse tierra adentro.

La producción de la sal

Conviene manifestar, una vez más, la consabida importancia social de la sal antes de la generalización de los frigoríficos. Cómo conservar, si no, la abundante carne de cochino que no era consumida inmediatamente después de la matazón, con frecuencia, anual; o la carne de una cabra sacrificada eventualmente; o el pescado, de consumo generalizadísimo. La sal se utilizaba diariamente para sazonar los alimentos, pero también para hacer el queso, o para curtir las pieles y fabricar con ellas múltiples elementos de uso cotidiano.

La fuente de abastecimiento de sal más importante eran las salinas, que abastecían al núcleo de población junto al que estaban situadas, así como a un *hinterland* cuyo radio de acción dependía de su capacidad productiva. Hasta allí se desplazaban sus clientes, consumidores directos o revendedores, cargando sus camellos (vehículos a motor posteriormente). Este tipo de ingenios salineros expresan, pues, un predominio del valor de cambio de la sal como mercancía.

Pero había otra forma de obtener la sal, la producción doméstica en la que predominaba el *valor de uso*. Nos referimos a la explotación

de los charcos naturales del litoral, forzando más o menos el proceso, y excavando pocetas en los enclaves de sustrato más blando. El sistema funcionaba de la siguiente manera: los charcos 'primarios' (equivalentes a los 'cocederos' de las salinas industriales) se llenaban de agua durante los temporales o con las máximas mareas del período equinoccional. En otros casos, se efectuaba su llenado manualmente. El propósito de este depósito de agua salada era servir de calentador: el agua se evaporaba parcialmente, aumentando la proporción de Cloruro sódico de la restante. Este proceso, si se ejecutaba de forma artificial, se podía repetir varias veces, hasta acumular la suficiente cantidad de salmuera, bien cargada.

La segunda parte del proceso consistía en traspasarla a otros charcos más pequeños. Estos podían ser oquedades producidas por la acción abrasiva del mar, pero también las grietas de retracción producidas durante el enfriamiento de la lava, o los pequeños canales lávicos de la superficie litoral de un malpaís volcánico; también podía tratarse de pocetas excavadas sobre pumitas y arenas cementadas, y otras superficies encalichadas. Estos depósitos 'secundarios' actúan ya propiamente como salinas: en su interior el agua termina de evaporarse y las sales se van precipitando hasta cuajar completamente. Finalmente, la flor de la sal se raspa con una cuchara; se va llenando la jarra o recipiente, se amasa y se pone a secar sobre un lienzo, a resguardo de la maresía; dando así por concluido el proceso de su obtención.

Los raspadores de sal desarrollaban su labor en verano, aprovechando al mismo tiempo la estadía para practicar el marisqueo o la recolección del vidrio. Pero en muchos casos podían acercarse previamente desde finales de la primavera para ir limpiando los charcos y preparando los cocederos. Existía un control muy acusado por parte de cada grupo de parentesco sobre su enclave salinero. Este derecho a explotar en exclusiva una determinada zona, donde la gente recolectaba la sal necesaria, generalmente, para el autoabastecimiento familiar, era muy respetado antiguamente.

El gofio de vidrio

Las plantas barrilleras canarias pertenecen a la familia *Aizoaceae*. Crecen espontáneamente en las zonas costeras de todas las Islas, desde el nivel del mar hasta los 300 metros, aproximadamente. Se desarrollan en ambientes muy secos y colonizan de forma extraordinaria los terrenos cargados de sales. La barrilla (*Mesembryanthemum crystallinum*) se distingue notablemente del cosco o vidrio (*Mesembryanthemum nodiflorum*), de coloración

Muchas personas no sabían nadar. Al agua se entraba por necesidad

*Los raspadores
de sal
desarrollaban
su labor en
verano,
aprovechando
la estadía para
practicar el
marisqueo o la
recolección del
vidrio*

rojiza muy característica; sin embargo, se suele denominar indistintamente como barrilla a las dos, y esto es extensivo también a todo el conjunto de plantas de este grupo, explotadas en el pasado para la industria de la sosa.

Durante la segunda mitad del siglo XVIII y comienzos del XIX, La Mancha y amplias comarcas del Levante y Sureste de la Península Ibérica y del Archipiélago Canario conocieron la explotación de las plantas soseras o barrilleras. Se trataba, en general, de grandes extensiones de suelos salitrosos, situados en lugares de clima seco y poco fértiles para otros usos agrícola. Constituían, por tanto, espacios marginales que, en virtud del auge de la industria química, necesitada de Carbonato sódico como primera materia prima para la elaboración de jabón, vidrio ordinario y ciertos tejidos, cobraron un valor extraordinario. Muchas de estas plantas silvestres comenzaron a ser sembradas y recibir laboreo sistemático. En Canarias, la recolección y el cultivo de ambas especies de *Mesembryanthemum* se extendió por las islas de Fuerteventura, Lanzarote, en menor medida Gran Canaria, y por el sur de Tenerife.

Sin embargo, el posterior descubrimiento de procesos artificiales para obtener la sosa condujo al ocaso barrillero, que en Canarias tardó más en producirse que en la Península Ibérica, pese a la fuerte depreciación del producto a lo largo del primer tercio del siglo XIX. Ello se debió, más que a otra causa, a la ausencia de otras perspectivas agrícolas alternativas. Su colapso definitivo se saldó con la miseria, el paro y la emigración americana.

Finalizado este episodio, las plantas soseras quedaron tapizando los suelos donde antaño habían crecido espontáneamente o donde fueron extendidas por la acción humana. Pero no fue aquella la primera ocasión en que estos vegetales conocieron alguna utilización. Ya Viera y Clavijo se refería a la planta del vidrio, que él llamaba *cofe-cofe*, señalando como “algunos pobres se alimentan de sus semillas en los años estériles, tostándolas y reduciéndolas a gofio”.

Si, como tuvimos ocasión de comprobar, la estadía litoral para el marisqueo y recolección de la sal garantizaba la subsistencia de los colectivos más pobres en el período estival, el recurso a la simiente del vidrio sustituyó, de modo coyuntural, al cereal para el gofio de pastores y campesinos en las crisis alimentarias de la historia del Archipiélago. Su consumo resultó enormemente extendido, al menos, en las áreas más secas donde se desarrollaba la planta. En otros espacios biogeográficos se recurriría a las gramíneas salvajes para que sustituyeran al escaso grano disponible, a cavar los rizo-

mas de los helechos, recolectar los creces, los frutos de la bicacarrera, o a lo que se tuviera más al alcance para obtener unos mínimos requerimientos energéticos que alejasen la posibilidad cierta de fallecimiento por inanición.

En el siglo XX, hemos podido detectar dos períodos en los que el *gofio negro* o *gofio de vidrio* volvió a ser moneda corriente en los *sures* de Canarias: los años de la I Guerra Mundial (1914-1918) y la Postguerra Civil Española - II Guerra Mundial (1939-1945), prolongándose esta situación hasta los años cincuenta, mientras duraron las dificultades para la importación de cereal.

El vidrio se recolectaba en las llanadas de la costa. Zonas especialmente favorables para su desarrollo fueron y son las pequeñas hoyas endorreicas de suave pendiente, por sus peculiares condiciones edáficas que favorecen la acumulación de sales. Recolectar y preparar el gofio de vidrio, como tantos otros recursos a los que sólo se acude en situaciones de penuria, constituyen pervivencias ancestrales que la memoria colectiva ha recuperado en coyunturas críticas, a lo largo de contextos históricos diversos. La semilla del vidrio se recoge durante el verano, coincidiendo con el período en que se permanecía abajo, mariscando, pescando y cogiendo sal. Formaba parte de los usos tradicionales costeros practicados cada verano (pero, en este caso, sólo en los veranos del hambre).

El gofio de vidrio era recolectado en forma familiar y su consumo se circunscribía al mismo ámbito y al de los allegados. Tan sólo en casos extremos llegaría a comercializarse, y siempre mediante trueque por otros alimentos. Su consumo se llevaba a cabo como el de cualquier gofio al que sustituía: en raleas, con azúcar y a cucharadas, acompañando pescado salado y caldos... Muchísimas personas que debieron consumirlo conocieron, décadas más tarde, el auge turístico y la era del consumo pagado a plazos. Para algunas, supone un motivo de vergüenza al asociarse a la miseria de aquellos años difíciles. No obstante, como tantas cosas más, es un elemento integrante de la historia cotidiana de las clases populares canarias, de la historia de las *gentes sin historia*.

Los otros usos tradicionales del litoral

Junto a los tres usos principales reseñados, otras actividades se desarrollaban en el litoral de manera secundaria y, tal vez, haciéndolas coincidir con las anteriores.

Usos terapéuticos. Es conocida la afluencia a determinados enclaves costeros de personas que deseaban reponer la salud. La población de condición más modesta era atraída por las condiciones

El recurso a la simiente del vidrio sustituyó, a veces, al cereal para el gofio de pastores y campesinos en las crisis alimentarias del Archipiélago

climáticas del litoral para restablecerse de enfermedades como la tosferina, las infecciones catarrales, las enfermedades cutáneas... Dentro de este tipo de usos tradicionales podríamos incluir también la recolección de determinadas plantas medicinales. Ésta última no debió ser causa específica de desplazamiento, sino que se aprovecharía la estancia con tal fin.

El pardaleo. La pardela cenicienta ha sido objeto, tradicionalmente y en épocas de penuria económica, de una intensa caza por parte de los habitantes de la Macaronesia, aprovechando la época de cría. Esta ave nidifica entre mayo y septiembre (de nuevo, el verano), la única época en que se la puede ver y oír en tierra firme. El resto del año permanece en alta mar. Sus colonias de cría se sitúan en acantilados marinos, roques, islotes, paredes de barranco, malpaíses, etc., construyendo nidos-madrigueras bajo grandes piedras, cuevas, grietas y pequeños túneles excavados por ellas mismas, que cubren apenas con trozos de algas y algunas plumas. Ponen un sólo huevo.

*El pardaleo
producía
grandes
matanzas en
islotes como
Alegranza o las
Salvajes*

El pardaleo producía grandes matanzas en islotes como Alegranza o las Salvajes y, a menor escala, en muchos otros puntos. En Madeira llegó a funcionar una fábrica que enlataba la carne y la grasa de los pichones. Sus plumas se empleaban en la confección de flores artificiales o eran exportadas a Inglaterra como relleno para colchones a finales del siglo XIX. El consumo de este animal llegó a ser muy popular en Canarias. Como práctica nocturna y, hasta cierto punto, arriesgada, se consideraba propia de ‘muchachos nuevos’. Su consumo, ocasión excepcional de variar la monotonía del diario guiso, se convertía en una fiesta.

La leche de tabaiba. El látex de la *Euphorbia balsamifera* presenta un sabor dulce, de donde recibe su nombre común esta variedad de tabaiba. Hervido, y también crudo, era mascado como chicle por los niños, que sajaban el tallo al pasar junto a una tabaiba y recogían a la vuelta el líquido derramado. Pero tenía otras muchas aplicaciones. Como adhesivo, se empleaba, entre otras cosas, para destetar a los baifitos. También se usaba para sanar frieras, grietas entre los dedos y otras heridas. Para aliviar catarros se aplicaba en cataplasma sobre el pecho, disolviéndola en aceite y untando con ella un paño blanco. La leche de tabaiba cuajada, con independencia de que muchas personas la recogieran para su consumo particular, se llegó a vender en las tiendas cuajada en forma de quesitos.



Identidad

Ezequiel Navío

Muchas personas se preguntan qué está sucediendo en Lanzarote en los últimos años. Buscan, o buscamos, una explicación para entender cómo es posible que en apenas dos lustros la Isla conejera se haya transformado tanto, como otras tantas Islas de Canarias, en tantos ámbitos diferentes. De tiempos de emigración, de hambruna, de sequías y de penurias, se ha pasado a crecimientos económicos boyantes, a veces desproporcionados, que parecen haber borrado de un plumazo los duros recuerdos del pasado. Obviamente, las sociedades humanas deben y tienen que esforzarse por mejorar su calidad de vida y progresar con las tecnologías que se desarrollan para nuestro beneficio, pero sin perder de vista las lecciones otorgadas por la historia y sin caer en el extremo opuesto de la ostentación, el lucro por el lucro, el despilfarro económico y, en consecuencia, en el deterioro moral y humano.

Quizás deberíamos reflexionar seriamente sobre lo que ello supone para los habitantes de esta y otras islas. Culturalmente, abundan los ejemplos que, en forma de síntomas, muestran los efectos de un proceso de cambio tan súbito como difícil de asimilar. Ya no se ahorra agua, ni siquiera se consume con prudencia, se despilfarra a pesar de que Lanzarote continúa dependiendo del exterior para obtenerla: avanzamos hacia el “como se puede pagar, se puede derrochar”. La tradicional hospitalidad del oriundo lanzaroteño ha menguado en determinados sectores sociales para transformarse en

De tiempos de emigración, de hambruna, de sequías y de penurias, se ha pasado a crecimientos económicos boyantes, a veces, desproporcionados

*La inmigración
repercute en las
tradicionales
formas de vida
y en el entorno
ambiental de
los habitantes
de la Isla*

hostilidad hacia el foráneo, sobre todo hacia aquel que acude con los bolsillos vacíos, a ver qué encuentra en una geografía cuyos resortes empresariales y políticos, al mismo tiempo, demandan y promueven la arribada de miles de trabajadores de fuera para la construcción y para los sectores hosteleros. Lanzarote sigue de cerca a Fuerteventura, donde casi dos terceras partes de la población es, hoy día, foránea.

Debemos abrir los ojos y reaccionar, puesto que el impacto social de este proceso de cambio es impresionante. Desde una perspectiva positiva, el aumento del poder adquisitivo se traduce en mayores y mejores oportunidades para facilitar una más completa educación de los hijos, acceder a una calidad sanitaria inexistente hace tan sólo veinte o treinta años, disfrutar de una alimentación más diversa, conducir buenos y seguros vehículos, vivir con los instrumentos de trabajo y de ocio más actualizados del momento, etc.; pero, incluso en estos ámbitos, también existen elementos de colapso muy significativos. No sabemos con exactitud qué comemos, qué sustancias se han usado en la producción y conservación de los alimentos vegetales y animales que adquirimos, numerosos centros educativos y sanitarios están saturados, y el índice de tráfico y de siniestrabilidad de las carreteras lanzaroteñas, cada vez más rápidas, es realmente preocupante. A pesar de que dichos fenómenos representan sólo algunos ejemplos de lo que hoy acontece en Lanzarote, es evidente que responden a una cadena de resultados provocados por la distorsión de un desarrollo carente de planificación racional.

Los efectos se escapan de las manos de los propios artífices del proceso, incapaces de abordar la cuantía y gravedad de los nuevos conflictos. Como exponente álgido y actualizado tenemos la inmigración, un fenómeno que afecta ya a prácticamente todos los países de la Unión Europea, países que experimentan, como las Islas Canarias, fuertes crecimientos económicos. Sin duda, la llegada masiva a Lanzarote de personas procedentes de otras regiones de España o de Europa, o la inmigración protagonizada por ciudadanos del continente africano, repercute de forma muy notoria en las tradicionales formas de vida y en el entorno ambiental de los habitantes de la Isla, quizás, por su reducido espacio, con más ahínco que en otras regiones de la Europa política.

Sin embargo, las interpretaciones de su impacto difieren sustancialmente en el seno de la sociedad conejera. Algunos sectores optan por impedir la continuidad de las entradas foráneas argu-

mentando la desestabilización laboral, de seguridad, y de calidad de vida de los ciudadanos, y apuestan por soluciones de xenofobia encubierta y por expresiones democráticas cargadas de velado racismo. Otras entidades prefieren inclinarse por entender que este tipo de fenómenos deriva intrínsecamente de las dinámicas establecidas para fomentar el espectacular crecimiento turístico y económico, y que sólo abordando su configuración actual, propiciando expansiones y mantenimientos racionales y equilibrados, será posible atender con coherencia el crecimiento demográfico absoluto y el impacto que éste genera en la Isla.

Pero, en casi todos los casos y foros, en Lanzarote se habla mucho de identidad y de pérdida de identidad, y, desde luego, no sin razón. Ante este hecho, que resulta casi el epicentro de la crisis social que vive la Isla, debemos incidir sobre diferentes puntualizaciones.

Identidad responde al hecho de “ser una persona o cosa la misma que se supone o se busca, o igualdad que se verifica siempre, sea cual sea el valor de las variables que su expresión contiene”. Según esta definición, la identidad de un pueblo está significada por dos variables principales: en primer término, el contexto y la tradición histórica en sus actos pasados y presentes, costumbres y economías mantenidas a lo largo del tiempo y, en segundo término, el contexto geográfico y social con relación a las características de su entorno físico y de sus connotaciones raciales o etnográficas. Hablar de la identidad de un pueblo de occidente en el año 2001, como en este caso, Lanzarote, es hablar de un concepto cada vez más indefinido en tanto en cuanto las dos variables mencionadas han sufrido transformaciones intensas en el último siglo, y más acentuadas si cabe, en el último cuarto de siglo.

Este territorio de pequeñas dimensiones, limitado por el mar, sometido a sucesivos cambios sociológicos y etnográficos por la introducción de culturas foráneas, en ocasiones culturas impuestas por invasiones colonizadoras, propició mestizajes sistemáticos entre sus habitantes aborígenes durante decenas de generaciones, como sucedió en otras muchas regiones del planeta durante cientos de años. El fenómeno de la inmigración y de los emigrantes conejeros que dejaron la Isla para salir de la penuria, en etapas discontinuas de la historia en los últimos doscientos años, ha contribuido también a incrementar el grado de mestizaje no sólo racial, sino también cultural. Los habitantes de esta Isla, como los de muchas otras islas del planeta, son herederos y descendientes directos de culturas aborígenes afectadas por influjos franceses, italianos, ingleses,

Hablar de indentidad en un pueblo de occidente en el año 2001, es hablar de un concepto cada vez más indefinido

españoles, argelinos, portugueses y otras nacionalidades, también mezcladas en su origen, que impregnaron en cada momento su propia huella dinástica en el territorio. Los libros de historia son muy claros en este sentido.

Pero la evolución social y etnográfica no se detiene en este punto, ha continuado hasta nuestras fechas como ha continuado en miles de regiones de un planeta inevitablemente cada vez más multirracial. Las connotaciones de la sociedad de Lanzarote en el año 2001 se acercan cada vez más a las que caracterizan a mallorquines o levantinos, hawaianos o italianos. La globalización económica, a pesar de sus positivas características, tiende a desarraigar los valores culturales de una población concreta para transformarlos en clones mercantiles, como estereotipos predefinidos. La vestimenta de un australiano moderno no se diferencia de la de un conejero. La Coca Cola que bebe tampoco; los productos alimenticios que encontramos en los comercios asturianos provienen directa o indirectamente, y excepto en determinados y muy concretos casos, de las mismas multinacionales que a nosotros nos suministran, los vehículos que conducimos son de las mismas marcas y modelos, y la televisión que observamos y observan nuestros hijos repiten prácticamente la misma publicidad y programaciones que las de Arabia Saudí, Indonesia o Canadá, con una lengua distinta.

Los ordenadores con los que trabajamos son idénticos que los usados en Nueva York por miles de trabajadores americanos, los mismos que en Suecia y en Holanda. Las pastas italianas y la comida china son idénticas en Lanzarote y en Bretaña o Baviera, y las comodidades interiores de nuestras casas no distan mucho de las de los hogares de California, País Vasco o Bruselas.

Hasta el tabaco que fumamos, o los *hobbies* que practicamos, como el golf, el fútbol o el tenis, se tornan idénticos a los jugados en Tailandia o Escocia. La energía que consumimos se genera con petróleo, el mismo crudo que usan en el Ártico para desplazar las motos de nieve, o para fletar los aviones en Hong Kong. El papel de nuestras librerías, las radios que escuchamos, y hasta los dentífricos que usamos para nuestra boca son los mismos, los mismos, que los adquiridos por amas de casa en Grecia y Polonia. Los negocios y los sistemas bursátiles que hacen rugir el motor financiero de Lanzarote están cortados por el mismo patrón que los empresarios de Jamaica, Bali, Turquía y Argentina, los bancos aplican procesos similares de contabilización en los cuatro puntos cardinales del globo, y las subvenciones que recibimos provienen y dependen, en

Las connotaciones de la sociedad de Lanzarote hoy se acercan a las que caracterizan a mallorquines o levantinos, hawaianos o italianos

gran medida, de países distanciados por miles de kilómetros. Se sabe que, en ocasiones, las cebollas que compramos en los mercados de la Isla provienen de Israel o de Valencia, mucha sal proviene de la Península, el café de Latinoamérica, el cine, abundante música y numerosos espectáculos observados en la Isla provienen de fuera también.

Esta definición, patente y palpable con sólo salir a la calle, nos indica que somos ciudadanos del mundo, muy diferentes a los Yanomamis, Maoríes, Papúes o Masais, pueblos hoy en día más cerca de sus ancestrales vestimentas, gastronomías, ritos, religiones, armas, músicas y lenguas, que las de la mayor parte de los ciudadanos de todo el planeta.

Entonces, ¿qué elementos de diferenciación existen entre la identidad de una persona nacida en Lanzarote en el año 2000, y la de un majorero, un herreño, o un ciudadano de otra región con similares formas de vida a la que aquí se viven? Si analizamos los valores más tradicionales, como la gastronomía, vestimentas, o las actividades rurales o marineras que durante siglos dieron de comer a los antepasados isleños, observaremos sin dificultad que son hechos, desgraciadamente, cada vez más residuales, porque compiten con otros muchos que antes no existían. La agricultura retrocede, como todos los demás sectores, en favor del turismo. La pesca artesanal se mantiene, pero la sobreexplotación de este preciado recurso ha provocado alteraciones en el equilibrio de las especies litorales, y su importancia y dependencia, hoy en día, es menor que antaño; a pesar de obtener pescado para consumo interno, también se distribuye mucho pescado de fuera de Canarias. Por fortuna, el folklore y los deportes tradicionales de Lanzarote son quizás los que mejor conservan aún su identidad.

Las horas que invertimos en nuevas actividades profesionales, es decir, inexistentes hasta hace pocos años, o las horas que los jóvenes dedican a observar programas televisivos enviados por satélites que repiten la misma señal a decenas de países o regiones de España, superan cada día más, lamentablemente, a las horas que los jóvenes isleños invierten en actividades tradicionales o identificadas con la historia de la Isla.

En Lanzarote existen similares o idénticos conceptos que en otros puntos geográficos a la hora de asociar mensajes de calidad, estabilidad económica, objetivos profesionales, política, felicidad, bonanza y, más relevante aún, métodos y prácticas para alcanzarlos, que las de un alemán, un chileno o un inglés. La reivindicación

Los valores más destacados de esta tierra quedan supeditados al crecimiento de un modelo capital que aumenta la dependencia del exterior

*Quizás defender
la cultura de la
Isla sea
defender
aquello que
realmente
asienta su
economía
pasada,
presente y
futura: su
naturaleza*

de los valores tradicionales y de la cultura más intrínseca de Lanzarote, debe fomentarse mucho más y mejor, empezando por salvaguardar el castigado medio ambiente por encima de cualquier interés económico particular, formando a los jóvenes como futuros protectores de su tierra, y fomentando la búsqueda de fórmulas para mantener la actividad rural y marinera con elevados niveles de ingresos para sus productores. Por el momento, avanzamos sobre un camino contradictorio, donde los más destacados valores de esta tierra quedan supeditados al crecimiento de un modelo capital que aumenta la dependencia del exterior en detrimento de la autosuficiencia interior.

Y este tipo de modelo, especulativo, de dudosa ética, y que sin duda no llevará al conjunto de esta sociedad y de sus descendientes a ningún buen puerto, en términos de identidad, queda cojo cuando es promovido desde argumentos de índole nacionalista. Es absolutamente contradictorio, al menos en la actual coyuntura política.

Quizás la fórmula más apta para defender la cultura de la Isla sea defender aquello que realmente asienta su economía pasada, presente y futura: su naturaleza.



Litoral de Arrecife: una propuesta de gestión

Ciudadanos por Arrecife

En el planeamiento de cualquier ciudad las excepciones geográficas en las que el tejido urbano entra en contacto con una situación natural y patrimonial de alto valor, se presentan como lugares de tratamiento delicado en los que se precisa articular las actuaciones urbanas buscando equilibrios múltiples, ya que los errores y los aciertos de esas actuaciones se magnifican, en virtud del carácter excepcional, único, y escaso de las zonas sobre las que se actúa.

En este sentido, el borde urbano y litoral de Arrecife participa plenamente de esa complejidad de tratamiento. Concurren en esta zona una amplia gama de instrumentos de planeamiento urbanístico, entre los que cabe citar el Plan de Utilización del Puerto de Arrecife, el Plan Insular de Ordenación del Territorio de Lanzarote, el Plan General de Ordenación Urbana de Arrecife, diversos expedientes de calificación como Bien de Interés Cultural, o como Sitio de Interés Científico, o como Zona Especial de Protección de la Aves, además de otras propuestas concretas de protección histórica, arqueológica, natural, etcétera. En este marco, se desenvuelve la iniciativa de la Autoridad Portuaria de Las Palmas cuando pretende aprobar el Plan de Utilización del Puerto de Arrecife, que deberá ser desarrollado por un Plan Especial.

Asimismo, encontramos en este borde litoral urbano una diversidad de situaciones patrimoniales en las que la propiedad del suelo es unas veces privada, otras veces pública, y generalmente una mezcla de las dos. Además, y con independencia de la propiedad del suelo, concurren diversas legisla-

Arrecife precisa de una fórmula imaginativa y moderna de coordinación que aclare y facilite el papel de cada agente político, económico y social a la hora de intervenir el litoral

ciones sobre el dominio de ese mismo suelo, estableciéndose en alineaciones urbanas, deslindes marítimo-terrestres, distancias de protección del borde litoral, etcétera.

Por otro lado, las competencias para el planeamiento y para el desarrollo de actuaciones concretas en cualquier área de este borde litoral también son diversas. Encontramos competencias de la Administración del Estado (Ministerios de Fomento –Puertos- y Medioambiente –Costas-), de la Administración Autonómica (Consejería de Política Territorial y Medio Ambiente), de la Administración Insular (Plan Insular de Ordenación del Territorio y legislación de protección del patrimonio cultural) y de la Administración Municipal. Todas ellas, además, se reparten, a su vez, entre diferentes departamentos de cada una de estas administraciones.

Las inversiones que dan lugar a actuaciones concretas también presentan procedencias varias, sea de la iniciativa privada o de la iniciativa pública, en sus diferentes rangos, con no pocas situaciones mixtas en las que se presentan colaboraciones entre diferentes Administraciones implicadas (como las intervenciones que se diseñan o ejecutan a través del Plan de Infraestructuras Turísticas de Lanzarote) o entre la Administración Pública y la iniciativa privada.

Finalmente, las fórmulas jurídicas que posibilitan estas actuaciones son también variadas y, a veces, concurrentes. Así, podemos encontrar situaciones de suelo patrimonializado o de suelo en concesión temporal, junto a diver-

sas fórmulas de subvención pública a proyectos estratégicos que dependen, precisamente, de su correcta formulación y de la debida construcción jurídica de las competencias que confluyen.

Desde una concepción simplista del desarrollo político-económico, esta concurrencia de situaciones es habitualmente entendida como un estorbo para la actuación de los agentes inversores o de los responsables de la planificación urbanística. Sin embargo, Ciudadanos por Arrecife entiende que esta misma concurrencia de figuras de planeamiento, de iniciativas inversoras, o de acciones políticas concretas sobre una determinada zona constituye la mejor expresión de la riqueza patrimonial y cultural que ha ido acumulando durante siglos el entorno litoral de la ciudad.

Con ello no negamos las dificultades que se presentan a la hora de formular proyectos de actuación o de planeamiento. Creemos que Arrecife, entre otros lugares estratégicos de Lanzarote, precisa de una fórmula imaginativa y moderna de coordinación que, lejos de impedir el desarrollo de las ideas y de las inversiones, aclare y facilite el papel de cada agente político, económico y social a la hora de intervenir en el borde litoral de la ciudad.

La fórmula de coordinación buscada debe ser capaz de establecer las condiciones bajo las que desarrollar cualquier actuación en el litoral con independencia de las situaciones eventuales de carácter político que en cada momento se presenten. En concreto, proponemos un Protocolo entre Administraciones y Ciudadanía

que, sin invadir las competencias de cada departamento de la Administración Pública ni establecer juicios sobre sus posibles conflictos, permita alcanzar un acuerdo sobre una serie de condiciones a las que debe atenerse cualquier agente que intervenga en el litoral de Arrecife, tanto a la hora de redactar instrumentos de planeamiento como en la ejecución de proyectos concretos. El objetivo final a alcanzar sería que las actuaciones en el litoral resulten consensuadas entre la ciudad y los actores económicos o inversores, bajo el paraguas de un protocolo marco legitimado por el acuerdo voluntario entre los poderes concurrentes.

Un Protocolo para el litoral

Ciudadanos sostiene que el borde litoral debe ser tratado con un grado de detalle suficiente, por lo que se propone para su estudio la subdivisión en una serie de zonas que, si bien forman parte coordinada de un conjunto, presentan características geográficas y sociales diferenciales.

El Protocolo que se propone vendría así dividido y concretado en 14 zonas terrestres y cuatro zonas acuáticas, que denominamos Áreas de Actuación Acordada (AAA). El contenido de este Protocolo debe establecer las condiciones básicas de cada AAA para la redacción de los instrumentos de planeamiento que le afecten, así como las condiciones básicas de cada AAA para la ejecución de una actuación concreta.

Las Áreas de Actuación Acordada Terrestres propuestas son: Playa del Reducto - Punta del Camello, Islote de Fermina, Parque Islas Canarias, Parque Viejo, Castillo de

San Gabriel – Puentes, Muelle Comercial, Calle Vargas, Islote Juan Rejón, Charco de San Ginés, Islote del Francés, Puerto Naos Oeste, Puerto Naos Este, Barra de Puerto Naos. Castillo de San José y Salinas.

Las Áreas de Actuación Acordadas Acuáticas estarían formadas por las láminas de agua de: Bahía de Arrecife, Charco de San Ginés, Bahía de Juan Rejón y Puerto Naos.

Todas estas zonas del litoral definidas como Áreas de Actuación Acordada constituyen lugares estratégicos de la ciudad, en los que importa sobremanera que las actuaciones que se propongan en sus ámbitos acierten con una solución urbanístico-arquitectónica adecuada y sensible al lugar, por una parte, al tiempo que tengan el soporte más amplio posible de la población a la que sirven, por otra. Estos dos factores son inseparables como garantía del éxito de cualquier actuación en zonas AAA, por lo que resulta tener la misma importancia establecer los parámetros básicos de carácter urbanístico en los que apoyar los proyectos que se formulen, como acordar un procedimiento con garantías de alcanzar una amplia legitimidad social en cada actuación que se proponga.

Dado el propio carácter excepcional de cada una de estas zonas respecto del tejido urbano, el Protocolo que se propone no debe de pormenorizar en exceso los parámetros urbanísticos de aplicación, en orden a posibilitar la formulación de un amplio abanico de ideas. En cambio, entendemos que, para estas zonas AAA, se debe ser extremadamente riguroso

Las actuaciones en el litoral deben consensuarse entre la ciudad y los actores económicos o inversores

**Proponemos
como
procedimiento
único el
Concurso de
Ideas Público y
Abierto**

con el procedimiento que se elija para su desarrollo.

Procedimiento de actuación en las Áreas de Actuación Acordadas

Se propone como procedimiento único para todas las AAAs, con carácter general sea cual sea el tipo de actuación, de agente inversor o de Administración responsable, el Concurso de Ideas Público y Abierto, de convocatoria internacional, con jurado amplio, independiente, experto y diversificado, y con bases de convocatoria acordadas previamente atendiendo las recomendaciones de este Protocolo, en el marco del Consejo Insular de la Reserva de la Biosfera.

En actuaciones que sean de escasa entidad inversora y, al tiempo, de escaso impacto urbanístico, a juicio del Consejo Insular de la Reserva de la Biosfera, se podrá recurrir a la adjudicación directa, para lo cual el propio Consejo propondrá cinco equipos de trabajo entre los que el agente promotor podrá adjudicar su intervención, o bien optar por el antedicho Concurso Abierto de Ideas.

En ningún caso se podrá utilizar como procedimiento de adjudicación en las AAAs otro tipo de Concurso, como el de méritos, el restringido o cualquier otra fórmula predemocrática.

Si bien excede el ámbito de debate que ahora nos ocupa, Ciudadanos por Arrecife propone el establecimiento de un Catálogo Insular de zonas AAA, en las que se siga el mismo procedimiento descrito anteriormente. Dentro de esta calificación se deben incluir prioritariamente aquellos elementos -urbanos o naturales- que sig-

nifiquen un alto valor patrimonial o simbólico.

Parámetros básicos para la actuación en las AAAs del Litoral de Arrecife¹

AAA Terrestres:

1. Playa del Reducto y Punta del Camello. Uso de Paseo Urbano y Playa. Ámbito exclusivo peatonal. Reserva para recorrido de tranvía de superficie.
2. Islote de Fermina. Uso de espacio público de ocio, con edificación predominantemente de una planta con destino a servicios de restauración y de apoyo, ocupando en torno al 10 % de la superficie del islote. Instalaciones abiertas de carácter lúdico, que incentiven el uso de la lámina de agua de la Bahía. Ámbito exclusivo peatonal.
3. Parque Islas Canarias. Uso de paseo urbano. Ámbito predominantemente peatonal. Reserva para recorrido de tranvía.
4. Parque Viejo. Uso de paseo urbano. Ámbito predominantemente peatonal. Reserva para recorrido de tranvía.
5. Castillo de San Gabriel – Puentes. Uso de paseo urbano y Museos, primándose la rehabilitación del Castillo y los Aljibes, como Museos del Mar, con construcciones ligeras de apoyo excepcionalmente integradas en el Conjunto Histórico. Ámbito exclusivo peatonal.
6. Muelle Comercial. Uso de paseo urbano, con alguna instalación ligera flotante de apoyo al ámbito museístico. Ámbito exclusivo peatonal.
7. Calle Vargas. Uso de paseo urbano. Ámbito predominantemente peatonal. Reserva para

1. Las diferentes AAAs del Litoral de Arrecife con Uso de Paseo Urbano son susceptibles de instalaciones blandas, es decir, pequeñas construcciones enterradas destinadas a servicios de apoyo, kioscos ligeros de bebidas, prensa, etc., o instalaciones de uso acuático.

recorrido de tranvía.

8. Islote Juan Rejón. Uso exclusivo de Reserva Natural, sin construcciones.

9. Charco de San Ginés. Uso de paseo urbano. Ámbito exclusivo peatonal.

10. Islote del Francés. Uso de espacio público de ocio, con edificación singular que aloje una importante instalación urbana pública (Auditorio, Palacio de Congresos, etc.) apoyada por pequeñas instalaciones comerciales de uso frecuente, ocupando todo ello en torno al 10 % de la superficie del islote. En el espacio libre, se propone el uso de paseo urbano. Ámbito predominantemente peatonal. Reserva para recorrido de tranvía.

11. Puerto Naos Oeste. Uso de paseo urbano. Ámbito predominantemente peatonal. Reserva para recorrido de tranvía.

12. Puerto Naos Este. Uso de paseo urbano. Ámbito predominantemente peatonal. Reserva para recorrido de tranvía.

13. Barra de Puerto Naos. Uso de puerto náutico-deportivo y Puerto de Cruceros, con construcciones proporcionadas a estos usos. Se primarán las soluciones flotantes o sobre pilotes frente a los rellenos. Ámbito predominantemente peatonal.

14. Castillo de San José y Salinas. Uso de paseo urbano y Museo, primándose la rehabilitación del Castillo y las Salinas, como Museo y Parque, respectivamente, con construcciones ligeras de apoyo excepcionalmente integradas en el Conjunto Histórico. Ámbito predominantemente peatonal. Reserva para recorrido de tranvía.

AAA Acuáticas:

15. Bahía de Arrecife. Espacio público de ocio acuático con tolerancia de abrigo eventual por atraque o fondeo fuera de las bajas. Pequeñas instalaciones flotantes o sobre pilotes para facilitar el acceso al agua.

16. Charco de San Ginés. Espacio público de ocio acuático con tolerancia de abrigo a las actividades tradicionales de pesca de bajura.

17. Bahía Juan Rejón. Espacio Natural de Protección Integral.

18. Puerto Naos. Puerto náutico-deportivo, con muelles y pantalanes flotantes proporcionados a este uso. Progresivo traslado de las actividades pesqueras hacia Los Mármoles. Recuperación sanitaria de las aguas interiores.

Bu litoral:
propuesta de creación de un
tranvía para el borde urbano
litoral de Arrecife y su
conurbación

Ciudadanos por Arrecife

“Siempre. Reducir toda clasificación al módulo tetrapartito. Clasificación la más cerrada. La más cíclica. Esto he pensado yo al ordenar los bu de Lanzarote. Así:

- 1. El BU ROJO (Bu cósmico)...*
- 2. El BU AZUL (Bu atlántico)...*
- 3. El BU NEGRO (Bu africano)...*
- 4. El BU ACROMO (Bu meteorológico)...*

Agustín Espinosa: *“Lancelot, 28º 7’ (guía integral de una isla atlántica)”*. Capítulo sobre el mapa búico.

Los debates surgidos en los últimos años sobre la sostenibilidad y sobre el frente marítimo de la ciudad ofrecen diversas oportunidades para reflexionar sobre el papel futuro de la capital en la el contexto insular. Ciudadanos por Arrecife, siguiendo en su línea de aportar materiales de reflexión al objeto de enriquecer el debate en torno a la construcción de la ciudad, se traza como objetivo introducir en la discusión la conveniencia de estudiar la viabilidad técnica y financiera de crear, a largo plazo, un tranvía urbano moderno o metro ligero en Arrecife y sus inmediaciones.

Llamamos BU Litoral al transporte público y colectivo que Ciudadanos por Arrecife propone para el **Borde Urbano Litoral**, en el que discurre el corredor de mayor demanda. Bajo la citada denominación se analiza la posibilidad de crear un tranvía que discurriría a través del borde urbano de Arrecife (incluida la Vía Medular) y la conurbación de la ciudad.

Enmarcado en la reflexión más global denominada *“Criterios para la construcción de Arrecife”*, que verá la luz en primavera de 2001, se hace referencia a un tranvía ligero, de superficie, no ruidoso, no contaminante (al contrario, alimentado por energías alternativas), barato, relativamente rápido siempre que no comprometa la seguridad vial, eficiente, autónomo (que no precise líneas de tendidos) y de calidad que enlace, inicialmente, la unidad urbanística que tiende a tejerse todavía más en el futuro, conformada por Costa Tegui-Puerto de Los Mármoles-Arrecife (incluida la Vía Medular)-Playa Honda-Aeropuerto-Puerto del Carmen.

Es preciso adelantar que el trabajo *“Criterios para la construcción de Arrecife”* persigue ofrecer una mirada de conjunto, integral e integradora sobre las direcciones y ejes que deben presidir la construcción de la ciudad (ampliando así a toda la capital la alternativa elaborada por esta asociación al Plan Especial del Puerto de Arrecife alrededor de la Marina de la ciudad),

La movilidad como factor de cohesión

Esta propuesta de transporte se traza un doble objetivo. En primer

lugar considerar el territorio antes citado y su población como un todo indivisible que posee unas necesidades de movilidad motorizada que deben ser convenientemente atendidas. En segundo lugar, favorecer la cohesión interna de dicho espacio desde una perspectiva supramunicipal, es decir, más próxima a una concepción de área metropolitana que a pequeños espacios acotados por artificiosos límites municipales. Afectaría un área que registra casi el 80% de la movilidad motorizada que contabiliza Lanzarote y, potencialmente, ofrecería una alternativa de transporte a una población total real de hecho (turística + no turística) que ronda las 100.000 personas, cifra a la que habría que añadir los usuarios que utilicen este sistema de transporte desde o hacia el Aeropuerto y el Puerto.

Inicialmente, este planteamiento requiere importantes niveles de coordinación interadministrativa, unificación de los recursos disponibles y concertación de los esfuerzos públicos y privados en aras de la consecución de la mayor eficiencia posible en el ámbito del transporte colectivo.

Se plantea la propuesta en el horizonte del largo plazo por razones de estudio, económicas y de gestión, al considerar que Lanzarote adolece de una adecuada cultura del transporte público y colectivo, merced a la primacía otorgada al automóvil privado como medio de transporte generalizado. Por lo tanto, se requiere, como primer paso, fortalecer la red de guaguas en Arrecife y en el resto de la Isla para robustecer la débil cultura del transporte colectivo hoy existente

para, después, potenciada la demanda, atenderla adecuadamente por medio del BU Litoral para el tramo de referencia, cuyas ventajas frente a otros sistemas de transporte colectivo son reconocidas universalmente. No obstante, desde ahora se debe planificar su futura instalación reservando, como primera medida, las piezas de suelo en los viales que se precisan para llevar a cabo el proyecto. Como se puede deducir fácilmente, la propuesta de BU Litoral lleva aparejada un determinado modelo de ocupación de los viales públicos y sus espacios circundantes, modelo de ocupación éste que debe estar presidido por la primacía de lo público y por la relegación del automóvil privado.

El tranvía urbano y la sostenibilidad

El BU Litoral responde a la necesidad de transportar de forma pública y colectiva a los usuarios que demanden este servicio en un área típicamente urbana como la que ha sido definida. Además de aliviar sobremanera los problemas derivados del tráfico rodado en el territorio mencionado, el BU Litoral ofrece otras ventajas que deben ser consideradas por su importancia cualitativa y, en consecuencia, de cara a retejer el espacio citado y reorientar su modelo de ocupación.

En primer término desplazaría al automóvil privado de su actual situación de hegemonía en el transporte de personas en el frente litoral que discurre entre Costa Teguise y Puerto del Carmen, lo cual aportaría sosiego, seguridad vial y una evidente invitación a abrir dicho territorio al mar a residentes y transeúntes, cualificando

Lanzarote adolece de una adecuada cultura del transporte público y colectivo, merced a la primacía otorgada al automóvil

**Desplazaría al
automóvil de su
hegemonía en
el transporte de
personas en el
frente litoral
que discurre
entre Costa
Tegui y
Puerto del
Carmen**

por tanto las características intrínsecas de cada uno de sus tramos y proponiendo a la vez un uso público de sus infraestructuras públicas presentes y futuras.

En segundo término, propicia que el litoral se erija en un punto de encuentro peatonal, pudiendo favorecer el desarrollo de otros medios de movilidad no motorizada como la bicicleta. Además de eliminar en gran medida algunos efectos nocivos provocados por el automóvil privado, como la contaminación acústica o atmosférica, o reducir notablemente la inseguridad vial, incorpora otros beneficios como serían unir los accesos a la ciudad o a los núcleos turísticos desde grandes infraestructuras de almacenamiento de automóviles (aparcamientos disuasorios en las afueras), desincentivando de varias maneras el uso del automóvil dentro de las tramas urbanas, facilitando la movilidad y fortaleciendo la solidaridad ciudadana.

En tercer lugar, mejora la accesibilidad a los centros de actividad (Arrecife, zonas turísticas, aeropuerto y puerto), especialmente al centro de la capital insular, a la vez que favorece la provisión de aparcamientos en la periferia urbana, las zonas peatonales y las restricciones de aparcamiento, tanto en el centro de la capital como de sus núcleos adyacentes.

Por todo ello, podría afirmarse sin temor a equívoco, que el BU Litoral podría erigirse en un factor de cohesión desde el punto de vista de la movilidad motorizada y de la reconstrucción del modelo de ocupación del tejido urbanístico, a la vista del carácter emblemático y fácilmente reconocible que adquiriría de inmediato

el citado medio de transporte, sin desdeñar que el frente litoral descrito se convertiría en un punto de referencia para la resolución sostenible del problema de la movilidad motorizada en un espacio urbano, enlazando con las ideas básicas que se exponen en la *Estrategia Lanzarote en la Biosfera*.

Ventajas del tranvía moderno frente a la guagua

Frente a la guagua, aún reconociendo que su expansión en la Isla y, sobre todo, en el tramo definido en esta propuesta, es un paso indispensable para generar demanda, el BU Litoral ofrece las siguientes ventajas:

- Mejor imagen y mejor identificación de las líneas (tecnología ferroviaria).
- Vehículos más amplios y confortables.
- Mayor capacidad para captar nuevos usuarios (resultado de las dos anteriores).
- Niveles de ruidos más bajos y sin emisión de sustancias contaminantes.
- Mejores prestaciones de los vehículos debido a la tracción eléctrica.
- Mayor capacidad de transporte. Se puede alcanzar sin problemas una capacidad de 20.000 pasajeros/hora/sentido mientras que con las guaguas de plataforma reservada difícilmente se pueden superar los 8.000.
- Mayor eficiencia económica como consecuencia de la utilización de vehículos de mayor capacidad. Ello conduce, en muchos casos, a menores cos-

tes de explotación y mantenimiento.

- Mayor capacidad estructurante para el desarrollo urbano.

Con el BU Litoral se pueden conseguir frecuencias de tránsito muy altas, desde intervalos entre tranvías de 1.5 a 3 minutos en horas punta, con tiempos de espera mínimos, a períodos entre 5 y 15 minutos en horas valle.

Sobrepasar la frecuencia entre 10 y 15 minutos es desaconsejable si se quiere mantener una calidad de servicio alto.

La velocidad comercial es otro parámetro que define la calidad del servicio. Esta depende del grado de independencia de la infraestructura que se precisa o de la distancia entre paradas. En términos generales, y a la vista de otras experiencias, podría afirmarse que el BU Litoral podría circular a velocidades del orden de 20 a 25 km./h en zonas urbanas densas, cuando otros sistemas de transportes de superficie se sitúan entre 12 y 16 Km./h. El BU Litoral se vería favorecido mediante la introducción de medidas de paso preferencial frente a otros medios de transporte motorizado.

El BU Litoral se erigiría en el modo de transporte principal para el tramo de referencia, jugando la guagua un papel complementario como alimentador/distribuidor.

Objetivos e impactos potenciales del BU Litoral

Aún reconociendo las dificultades que la implantación de un proyecto de BU Litoral pudiera generar en lo que se ha dado en llamar la conurbación de Arrecife si no se actúa con prudencia y rigor, cabe citar como objetivos generales e

impactos potencialmente positivos del sistema los siguientes:

- Regeneración urbana de los tramos transitados por el BU Litoral.
- Aumento de los niveles de accesibilidad y movilidad urbana.
- Mejora de la calidad ambiental urbana.
- Reducción del gasto público en transporte.

Complementariamente, y en aras de la comprensión, otros objetivos a conseguir que incorporan intrínsecamente esta propuesta, son, entre otros, los siguientes:

- Sensible mejora del sistema de transporte colectivo.
- Reducción de las necesidades de construcción de carreteras urbanas.
- Aumento en la eficiencia del transporte público y, en consecuencia, reducción de las subvenciones que se precisan para su mantenimiento.
- Espectacular aumento de la capacidad de transportar viajeros.
- Sensible reducción de la duración de los tiempos de viaje.
- Mejora de la calidad del servicio prestado.
- Reducción de los accidentes debidos al transporte colectivo.
- Disminución de los niveles de ruido y contaminación atmosférica.
- Aumento del número potencial de usuarios del transporte.
- Reducción de la congestión debida al tráfico.

Propicia que el litoral se erija en un punto de encuentro peatonal, pudiendo favorecer el desarrollo de otros medios de movilidad como la bicicleta

- Reducción de los costes de explotación.

Aproximación a los costes del BU Litoral

La experiencia de la introducción del tranvía moderno de superficie en los países industrializados en los años 80 indica que su coste global, incluidas las infraestructuras, operaciones de urbanización y de renovación urbana asociadas al sistema, la construcción de talleres y cocheras y el material móvil que se precisa, oscila entre los 600 y los 800 millones de ptas. por kilómetro, dada la orografía insular.

Aunque su implantación debería abordarse por fases debidamente temporalizadas, mediante inversiones plurianuales, completar la red supone hablar de un itinerario de aproximadamente 25 km. de longitud.

Podría utilizarse como referencia el ejemplo de la Comunidad de Valencia: Vehículos movidos por alimentación eléctrica autónoma, de 2.40 metros de ancho y 23,78 metros de largo con capacidad de transporte de 201 personas, con 65 plazas de asientos y 136 de pie y capaz de recorrer curvas de hasta 20 metros de radio. En este caso, los costes de implantación se pueden dividir en los siguientes apartados: Infraestructuras básicas, 28.6%; urbanización y renovación urbana, 22.9%; talleres y cocheras, 9.4%; y, por último, material móvil (21 unidades): 39.5%

Una propuesta de financiación del BU Litoral

Desde la perspectiva política, el BU Litoral ofrece enormes expectativas de financiación por parte de la Administración Central, que ha

corrido con los costes de la implantación de una amplia red ferroviaria en territorio peninsular, no así en los territorios insulares. Entendida como una deuda histórica pendiente con Canarias, como se ha planteado para propuesta similares en Gran Canaria y Tenerife, no es descabellado plantear una propuesta de financiación en la que tanto el Gobierno del Estado como la Unión Europea (enormemente sensible de cara a cofinanciar estos proyectos a través de sus programas, máxime en el marco de la *Estrategia Lanzarote en la Biosfera*) corran con la mayor parte del coste de su implantación.

No debe desdeñarse que la iniciativa privada estaría interesada en coparticipar en una iniciativa de estas características. El ahorro enorme empresarial acumulado en los últimos años a través de la Reserva de Inversiones de Canarias, y el que podría acumularse en el futuro, tendría aquí una oportunidad de realizarse, aliviando de paso la presión que ejerce sobre el crecimiento de la oferta turística. Difícilmente la Comunidad Autónoma podría darle la espalda a este proyecto, al igual que el Gobierno insular y los cuatro ayuntamientos implicados en la red. (Teguise, Arrecife, San Bartolomé y Tías).

No es descabellado que tanto el Gobierno Central como la Unión Europea corran con la mayor parte del coste de su implantación

De la competencia a la economía planificada

Jorge Marsá

En los últimos tiempos las noticias sobre las fusiones de grandes empresas se repiten con asiduidad en los medios de comunicación. Suelen destacarse los considerables beneficios que las economías de escala proporcionarán a las empresas y, sobre todo, la necesidad de que su tamaño crezca para poder ser competitivas en el nuevo mercado global.

Hoy en día todo se resume en la competitividad empresarial. Pero dado que, según el diccionario, competitividad quiere decir "capacidad de competir", en realidad, nos encontramos ante un viejo asunto: los parabienes del capitalismo provienen de la conversión de los vicios privados en virtudes públicas como resultado de la competencia entre las empresas. Toda la economía neoclásica y su simplista traducción neoliberal se basan en las ventajas de la competencia de las empresas en el mercado. Durante toda la vida nos han intentado convencer de sus infinitas bondades, mientras las empresas trataban, lógicamente, de evitarla; pues la competencia es uno de los aspectos que limita las

ganancias de la empresa capitalista. No es de extrañar, por tanto, el generalizado intento de las grandes empresas por convertirse en monopolio, por acabar con la competencia.

Ese intento de monopolizar el mercado suele concretarse hoy en fusiones y adquisiciones que eliminan a competidores significativos. Puede, entonces, llegar un momento –y llega– en el que el mercado se lo reparten unas pocas empresas de tamaño gigantesco, ninguna de las cuales tiene interés en competir; tampoco en eliminar a las otras, pues se haría demasiado evidente la situación de monopolio.

En la llamada 'nueva economía' –el futuro, dicen– podemos encontrar numerosos ejemplos. ¿Puede decirse que el sector informático se desenvuelve en un mercado competitivo cuando una sola empresa domina el 80% de los sistemas operativos que hacen funcionar un microordenador? Tampoco podrán defenderse, en este caso, las virtudes públicas de los vicios privados, pues casi todo el mundo sabe que el sistema operativo triunfante, el *Windows*, es de mucha peor calidad que otros con los que en principio competía.

Pero tras encender el ordenador, lo que la mayoría de los usuarios hace con él es escribir, es decir, utilizar un procesador de textos. Aquí el mercado, tras las pertinentes fusiones, se reparte casi exclusivamente entre dos empresas: más del 80% para el *Word* de Microsoft y más del 10% para el declinante *WordPerfect* de Corel. En este mercado la competencia empresarial brilla por su ausencia.

Las empresas tratan de evitar la competencia, pues es uno de los aspectos que limita sus ganancias

En USA algunos hablan ya de la 'muerte de la competencia' como resultado del proceso de grandes fusiones y adquisiciones empresariales

Y los resultados son que la informática continúa funcionando de pena: los programas permiten hacer miles de cosas que los usuarios no necesitan para nada, resultan excesivamente complicados para las cuestiones básicas que todo el mundo realiza, y se quedan *colgados* a nada que los mire uno un poco mal.

El segundo pilar básico de esa 'nueva economía' son las telecomunicaciones: los gobiernos han liberalizado y dividido el sector para que a continuación las empresas se dediquen a fusionarse o absorberse con el objetivo de no tener que competir. Llamar mercado competitivo al que nos proporciona el teléfono es un chiste que, cuando cada dos meses pagamos la factura, resulta de mal gusto. Tan malo como sufrir esa nueva maravilla que es internet cuando te da tiempo a echar una cabezadita entre página y página.

Y la tercera columna de la 'economía de la información' la encontramos cada vez más en el ámbito de la biotecnología. Aquí tres cuartos de lo mismo: hemos asistido durante los años noventa a una concentración empresarial sin precedentes en los sectores químico y farmacéutico que ha hecho posible que la ingeniería genética sea cuestión de apenas diez empresas en todo el mundo.

Claro que en la 'vieja economía', la que se mueve con petróleo, el proceso es el mismo: acérquese a una gasolinera y compruebe cómo las grandes empresas petroleras han logrado evitar la competencia, pactando los precios y repartiéndose el mercado. Vaya a otra: obtendrá la misma gasolina y al mismo precio.

En consecuencia, los medios de comunicación deberían cambiar la cantinela y notificar, cada vez que informen sobre una fusión empresarial, que la competencia del mercado ha vuelto a ser coartada, en lugar de tratarnos como idiotas, anunciándonos el incremento de la competencia como consecuencia de la defunción de los competidores. De hecho, en Estados Unidos algunos hablan ya de la 'muerte de la competencia' para referirse a las secuelas del proceso de grandes fusiones y adquisiciones empresariales de la década pasada.

Mientras los gobiernos desregulan la economía capitalista para mayor gloria de las grandes empresas, éstas tratan de abrir una vía para superar el capitalismo y abrazar la antes denostada economía planificada. Pues no otra cosa sería una economía en la que los sectores económicos claves se encuentran en unas pocas manos que se han repartido el mercado y que, por lo tanto, planifican la inversión y el futuro de la economía. Eso sí, a su conveniencia, es decir, una planificación económica bastante centralizada, pero muy privada, sin los inconvenientes y las rémoras que se generan al tener que atender a las necesidades del bien común.

Ahora puede entender usted lo que significa 'el mundo al revés': los Bill Gates de este planeta tratando de recordar a Stalin, mientras los rojos hacen lo propio con Adam Smith, intentando insuflar vida a la utopía de la competencia en el mercado.

FUNDACIÓN CÉSAR MANRIQUE PATROCINADORES

BODEGAS MOZAGA

SALA DE ARTE PUNTO DE ENCUENTRO

MEGACENTRO

SOCIEDAD DEMOCRACIA

HARINERA LANZAROTEÑA

MUSEO DEL VINO "EL GRIFO"

AYUNTAMIENTO DE TÍAS

BOUTIQUE DEL PAN JONAY

Concj. Cultura AYUNTAMIENTO DE ARRECIFE

BOLMODE

LÍNEA

Cuadernos del Guincho 1

EDITORIALES

**Nueva revista para Lanzarote
En defensa del Risco
Sí al puerto deportivo... en
Naos**

IGNACIO RAMONET
Informarse cuesta

CIUDADANOS POR ARRECIFE
El Arrecife que queremos

J.A. MARTÍNEZ VILLAR
La militarización del Risco

ANTONIO BARRERO
**Fórmulas añejas en los nuevos
productos turísticos**

CHRISTEL BURGHOFF
El lado negro del dinero

Carpeta:Tindaya

LUIS DÍAZ FERIA
**TALDAHI. El territorio, un bien
intergeneracional**

MARÍA ANTONIA PERERA
BETANCORT
**Tindaya: reflexiones sobre una
montaña agredida**

CARLOS NOVALES
Tindaya, territorio de sueños

RICARDO SANTANA SANTANA
**Crisis de la política y circo
conejero**

JUAN RAMÓN CAPELLA
**La problemática
medioambiental: notas para
una cultura ecosocialista**

HERMINIA FAJARDO FEO
**Sáhara Occidental:
futuro incierto**

**Ken Saro-Wiwa y el ecologismo
de los pobres de la Tierra**

NATALIA JIMÉNEZ MARSÁ
El cine que nos invade

LIBROS
Estrategia Solar

Cuadernos del Guincho 2

EDITORIALES

**Segunda entrega
El Guincho, 10 años
El PEPA: la Marina en entredicho
A vueltas con El Risco**

CARLOS NOVALES
Tindaya: el arte como pretexto

JORDI PALOU
**Industria turística en el Tercer
Mundo**

JORGE MARSÁ
El amargo sabor del éxito

Carpeta: Arrecife

JOSÉ RAMÓN BETANCORT MESA
Arrecife en *Tipos de mi tierra*

M^a DEL ROSARIO HERNÁNDEZ
Arrecife: aprender a caminar

COLECTIVO FAYNA-ZONZAMAS
Arrecife, 200 años

ENRIC TELLO
Ciudades sostenibles

CIUDADANOS POR ARRECIFE
**Una visión alternativa de la
Marina**

MANUEL LÓPEZ GONZÁLEZ
**Evaluación económica del
Puerto deportivo**

RICARDO SANTANA SANTANA
**Arrecife: entre la huida y la
desesperanza**

CODA
Patentar seres vivos

NATALIA JIMÉNEZ MARSÁ
Nuestro ocio

GRUPO AGRICULTORES ECOLÓGICOS
La agricultura ecológica

GRUPO DE RESIDUOS Y RECICLAJE
Boicot al PVC

LIBROS
**La economía verde
La cultura de la satisfacción**

Cuadernos del Guincho 3

EDITORIALES

**Cuatro años sin Reserva
Cabildo, una estrategia para la
esperanza
El legado de César Manrique
El hombre que hizo visible el
mundo submarino**

RICARDO SANTANA SANTANA
**Campistas, consumidores y
conejeros**

CIUDADANOS POR ARRECIFE
Arrecife, el reto de una ciudad

FERNANDO CEMBRANOS DÍAZ
**Bienestar, ecología y
participación social**

Carpeta: Reserva y desarrollo sostenible

COLECTIVO GIMARAL
**Lanzarote, Reserva de la Bios-
fera. ¿Oportunidad o camelo?**

ANA CARRASCO
**Lanzarote como Reserva de
Biosfera.**

JOSÉ MANUEL NAREDO
**Sobre el origen, uso y conte-
nido del término "sostenible"**

JORGE MARSÁ
**20 mandamientos para un
crecimiento insostenible**

LUIS DÍAZ FERIA
**El coqueto aerodinámico rocan-
rol de color caramelo de ron**

MIGUEL ÁNGEL MARTÍN ROSA
Gente, ¿cuánta gente?

REINHARD KÜHNEL
Sociedad en transformación

ARANTXA RODRÍGUEZ
Mujeres y el medio ambiente

**Veredicto del Tribunal Interna-
cional por los crímenes en Irak**

EL EXTREMISTA INDISCRETO
**El lagarto verde y la profecía
de la homologación**

LIBROS
Vivir mejor con menos

Cuadernos 4 del Guincho

EDITORIALES

**Cuadernos, un año
Estrategia, Competitividad y
Marketing**
Kioto: el clima al servicio de la
economía

RAMIRO ARBELO

¡Basta ya!

NATALIA JIMÉNEZ

Un final feliz para el Gran Hotel

LOUIS TURNER Y JOHN ASH

La horda dorada

DOMINGO CONCEPCIÓN GARCÍA

**Huelga en Medio Ambiente en
Lanzarote**

Carpeta: Identidad

JORGE MARSÁ

El pasar del tiempo

ÁNGEL FERNÁNDEZ BENÉITEZ

La identidad reclamada

ERIC J. HOBSBAWM

Identidad

JULIO SANTIAGO OBESO

Identidad lanzaroteña

JORGE MARSÁ

**El supermercado de la
identidad**

ELSA DE LA HOZ GONZÁLEZ

Otra foma de ver la identidad

MARIO ALBERTO PERDOMO

Mi identidad

ALFONSO SANZ

Los 'sin coche'

RICARDO SANTANA SANTANA

Periodismo de investigación

NATALIA JIMÉNEZ MARSÁ

**Imaginemos el Lanzarote que
nos gustaría**

LIBROS

En paz con el planeta

Cuadernos 5/6 del Guincho

EDITORIALES

Presentación
El aparcamiento de Timanfaya
Catástrofe en Doñana

ANTONIO VERCHER NOGUERA

**Reflexiones sobre poder y
medio ambiente**

PABLO FRUTOS BETANCORT

**El Poder Ambiental Insular
y el miedo**

CIUDADANOS POR ARRECIFE

**Un futuro para la Bahía de
Naos**

JOSÉ MANUEL NAREDO

**Configuración y crisis del mito
del trabajo**

Carpeta: La Estrategia Lanzarote en la Biosfera

**Una lectura crítica
de la *Estrategia***

Población y convivencia

Cultura y patrimonio

La economía insular

El sistema urbanístico

La ecología insular

Los sectores ambientales clave

**Sobre los fundamentos
jurídicos de una estrategia de
desarrollo sostenible**

Las conclusiones de El Guincho

ÁNGEL SÁNCHEZ

¿Qué Canarias quiero?

ÁNGEL FERNÁNDEZ BENÉITEZ

**Sobre la utilidad de enseñar y
la conveniencia de aprender**

ROSA COBO BEDIA

**La democracia moderna y la
exclusión de las mujeres**

CIUDADANOS POR ARRECIFE

Otra forma de construir ciudad

Cuadernos 7 del Guincho

EDITORIALES

**Nos conformamos con que
cumplan la Ley
Consenso político contra el
medio ambiente**
El Guincho-Ecologistas en
Acción: una nueva etapa

JORGE MARSÁ

Una obra imprescindible

EL GUINCHO-ECOLOGISTAS EN A.

**Historia de una farsa:
la Moratoria turística**

ROQUE CALERO PÉREZ

**La nuclearización de Marruecos
y Canarias**

Carpeta: Biodiversidad

JOSÉ ANTONIO PASCUAL TRILLO

**8 preguntas para una situación
desesperada**

CARLOS J. MELIÁN, JOSÉ M.
MONTAYA, MIGUEL A. RODRÍGUEZ

**El equilibrio de la naturaleza
en medios insulares**

DOMINGO CONCEPCIÓN GARCÍA

Dossier Lanzarote

VANDANA SHIVA

**El saber propio de las mujeres
y la biodiversidad**

EZEQUIEL NAVÍO

**El comercio de vida silvestre:
un mercado de alto riesgo**

ÁNGEL FERNÁNDEZ BENÉITEZ

La otra contaminación

JOAQUÍN SEMPERE

**Necesidades y política
ecosocialista**

FORO LANZAROTE

**Manifiesto por la detención
del crecimiento turístico**

JORGE MARSÁ

**El nuevo aeropuerto:
¿sueño o pesadilla?**

LIBROS

Cuadernos Worldwatch

EL GUINCHO

**La misma insostenibilidad
El litoral de Arrecife**

NATALIA JIMÉNEZ MARSÁ

**Carta de una ballena canaria a
Joaquín Araújo**

ENRIC TELLO

Novedades en Baleares

BELÉN BALANYÁ

Más allá de Seattle

ANTONIO ESTEVAN

Nuevo desarrollismo ecológico

ÁNGEL FERNÁNDEZ BENÉITEZ

Paraísos naturales y artificiales

Carpeta: Nucleares

GREENPEACE

¿Energía nuclear? No, gracias

JOSÉ NARANJO

**Energía nuclear en Marruecos:
Tan Tan es sólo el comienzo**

COLECTIVO SURESTE

**Pateras, tomates, pescados
y nucleares**

JORGE MARSÁ

**Construcción y medio
ambiente**

FÉLIX HORMIGA

**Mito y realidad del Puerto
del Arrecife**

FERNANDO GÓMEZ AGUILERA

La Marina de Arrecife

CIUDADANOS POR ARRECIFE

**Arrecife: algunos criterios para
construir la ciudad**

JOSEP MARÍA MONTANER

**El modelo Curitiba: movilidad y
espacios verdes**

JORGE MARSÁ

**Una alternativa irracional:
el automóvil**

MARIO ALBERTO PERDOMO

La 'ecotasa' que ha de llegar